

ESPACIO DESHABITADO

JERRY OLTION



Lectulandia

La mañana siguiente al funeral de Neil Armstrong, un cohete fantasma del Saturno V despegó desde Cabo Cañaveral. Sacude la tierra y ruge con la furia que produce un lanzamiento real, envía telemetría en su trayectoria hacia la Luna y se detiene en el punto en el que un humano tendría que tomar el control de la nave para poder aterrizar. La NASA se sorprende al ver que esta experiencia fantasma se repite mes a mes. Cuando la humanidad pierde interés, el cohete se vuelve casi invisible. Cuando prestamos atención, esta novela extendida de la novela corta ganadora del Premio Nébula, nos muestra que la realidad es lo que nosotros hacemos de ella. En un campo que premia la imaginación, Jerry Oltion es uno de los exploradores de nuevas ideas más entusiasta e intenso. David Brin Además de contar con unos sólidos cimientos de conocimiento y sensatez, las historias de Jerry Oltion brillan con imaginación, inteligencia y brío. No solo son divertidas, también vale la pena leerlas. Poul Anderson. Una historia de Jerry Oltion garantiza una narración absorbente y compasiva, así como conocimientos sobre las cosas desconocidas del universo. Sus personajes, al igual que el propio Jerry, comprenden la necesidad de aventura y reto. Greg Bear.

Jerry Oltion

Espacio deshabitado

ePub r1.0

Titivillus 12-09-2021

Título original: *Abandon in Place*
Jerry Oltion, 2000
Traducción: Carla Crespo Usó

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

ESPACIO DESHABITADO

Jerry Oltion

PRIMERA PARTE
«ABANDONADO»

1

Seis horas después de que Deke Slayton, el astronauta, falleciese de cáncer, su avión de carreras despegó del aeropuerto de California y nunca descendió. El piloto no respondió a la torre de control y el avión se desvaneció del radar poco después del despegue, pero los testigos identificaron claramente aquel avión como el avión de Slayton. Aquello era imposible, pues al mismo tiempo ese avión se encontraba en un museo de Nevada.

La historia recorrió Cabo Cañaveral. Los ingenieros, administrativos y astronautas se contaron la historia unos a otros como si fueran *boy scouts* contando historias de miedo alrededor de una hoguera. Pese a eso, nadie se la tomó en serio. Era demasiado fácil confundir un avión con otro y todo el mundo sabía lo rápido que se extendían los rumores. Habían escuchado cientos de ellos en los últimos años; desde el chico que decía que el Corvette de Grissom lo había atropellado tras el incendio del *Apolo I*, al australiano que había encontrado un trozo del traje de astronauta de Yuri Gagarin entre los escombros que cayeron sobre el campo cuando el *Skylab* se estrelló. Esto solo era una extraña historia más que añadir al folclore de la era *Apolo*, una era que por sí sola se estaba convirtiendo en una leyenda.

Entonces, Neil Armstrong murió y el *Saturno V* despegó desde la plataforma de lanzamiento 34.

* * *

Rick Spencer estaba allí la mañana que sucedió. Acababa de llegar con su T-38 desde Arlington, salió de allí tan pronto como había terminado el funeral y durmió unas pocas horas al llegar al Cabo. Luego condujo al complejo espacial antes del amanecer para ver cómo la tripulación de tierra cargaba un satélite de comunicaciones en el *Atlantis*. El desgarrado matrimonio entre el avión y el cohete en la plataforma de lanzamiento 39 A sería su billete para orbitar una semana más, si es que alguna vez conseguían levantar la maldita

cosa del suelo. Entonces uno de los técnicos se olvidó de realizar uno de los pasos que tenía marcados en su lista de control y todo el procedimiento se cerró mientras el capataz trataba de decidir si debía retroceder y comprobar el trabajo o tomarse al pie de la letra su palabra cuando había dicho que ya estaba todo hecho. Rick se estaba cansando de esperar a que alguien tomase una decisión, así que salió de la zona de carga para respirar algo de aire fresco.

El sol empezaba a asomarse por el horizonte. La pasarela de alambre a sus pies y la red de vigas de acero que lo rodeaban brillaban en un tono rojizo dorado. La grúa que había sobre su cabeza parecía el largo y esbelto cuello de un dragón, cuya cabeza se inclinaba curiosa sobre el gigante orbitador alado que permanecía inmóvil y cubierto de gotas de rocío bajo su atenta mirada. El suelo, a unos doscientos pies^[1], todavía estaba oscuro. La luz del sol aún no lo había alcanzado y no lo haría hasta pasados unos minutos. El océano también estaba oscuro, excepto la zona cercana al horizonte, en la que ya se reflejaba el brillo del creciente sol.

Desde la pasarela, Rick observó una serie de plataformas de lanzamiento alineadas al sur; la parte superior de sus torres de lanzamiento también reflejaban la luz. No ocurría igual en las plataformas 34 y 37. Esas dos plataformas habían sido desmanteladas tras el programa *Apolo* y ahora todo lo que quedaba allí eran los búnkeres de cemento y los reflectores, que no podían quitarse y languidecían a la sombra del temprano amanecer. «*Como todo el programa espacial*», pensó Rick. A Neil le habían dado el entierro de un héroe y el discurso del presidente estuvo lleno de promesas de renovación del apoyo para la exploración humana del espacio, pero todos sabían que aquello no era más que humo. Lo único que América tenía era una anticuada flota de transbordadores espaciales, y eso era todo cuanto se preveía iban a tener en un futuro cercano. Incluso aunque la NASA lograra salir del estupor burocrático en el que había caído y propusiera un nuevo programa, el Congreso nunca daría un presupuesto para todo ese soporte físico necesario.

Rick apartó la mirada, pero un atisbo de que había algo en movimiento atrajo su atención hacia la plataforma 34, donde unas brillantes luces iluminaban en ese momento un cohete blanco y a su anaranjada torre de soporte. Rick parpadeó, pero la visión no desapareció. Se acercó más a la barandilla y observó con los ojos entrecerrados. ¿De dónde había salido eso? La mitad de aquello se elevó, Rick miró desde el borde de la torre de lanzamiento del *Atlantis* e hizo una conjetura basada en su propia estatura. El cohete debía de medir unos trescientos pies^[2].

Trescientos sesenta y tres, para ser exactos. Rick no podía medirlo al milímetro, tampoco le hacía falta. Reconoció las rayas negras del *Saturno V* al instante. Eso, sin contar que sabía sus estadísticas de memoria. Las había memorizado siendo tan solo un crío, sentado frente a la tele en blanco y negro de la casa de sus padres mientras esperaba a los despegues. Medía trescientos sesenta y tres pies de alto, pesaba unas tres mil toneladas cuando llevaba lleno el depósito y los cinco motores F-1 producían siete millones y medio de libras de propulsión; era el cohete más grande que jamás se construyó.

Y también hacía unos treinta años que había volado por última vez. Rick cerró los ojos y los frotó con la mano izquierda. Evidentemente, la muerte de Neil lo había afectado más de lo que pensaba. Pero cuando volvió su vista al sur de nuevo, siguió viendo la blanca punta que brillaba envuelta en niebla ante la deslumbrante luz mientras el oxígeno líquido de los tanques helaba el aire que rodeaba al cohete.

Rick estaba solo en la torre de lanzamiento. Todos los demás estaban dentro, discutiendo acerca del proceso de introducción de la carga. Se le pasó por la cabeza la posibilidad de entrar y decirle a alguien que saliera y le dijera si estaba loco o no, pero pronto desterró ese pensamiento. En una semana sería su primer vuelo, no era el momento de confesar que tenía alucinaciones.

La cuestión era que parecía real. Rick vio cómo la luz del sol subía por el costado del *Saturno V*, deslizándose por los tramos del cohete hasta que alcanzó el largo cilindro del armazón principal. El espectáculo era totalmente silencioso. El único sonido que le llegaba procedía de una zona más cercana: los chirridos y crujidos de la torre de lanzamiento que se expandía al calor de la luz del sol.

Entonces, sin previo aviso, una nube de humo blanco y rojizo irrumpió desde la base del cohete. El agudo brillo del RP-1 y la llama de oxígeno iluminaron la nube desde dentro y un chorro de gases de escape salió por los lados de los deflectores.

Rick sintió que la torre de lanzamiento vibraba a sus pies, pero no escuchó ni un solo sonido. Los gases de escape llegaron hasta la parte superior, como la nube de humo que hay tras una explosión atómica, y el cohete empezó a elevarse lentamente. Una llama blanca y brillante llenó toda la plataforma de lanzamiento mientras el cohete secundario rugía, consumiendo miles de galones de combustible por segundo, hasta que se elevó en el aire. Diez segundos después del despegue, el sólido haz de luz creció por los bordes y rozó el suelo. Finalmente el cohete se elevó completamente en el aire.

La pasarela donde Rick estaba se sacudió. Trató de agarrarse a algo cuando el sonido lo alcanzó: un rugido que lo hizo caer sobre la barandilla mientras se tapaba los oídos. La torre de lanzamiento tembló como si fuera un rascacielos en un terremoto y Rick cayó al suelo de rodillas. No trató de levantarse otra vez, simplemente levantó la cabeza y miró asombrado al *Saturno V* mientras se alejaba.

Después observó cómo el cohete se arqueaba y empezaba a coger velocidad orbital una vez que atravesó la mayor parte de la atmósfera.

Se abrió una puerta detrás de él y una oleada de técnicos vestidos de blanco salió. Los primeros se detuvieron al ver los gases de escape por el cielo y el resto se apiló tras ellos, empujándolos hasta que ocuparon toda la zona. Molly, la capataz, ayudó a Rick a levantarse, se acercó a su oreja para que pudiera escucharla a pesar del sonido del cohete y el murmullo de voces y dijo:

—¿Qué demonios ha sido eso?

Rick negó con la cabeza.

—No tengo ni idea.

—Se supone que hoy no debería haber ningún lanzamiento —dijo ella.

Rick miró al cohete que se dirigía hacia el sol.

—Algo me dice que Control está tan sorprendido como nosotros. —Señaló hacia la base del sistema de gases de escape, donde la nube de humo se había esparcido lo suficiente como para que se viera la torre de lanzamiento de nuevo.

—¿Qué? —preguntó Molly mientras forzaba la vista para ver a través del humeante vapor. Entonces se percató de hacia dónde estaba señalando—. ¿No es esa la plataforma 34?

Molly y la tripulación entraron a regañadientes en el área de carga para ver si la sacudida había dañado su satélite, pero Rick, que tenía tiempo libre, bajó con el ascensor, subió a su furgoneta y se unió a la línea de coches que se dirigían hacia el lugar del lanzamiento.

Las encinas y palmeras que se alineaban junto a la carretera de servicio impedían ver la plataforma de lanzamiento hasta que uno casi estaba en ella. Rick pensó que debería haber sido capaz de ver la torre de lanzamiento de cuatrocientos pies al menos de lejos, pero al llegar a la plataforma se percató del motivo por el cual no había sido así. Se esfumó tan misteriosamente como había llegado, sin dejar rastro.

Rick condujo desde la plataforma de aparcamiento hecha de hormigón hasta la base del viejo pedestal de la plataforma de lanzamiento. Parecía un

enorme escabel de cemento: cuatro piernas desproporcionadamente bajas sujetando una plataforma de un ancho de diez pies a una elevación de cuarenta pies con un agujero de treinta pies de ancho en la plataforma para que los gases de escape lo atravesaran. Al lado estaba el establecimiento y la gruesa pared que protegía de las ondas al edificio que una vez albergó el equipamiento y las bombas de propulsión. Ahora ambas estructuras se veían viejas y desgastadas. Sus laterales estaban llenas de óxido y este llegaba hasta el suelo de cemento, la pintura se estaba deteriorando donde ponía: ESPACIO DESHABITADO.

La mala hierba crecía, verde y vigorosa, junto a la plataforma de estacionamiento. Rick empezaba a dudar de lo que vio, pues estaba claro que no había despegado nada en aquella plataforma desde hacía al menos una década.

Pero había vientos de altas latitudes que iban de derecha a izquierda, y cuando Rick abrió la puerta y salió al exterior pudo detectar el inconfundible aroma de la mezcla del humo y vapor del RP-1 y del cemento abrasado que siempre se podía oler tras un lanzamiento.

Se escucharon los portazos de otras personas que salían de sus coches. Ya había docenas de personas allí y empezaron a llegar más cada minuto. Extrañamente, lo que debería de haber sido una masa escandalosa de gente era en realidad un entorno totalmente silencioso. Nadie quería admitir lo que vio, especialmente ahora que veían que la realidad era tan contradictoria.

Rick reconoció entre todas aquellas personas a Tessa McCain, una astronauta experimentada con quién había tenido algunas citas en el último par de meses. Estaba saliendo de una furgoneta blanca junto a media docena de personas. Cuando ella lo vio, corrió hacia él, cruzando la plataforma de cemento de lado a lado.

—¿Lo has visto? —preguntó. Tenía la cara iluminada de la ilusión.

—Sí —dijo Rick—, estaba en la torre de lanzamiento treinta y nueve.

Ella levantó la mirada y observó la zona. Su melena rubia y lisa le llegaba hasta los hombros.

—Vaya. Allí sí debes de haber tenido una vista estupenda. Yo noté que la tierra vibraba, pero cuando salí afuera ya estaba bastante arriba. —Volvió a mirarlo—. ¿Era el *Saturno V*, verdad?

—Eso parecía —admitió.

—Dios, esto es increíble. —Se dio la vuelta y echó un vistazo a toda la plataforma de lanzamiento—. ¡Un cohete lunar! No esperaba volver a ver algo así nunca más.

—Yo tampoco —asintió Rick. Luchó para encontrar las palabras adecuadas para expresar lo que estaba pensando—. ¿Pero cómo hemos podido ver algo? Aquí no hay torre de lanzamiento, no hay tanques de combustible, no hay nada. Y el pedestal de lanzamiento es demasiado pequeño para un *Saturno V* con los tanques llenos. Este complejo era para *S-1 Bs*.

Ella sonrió como si fuera un niño el día de Navidad.

—Estoy segura de que quien fuera o lo que fuera que ha ejecutado esta pequeña demostración ha tenido todo el soporte físico que ha necesitado y lo ha quitado al terminar con él.

Rick negó con la cabeza.

—Pero eso es imposible.

Tessa rio.

—Todos lo vimos. —Señaló hacia arriba y de repente abrió mucho los ojos.

—¿Qué? —preguntó Rick.

Ella recorrió con la mirada las agitadas hojas de las palmeras y la detuvo en el edificio de cinco plantas y el centro de control de lanzamiento.

—Me pregunto si estará enviando telemetría...

2

Llevó un rato descubrirlo. Nadie recordaba las frecuencias en las que la nave *Apolo* transmitía ni los protocolos de datos que utilizaba. Los controladores tuvieron que hurgar en todos los manuales para descubrirlo. Y aún llevó más tiempo poner en marcha los receptores para aceptar las señales, pero cuando los técnicos lograron encontrar todas las frecuencias correctas se dieron cuenta de que sí había un flujo constante de información. No podían descodificar la mayor parte de la información, puesto que el *software* que debía hacer eso se utilizaba en el antiguo sistema informático RCA. Aunque al menos así pudieron afirmar que el cohete no se había desvanecido junto a sus estructuras de soporte de tierra.

Rick y Tessa estaban en el centro de control de despegues, observando los monitores mientras los programadores del edificio central de información trataban frenéticamente de adaptar los viejos programas a las nuevas máquinas. Lo que veían era en su mayor parte series de números, pero de vez en cuando alguno de los programadores conseguía insertar alguna sección del código traducida y en la pantalla aparecía un nuevo dato. Ya habían descifrado la temperatura y la presión de la cabina, el nivel de carburante de los tanques de primera fase y algunos otros datos de sistemas más sencillos.

Llegados a este punto, si se tratase de un vuelo normal, todo el proyecto pertenecería a la Misión de Control de Houston, pero no había nada normal en ese lanzamiento. Cuando el director de vuelos de Houston se enteró de lo que el equipo de Kennedy estaba haciendo no quiso tener nada que ver. Pretendía mantener su cuello bien a salvo cuando se empezaran a cortar cabezas una vez que la locura terminase.

Pero la nave se negaba a desaparecer. El radar la siguió durante una órbita completa y parte de otra cuando su altitud y velocidad empezaron a aumentar. Al mismo tiempo, los niveles de carburante de los tanques de tercera fase empezaron a caer. Eso solo podía significar una cosa: el cohete secundario estaba encendiéndose de nuevo.

—Inyección translunar —susurró Tessa—. Van a la luna.

—¿Quiénes? —preguntó Rick. Hasta el momento, la telemetría no había indicado que en la nave hubiera algún pasajero vivo (o fantasma) en el módulo de mando.

—Tiene que ser Neil —afirmó Tessa—. Y quién sabe quién más va con él.

—Neil está en un ataúd en el Cementerio de Arlington —dijo Rick—, yo mismo vi cómo lo enterraban.

—Y también viste el despegue de esta mañana —le recordó Tessa—. Si ese despegue ha sido posible, ¿no podría ser también posible que Neil estuviera a bordo?

—Es un buen punto de vista —dijo Rick mientras se encogía de hombros. Todos los astronautas fallecidos, empezando por Gagarin podían estar metidos en el misterio. Aquella extraña manifestación era algo completamente nuevo; nadie conocía aún las normas.

* * *

Hubo suficiente gente que declaró haberlo visto. Aparecieron videntes de la nada en los días siguientes para dar su propia interpretación del suceso. La NASA tuvo que cerrar las puertas y colocar vigilancia alrededor del centro espacial para evitar una invasión de místicos curiosos, pero eso solo alimentó las especulaciones de que allí se estaba desarrollando un vehículo espacial súpersecreto a costa de los impuestos de los ciudadanos.

La administración trató de permanecer en silencio, pero cuando las cosas llegaron a límites insospechados tuvieron que admitir que los chiflados estaban más cerca de la verdad que las personas que trataban de develar una situación ilegal. En una cuidadosamente redactada nota de prensa, el Relaciones Públicas de la NASA dijo:

—Lo que pareció ser el cohete *Saturno V* despegó de la abandonada plataforma de lanzamiento 34. Este supuesto despegue no estuvo autorizado por la NASA, ni forma parte de un programa espacial del que la NASA esté informada. Se está realizando una profunda investigación acerca de este incidente y todo lo que descubramos se hará público en cuanto sepamos lo que sucedió realmente.

Eso era la expresión burocrática para decir: «Nosotros tampoco tenemos ni idea de lo que ha pasado». Rick pasó días con el equipo de investigación, contando su historia una y otra vez (y asegurándose de decir «parecía» en los momentos adecuados), tantas veces que al final la recitaba en sueños.

Examinaron la plataforma de lanzamiento y no encontraron rastros de que allí se hubiese producido un despegue. Lo único que podían hacer era escuchar la telemetría que les llegaba de la nave y especular.

Tres días después del lanzamiento, el fantasma *Apolo* entró en órbita lunar. Unas horas después de aquello, el módulo lunar se separó del módulo de mando y descendió hasta la superficie. No se dirigía al Mar de la Tranquilidad, sino que parecía estar aterrizando en Copérnico, uno de los lugares que se habían propuesto para futuras misiones *Apolo* antes de que las tres últimas se cancelaran. Pero cuando alcanzó los quinientos pies, la telemetría terminó de golpe.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó Dale Jackson, el improvisado director de la misión. Estaba de pie junto a uno de los paneles de control mientras observaba cómo docenas de técnicos trataban de recuperar la señal.

Tessa y Rick observaban algo más alejados. Estaban sentados el uno junto al otro sobre unos paneles inutilizados y cogidos de la mano como si fueran unos adolescentes viendo la mejor película de la historia. Cuando la telemetría paró, Tessa saltó como si un monstruo acabase de salir de golpe de un armario.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rick—. ¿Se ha estropeado todo?

Tessa negó con la cabeza.

—Todo se ha parado —dijo—, el módulo de mando también, y todavía estaba en órbita.

—A quinientos pies —dijo Rick. Algo de aquella cifra le molestaba. ¿Qué pasaba a quinientos pies en un descenso lunar normal?—. ¡Lo tengo! —dijo en voz lo suficientemente alta como para que todos los que estaban en la habitación mirasen las pantallas de nuevo. Cuando vieron que ahí no había datos, lo miraron a él.

—A quinientos pies se producía la fase en la que se suponía que el piloto tenía que tomar el mando del ordenador y descender el LEM —les dijo—. El ordenador no podía llevar la nave todo el camino hasta la superficie. No era lo suficientemente sofisticado como para elegir el sitio para aterrizar.

Jackson preguntó:

—Entonces, ¿qué? ¿Piensas que se ha estrellado? Aún estaba a quinientos pies.

Rick vaciló. Llevaba días mordiéndose la lengua, temiendo que lo apartaran de la misión *Atlantis* si decía algo mal, pero ya se había cansado de ser tímido. Se aclaró la garganta y dijo:

—Creo que cuando le ha llegado el momento en el que un humano tenía que seguir con el proceso, ha vuelto al lugar del que ha venido.

—Seguro que lo hizo. —Jackson se giró hacia los técnicos—. Encuentren la señal.

Lo intentaron, pero pronto fue obvio que, simplemente, ya no había ninguna señal. Ni siquiera el radar pudo detectar una pequeña señal de la aeronave. El misterioso *Apolo* se había esfumado sin dejar ni rastro.

* * *

La NASA retuvo la misión Atlantis durante una semana más mientras la tripulación de tierra revisaba la nave a causa de los posibles daños que el temblor le hubiera podido ocasionar, pero al fin dictaminaron que estaba lista. La mañana del despegue, Rick y otros cuatro astronautas subieron a la torre de lanzamiento, treparon a través de la escotilla que había en el lateral del orbitador, se sentaron en las sillas de aceleración y se abrocharon los cinturones. Tras una cuenta atrás que solo fue interrumpida un par de veces a causa de un sensor de presión defectuoso, finalmente se encendieron los tres motores y los dos sólidos cohetes secundarios y la nave entró en órbita.

Era la primera vez que Rick estaba en el espacio. Había imaginado que estaría emocionado, y lo estaba, aunque no tanto como había esperado. En lugar de observar cómo se alejaban de la Tierra, se pasó la mayor parte del tiempo mirando la Luna. El momento en el que el *Apolo* despegó había coincidido con el amanecer lunar, igual que en el resto de lanzamientos que tuvieron lugar desde hacía un cuarto de siglo. Eso era para que las naves tuvieran la mejor luz para aterrizar y asegurarse de que tenían luz del día para poder explorar. También para poder realizar reparaciones de emergencia si algo se estropeaba.

«*Eso sí habían sido buenos tiempos*», pensó mientras flotaba entre las sillas del piloto y del copiloto y miraba por la ventana. Aldrin había arrancado accidentalmente una pieza del motor de ascenso con su mochila y tuvo que introducir un rotulador para poner en marcha los motores antes de que él y Armstrong pudieran abandonar la Luna. ¡Un rotulador! Si pasaba algo así en la lanzadera, el control terrestre probablemente les ordenaría que conservaran energía y esperaran al rescate (aunque no podían mandar una lanzadera hasta un mes después de haber lanzado la primera). Quizá en ese caso pudieran hacer que fueran los rusos y apretaran el botón con uno de sus rotuladores.

Estaba siendo injusto. El telescopio reparador Hubble era bastante ingenioso y la estación espacial internacional de científicos siempre estaba arreglando equipamiento roto. Pero nada de eso era tan deslumbrante como ir a la Luna. Los astronautas de hoy en día parecían más reparadores que exploradores. Rick se había convencido a sí mismo de que la lanzadera hacía un trabajo científico loable, pero tras ver despegar al *Saturno V* hacía dos semanas se daba cuenta de que la ciencia no era lo que lo había emocionado cuando de pequeño veía a los astronautas. No era por ese motivo por lo que estaba allí. Estaba en el espacio porque quería explorarlo, y aquello (estar a dos mil millas de la Tierra) era lo más lejos que iba a llegar.

Ojalá Tessa estuviese con él en aquel vuelo. Ella sabría cómo se sentía. En sus citas habían hablado mucho de sus motivos para convertirse en astronautas y ella tenía los mismos motivos que él. Pero a ella le habían asignado la misión *Discovery*, que despegaría en un mes.

Escuchó un grito que provenía de la zona del medio de la cabina.

—¡Merde!

Un instante después, Pierre Renaud, el canadiense especialista en carga útil de la empresa que había financiado todo aquello, flotó a través de la escotilla hasta la cabina de vuelo.

—¿Qué sucede? —preguntó Rick al ver la mirada de consternación en la cara de Pierre.

—El váter se ha estropeado.

3

Rick estaba de vacaciones post-vuelo en Key West cuando el siguiente despegó. El teléfono lo despertó de un sueño profundo justo después del amanecer, y cuando logró descolgarlo, acercárselo a la oreja y responder, escuchó la grave voz de Dale Jackson.

—Ha habido otro lanzamiento del *Saturno*. Mueve tu culo hasta aquí para que podamos comparar los datos con los de la última vez.

Rick se despertó al instante. En menos de una hora estaba en el aire, dirigiéndose al norte. Cuando cruzó el lago Oleechobee vio lo que se le avecinaba y cuando finalmente llegó al Cabo se percató de que el lugar parecía un hormiguero al que se le acababa de pegar una patada. Los coches iban y venían por las vías de servicio, y las autopistas que había fuera de las verjas de entrada estaban llenas de coches hasta los topes.

Dos cadetes de las Fuerzas Aéreas lo escoltaron a una sala de reuniones en el edificio central, donde un administrador de la NASA, un director de vuelo, un oficial de seguridad y al menos otra docena de oficiales con altos cargos se encontraban enzarzados en una discusión sobre el incidente. Rick se percató, divertido, de que el oficial médico también estaba allí, y por lo visto tomando notas. Jackson, el director de vuelo, hablaba de las dificultades de desmantelar un *Saturno V* completamente lleno de combustible en la plataforma, si es que aparecía otra vez.

—No tenemos facilidades para guardar el combustible y mucho menos para bombearlo —estaba diciendo—. Especialmente, no en los quince minutos que esa cosa permanece ahí. Eso casi ni nos da tiempo para abrochar los enganches.

Tessa también estaba allí; le sonrió y lo saludó con la mano cuando lo vio. Él bordeó la mesa de conferencias y se sentó en una silla junto a ella.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le susurró.

—Sufriendo el tercer grado —respondió Tessa—. Yo estaba en la plataforma cuando despegó.

—¿En qué plataforma de lanzamiento?

—En la treinta y cuatro.

—Estás de broma. Estarías chamuscada si hubieras estado tan cerca de un lanzamiento.

—Estaba en el blocao.

Rick supuso que eso le daría algo de protección, aunque quizá no fuera necesaria. Las malas hierbas no habían sido achicharradas en el primer lanzamiento.

—¿Por qué estabas allí? —preguntó—. ¿Cómo sabías que sucedería de nuevo?

Ella sonrió, orgullosa de sí misma.

—Porque los fantasmas suelen repetir un patrón hasta que consiguen lo que han salido a buscar.

En la presidencia de la mesa, Jackson seguía hablando.

—... Ni siquiera tenemos capacidad para llevarnos ese cohete, aunque pudiéramos vaciarlo de combustible. Tendríamos que reconstruir por completo la carretera de acceso, y mientras tanto obtendríamos una molestia del tamaño de un edificio de treinta y seis pisos.

Rick observó la reunión por un instante. A la NASA, aquellos cohetes fantasmas le parecían una amenaza y quería pararlos.

—¿Y si ponemos astronautas dentro? —preguntó—. Hay tiempo suficiente para subir a la torre de lanzamiento y entrar antes de que despegue.

Jackson lo miró desde la otra punta de la mesa.

—¿En un vehículo completamente desconocido y sin probarlo? Ni soñarlo.

—Ni es desconocido, tampoco es verdad que no se haya probado —dijo Tessa—. Es el *Saturno V*.

—Es un jodido misterio —dijo Jackson—. Y no hay razones válidas para arriesgar la vida de nadie, ya sea en la Tierra o en el espacio.

—Entonces, ¿qué propones? —dijo el oficial de seguridad—, ¿derribarlo?

Hubo algunas risas nerviosas alrededor de la mesa, pero rápidamente se esfumaron. Jackson negó con la cabeza.

—Propongo que los dejemos estar. Eso suponiendo que haya más. No están dañando nada excepto nuestra imagen.

Warren Altman, el último de una hilera de cinco administradores en los últimos dos años dijo:

—Sí, precisamente. Nuestra imagen. Ya tenemos bastantes problemas sin que el Congreso piense que no podemos mantener las cosas bajo control por aquí. —Hizo una pausa para quitarse las gafas y utilizó uno de los auriculares

para señalar mientras añadía—: No, Dale, no podemos permitirnos no hacer nada. No importa lo extraña que sea la situación, tenemos que tomar el control, demostrarle al Congreso que nos estamos ocupando de este asunto, de otro modo perderemos la poca credibilidad que nos queda. Y eso quiere decir derribar esas malditas cosas. Y si no podemos hacerlo en la Tierra lo haremos en el espacio.

—¿Cómo? —preguntó Jackson.

—Tal como Rick ha sugerido. Meteremos a un astronauta en uno de ellos y dejaremos que interrumpa la misión una vez que esté en órbita con la Tierra. Tendremos una lanzadera allí el mes próximo. Puede reunirse con el *Apolo* y nuestro astronauta podrá regresar en la lanzadera.

—Dejando la tercera fase y el resto de la nave en órbita —señaló Jackson.

—Mejor ahí que en la plataforma —replicó Altman—. Además, podríamos buscarle algún uso. *Skylab* fue un *Saturno* vacío en tercera fase —rio—. Demonios, si esto continúa durante unos meses, tendríamos todos los módulos que necesitamos para construir una estación espacial decente de nuestra exclusiva propiedad en vez de ese desastre internacional que estamos usando ahora.

—¿Y si desaparece como los anteriores?

Altman entrecerró los ojos. No había pensado en eso. Pero se encogió de hombros y dijo:

—Nos preocuparemos de eso más tarde. De todos modos, también es posible que la maldita cosa desaparezca en cuanto intervengamos. Eso es lo que suele pasar con los fantasmas —señaló con sus gafas a Rick—. Es idea tuya, ¿quieres ser voluntario?

—Por supuesto que quiero —dijo Rick.

—Bastardo afortunado —susurró Tessa.

* * *

Él también lo pensó, hasta que empezó el entrenamiento. Durante el mes siguiente, Jackson entrenaba durante dieciséis horas al día en simuladores para una misión que no se habría considerado en las dos últimas décadas. Aprendió cada interruptor y dial en el módulo de mando del *Apolo* hasta que pudo operar la nave con los ojos cerrados. Practicó todas las funciones que se les ocurrían a los ingenieros, incluyendo un desfile aéreo junto a la luna o catapultarse de vuelta a la Tierra en el caso de que el cohete no lo dejara cerrarlo antes de la inyección translunar. Tenían multitud de datos para ese

tipo de aborto: el *Apolo 13* se había catapultado de vuelta al estropearse un tanque de oxígeno de camino a la luna.

Rick llegó incluso a discutir con ellos la posibilidad de que lo entrenaran en un modelo a escala de un módulo lunar, dando el razonamiento de que quizá pudiera usarlo a modo de bote salvavidas en caso de una emergencia similar. También lo dejaron practicar utilizando los motores de ascenso y descenso para una propulsión de emergencia. Llegó hasta el punto de conseguir que lo dejaran practicar un aterrizaje.

—Pero solo porque te ayudará a sentir que tienes el control —le dijo Jackson—. No podrías aterrizar ni aunque quisieras, ya que si separas el módulo lunar del módulo de mando estás muerto. Los atraques y acoplamientos se hacen desde el módulo de mando y no tendrás un piloto.

Rick pensó en aquello. No sabían qué o quién podría habitar la nave. Podría ser desde Armstrong hasta el Fantasma de la Navidad Futura. Lo único que la NASA tenía claro era que no iban a arriesgar la vida de más de una persona en aquel vuelo.

Así que Rick se encontró a sí mismo solo en la base del pedestal de cemento una hora antes del amanecer de la mañana del siguiente lanzamiento. Llevaba un traje de astronauta modificado para que le permitiera tumbarse en los divanes del *Apolo* (eso era lo mejor que habían podido conseguir en un mes, puesto que los únicos trajes *Apolo* que quedaban llevaban en el Smithsonian y en otros museos unos treinta años y no permitirían el paso del aire sin una buena renovación). También llevaba un paracaídas atado a la espalda. El paracaídas había sido idea de Jackson, por si toda la torre de control se desvanecía y Rick trataba de entrar en la cápsula que estaba a trescientos cincuenta pies del suelo.

La plataforma treinta y cuatro tenía un aspecto espeluznante bajo la luz previa al amanecer. El viento azotaba los arbustos que crecían en las grietas del cemento y Rick se sintió como si un montón de ojos lo observasen. La mayoría pertenecían al personal de la NASA que estaba en un edificio a unos mil pies, pero el hormigueo en el cuello de Rick lo hacía preguntarse si habría más ojos observándolo, quizá incluso juzgándolo. ¿Qué sería de él? Hacía diez años desde que el *Eagle* había aterrizado, él nunca fue un piloto militar como los primeros astronautas, ni siquiera un militar. Simplemente era un crío que siempre había soñado con ser astronauta. Y ahora ahí estaba, con su traje de astronauta, sujetando un ventilador portátil del tamaño de un maletín, como un banquero con su maletín esperando en la parada de metro; mientras él esperaba, la plataforma seguía vacía.

Hasta las plataformas del norte estaban vacías. El *Discovery* había despegado hacía tres días, con Tessa y otros cinco tripulantes a bordo; se encontraban en órbita con el laboratorio espacial donde realizarían diferentes experimentos de moscas de la fruta y esperarían a la llegada de Rick. Se habían colocado en la órbita que sería más probable que tomase el *Apolo*, pero aun así era un riesgo y todo el mundo lo sabía. Si no lo habían calculado bien, Rick tendría que seguir el plan B: reentrada usando la cápsula *Apolo*.

No habría rescate posible si eso no funcionaba. Ninguna de las otras lanzaderas estaban lo suficientemente cerca para un lanzamiento; *Atlantis* estaba aún en Edwards esperando un viaje de regreso a casa; un viaje que quizá nunca llegaría, ya que el avión carguero 747 tenía rasguños en las alas. El *Columbia* y el *Endeavor* estaban en los hangares, donde sus supuestamente reutilizables motores se esparcían por el área de servicio mientras los técnicos trataban de encontrar las piezas para completar el trabajo.

Al menos Rick estaba allí. Su corazón latía con fuerza, pero estaba listo para volar. Se encogió de hombros y comprobó su reloj. En cualquier momento.

De repente, en silencio, el cohete reapareció. La luz cegó a Rick hasta que se bajó la visera, luego giró para orientarse. La torre de lanzamiento estaba justo donde se suponía que debía estar y el *Saturno V*... Rick echó la cabeza hacia atrás y notó que el corazón le daba un vuelco. Era colosal. Desde la base hasta la parte superior, parecía como si ya hubiese llegado a la Luna.

No tenía tiempo para quedarse boquiabierto. Fue corriendo al ascensor, con las botas golpeando el cemento. Subió a la cabina del ascensor y, nervioso, observó cómo el suelo estaba cada vez más lejos.

La estructura de metal crujía a su alrededor igual que hacía la torre de lanzamiento de la lanzadera. Cruzó un puente hasta llegar a una habitación blanca y a la cápsula. La escotilla estaba abierta, como si lo esperara. Normalmente tendría allí a un grupo de técnicos para ayudarlo a sentarse, pero esta vez estaba completamente solo. Nadie esperaba dentro tampoco. Rápidamente, para que el cohete no despegase con él en la torre de lanzamiento, trepó, desenchufó el ventilador, lo tiró por la escotilla y se enchufó uno de los tres cordones umbilicales de la nave al traje. Saltó un par de veces sobre el asiento y tocó el marco de la escotilla con la mano. Sólido. Satisfecho, tiró el paracaídas por donde había tirado el ventilador, cerró la escotilla, la selló y se sentó en el asiento central.

El panel de instrumental estaba lleno de mandos y botones, y demasiado cerca de su cara, lo cual resultaba incómodo. Lo observó cuidadosamente en

busca de anomalías mientras respiraba hondo y olía el aroma metálico del aire presurizado. El cordón umbilical funcionaba. Debía de tener conexión por radio también. Habló al micrófono del traje espacial.

—Control, aquí *Apolo*, ¿me recibís?

—Alto y claro —dijo la voz de Jackson.

—Preparado para el despegue —le dijo Rick.

—Bien. Tiempo estimado para el despegue en... digamos unos dos minutos.

—De acuerdo. —Rick trató de calmarse, pero la falta de una cuenta atrás real le demostraba la locura de todo aquello. ¡Estaba sentado encima de un fantasma!

Se forzó a sí mismo a concentrarse en los instrumentos que tenía frente a él. Temperatura de la cabina, presión del combustible...

Las luces ámbar se encendieron y las paredes empezaron a vibrar.

—Secuencia de encendido comenzando —dijo Jackson.

—Sí. Lo percibo.

—Todos los motores encendidos.

A través de la escotilla, Rick vio que la cabina se inclinaba ligeramente hacia la derecha.

—Despegue. Despegue.

El estruendo se hizo mayor y Rick sintió la aceleración. La torre de lanzamiento se perdió de vista y todo lo que pudo ver fue el cielo azul de la mañana. Había esperado que la presión lo tirara contra el asiento, pero cada vez era más suave. A medida que el cohete secundario quemaba el combustible, el cohete se volvía más ligero. Cuando comenzó la segunda fase de encendido hubo una sacudida y la presión fue mayor, pero era soportable.

Esta vez Houston formaba parte de la misión. Ellos controlarían el vuelo ahora. Laura Turner, la comunicadora, le dijo:

—Tienes buena pinta, *Apolo*. Vaciado de la torre de escape en veinte segundos.

Rick sintió un golpe y cuando la torre y la cubierta de protección del cohete secundario desaparecieron pudo ver también por la ventana lateral. Florida ahora se veía como algo muy lejano.

La tercera fase de encendido se inició pocos minutos después y puso a la nave en órbita.

—Correcto —dijo Laura—. Estás a unas cien millas del *Discovery* y te vas acercando.

—Bien.

Y ahora era el momento de que Rick se ganase el viaje. No tenía mucho que hacer; la NASA no lo dejaría dirigir el *Apolo* hacia la lanzadera. Él debía apagar los motores y dejar que Tessa llevara la lanzadera. Aguantó la respiración y acercó su mano hacia el panel de control que estaba demasiado cerca. ¿Lo dejaría la nave hacer el acoplamiento o lo llevaría prisionero hasta la Luna?

Solo había una manera de saberlo. Los sistemas se apagaron satisfactoriamente y el indicador de luces lo mostraba. El resto de los instrumentos funcionaba con normalidad. Rick cogió aire y dijo:

—Motores apagados. El *Apolo* está listo para el acoplamiento.

—Bien, *Apolo*. Siéntate y disfruta del viaje, Rick.

Se desabrochó y se paseó libremente por la cápsula. Puede que estuviera abarrotada en comparación a una lanzadera, pero para una sola persona había espacio suficiente como para flotar y observar la imagen azul y blanca de la Tierra.

Y la luna, que estaba en fase creciente, lo atraía con más fuerza que nunca, pues allí estaba, en una nave que podría llevarlo hasta ella. Llevarlo y aterrizar, si tuviera dos astronautas más con él.

La lanzadera estaba cada vez más cerca de él. Rick observó el orbitador.

—*Apolo*, este es el *Discovery* —dijo Tessa por la radio—. ¿Nos recibes? —Parecía emocionada y era normal. Uno no tenía todos los días la oportunidad de acoplarse con un fantasma.

Rick sonrió al escuchar su voz. Siempre había querido ir en una misión con ella. Había asumido que eso sucedería cuando él tuviera un cargo más bajo y fuera el encargado de limpiar las cacas de ratas de las jaulas del laboratorio espacial o algo así. Pero ahora él era el comandante de su propia nave y estaba haciendo historia.

Él dijo:

—*Discovery*, aquí el *Apolo*. Los recibo alto y claro. Es genial verte, Tessa.

—¿Listo para AEV?

AEV. Actividad extravehicular. Realmente no podían acoplar el *Apolo* a la lanzadera, Rick tendría que cruzar solo y dejar que el *Apolo* se acercase, con los motores apagados y su misión (fuera cual fuera) incompleta.

Pero si la NASA realmente lo transformaba en otro laboratorio espacial puede que eso apaciguara a aquello o a aquel que estuviera detrás de los lanzamientos. Puede que entonces no fuera un desperdicio.

Rick negó con la cabeza. ¿A quién trataba de engañar? La NASA nunca utilizaría aquella nave para nada. Lo había sabido desde que vio la mirada de

Altman cuando Jackson preguntó qué harían si desaparecía. Altman simplemente quería demostrarle al congreso (y al poder que estaba tras el nuevo *Apolo*) que la NASA aún estaba al mando. Esperaba que esa fuera la última nave misteriosa, ahora que Rick la había desactivado.

—¿*Apolo* me recibes? —preguntó más tarde.

Rick tragó saliva. Si estropeaba el vuelo sería la última vez en su vida que volase. Peor, la nave podía transformarse en telarañas en cualquier momento y dejarlo en medio del espacio sin nada más que un traje espacial en el que se ahogaría lentamente hasta que las reservas de aire se acabaran. O podía esperar a llegar a la Luna para desvanecerse, como habían hecho los dos últimos, el primero sobre Copérnico y el segundo sobre Aristarchus Plateau. Pero si ni siquiera lo intentaba, ¿podría vivir el resto de su vida sabiendo que tuvo la oportunidad de ir a la Luna y la había desperdiciado?

Siempre quiso explorar lo desconocido, esta era su oportunidad para hacerlo. No tenía ni idea de quién era el fantasma o cuál era su propósito, pero ahora era su nave, por derecho de conquista. Así que ¿qué iba a hacer con ella?

Tessa llamó de nuevo.

—Hola, *Apolo*, ¿estás listo para AEV?

Respiró hondo.

—Negativo —dijo—, negativo. De hecho, creo que voy a necesitar algo de ayuda por aquí.

Mirando a la blanca y brillante luna creciente dijo:

—Necesito a alguien que venga conmigo a la Luna. Preferiblemente dos personas. ¿Conoces a alguien que quiera ir?

4

El chillido de Tessa fue inarticulado, un alarido de sorpresa, alivio o alegría, pero antes de que Rick pudiese preguntarle cuál de las tres opciones era, Laura, desde Houston, dijo:

—Ni lo sueñes, Rick. No tienes autorización para una misión extendida. ¿Ha quedado claro?

Rick suspiró.

—Tan claro como el agua, Laura. Pero voy a hacerlo. Y si puedo tener conmigo una tripulación al completo, entonces pienso aterrizar y llegar hasta allí. No puedes hacer nada para detenerme.

—Negativo, Rick. Necesitas control terrestre. Ahora que has desactivado los motores, no puedes estar seguro de que ningún aspecto de la misión procederá con normalidad. Tendrás que rearmar y encender los motores tú mismo y sin nosotros no sabrás cuándo hacerlo. Incluso cuando hayas conseguido estar en camino, necesitarás nuestro radar para el seguimiento, necesitarás nuestros ordenadores para calcular correcciones en ruta y...

—Lo capto. —Por la rapidez de su respuesta, obviamente Laura se había planteado todo aquello antes, pero no importaba—. Estás tirándote un farol. No nos dejarías morir si pudieras evitarlo.

Ella no respondió y Rick pensó que era suficiente respuesta. Tessa también lo pensó, evidentemente, pues inmediatamente dijo:

—Vamos para allá.

Una nueva voz intervino. La de Jackson Dale.

—Van a quedarse donde están. Rick, Tessa, no proporcionaremos guía para un vuelo lunar. No me importa si acaban perdidos fuera del Sistema Solar, no pondremos en peligro todo el programa espacial para satisfacer vuestra curiosidad.

—¿Qué programa espacial? —preguntó Tessa—. Estamos criando moscas de la fruta por aquí.

Aquello no era del todo justo, una de las especialistas de carga útil era una astrónoma que estaba poniendo en marcha una plataforma instrumental para

vuelos sin motor, pero era japonesa.

—No voy a discutir contigo, Tessa. Si abandonas el *Discovery* se te acusará de negligencia y de poner en peligro al resto de la tripulación. Y yo no me estoy tirando ningún farol, si tratas de dejar la órbita de la Tierra en ese *Apolo* estarás sola.

Rick miró los asientos vacíos que había junto a él. En un abarrotado hueco estaba el equipamiento de navegación (un telescopio, un sextante y un ordenador bastante primitivo), que teóricamente le proporcionaría las suficientes medidas para mantenerse en la ruta. Pero él no había sido entrenado para utilizarlo y apostaría a que ni Tessa ni quienquiera que fuera a ir con ella sabría calcular la trayectoria con ellos.

—¿Qué piensas Tessa? —preguntó—, ¿crees que podremos hacerlo sin control terrestre?

—Yo no...

—Eso no será necesario —dijo una nueva voz que apareció de la nada. Tenía un acento extraño, pero no sabría decir de dónde era. ¿Algún operador extranjero radiando desde las frecuencias de los Satélites Repetidores de Datos y Rastreo?

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy Gregor Ivanov, de la Agencia Espacial Rusa de Kaliningrado. He estado monitorizando vuestra señal y estoy preparado para ofrecerles asistencia.

Obviamente, Houston también estaba recibiendo su señal.

—¡No puedes hacer eso! —vociferó Jackson.

El ruso rio.

—Claro que puedo. De hecho, debo hacerlo. Los tratados internacionales requieren legalmente que Rusia ofrezca su ayuda a cualquier nave que esté abandonada o inutilizada, ya sea en el mar o en el espacio.

—¡No te metas en esto! —gritó de nuevo Jackson—. La nave no está abandonada ni inutilizada.

—¿Ah, no? Quizá he entendido mal. ¿Pretenden proporcionar apoyo terrestre a la misión de aterrizaje en la Luna? —Gregor rio de nuevo, obviamente estaba disfrutando de la situación en la que se encontraba.

Jackson no se estaba divirtiendo nada.

—Sal de esta frecuencia, ruso —gruñó—, estás creando un incidente internacional.

—Eso espero —replicó Gregor—. *Apolo*, repito mi oferta. El control de Kaliningrado les proporcionará apoyo terrestre para un aterrizaje lunar y

misión de regreso. ¿Desea que lo asistamos?

Rick sintió que las carcajadas le subían por la garganta. ¿Podía fiarse de que los rusos guiaran a un *Apolo* en una misión a la Luna? ¿Ayudarían a una tripulación estadounidense a reactivar la misión que había avergonzado a su país hacía treinta años? Probablemente. La Guerra Fría estaba muerta y enterrada y el Muro de Berlín fue su tumba. Si podrían o no hacerlo era otra cuestión. El ordenador que tenía era tan anticuado como los 36k de la memoria de núcleos envuelta en cables que había bajo la consola de navegación.

Pero, en realidad, Rick no tenía elección. Houston trataría de detenerlo a cada paso. Y por otra parte, una misión internacional no sonaba nada mal. Rick necesitaría tener a alguien de su parte cuando regresara. Si es que regresaba. Sacudiendo la cabeza, dijo:

—Cualquier puerto es bueno en una tormenta, Kaliningrado. Aceptamos la oferta.

—¡Esto es traición! —gritó Jackson, pero Rick lo ignoró.

—Vamos para allá, *Apolo* —dijo Tessa.

—¿Ya están preparados? —Se necesitaban dos horas de respiración previa de oxígeno puro para purgar el nitrógeno del flujo sanguíneo de un astronauta antes de que este pudiera salir de la nave; Tessa y quienquiera que fuese con ella debían de haber empezado antes incluso de que Rick despegara.

—Medidas para casos de emergencia —replicó Tessa con una nota de diversión en la voz—. Podías haber necesitado que te rescatáramos.

—Ah, por supuesto —dijo Rick.

Jackson lo intentó de nuevo.

—Tessa, piénsalo. Estás tirando toda tu carrera a la basura para nada.

—Yo no llamaría «nada» a un aterrizaje lunar.

—Es un maldito fantasma. Es peor que nada. ¡Podrías matarte!

—Sí, podría, ¿no es verdad? —dijo Tessa—. De hecho, todos podríamos matarnos. O peor aún, podríamos abandonar nuestro sueño y dedicarnos a lanzar satélites y ponerlos en órbita hasta que el Congreso decida que los vuelos espaciales con personas son una pérdida de tiempo. No quiero morir en un geriátrico pensando que he desperdiciado mi única gran oportunidad de formar parte de una misión espacial real.

Ella gruñó y Rick vio que la puerta del compartimento estanco de la lanzadera se abría. Una figura vestida con un traje espacial blanco emergió seguida de otra. Rick se preguntaba quién sería la segunda persona. ¿Algún miembro regular de la tripulación de la lanzadera? No parecía probable.

Necesitaban a alguien para regresar de vuelta. Rick repasó mentalmente la lista y encontró la elección obvia: Yoshiko Sugano, la astrónoma japonesa. Su paleta instrumental estaba diseñada para liberarlo de la molesta vibración de la lanzadera y ella estaba entrenada para guiarlo a través de control remoto. Entendía de maniobras de ataque más que la mayoría de los astronautas normales, sería una perfecta piloto del módulo de mando. Aparte de que ella convertiría la misión en algo verdaderamente internacional, algo que Tessa seguro que había considerado mucho antes de que Kaliningrado entrase en escena.

Estaba casi seguro. Vio que las dos figuras se chocaban contra el *Apolo* y se acercó para abrir la escotilla. Entonces, Rick vio la cara sonriente de Tessa a través de su casco, y tras ella estaba Yoshiko. No parecía tan contenta como Tessa, pero había ido.

—Solicitamos permiso para subir a bordo —dijo casi sin aliento.

—Sí, sí, por supuesto —dijo Rick mientras las ayudaba a ella y a Tessa a pasar a través del estrecho rectángulo. Era algo estrecho, habían modificado su traje para que cupiera bien, pero los trajes espaciales normales no estaban diseñados para pasar por la escotilla del *Apolo*. Por un momento, Rick sintió algo de pánico al plantearse si podrían entrar por la escotilla. Vaya, todo podía estropearse si no podían entrar.

Era demasiado tarde para preocuparse por eso. Como Aldrin y Armstrong, tendrían que improvisar en el momento.

Finalmente consiguieron entrar y sentarse en los asientos. Jackson trató de fanfarronear un poco más amenazándolos con ir contra ellos y toda la piratería de la Federación Rusa, pero Rick dijo:

—Esta nave no pertenece a la NASA. No pertenece a nadie. O quizá a todo el mundo. En cualquier caso, si no va a ayudarnos, abandone esta frecuencia, tenemos que comunicarnos con nuestro control terrestre.

—¡Nosotros somos su control terrestre! —gritó Jackson—. Y les digo que regresen al perfil original de la misión.

—Lo siento —dijo Rick—, Kaliningrado está al control de este vuelo. Por favor, salga de la emisora.

Jackson dijo algo más, pero Gregor habló a la vez y ambas transmisiones fueron inteligibles.

—Repita, Kaliningrado, repita —dijo Rick, y esta vez Jackson se mantuvo callado.

Gregor dijo:

—Aún tienen una oportunidad de hacer vuestro lanzamiento original si pueden prepararse para la propulsión en los próximos cincuenta minutos. ¿Creen que eso es posible?

Rick miró a Tessa, que asintió y le levantó los pulgares en señal de aprobación. Yoshiko, con los ojos muy abiertos, tan solo se encogió de hombros. Era su primer vuelo espacial y era obvio que no estaba resultando como ella había imaginado.

—Tendremos que quitarnos estos malditos trajes —dijo Tessa—, los nuestros no han sido modificados para caber en estas sillas ni para el lanzamiento TLI. Probablemente nos romperíamos el cuello si lo intentásemos con estos trajes.

—Quítenselos entonces —dijo Gregor—, y prepárense para la aceleración en cincuenta y tres minutos.

—¡De acuerdo! —Rick se aseguró de que la escotilla estaba sellada y luego presurizó la cabina. Cuando el indicador se acercó a las cinco libras se giró el casco hasta que los pestillos se abrieron y se lo quitó. Tessa y Yoshiko hicieron lo mismo.

Solamente los tres cascos casi llenaban el espacio entre sus cabezas y los paneles de control. Quitarse los trajes fue como representar una comedia en un armario: se chocaron los unos con los otros y se golpearon la cabeza y los hombros mientras trataban de quitárselos. Los mandos de control tenían protecciones rodeándolos: redondeados circuitos de metal que parecían esas anticuadas tapas abatibles de las latas que estaba a los lados de los botones para evitar que a la gente se le derramara accidentalmente la bebida. Aun así, Rick se estremecía cada vez que alguien rozaba el panel con una mano o un pie.

—Esto es ridículo —dijo Tessa riendo—, quitémonoslo de uno en uno. Así nos ayudaremos unos a otros.

—Correcto —dijo Rick—, tú primero.

Él y Yoshiko quitaron a Tessa el cinturón que llevaba alrededor del traje y le levantaron la parte de arriba por encima de la cabeza. Luego Yoshiko le sujeto los hombros mientras Rick la ayudaba con la parte de las piernas. Esto la dejaba vestida con el traje de ventilación de Spandex. No era tan cómodo como la ropa normal, pues llevaba unos tubos de plástico y unas mangueras de aire que subían por las extremidades, pero aun así era mejor que el traje espacial. También se dejó puesto su «sombbrero Snoopy» portacomunicaciones para poder escuchar las señales terrestres de radio. Rick dejó el traje en el área de equipamiento tras los asientos y él y Tessa ayudaron

a Yoshiko a salir del suyo. Finalmente, las dos mujeres lo ayudaron a él a salir del suyo. Era algo delicado; en un momento dado, Rick se encontró con la cara presionada contra el pecho derecho de Yoshiko, pero cuando dijo: «¡Uy, lo siento!», y se apartó, se golpeó la cabeza contra el panel de control.

Yoshiko rio y dijo:

—No te preocupes. Creo que antes de que esto termine estaremos bastante familiarizados los unos con los otros.

Rick miró a Tessa, con quien ya se había familiarizado en tierra, y vio que sonreía.

—En tus sueños, Rick —dijo—, aquí no hay ni espacio para rascarse la nariz.

Yoshiko y el enrojecieron.

—No es eso en lo que estaba pensando —dijo él.

—Seguro que no. Ten cuidado, Yo; es insaciable. Afortunadamente, la lista de control lo mantendrá tan ocupado que no podrá echarnos las zarpas.

Yoshiko rio nerviosa y Rick se dio cuenta de que la había cagado. Nada de lo que dijera lo redimiría.

Afortunadamente, Tessa estaba ya comprobando la lista de control. Aparte de almacenar los trajes espaciales, también tenían que apartar el *Apolo* de la lanzadera, que por sí sola ya estaba yéndose hacia atrás; luego debían orientar la nave correctamente para el encendido que los pondría en órbita, y todo esto mientras se aseguraban de que el resto del equipamiento y los elementos electrónicos funcionaban correctamente.

Una media órbita después, su momento de la verdad se aproximaba y esperaron nerviosos a que pasaran los últimos minutos. Los motores estaban preparados, el ordenador que los guiaría estaba encendido y Kaliningrado había calculado el momento perfecto para empezar y la duración del encendido por si debía hacerse con el control manual. Mientras Rick, en el asiento izquierdo, acercaba su dedo al botón de encendido manual, Tessa dijo:

—Eh, aún no le hemos puesto nombre a la nave. No podemos dirigirnos hacia la Luna sin nombre.

—No, eso nos daría mala suerte —estuvo de acuerdo Yoshiko.

Las dos miraron a Rick, que se encogió de hombros y dijo:

—No lo sé. No había pensado en eso. ¿Qué tal *El fantasma* o *El espectro*?

Tessa negó con la cabeza.

—No, eso da un mensaje erróneo. Necesitamos algo más positivo, con esperanza. Como *Segunda Oportunidad* o...

—Tú lo has dicho: *Esperanza* —dijo Yoshiko. Luego, mirando a Rick, dijo—: O *El Espíritu de la Esperanza* si quieres mantener el rollo espectral.

Rick asintió.

—Sí, me gusta.

—A mí también —dijo Tessa mientras se lamía el dedo índice, luego dio un golpe en la escotilla, en el collar de acoplamiento (el lugar más alto al que llegaba), y dijo—: Yo te bautizo *Espíritu de la Esperanza*.

La voz de Gregor se escuchó a través de la radio.

—Muy bien *Espíritu de la Esperanza*. Prepárense para la inyección translunar en treinta segundos.

El DSKY, el teclado y panel primitivo, parpadeó y apareció la palabra «¿Listo?». Era su última posibilidad de abortar. Rick prácticamente no dudó al presionar el botón. Ya se había comprometido.

Los tres astronautas mantuvieron la vista fija en los mandos por si había algún problema mientras Gregor llevaba la cuenta atrás. Fue como si los segundos duraran una eternidad, pero finalmente Gregor dijo:

—¡Ahora! —En ese momento el motor de tercera fase IV-B del Saturno se encendió automáticamente por última vez, haciendo que todos se sintieran aprisionados contra los asientos durante el impulso. Rick apartó su mano del botón de encendido manual y la dejó descansar en el apoyabrazos.

La cabina retumbó con suavidad. La aceleración era bastante más suave que cuando habían ascendido a través de la atmósfera. Rick miró a la Tierra a través de la ventana, pero la velocidad le nubló la vista hasta que solo fue una pequeña mancha blanca y azul.

El encendido continuó durante cinco minutos más y los propulsó de 17 000 millas por hora a 25 000 mientras se alejaban de la Tierra. Casi al final del encendido, Rick acercó su mano al botón limitador de potencia por si el ordenador no paraba el encendido en el momento correcto. Pero al mismo tiempo que Gregor les dio la señal se escuchó el silencio. La mano de Rick se inclinó hacia delante y presionó el botón igualmente, aunque no era necesario. Se deslizaban en dirección a la Luna.

5

Tan pronto como se levantaron de los asientos empezaron a hacer el inventario. Tenían por delante tres días de navegación antes de llegar a la Luna, lo cual era tiempo más que suficiente para investigar la diminuta cápsula. Cada centímetro cúbico de la nave estaba lleno con algo y la única manera de averiguar lo que había era desembalarlo, inspeccionarlo y ponerlo de nuevo en su sitio. No había sitio para dejar las cosas fuera, de hecho, casi no podían ni investigar la nave a la vez.

Yoshiko había tenido razón: una vez que hubo pasado la primera media hora dejaron de preocuparse de chocarse los unos contra los otros. De hecho, intentar evitar chocarse solo los hacía estar más al tanto los unos de los otros, así que simplemente ignoraban la forzada intimidad en la que se encontraban y seguían con su trabajo mientras se rozaban con los codos, los pies y otras partes del cuerpo de los compañeros que se interponían en su camino. Sus trajes de ventilación de Spandex al menos les permitían la ilusión del rescate, lo cual era lo único que podían pedir en aquel diminuto espacio.

A Rick no le importaba rozarse con Tessa y tampoco parecía que a ella le importara. Ambos se sonreían como recién casados y el aire entre ellos estaba tan lleno de energía que saltaban chispas. Se besaron una vez mientras Yoshiko estaba ocupada en el área de equipamiento, solo fue un rápido roce de sus labios, pero un escalofrío recorrió la espina dorsal de Rick.

Aquello era mejor de lo que hubiera sido hacer con ella un vuelo en lanzadera.

Al menos en la mayor parte de los sentidos. La convicción de Rick flaqueó un poco cuando Yoshiko encontró la comida envasada al vacío. Estaba en bolsas de plástico que tenían unos pequeños tubos por los que debían meter agua para rehidratar la comida y luego chupar la mezcla resultante. Rick y Tessa se rieron ante la incrédula expresión de Yoshiko cuando vio cómo funcionaba.

—¿Cómo pasta de dientes? —preguntó.

Rick, que en otoño del 69 había probado la versión comercial en el colegio, respondió:

—Y sabe a pasta de dientes.

—Nos mantendrá con vida —dijo Tessa—, eso es lo que cuenta. No creo que me sepa a nada de todas formas.

Estaba jugando con algo que había encontrado. De repente sonrió y dijo:

—¡Sonrían! —Cando Rick y Yoshiko levantaron la mirada vieron que tenía una cámara de televisión con la que los enfocaba—. Eh, Gregor, ¿puedes ver la imagen? —preguntó mientras enfocaba a Rick y a Yoshiko.

—*Da*, afirmativo —dijo Gregor—, recibo una señal muy clara.

—Genial —dijo Tessa mientras enfocaba lentamente toda la cabina. Luego se acercó a la ventana y enfocó la Tierra, que se veía diminuta.

—Maravilloso —dijo Gregor—, perfecto. Lo estamos grabando todo, pero si esperan unos minutos los pondremos en directo en antena a nivel nacional.

—Estás de broma —dijo Tessa girando la cámara hacia el interior de la nave.

—*Nyet*. Estamos trabajando en eso ahora mismo, es por la noche en Rusia, ¿qué les parece si interrumpimos algunas viejas películas de terror? Esto es mucho más interesante.

—¡Guau! ¿Escuchan eso, Houston? Los rusos nos van a sacar por televisión en directo.

Habían permanecido en silencio desde antes del encendido TLI, pero en ese momento, Laura Turner, la comunicadora habitual dijo:

—Les leemos, esto... *Esperanza*. También recibimos vuestra señal. Hola, Rick. Hola, Yoshiko.

—Hola —dijeron Rick y Yoshiko mientras saludaban a cámara. Podían escuchar algo de conmoción de fondo; Houston o Kaliningrado, no sabían cual.

Yoshiko dijo:

—¿Me pregunto si alguien de Japón estará recibiendo esto?

Unos segundos más tarde, una nueva voz dijo:

—Sí, lo estamos recibiendo. Soy Tomiichi Amakawa desde el Centro Espacial Tanegashima y solicitamos permiso para unirnos a la comunicación.

—Por supuesto —dijo Gregor—, bienvenidos a la fiesta.

—Gracias. Nosotros también nos estamos preparando para emitir en directo. Yoshiko, tengo un mensaje para ti de tus compañeros de la universidad. Están muy enfadados contigo por abandonar su observatorio y también te desean buena suerte.

Ella sonrió.

—Transmíteles mis disculpas y dales las gracias. ¡Ah!, y diles que si alguno de ellos hubiera actuado de manera diferente es que tiene piedras en lugar de corazón.

—Ah, te envidian. Todos lo hacemos.

—Deberían. Esto es una experiencia increíble.

—Estamos listos. Quizá deberían hacer una pequeña introducción para que la gente sepa por qué de repente estamos transmitiendo desde el espacio —dijo Gregor.

—Correcto —dijo Tessa. Señaló a Rick con la cámara—. Adelante Rick, sabes más de esto que el resto de nosotros.

Rick tragó saliva, algo nervioso. Toda Rusia y Japón los estarían observando. ¿Y quién sabía quién más? Cualquiera que tuviera televisión por satélite podría captar la señal. Se tiró el pelo hacia atrás, se chupó los labios, nervioso, y dijo:

—De acuerdo. Está bien, hola, soy Rick Spencer, un astronauta norteamericano; esta es Yoshiko Sugano, de Japón, y tras la cámara está Tessa McClain, también norteamericana. —Tessa giró la cámara para que la enfocase. Saludó con la mano y, al tirarse hacia atrás, se golpeó la cabeza con la parte de atrás de uno de los asientos. Los tres astronautas rieron y Rick sintió que empezaba a relajarse. Cuando Tessa lo enfocó de nuevo, dijo—: Como probablemente ya sabéis, la NASA ha estado plagada de fantasmas los últimos tres meses. Cohetes *Apolo* fantasmas. Bueno, nosotros hemos decidido ver si alguien podía subir en uno de ellos y orbitar. Una vez que llegué aquí recogí a Tessa y Yoshiko del *Discovery* y aquí estamos. —No quiso mencionar el hecho de que se habían negado a cumplir las órdenes de la NASA. Que lo dijeran ellos si querían. Si querían, podían dejar a la agencia espacial como al Grinch.

Rick continuó:

»A pesar de su misterioso origen, parece una nave *Apolo* normal. Es tan sólida como la original. —Dio un golpecito a una de las pocas paredes desnudas con los nudillos—. Como podéis ver está todo abarrotado, pero hay una cantidad increíble de cosas en este cubículo de trece pies de ancho. Vamos a enseñarles algo. —Con aquellas palabras a modo de introducción, Rick guio a la cámara a través del módulo señalando los mandos y algunas otras comodidades, incluyendo una colección de bolsas de basura—. Son primitivas, pero no se rompen en los momentos malos, como hace el lavabo de la lanzadera cada dos por tres. —Señaló los paneles de control de nuevo,

enfocando los cientos de interruptores, mandos y dijo—: Esto es todo el concepto *Apolo* en pocas palabras. Nada es bonito, pero hace bien su trabajo. Y si Dios quiere, Dios o quienquiera que sea responsable de esto, volverá a hacer bien su trabajo.

Tessa sujetó la cámara enfocando el panel de control hasta que Gregor dijo:

—Gracias Rick. Hemos estado ojeando el manual por aquí y parece que es hora de que acoples el módulo lunar. ¿Están listos para eso?

Rick se preguntó qué manual estaban consultando. Probablemente una copia del libro de Aldrin *Hombres de la Tierra* o alguno de los libros que se habían publicado por el veinticinco aniversario del aterrizaje en la Luna. Incluso era posible que tuvieran copias de las listas de control de los vuelos originales. Los soviéticos habían tenido una buena red de espías allá por los años sesenta.

No importaba. Tenían que acoplarlo con el LM, eso era obvio. Rick miró a Yoshiko.

—¿Quieres intentarlo? —le preguntó—. Me he entrenado un poco con estos propulsores en el simulador, pero tú eres nuestra experta en maniobras de acoplamiento. ¿Quieres probar?

Ella tragó saliva, se daba cuenta de que era un momento en el que podía brillar o cagarla, pero asintió y dijo:

—Sí, por supuesto. —Y se sentó en la zona del piloto.

Rick y Tessa se sentaron a sus lados y gracias a las instrucciones de Gregor soltaron los cerrojos que separaban el módulo de mando del propulsor S-IV-B y expusieron el módulo lunar, que todo aquel tiempo había estado tras ellos todo el camino. Yoshiko experimentó durante unos minutos con el controlador manual, familiarizándose con los propulsores mientras Tessa filmaba todo el proceso y se lo mostraba a la gente que los veía desde casa. Se veía a Yoshiko mirando por las diminutas ventanas mientras se concentraba en llevar el CSM hacia el collar de acoplamiento en la parte superior de la cápsula, señalando a la escotilla de la parte superior del LM. Un suave impulso de los propulsores delanteros bastó para acercarlos a unos pocos pies por segundo. Se desviaron ligeramente a un lado, pero ella corrigió la trayectoria con otra propulsión y se dirigieron en línea recta los últimos pies que quedaban. Los anillos de acoplamiento se encontraron a unas cuantas pulgadas del centro, pero las guías orientadas que sobresalían por la parte de arriba del módulo de mando hicieron su trabajo, y con un pequeño giro a un

lado se escuchó el sonido del acoplamiento de los metales y las dos naves se unieron.

—Pestillos acoplados —dijo Rick cuando los indicadores se encendieron. Estiró la mano y apretó la de Yoshiko—. Eso ha estado genial. ¡Kaliningrado, estamos en marcha!

Yoshiko suspiró y, por primera vez en varios minutos, pestañeó. Por la radio se escuchó a Gregor:

—Enhorabuena. Y gracias por la cobertura en directo. Quizá les interesará saber que millones de personas en Rusia y en la mayor parte de Europa los han estado viendo.

—En Japón también —dijo Tomiichi.

Tessa silbó con suavidad.

—¡Guau! ¿La gente está viendo una misión espacial? Quién lo hubiera dicho. Como en los viejos tiempos, ¿eh?

—Ha pasado mucho tiempo. Ha nacido toda una nueva generación que nunca ha visto un vuelo lunar. Puede que la gente se interese otra vez —dijo Yoshiko.

Rick miró a través de la ventana hacia la Tierra. ¿La gente se interesaba de nuevo? Después de años realizando vuelos de lanzaderas, de astronautas interviniendo en espectáculos científicos que solo se emitían en canales educativos (y eso cuando estos canales se habían quedado sin programas de cocina y de pintura), después de todo eso, era difícil de creer. Pero, evidentemente, era cierto. Al menos en ese instante gente de todas partes del mundo estaba alzando la vista hacia el cielo una vez más.

Desde arriba, la Tierra se veía más brillante, diferente. Rick parpadeó y luego se estremeció al oír el grito de Tessa.

6

Rick giró la cabeza hacia Tessa para ver por qué estaba gritando. Ella señaló el panel de control.

—¡Se está desvaneciendo! —dijo.

Y era cierto, toda la nave espacial se estaba volviendo traslúcida. A través de la mitad de la nave podían ver la Tierra, sin necesidad de mirar por la ventana. Era como mirar a través de unos cristales tintados, pero cuanto más miraba más traslúcidos se hacían.

—Joder —susurró Rick. El corazón empezó a latirle con fuerza. Aún no habían perdido aire, pero todo aquello seguía desvaneciéndose...

—¡Los trajes espaciales! —chilló Yoshiko mientras corría a tomar uno.

—*Esperanza*, ¿qué está sucediendo? —preguntó Gregor con la voz tensa.

—Tenemos... —dijo antes de que su voz se apagase. Tragó saliva y dijo —: Kaliningrado, tenemos un problema. —Ayudó a Yoshiko a ponerse el traje pero supo que estarían muertos igualmente si la nave desaparecía. En sus trajes espaciales solo podrían sobrevivir siete horas, como máximo, antes de que se quedaran sin aire.

—¿Qué tipo de problema? —preguntó Gregor.

—La nave está desapareciendo —dijo Rick mientras sujetaba la parte de abajo del traje espacial de Yoshiko para que ella pudiera meter los pies dentro.

—¿Pueden verlo en la transmisión televisada? —preguntó Tessa mientras enfocaba con la cámara a la traslúcida nave a través de la cual se podía ver la Tierra. Su respiración era agitada, pero tras aquel grito inicial había logrado mantener la calma.

—Sí, podemos —dijo Gregor.

Rick estaba teniendo más problemas que Tessa para impedir que el miedo lo dominase, pero un pensamiento repentino lo hizo olvidar sus propios problemas por un instante.

—Corta la transmisión —le dijo.

—¿Por qué?

—¿Acaso quieres otro *Challenger*?

—¡Oh! —Tessa apagó la cámara. Lo comprendía perfectamente. La mayor catástrofe del *Challenger*, según palabras del programa espacial, no fue que estallara, sino que millones de personas vieron la explosión. La NASA nunca había llegado a recuperarse de aquello. Si el mundo entero veía cómo el *Espíritu de la Esperanza* mataba a su tripulación, aquello destruiría todo el interés renovado en explorar el espacio que habían creado.

—Es demasiado tarde —dijo Tessa—, ya sabrán qué es lo que nos ha matado.

Pero mientras lo decía, las paredes se hicieron sólidas de nuevo. Yoshiko paró de luchar por meterse en su traje espacial y Rick simplemente miró las paredes de metal.

—*Esperanza*, ¿cuál es su situación? —preguntó Gregor.

—Ha vuelto —dijo Rick—, la nave es sólida otra vez.

—¿Qué ha pasado? ¿Saben qué lo ha causado?

—Negativo, negativo. Simplemente empezó a desvanecerse y luego volvió de pronto.

—¿Hicieron algo que pueda influenciarlo?

Rick Miró a Tessa y luego a Yoshiko. Ambas mujeres negaron con la cabeza.

—Es difícil de decir —dijo Rick—, chillamos, corrimos por los trajes espaciales y Tessa apagó la cámara.

—Nos dimos cuenta de que íbamos a morir —dijo Tessa, y al ver que Rick fruncía el ceño, añadió—: Bueno estamos tratando con un fantasma. Puede que eso sea importante.

—Puede ser —admitió Rick.

Gregor dijo:

—¿Hay indicaciones anormales ahora?

Rick miró los controles en busca de pistas, pero no había ninguna. Ni habían perdido presión, ni fuerza, nada.

—Negativo, Kaliningrado —dijo—, de acuerdo al salpicadero, aquí todo está correcto.

Gregor rio, pero fue una risa estridente.

—Empiezo a arrepentirme de mi precipitada decisión de supervisar esta misión. ¡No teman! No voy a abandonarlos, pero esto es preocupante. ¿Debería consultar a los ingenieros o a una médium?

—¿Y qué tal a ambos? —sugirió Rick.

Gregor hizo una pausa y luego dijo:

—Sí, por supuesto, tienes razón. Nos pondremos a trabajar ahora mismo.

Los astronautas se quedaron quietos un momento, dejando que su respiración y ritmo cardíaco volvieran a la normalidad. Rick miró a Yoshiko, medio metida en su traje espacial, y a Tessa, que sujetaba la cámara como si fuera una bomba que podría explotar en cualquier momento. Yoshiko se acercó y tocó el panel para asegurarse de que seguía siendo sólido y luego subió la temperatura de la cabina.

—Tengo frío —dijo.

Rick rio.

—Eso no es sorprendente. Se supone que los fantasmas hacen que la gente sienta frío.

Tessa entrecerró los ojos.

—¿Qué?

—Simplemente estaba pensando. Los fantasmas hacen que la gente sienta frío. Se repiten a sí mismos. ¿Qué más hacen? Si podemos descifrar las normas quizá podamos evitar que esto desaparezca antes de que regresemos a casa.

Quizá simplemente se trataba del alivio que sentía tras el miedo inicial, pero la intensa mirada de Tessa era como una especie de interruptor que lo encendía. Trató de prestar atención a lo que ella estaba diciendo. Sí, necesitaban entender las normas.

—Bueno —dijo—, a veces hacen ruidos como lamentaciones.

Tessa asintió.

—Y dejan un rastro de babas por todas partes.

Rick tocó el borde del asiento. Tan solo había metal y nylon. No había babas.

—No creo que estemos tratando con ese tipo de fantasmas —dijo.

—¿No se supone que los fantasmas son el resultado de algún destino incompleto? —preguntó Yoshiko.

—Sí —dijo Rick—, creo que en este caso sí se podría aplicar.

—Te refieres a Neil Armstrong, ¿verdad?

—¿A quién si no?

—No lo sé. Lo de Armstrong no tiene sentido. Él ya llegó a la Luna. Si esto fuera lo que quiere completar, yo estaría pensando más bien en algo como una nave a Marte o una estación espacial real. No sé, algo así.

—Ese es un buen punto de vista —dijo Tessa—, pero si este fantasma no es de Armstrong, ¿de quién es?

Rick rio.

—Bueno, la NASA piensa que es de ellos. Puede que la organización esté realmente muerta y no lo sepamos.

—¿Ha habido algún otro recorte presupuestario por parte del Congreso?
—preguntó Tessa.

Rick rio, pero Yoshiko negó con la cabeza.

—No, no, ¡creo que lo tienen!

—¿Qué? ¿Es un fantasma de la NASA?

—En cierto modo, sí. ¿Y si es el fantasma de todo vuestro programa espacial? Cuando Neil Armstrong murió, también lo hicieron los sueños de miles de entusiastas del espacio de toda la nación. Quizá de todo el mundo. Les recordó que una vez habían ido a la Luna pero que ya no era posible. Quizá los sueños incompletos de esas miles de personas crearon esta nave.

Rick miró otra vez a la Tierra a través de la diminuta y triangular ventana. ¿Era posible que estuviera montado sobre una fantasía global?

—No —dijo—, eso no puede ser. Los fantasmas son cosas individuales. Víctimas de asesinatos. Gente que se ha perdido en tormentas.

—El hundimiento de un barco —dijo Tessa—, eso podría ser común.

—De acuerdo —admitió Rick—, pero necesitan un observador. No se convierten de repente en fantasmas porque sí.

El pelo le cayó sobre la frente a Tessa y ella se lo apartó por detrás de las orejas.

—¿Cómo lo sabes? Si un fantasma vaga por el bosque...

—Sí, sí, pero algo hizo que esto empezara a desvanecerse hace un minuto y que volviera después. Eso me parece un fenómeno individual.

Yoshiko asintió con fiereza.

—¿Qué? —le preguntó Rick.

—Creo que tienes razón. Y, en ese caso, creo que sé de quién es el fantasma.

—¿De quién?

—Es tuyo.

Rick, que esperaba que ella nombrase a cualquiera menos a él, rio.

—¿Mío?

—Sí, tuyo. Tú eres el que está al mando, tiene sentido que también controles la... la parte más espiritual de la misión.

Ambas mujeres lo miraron con aprecio. Unos instantes antes, Rick había sentido que la mirada de Tessa era incitadora, pero ahora la sentía acusadora.

—Eso es ridículo —dijo—, yo no tengo el control de la nave. Excepto el control habitual, claro —dijo antes de que nadie pudiera discutir sobre ese

aspecto—. Además, los dos primeros lanzamientos no tenían a nadie a bordo. Yo ni siquiera estaba allí la segunda vez.

—No, pero estabas allí en el primero, el día después del funeral de Neil. Y acababas de volver de tu vuelo con el trasbordador espacial y estabas deprimido por todo lo que había ido mal cuando despegó el segundo. Si alguien estaba convencido de que el programa espacial había muerto, ese eras tú.

Rick se sujetó al panel de control y trató de mantener la calma.

—¿Así que crees que yo estoy canalizando la angustia de todos los Trekkies y críos de catorce años del mundo que desean ser astronautas?

—Es posible. ¿En qué estabas pensando ahora mismo?

—¿Cuándo empezó a desvanecerse? Estaba pensando en... —dijo Rick arrugando la frente y tratando de recordar—, en lo bien que me sentía al ver que la gente volvía a interesarse por en el espacio.

—¿Lo ves?

—No, no veo nada —dijo Rick exasperado—. ¿Qué tiene que ver con esto?

—Es la correlación perfecta. Cuando pensabas que a nadie le importaba y que la exploración espacial estaba muerta tuviste tu propio *Apolo*, pero cuando pensaste que el resto del mundo quería volver al espacio desapareció.

—Y regresó cuando pensaste que nuestras muertes arruinarían el renovado interés.

Rick sentía que la cabeza le daba vueltas con aquel extraño pensamiento de que quizá él fuera el responsable de todo aquello. La manera en la que Tessa y Yoshiko lo presentaban tenía sentido, pero no podía llegar a creerlo.

—Venga —dijo—, esto es una nave espacial, no una... una vaga sombra en medio de la niebla. Tiene remaches, botones... tiene un... bueno un... soporte físico. —Hizo un gesto mostrando las paredes que los rodeaban.

—¿Y qué? —dijo Tessa—, ya sabemos que es un fantasma. Esa no es la cuestión. La cuestión es si tú estás detrás de todo esto o no.

—No lo estoy —dijo Rick.

—¿Seguro? Yo creo que sí. Y sería muy fácil probarlo. Experimentémoslo y descubrámoslo.

Rick sintió que el corazón se le desbocaba. Todas las emociones que había sentido por Tessa hacía unos instantes se estaban desvaneciendo a causa del pánico. Un fantasma palpable era una cosa, podía llegar a aceptarlo aunque no lo entendiera, pero la noción de que de alguna forma él podría estar ejerciendo control sobre él lo asustaba demasiado.

—No lo hagamos.

Tessa se acercó más a él.

—Estuviste de acuerdo en que debíamos conocer las reglas para evitar que desapareciera de nuevo. Tenemos una teoría, así que experimentemos para ver si estamos en lo cierto.

Rick miró por la ventana de nuevo. Los rodeaba la oscuridad del espacio. No había estrellas y la Tierra cada vez se alejaba más. La vista lo estremeció. Por primera vez desde el lanzamiento comprendía lo lejos que estaban para recibir ayuda. Fuera o no fuera el responsable del fantasma, era responsable de las vidas de tres personas. Y quizá, solo quizá, también de los sueños de algunas personas que estaban en sus casas. Giró y dijo:

—Ya tenemos bastantes cosas que hacer como para añadirle lo de experimentar. Tenemos que conseguir que esta nave empiece a rotar o sobrecalentaremos la parte que da al sol. También tenemos que fijar el rumbo del navegador y comprobar el módulo lunar. ¿Correcto, Kaliningrado?

—Sí —dijo Gregor—. La temperatura está subiendo y... —Unas voces que estaban fuera del radio de escucha lo hicieron parar. Luego continuó—: Nuestros ingenieros creen que vuestra teoría es correcta, pero les piden que se abstengan de experimentar esta vez.

—¿Sus ingenieros están de acuerdo? —preguntó Tessa.

—Exacto.

—¿Estará bromeando, no?

—*Nyet*. Yo... —Se escucharon más voces de fondo y luego Gregor dijo—: no puedo decirles nada más aún. Por favor, dennos más tiempo para estudiar el problema antes de que hagan algo... inusual.

Rick asintió y se sentó en el asiento de nuevo. Obviamente, Gregor les estaba ocultando algo, pero no podía saber si era ignorancia o si les ocultaba información. Rick no lo sabía. En cualquier caso, se alegraba de lo que les había dicho.

—Estoy de acuerdo al cien por cien. Pongámonos a trabajar.

Tessa lo miró como si fuera a protestar, pero unos segundos después guardó la cámara y se sentó también. Yoshiko sonrió y sacudió la cabeza.

—Tú lo has dado por sentado —dijo mientras se sentaba también.

Rick sabía que ella tenía razón. Mientras trabajaban para conseguir que la astronave girase, consideró lo que Yoshiko y Tessa habían dicho. Lógicamente, si una persona era responsable de las manifestaciones *Apolo*, él era tan buen candidato como cualquier otro. Pero a pesar de su miedo a los experimentos, no podía creerlo. Él no se sentía responsable de nada; y menos del desvanecimiento que acababa de ver. Su propia vida estaba en juego y, a pesar de todo, no tenía deseos de morir.

Empezó a pensar en eso mientras repasaban la lista de control. ¿Estaría él allí si no hubiera sido el responsable? Tantas cosas podían ir mal... de hecho podían llevarlos hasta la muerte. Hasta las cosas más rutinarias contenían elementos peligrosos. Por ejemplo, cuando tocaba soplar los tornillos que separaban la tercera fase del S-IV-B de debajo del módulo lunar, el alargado tubo empezaba a rodar, girando de una parte a la otra y esparciendo propelente demasiado cerca de ellos. Quitaron el «rollo barbacoa» sin problemas y la temperatura se igualó, pero cuando Rick se acercó a los instrumentos de navegación en la zona de equipamiento descubrió que toda la maniobra los había desviado de su curso.

—Parece que estamos más cerca de una trayectoria polar que de una ecuatorial —informó a Kaliningrado una vez que hubo situado una estrella guía y una marca lunar y hubo dejado que el ordenador calculase la posición. Una ruta polar no era algo bueno; aterrizar sería mucho más fácil si se mantenían cerca del ecuador de la Luna. Así el módulo de mando pasaría por encima de la zona de aterrizaje en cada órbita, y así ellos tendrían una lanzadera cada dos horas en vez de tener que hacer un cambio en el gasto de combustible.

—*Da*, nuestro radar confirma vuestras medidas. Esperen un momento que calculemos para corregir la ruta.

—De acuerdo. —Rick se sentó de nuevo en el asiento y utilizó una corta propulsión del motor para ponerlos de nuevo en curso hacia la zona ecuatorial. Al menos eso les proporcionó algo de alivio ante la otra incómoda

preocupación que los acechaba. El motor SPS era la última conexión con la cadena multifase que los había llevado tan lejos, y si había fallado al encenderse no podrían ni entrar en la órbita lunar, ni siquiera hacer las correcciones necesarias en la trayectoria para poder regresar a casa.

Después del encendido, debían comprobar el módulo lunar. Con Yoshiko siguiéndola, Tessa abrió la escotilla entre las dos naves y luego quitó la sonda de acoplamiento para que pudieran pasar por el túnel. Rick siguió a las dos mujeres hasta la nave de aterrizaje. Tenía menos espacio incluso que el módulo de mando, así que se quedó en el túnel sintiéndose un tanto descolocado mientras observaba de arriba abajo el panel y los controles de vuelo. El motor de ascenso era un gran cilindro colocado entre los huecos en los que el piloto y el copiloto debían permanecer, algo parecido al modo en que los motores de las viejas furgonetas estaban entre el conductor y los pasajeros.

—¿Es ahí donde uno se sienta durante el descenso? —preguntó Yoshiko.

Tessa rio.

—No, eso se hace de pie, con las cuerdas sujetando tus pies a la cubierta.

—Estás bromeando.

—No.

Yoshiko echó un vistazo al espartano mobiliario. Para quitar peso, todo lo que no fuera absolutamente esencial se había quitado, incluyendo las cubiertas de los interruptores o los conductos de la instalación eléctrica. Amasijos de cables estaban expuestos a lo largo de todas las paredes y las pocas áreas de almacenamiento que había estaban cubiertas con redes de nylon en vez de con paneles metálicos. Toda la nave parecía realmente frágil y, de hecho, lo era. Una persona podría atravesar las paredes con una taladradora si quería.

—Creo que me alegro de que sean ustedes dos los que vayan a volar esto —dijo Yoshiko.

Aún no habían hablado de quién se quedaría en el módulo de mando mientras los otros dos bajaban a la Luna. A pesar de que la opción más lógica era que Yoshiko se quedara en el módulo de mando, donde sus habilidades eran más útiles, Rick dijo:

—¿Estás segura? Estaba preparado para echarlo a suertes si querías.

Ella negó con la cabeza.

—No. Esto ya es suficiente aventura para mí. Además, si conseguimos inspirar a la gente, quién sabe si tendré la posibilidad de volver más adelante. Quizá en una misión que envíe mi país.

Rick se preguntó cómo sería una nave japonesa en ese caso. Probablemente, bastante más impresionante que aquella, aunque, para ser justos, cualquiera sería mejor si se construyera con materiales modernos. La mayoría del equipamiento (los motores, los ordenadores...) podían comprarse ya hechos hoy en día. Sería mucho más fácil construirlo ahora de lo que había sido la primera vez, si la gente quisiera.

Bueno, quizá podrían. ¿Quién podía saberlo?

—Al menos tendrás más posibilidades que nosotros —dijo Tessa—, Rick y yo tendremos suerte si conseguimos no ir a la cárcel y... ¡guau!

Durante un segundo, la Luna había brillado con fuerza a través del panel de control. Fue solo un destello, pero la nave lo había hecho de nuevo.

—Eres tú —dijo Tessa señalando acusadoramente a Rick—, estabas teniendo pensamientos positivos de nuevo, ¿o no?

Su corazón empezó a latir con fuerza y un sudor frío recorrió su cuerpo cuando dijo:

—La cárcel no es exactamente mi sueño favorito.

—No, pero me jugaría lo que quieras a que antes de eso estabas pensando cosas buenas.

—Bueno, sí, pero...

—Pero nada. Cada vez que piensas que vamos a relanzar el programa espacial con esta cosa, la nave desaparece, y cuando piensas que no lo haremos vuelve a ser sólida. Admítelo.

Rick experimentó un sentimiento de claustrofobia en el estrecho acceso, pero dijo:

—¡No! Hay un millón más de factores que podrían tener que ver con todo esto. Mi optimismo o pesimismo no está controlando la nave.

—Yo creo que sí.

Se miraron el uno al otro durante unos instantes; luego Gregor dijo por la radio:

—La teoría de Tessa puede ser correcta. Nuestros estudios indican que los fantasmas pueden estar unidos a estados emocionales.

—¿Sus estudios de qué? —dijo Rick—. No se puede meter a los fantasmas en un laboratorio.

Gregor rio.

—No, pero a veces puedes llevar el laboratorio a los fantasmas. No olvides que Rusia ha estado estudiando los fenómenos paranormales desde la Guerra Fría. Puede que no lo sepamos todo sobre ellos, pero hemos aprendido una o dos cosas.

Rick y Tessa se miraron el uno al otro sorprendidos. ¿Habían llegado a obtener resultados los rusos? Imposible.

—No lo creo —dijo Rick.

Hacía mucho que el controlador japonés, Tomiichi, no hablaba, pero en ese instante dijo:

—Créanle. Los rusos no son los únicos que han estado investigando esos asuntos.

¿Los japoneses también? Rick miró a Yoshiko, que se encogió de hombros y dijo:

—Yo soy astronauta, no parapsicóloga.

—Eso es cierto —murmuró Rick, preguntándose por qué no se habría acordado de eso cuando ella y Tessa habían estado haciendo una puesta en común sobre su loca explicación. Aun así, evidentemente, alguien en Rusia (y quizá en Japón también) pensaba que tenían una oportunidad de descifrarlo.

—Y si tiene razón Kaliningrado, ¿qué sugiere que hagamos? —preguntó Rick.

—Deben tener en cuenta que podrían morir ahí —respondió Gregor—. Si Tessa tiene razón, deberías recordarte ocasionalmente que tu muerte también matará cualquier tipo de esperanza de que resurja la popularidad de los vuelos espaciales con humanos.

—Yo fui el que le hizo apagar la cámara —le recordó Rick. Después le dijo a Tessa—: Ya sé que estamos en peligro.

—Tienes que sentirlo —respondió ella—. Eso es lo que le importa al fantasma. Tienes que recordarte a ti mismo todo el tiempo que esto no es una especie de *picnic*.

Rick se encogió ante la idea de que la nave desapareciera de nuevo y los tres se quedaran flotando separados, alejándose en direcciones opuestas, hasta que no les quedase aire.

—Eso no será difícil —le dijo.

8

Mantenerse pesimista resultó ser peor de lo que habían pensado. En los dos días siguientes, mientras se aproximaban a la Luna, la nave se desvaneció dos veces más; en una de ellas se hizo casi transparente hasta que quien quiera que fuera el responsable de desvanecer la nave la devolviera a su estado natural. «Quizá soy yo», pensó Rick por segunda vez. La primera vez había sucedido cuando estaba dormido, y cuando Yoshiko lo despertó, tuvo que admitir que había estado soñando con una colonia en la Luna.

Yoshiko y Tessa lo miraban como rehenes en el robo de un banco o algo así. La mirada acusadora de ambas combinada con la adrenalina y los gritos que lo habían despertado, además de su propio miedo a la muerte, de repente lo enojaron. Mientras se frotaba los ojos para despejarse, dijo:

—Está bien, demonios, quizá sí soy yo el que lleva el control de esta cosa. Y si tienen razón sobre eso, quizá tengan razón al decir que deberíamos experimentar con eso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tessa nerviosa.

—Quiero decir que, si de repente resulta que yo soy Dios, entonces, ¿por qué no nos aprovechamos de eso? Como hacer que esta nave sea más grande o, al menos, más moderna. Que tenga una ducha, por poner un ejemplo. ¿Y algo como el *Halcón Milenario*? Quizá deberíamos ir a Alfa Centauro mientras estemos aquí.

—¡Nyet! —dijo Gregor en voz alta—. ¡No experimenten! Es más peligroso de lo que pueden imaginar.

Rick rio con fuerza.

—Bueno camarada, si estamos así es porque nos estás ocultando algo. Si saben lo que está pasando aquí, dílo. ¿Por qué no debería soñar que esto se convierte en algo grande y maravilloso en vez de la lata pequeña e incómoda que es?

—E es igual a MC al cuadrado, por eso —dijo Gregor—. Vuestro fantasma no puede violar las leyes conocidas de la física. No sabemos de dónde viene la energía para crear la... manifestación física, pero lo que sí

sabemos es que un torpe intento de manipularla podría terminar con una liberación violenta de energía.

—¿Eso saben, eh? ¿Y por qué saben eso?

Gregor habló durante un momento con otra persona que estaba con él en la sala de control y después se puso al habla de nuevo.

—Digamos simplemente que todas nuestras explosiones clandestinas de los años setenta no fueron nucleares.

Rick miró por la ventana al negro espacio.

—¿Han creado un arma de estos fantasmas? —preguntó en voz baja.

Gregor dijo:

—¿Un accidente industrial es un arma? No es útil a menos que uno pueda dirigirla, y eso es lo que estoy tratando de decirles. Eres el centro del fenómeno, pero no su jefe. Si tienes cuidado podrás mantenerlo, pero si tratas de manipularlo, podría resultar desastroso.

—Eso es lo que tú dices.

—Yo entiendo que es eso. Tampoco nosotros tenemos todas las respuestas.

A Rick se le estaba pasando el enojo, pero la frustración lo hizo decir:

—¿Y por qué no se te ocurre algo? Ya estoy cansado de pagar el pato por todo aquí arriba.

Gregor rio con suavidad.

—Estamos haciendo lo mejor que podemos, pero entenderás que tardemos o que no tengamos mucha información. Ya ves, estamos teniendo problemas para reproducir la situación en nuestros simuladores de vuelo.

—Ah, imagino que sí. —Rick tomó aire y continuó con suavidad—. De acuerdo —dijo—. Trataré de ser bueno, pero si descubris algo más sobre cómo funciona esto quiero saberlo al instante. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —dijo Gregor.

Rick se frotó los ojos de nuevo y se bajó de la silla. Miró intencionadamente a Tessa y Yoshiko y dijo:

—De acuerdo, entonces, a menos que alguien tenga alguna objeción creo que tomaré algo de desayunar.

—No hay problema —dijo Tessa levantando las manos. Yoshiko asintió. Y las dos se dieron la vuelta, o bien para darle algo de privacidad, o bien para escapar de su enfado, pero a él el motivo le dio igual.

Tessa se metió en el área de equipamiento y empezó a leer mientras él rehidrataba una bolsa de huevos revueltos secos.

—Eh —dijo ella unos minutos después—, estamos en trayectoria polar otra vez —dijo mientras miraba a Rick, que estaba sorbiendo un *brick* de zumo de naranja.

—No soy yo —protestó él—. Una órbita polar significa que no podemos aterrizar. El módulo de mando no pasará por nuestra zona de aterrizaje en todo un día lunar. —Eso eran veintiocho días en la Tierra, era demasiado tiempo para que una tripulación esperara en la superficie. A fin de que se reunieran con el módulo de mando, tendrían que hacer un cambio en la órbita de la nave, una maniobra bastante engañosa y con un costo mayor de combustible. O eso o el módulo de mando tendría que hacer algún cambio, lo cual era igual de difícil.

Yoshiko puso una cara embelesada durante unos segundos y luego dijo:

—A menos que aterricemos en el polo. El módulo de mando pasará por encima de los dos polos en cada órbita.

—¿No podemos aterrizar en el... podemos?

—Absolutamente imposible —dijo la voz Gregor—. Ni siquiera yo permitiré un riesgo como ese. Podrían tener relámpagos, temperaturas extremas... no hay margen de error en esas zonas de aterrizaje, puede que incluso hubiera niebla obstruyendo vuestro acercamiento final.

—¿Niebla? —dijo Tessa.

—Es posible. Parece ser que puede haber agua nieve en algunos cráteres profundos junto al polo, donde la luz del sol no puede alcanzarlos.

—¡Guau! —susurró Rick—, hielo. Eso haría que el fundar una colonia en la Luna fuera más fácil.

—Rick —dijo Tessa, que estaba mirando intensamente las paredes, que permanecían sólidas.

—Mira, es un hecho —le dijo Rick, todavía desbordado por toda la situación—. Que el hielo haría que fuera más fácil establecer una colonia en la Luna. No tendríamos que llevar el agua desde la Tierra. Eso no significa que se vaya a construir una.

—De acuerdo —dijo Tessa—, solo quiero que tengas cuidado. —Miró por la ventana hacia la Tierra, que en ese momento solo era una diminuta mancha azul y blanca—. Así pues, Kaliningrado, ¿qué nos sugieres?

Gregor dijo:

—Danos un minuto. —Tardó algo más que eso y cuando regresó dijo—: Queremos comprobar la orientación de la programación del ordenador. Quizá así podamos averiguar hacia dónde pretende llevarlos.

Así pues, Rick, que al menos había entrenado con el teclado primitivo y la visualización, se dirigió hacia la zona de equipamiento y puso en marcha el ordenador mientras Kaliningrado le explicaba el procedimiento, seguro de que el programa los llevaba a una trayectoria polar. Y cuando comprobaron lo que decían los datos del ordenador, se percataron de que estaba programado para un descenso en el borde de Aitken Basin, un cráter seis millas a la derecha del polo sur de la Luna.

—Eso es ridículo —dijo Rick al escuchar la noticia—, ¿cómo se supone que vamos a aterrizar en el polo sur? Como Gregor dijo, la luz nos vendría de lateral. Las sombras se extenderán a lo largo de millas y cada pequeña depresión sería un agujero negro.

Tessa, que había estado manejando el ordenador de la nave de aterrizaje, dijo:

—Bueno, puede que este botón en el que pone «inyección Na» nos de alguna pista. Tira sodio en el tubo de escape del motor de descenso, probablemente se encenderá como la llama de una vela y proporcionará toda la iluminación que necesitamos.

—Estás bromeando —dijo Rick mientras se acercaba hacia el módulo lunar para mirar por él mismo y seguro de que junto a ese botón habría uno parecido.

Tessa dijo:

—A mí me parecen luces de aterrizaje. Dos sistemas separados.

—Esos no estaban en el simulador con el que yo entrené —dijo Rick.

—Por supuesto que no. La NASA nunca planearía un aterrizaje polar. Es demasiado peligroso.

Sabían que la NASA los había estado escuchando todo el tiempo a través de la emisión y quedó clarísimo que sí cuando Laura Turner dijo desde Houston:

—Bueno, quizá no Tessa. Hemos estado investigando en nuestros viejos papeles y, de hecho, una de las propuestas de misión que hay es para un aterrizaje polar. Estás en lo cierto, hubo multitud de discusiones en su contra, pero se consideró para una misión posterior. Para cuando hubiéramos adquirido más experiencia en misiones más sencillas. Por supuesto, se canceló como todo lo demás cuando se recortó el presupuesto, pero si eventualmente hubiéramos tenido presupuesto al final se hubiera hecho.

Rick sintió un escalofrío.

—Los dos últimos fantasmas fueron a Copérnico y Aristarchus. ¿Esos también estaban en esa lista, verdad?

—Así es.

—O sea que estamos volviendo a promulgar lo que los Estados Unidos deberían haber hecho hace mucho.

Gregor preguntó:

—Houston, ¿esos ordenadores guías podrían ser reprogramados para encontrar una zona de aterrizaje menos complicada?

—Negativo —dijo Laura—. Los programas están en una memoria de núcleos. En la memoria solo hay dos kilobytes que podrían borrarse, y los necesita para el almacenamiento.

—Así pues, o un aterrizaje polar o nada —dijo Rick, a quien ya le faltaba la respiración. Miró los mandos de nuevo. Ahora eran sólidos como una roca.

—Eso parece —dijo Tessa. Le sonrió. A pesar del peligro que se añadía a la situación actual, estaba claro cuál era su elección.

Rick tragó saliva. Su intensa y amplia sonrisa y su mirada alentadora eran increíblemente seductoras, pero al mismo tiempo no podía evitar preguntarse qué tumba se estaban cavando a sí mismos con aquel vuelo. Aquello era más complicado de lo que le había parecido en un principio. Pero ya se habían involucrado demasiado, no había vuelta atrás.

—De acuerdo —dijo—, haremos un aterrizaje polar. Espero que encontremos algo que compense el riesgo.

Tessa rio y se inclinó hacia delante para besarlo:

—Simplemente intentarlo compensará el riesgo —dijo—, de eso trata lo de explorar.

9

Ni Houston ni Kaliningrado se sentían satisfechos con la elección, pero mientras que Houston no tenía ni voz ni voto en el asunto, Kaliningrado estaba en medio del dilema que ellos mismos se habían creado, pues eso significaría dejar un rescate internacional a medias. Así que aceptaron a regañadientes y conectaron los ordenadores para seguir conectados a los de a bordo y en la hora treinta y ocho de vuelo, Rick, Tessa y Yoshiko se abrocharon los cinturones y se prepararon para el gran fuego del cohete que los orbitaría alrededor de la Luna. Eso tenía que suceder después de que hubieran pasado el horizonte, lo que quería decir que estarían aislados de la Tierra. El ordenador comenzaría la cuenta atrás y el motor se encendería automáticamente. Por si se diera el caso de que no lo hiciera, ellos sincronizaron sus relojes para llevar la cuenta.

Los últimos minutos pasaron muy lentamente. No podían ver la Luna desde las ventanas, habían girado la nave, así que ahora estaba tras ellos. Solo les faltaban unas cien millas para llegar al horizonte. Rick no paraba de mirar al reloj, luego a los datos de la pantalla y después a los indicadores, al mismo tiempo que se aseguraba de que estuvieran correctamente alineados para el momento del encendido.

Yoshiko tomaba notas cuidadosamente. Si Rick y Tessa se estrellaban o no podían regresar desde la superficie, ella tendría que encender la inyección transtierra y regresar de vuelta sola.

Justo antes del encendido, el ordenador preguntó: «¿Listo otra vez?» y Rick presionó el botón de «Proceder». Los tres astronautas vieron cómo la cuenta atrás se acercaba al cero, pero Rick no sentía el motor. Presionó bruscamente el botón de encendido con tanta fuerza que podría haberse roto la uña, y entonces sintió la propulsión.

Tessa lo miró con la boca abierta.

—¿El ordenador no lo encendió a tiempo?

—No lo sentí —dijo Rick—. No hasta que...

—Sí lo hizo —dijo Yoshiko—. Lo sentí antes de que apretaras el botón. El ordenador está bien.

—¿Estás segura? —La sensación solo le había durado un segundo, y puede que la adrenalina le hubiera impedido notar la propulsión a tiempo, pero habría jurado que no la notó hasta que él le había dado al botón.

—Estoy segura —dijo Yoshiko.

Rick miró a Tessa, que se encogió de hombros.

—Demasiado cerca.

Rick rio, fue una risa algo aguda y con un cierto tono de pánico.

—¿Qué demonios? —dijo—. Se ha encendido, y eso es lo que cuenta. ¿Aún estamos pensando en aterrizar?

Tessa asintió.

—Yo lo estoy pensando.

—De acuerdo, entonces hagámoslo.

No le mencionaron a Gregor la pequeña incertidumbre que les había causado el ordenador cuando rodearon la parte trasera de la Luna y recobraron su señal. Solo le informaron de que habían logrado orbitar y estaban listos para proceder. Gregor les hizo hacer otro lanzamiento para circular sobre su órbita y esa vez sí que funcionó todo automáticamente, de modo que Rick empezó a relajarse. Tenía muchas cosas para mantenerse ocupado. El vuelo había sido un *picnic* en comparación con las constantes listas de control que habían tenido que seguir y las actualizaciones de navegación que tenían que teclear en los ordenadores antes de separar las dos naves. Casi no tuvieron tiempo para mirar a la Luna, con su superficie gris llena de cráteres, que se deslizaba silenciosa por debajo de la nave. Finalmente, tras dos órbitas más (de dos horas cada una en la gravedad lunar más baja, en lugar de en la hora y media a la que estaban acostumbrados en las órbitas de la Tierra), estuvieron listos.

Al módulo lunar lo habían bautizado *Fe* para seguir con la temática de la *Esperanza* y para indicar la confianza que tenían en que podrían descender con él y regresar a salvo. Así que, cuando le pareció que todo estaba listo, Gregor les dijo a los astronautas:

—Listos para separación, *Fe*.

—Preparados —dijo Rick. Él y Tessa estaban vestidos de nuevo y pegados codo con codo frente al estrecho panel de control.

En el módulo de mando, Yoshiko dijo:

—Separación a punto. —Y soltó los pestillos que unían las dos naves. Una sacudida y un golpe pudieron escucharse en la diminuta cabina; luego

fueron libres.

El ordenador del *Fe* los hizo rotar al ángulo correcto y cuando llegó el momento preciso, el motor se encendió para una propulsión de treinta y dos segundos que redujo su órbita a unas ocho millas de la superficie. Navegaron a través de la larga y elíptica ruta mientras observaban cómo la superficie llena de cráteres estaba más y más cerca. Finalmente, el radar empezó a dar señales y Gregor dijo:

—Están listos para un descenso a motor.

Rick presionó el botón de «Proceder» en el teclado y el ordenador encendió el motor de nuevo, reduciendo su velocidad a algo menos que la velocidad orbital. Ahora no había vuelta atrás.

Tessa le dio un golpecito en el hombro a Rick.

—Rómpete una pierna, colega —dijo—, es la hora del espectáculo.

Y de verdad lo era. Rick le dio un rápido abrazo, algo torpe pero no menos sentido, y luego centró toda su atención en los controles. Su rumbo se estaba curvando con rapidez, se curvaba hacia la superficie, una superficie que, dado lo cerca que estaban del polo, era un patrón de cráteres blancos que contenían unas oscuras piscinas. Rick acercó su dedo al botón de la inyección de sodio pero no le tocó aún. No sabía cuánto tenía y quería guardarlo para el aterrizaje en sí.

Tessa le iba diciendo su altitud, que bajaba con más y más rapidez y luego más y más lentamente. Finalmente, cuando estaban a seiscientos pies, su velocidad solo era de veinte pies por segundo. Cinco segundos más tarde, ella susurró:

—Barrera baja.

Rick sacudió el control en su mano y apagó el ordenador.

Contuvo la respiración. Había sido en ese punto donde los dos módulos lunares anteriores habían desaparecido, en el momento en el que el piloto tenía que continuar con la maniobra. Pensó que aquello sucedería de nuevo, pero la nave bajó cincuenta pies más, luego setenta y cinco, y aún seguía allí.

—Uf —dijo—, lo hemos conseguido.

—¿Pero qué dices? —preguntó Tessa—. Aún estamos a cuatrocientos pies.

—Bomboncito —dijo Rick mirando por la ventana hacia el paisaje que se movía lentamente. Era imposible saber hacia qué pequeño cráter se dirigían y las pequeñas ventanas no le permitían tener una visión global, así que Rick simplemente eligió uno que parecía lo suficientemente ancho y trató de

acercar la nave. Estaba cubierto de cantos rodados, pero había multitud de espacios vacíos entre ellos, así que tendría que dirigirse hacia esos espacios.

—Luz de cantidad —dijo Tessa. Solo le quedaba un minuto de combustible, menos de lo que se suponía que debería tener estando a esa altitud, pero aun así era suficiente.

Redujo la velocidad de descenso a diez pies por segundo y rotó la nave una vez. Junto al borde había un canto rodado y junto a él una zona plana, así que se dirigió hacia ella. Volar con aquello era como estar con el simulador, excepto por el peso cambiante, pero de hecho, eso lo ayudaba a manejarlo mejor.

—Doscientos pies, hemos bajado once —dijo Tessa.

Demasiado rápido. Rick redujo un poco el motor.

—Ciento ochenta, hemos bajado seis. Ciento setenta, hemos bajado tres. Ciento sesenta y cinco, hemos bajado cero. Eh, ¡estamos subiendo otra vez!

—Lo siento —dijo Rick, y volvió a soltar el propulsor. Mientras estaba en ello, le dio al botón de inyección de sodio y el paisaje se iluminó con una brillante luz amarilla. Incluso la parte inferior de los cráteres era visible ahora, aunque al estar fuera de su campo de visión se veían borrosos.

Aun así, ya no había tiempo para observar el paisaje. Tessa continuó leyendo los números en voz alta, su tono de voz era cada vez más agudo.

—Cuarenta y cinco segundos, ciento sesenta pies, hemos bajado cuatro. Ciento cincuenta, hemos bajado cinco. Ciento cuarenta, hemos bajado seis... estás adquiriendo demasiada velocidad.

—Lo tengo —dijo Rick mientras propulsaba la nave levemente hacia arriba.

—Cien, hemos bajado cinco. Treinta segundos.

Rick hizo los cálculos en su cabeza. A esa velocidad de descenso solo les quedaban diez segundos de combustible de reserva. Menos de lo que se debía tener, pero aun así suficiente, si no lo desperdiciaba.

—Bomboncito —dijo otra vez mientras sujetaba los controles y se dirigía a la zona de aterrizaje que había avistado.

Durante los siguientes cincuenta pies, el descenso fue suave, pero cuando solo les quedaban quince pies para llegar la superficie empezó a verse borrosa.

—¿Qué es eso? ¿Acaso estamos levantando polvo? —preguntó Rick.

—No lo creo —dijo Tessa—, más bien parece niebla.

—¿Niebla? Demonios, Gregor tenía razón. —Rick sujetó los controles con fuerza, pero estaban descendiendo en medio de la blanca niebla sin saber

dónde aterrizarían. Rick no sabía si aterrizarían donde se suponía que debían hacerlo o si se estarían desviando de la zona.

La mano de Tessa se acercó al botón de ABORTO. Ese botón encendería el motor de ascenso y haría ascender la nave hasta que entrasen de nuevo en órbita.

—Estamos demasiado bajos para hacer eso —dijo Rick—. Si lo intentamos, nos dará problemas con la fase de descenso. Trata de aguantar y sigue dándome las cifras.

—De acuerdo... Veinte, hemos bajado cinco.

Eso era una gran velocidad, pero Rick no soltó los mandos. Si los movía a un lado durante el proceso, corría el riesgo de golpear algún canto rodado.

—Quince... diez... ¡luces de contacto!

El final de las piernas de aterrizaje rozó la superficie. Rick dejó que el motor permaneciese en marcha durante medio segundo más y luego lo apagó. La nave se desvió ligeramente a un lado y se tambaleó al golpear contra la superficie.

—Motor apagado —dijo Rick con la mirada fija en el nivel de combustible del motor de ascenso. Se mantenía estable. La sacudida no había causado fugas y no se habían encendido las luces de emergencia en otros sistemas. Al mirar el indicador del nivel de combustible del motor de descenso, vio que solo les quedaban seis segundos.

Tessa lo miró fijamente.

—¿Bomboncito? —preguntó—. ¿Bomboncito?

Rick, que se había quedado sin palabras, simplemente se encogió de hombros.

Escucharon la voz de Yoshiko por la radio.

—*Fe*, ¿aterrizaron?

Tessa rio.

—Sí, hemos aterrizado, aunque esta niebla es tan espesa como una sopa y solo nos quedan seis segundos de combustible.

Niebla. Había agua en la Luna. Rick miró por la ventana y señaló hacia fuera.

—Mira, se está yendo.

Sin los gases de escape del cohete y sin que la brillante luz calentase el hielo de la superficie del cráter, el agua que ya se había evaporado empezó a expandirse rápidamente en el vacío dejando a la vista el cráter sobre el cual aterrizaron. Rick buscó el canto rodado que había localizado antes para guiarse en el aterrizaje y lo vio a tan solo unos pies de la nave. No habían

chocado con él por muy poco. De hecho, dos de las piernas de aterrizaje se habían varado a sus lados. Si alguna hubiese chocado con él, probablemente se hubiesen estrellado.

Rick apartó ese pensamiento de su mente. Ya habían aterrizado y tenían cosas más importantes por las que preocuparse.

El tiempo parecía apremiarlos mientras repasaban otra lista de control para asegurarse de que el motor de ascenso estaría listo en caso de emergencia. Luego despresurizaron la nave y abrieron la escotilla para salir al exterior. Rick salió primero. No porque fuera su *Apolo* o porque se lo mereciese más, simplemente salió primero por la misma razón por la que Neil Armstrong salió primero del *Apolo 11*: porque en sus abultados trajes espaciales era demasiado complicado que la persona que estaba en el lado derecho de la nave se apartara para que la persona que estaba en el lado izquierdo se acercase hasta la puerta.

La escotilla era algo estrecha, pero logró pasar. La ondulada plataforma de salida y la escalera no se veían a causa de la oscuridad, así que Rick empezó a descender valiéndose de su tacto. Pulsó el botón con el cual se accionaba la cámara exterior y Gregor le dijo que recibía su señal desde la Tierra. Rick pensó que lo único que se vería sería una silueta contra una superficie medio iluminada, pero supuso que eso era tan bueno como la borrosa imagen de Neil dando el primer paso en la Luna.

Estaba a punto de bajar el último escalón cuando se dio cuenta de que no había pensado en decir ninguna frase histórica. Se detuvo un momento y pensó con rapidez. Dio un paso sobre la plataforma de aterrizaje y después puso un pie sobre la helada superficie lunar. Crujió a sus pies, pudo sentirlo, aunque, en medio del vacío que le rodeaba no pudo escucharlo.

Tessa había atravesado también la escotilla y lo observaba desde la plataforma, obviamente esperando a que él dijese algo, así que levantó su mano hacia ella (y esperaba que, simbólicamente, también hacia la Tierra) y dijo:

—Ven, ¡el agua es buena!

De hecho, el agua era buena. Tan buena como azúcar en polvo y más o menos de la misma consistencia. Había llegado a la Luna gracias a los impactos de los cometas que tuvieron lugar a lo largo de milenios y se había acumulado molécula a molécula mientras el metano y los otros gases se helaban en el fondo de los oscuros cráteres de los polos. Hacía demasiado frío y la gravedad de la Luna era demasiado suave como para que se convirtiera en hielo, así que se mantenía mullida, como una especie de fina nieve. Cuando Rick y Tessa caminaron sobre ella se hundieron hasta los muslos a pesar de que no pesaban mucho. Probablemente, si hubieran seguido caminando, aún se hubieran hundido más. Podían sentir cómo el frío les calaba en las piernas, así que tuvieron que recoger todas las muestras que pudieron en unos termos especiales para eso y regresar. El equipo para recoger muestras que había en la nave era el diseñado para una misión polar, pero sus trajes espaciales estaban hechos para mantenerlos en calor en el vacío, no en el hielo.

Así que siguieron caminando por el cráter, dando esos saltos similares a los de los canguros que solo podían darse con aquella suave gravedad y buscando alguna otra cosa que fuera interesante para llevarse como muestra. Y eso era todo cuanto importaba a Rick. ¡Estaba en la Luna! Todo lo que allí había, desde la rocosa superficie llena de cráteres al afilado horizonte, todo eso le recordaba que estaba caminando en otro mundo. Trató de avistar la Tierra, podía observar dos tercios que estaban iluminados por el sol y sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Nunca había imaginado que vería esa imagen de otra manera que no fuese en las viejas fotografías de hacía treinta años.

Ahora estaban tomando sus propias fotos. Tessa llevaba la cámara e iba haciendo comentarios según exploraban. Gregor decía que todo el mundo en Rusia y Europa los estaba viendo. Tomiichi dijo que lo mismo sucedía en Japón y, sorprendentemente, Laura se conectó y dijo lo mismo respecto a los Estados Unidos.

—Han adelantado el programa *Días de nuestras vidas* por ustedes —les dijo.

—Ah, quizá aún haya esperanza para nuestro país después de todo —murmuró Rick.

—Ten cuidado —dijo Tessa. Pero no supo si era por miedo a que ofendiera a los espectadores o por miedo de que tuviera puestas en aquello demasiadas esperanzas.

A Rick no le importaba. Sentía una increíble sensación de bienestar y no se planteaba si regresarían vivos o no. Él y Tessa estaban en la Luna. Habían llegado a la meta de cualquier astronauta. Consiguieron algo que ninguno de los dos había imaginado nunca lograr. No importaba cómo afrontaran el regreso a casa o cómo llegasen, lo importante era que nada podría alterar el hecho de que habían llegado hasta allí. Y a Rick no se le ocurría nadie mejor con quien hubiera podido compartir esa experiencia. Hablarían de él y de Tessa para siempre y eso le parecía genial. Observó el modo en que ella saltaba en la suave gravedad y escuchó sus exclamaciones de alegría ante cada nuevo descubrimiento. Y sonrió. No le importaría compartir una página en la historia con ella.

Recolectaron piedras y más hielo a lo largo del camino. En un momento dado, Rick hizo una bola de nieve y se la tiró a Tessa, que saltó en el aire para evitarla. Cuando la bola golpeó la superficie iluminada del cráter se evaporó.

—¡Guau! —dijo Tessa—, ¿has visto eso? Hazlo otra vez.

Rick obedeció y tiró otra bola de nieve que ella filmó con la cámara hasta que se estrelló con la roca.

—¿Chicos, vieron eso desde vuestras casas? —preguntó—. ¿Qué hace que se evaporen de esa forma?

—Imagino que es el calor. Y el vacío. Sin una atmósfera que atenúe la luz del sol, la roca se calentará tanto ahí como en el Ecuador, así que cuando la nieve toca la roca ardiente se evapora —dijo Gregor.

—Vaya, ya me imagino. Es salvaje.

—También nos dará una idea de los gases que hay en la nieve. Rick, ¿podrías colocar un poco de nieve suavemente sobre la superficie para que veamos cómo se evapora?

Rick hizo lo que le pedían, se llenó las dos manos de nieve y la dejó sobre la inclinada superficie. Inmediatamente empezó a salir vapor y tras unos cuantos segundos paró. Después la nieve se movió ligeramente y siguió evaporándose. Luego paró unos segundos más antes de derretirse definitivamente.

—Ajá —dijo Gregor—. Al menos tiene tres fracciones separadas. Yo diría que primero había metano, luego amoníaco o dióxido de carbono y finalmente agua. ¡Esos son noticias fabulosas! Esos cuatro gases podrían utilizarse en una futura colonia.

—Si es que alguna vez enviamos alguna —dijo Rick tratando de ocultar su tonta sonrisa para que Tessa no se asustase ante su optimismo; pero no pudo evitar reírse en voz alta.

—Demonios Rick, me has dado un susto de muerte —dijo ella. Ambos giraron para mirar la nave, que brillaba como una escultura dorada y plateada sobre la superficie gris del cráter. Aún era sólida.

—No te preocupes —le dijo Rick—, puede que me esté divirtiendo, pero tengo tanto miedo como tú.

—Bien.

Exploraron durante una hora más, pero finalmente tuvieron que regresar. Los trajes solo tenían oxígeno para dos horas más y necesitarían ese tiempo para llegar hasta la nave, entrar dentro y volver a presurizar la cabina. Después de eso, su tiempo en la Luna habría terminado. Tendrían que regresar al *Esperanza* tan rápido como pudieran y despegar hacia la Tierra antes de que la nave de la órbita polar se alejase demasiado de la ruta de regreso. Su motor SPS tenía suficiente combustible para un cambio de ruta de unos cuantos grados, pero cuanto más tardasen más les costaría hacerlo.

Ya habían hecho suficiente. Habían descubierto agua en la Luna y consiguieron evidencia de que podría sostener a una colonia en la Luna si la humanidad alguna vez enviaba alguna. Ahora todo lo que tenían que hacer era regresar a casa con vida, pero eso, en sí mismo, ya era suficiente trabajo como para mantenerlos ocupados a tiempo completo.

Aun así, mientras esperaba a que Tessa subiera por la escalera se quitó el polvo de las botas y pensó en una cosa más que podía hacer todavía. El corazón se le subió a la garganta mientras pensaba en lo que sería el final perfecto de un día perfecto. Siempre y cuando realmente quisiera hacerlo y siempre y cuando hubiera leído las señales de Tessa correctamente.

No tenía tiempo para pensar. Era ahora o nunca. Tragó saliva mientras murmuraba:

—Aquel que duda está perdido.

—¿Qué? —preguntó Tessa, que ya había llegado a la plataforma de salida.

—No entres todavía —dijo Rick mientras se alejaba de la nave. Luego empezó a dibujar letras sobre la tierra con su bota. Se veían preciosas a la

suave luz.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

Él no contestó. En unos instantes sería obvio, si es que se acordaba de cómo escribir. Su cabeza le zumbaba como si fuera un reloj despertador y su respiración entrecortada no tenía nada que ver con el esfuerzo que estaba haciendo para escribir sobre la tierra. Quizá eso cambiaría más su vida que el hecho de haber ido a la Luna.

—Oh, Rick —dijo Tessa al leer la primera línea, pero se calló al ver que empezaba a escribir una segunda. Permaneció callada cuando él terminó el mensaje.

Tessa, te quiero.

¿Quieres casarte conmigo?

Estaba de pie sobre el punto del signo de interrogación que había al final de la pregunta. Levantó la mirada hacia ella, era tan solo una oscura silueta contra un cielo aún más oscuro. Su casco dorado reflejaba su propia silueta y las palabras que había escrito. A través de él no podía ver la expresión de su cara, no podía ver lo que ella pensaba. Esperó alguna indicación, pero el silencio duró tanto que finalmente Gregor preguntó:

—¿Rick? ¿Tessa? ¿Están bien? —En ese instante ella empezó a descender la escalera.

—Espere, Kaliningrado —dijo Rick.

Tessa volvió a la superficie lunar y caminó lenta pero deliberadamente hacia Rick. A esa distancia no podía ver su cara, pero la escuchó sorberse la nariz.

—¿Tess?

Ella no le respondió, al menos no por la radio. Pero movió la cabeza un poquito y se hizo a un lado para escribir en la tierra una sola palabra:

SÍ.

Rick lo leyó en voz alta:

—¡Sí! —Todos sus miedos desaparecieron al instante. Se inclinó hacia ella y le dio un abrazo—. ¡Tessa, te quiero!

—Oh, Rick.

—¿Están poniéndose empalagosos otra vez? —preguntó otra vez.

Rick rio.

—Empalagosos, ¡qué demonios! Vamos a casarnos.

Por la radio se escucharon un montón de voces mientras todos hablaban juntos y luego la voz de Gregor habló por encima de la del resto.

—Mis más sinceras felicitaciones —dijo—, pero la lanzadera se está acercando.

—De acuerdo —dijo Rick—, ya vamos a entrar.

Ayudó a Tessa a subir de nuevo por la escalera y luego subió él, al mismo tiempo que se quitaba tanto polvo como le era posible. Antes de entrar de nuevo por la escotilla miró las palabras que había escrito en el suelo, su declaración de amor escrita claramente a la vista de todos. Aquellas palabras permanecerían allí un billón de años, o eso imaginaba. Incluso si la gente iba a la Luna y buscaba agua en el cráter, aún durarían una década. Todo dependía, en cierto modo, de lo que sucediera en su viaje de vuelta a casa.

Rick pensó en todas las cosas que podrían ir mal. Podía fallar el motor, los ordenadores, las maniobras de acoplamiento; la lista parecía interminable. A pesar de su emoción por su futuro y el de Tessa, si su bienestar personal cambiaba en los siguientes días al menos no tendría problemas en mantenerse lo suficientemente pesimista como para evitar que el fantasma se desvaneciera.

11

El número de posibles desastres disminuía con cada paso que completaban de la misión: el motor de ascenso de *Fe* los puso de nuevo en órbita. Yoshiko acopló suavemente la lanzadera y el motor SPS se encendió a tiempo de enviarlos de vuelta a casa. Aun así, tal y como Rick lo veía, si al infinito le quitabas un poco, seguía siendo infinito. Es decir, aún había multitud de cosas que podían salir mal.

Incluyendo, por ejemplo, que el fantasma desapareciera. En el viaje de vuelta pasó dos veces, y ambas veces fueron tras escuchar que Gregor les decía que la «fiebre lunar» había invadido el mundo. En esas ocasiones, las paredes de la nave se volvieron transparentes y solo regresaron cuando Rick se convenció a sí mismo de que sus muertes aún podían borrar ese renovado entusiasmo de la humanidad por el espacio. Todas aquellas pruebas parecían reforzar la teoría de Tessa y Yoshiko de que, de algún modo, él estaba al control de la aparición, aunque no fuera directamente responsable de ella.

Gregor no dijo nada más sobre aquello y se dedicó a escucharlos. Tessa tomó carta blanca ante la situación y se dedicó a controlar todas sus acciones, incluyendo el sueño. No lo dejaba dormir. Tenía miedo de que si se dormía, empezaría a soñar con una nueva edad de oro en la exploración espacial y que todos morirían a causa de la descompresión antes de que pudiesen despertarlo. Se negó a que Gregor, Tomiichi o Laura les contasen nada sobre cómo estaba la situación en la Tierra y se dedicó a inventar nuevos escenarios en los que la humanidad decidiría no seguir su camino a pesar de todo. Y parecía pensar que, ahora que estaban comprometidos, podía invadir el espacio personal de Rick de cualquier forma que se le ocurriese. Le hacía cosquillas si pensaba que él estaba fantaseando, o lo besaba, o se rozaba sensualmente junto a él. Rick lo encontraba divertido y molesto en partes iguales, dependiendo de la fase de sueño en la que se encontrara.

Para mantenerse ocupado y mantener su mente centrada en otras cosas, le hizo un anillo de compromiso con un interruptor que, además, era casi del tamaño adecuado y encima tenía una forma similar a la de un anillo. Lo

arrancó de al lado del panel de propulsión de la tercera fase, de una zona que ya no estaba encendida.

—Lo conservaré siempre —le dijo ella cuando se lo puso, pero Rick estaba tan aturdido por la falta de sueño que no sabía si lo decía en broma o en serio.

Finalmente, cuando les quedaba menos de un día de camino de regreso a la Tierra, Tessa ya no podía mantenerse en pie. Se fue a dormir y dejó a Yoshiko para continuar con su trabajo, pero en cuanto se quedó dormida, Yoshiko le dijo a Rick:

—Anda, ve y duerme si quieres. Nos serás más útil mañana si descansas algo ahora.

Rick, que estaba hecho polvo del cansancio, trató de centrar la vista en ella.

—¿Por qué? —preguntó—, ¿qué pasa mañana?

Ella sonrió diabólicamente.

—La reentrada. A veinticinco mil millas la hora, tortazo contra la atmósfera. Duerme bien.

Rick durmió, pero, tal y como Yoshiko había pretendido, todos sus sueños estuvieron relacionados con arder en una bola de fuego porque la cápsula del *Apolo* golpeaba la atmósfera con demasiada fuerza, o con vagar por el espacio interplanetario si la caída era muy lenta. El olor a pólvora del polvo lunar que había llevado con sus trajes espaciales tampoco ayudaba, más bien al contrario, pues proporcionaba otro indicador sensorial de que la nave se había incendiado.

Cuando se despertó solo estaban a dos horas de la Tierra. Parecía aún más pequeña de lo que le había parecido desde la lanzadera, pero aun así la sentía más cerca. Además, parecía tan alentadora tras las horas de pesadillas que Rick había pasado, que sintió que ya estaba en casa.

Al pensar eso, la cápsula empezó a volverse traslúcida de nuevo. Tessa chilló:

—¡Rick! —Lo golpeó en el pecho fuertemente.

—¡Recuerda las consecuencias! —dijo Yoshiko.

La nave se volvió sólida de nuevo y Rick se frotó el pecho donde Tessa lo había golpeado con el anillo.

—Eh, no tienes que matarme —dijo—, ya me asusto bastante yo solo cuando eso sucede.

Tessa resopló.

—Bah. Si estuvieras tan asustado como lo estoy yo la nave nunca desaparecería.

—Bueno, lo siento. Trataré de estar más aterrorizado a partir de ahora.

Rick se alejó de ella, pero no había forma de estar solo en la cápsula del *Apolo*. Tras unos minutos de silencio la miró y dijo:

—De acuerdo. Lo intentaré con más ganas. Pero si sucede, no me pongas esa mirada acusadora. No estoy tratando de hacer que esto desaparezca.

Tessa suspiró.

—Ya sé que no estás intentando hacer que esto desaparezca. Es que... no lo sé. Yo no tengo ningún control sobre eso, excepto el control que tengo sobre ti. Mi vida está en tus manos. Demonios, todo el programa espacial está en tus manos. Con que se te suba un poco a la cabeza nos mataremos.

—Vaya, veo que no estoy siendo presionado —dijo Rick sarcásticamente. Yoshiko rio.

—Te guste o no, tú encarnas el espíritu de la exploración. Cuando regresemos, ese espíritu pasará seguramente a otra persona, pero ahora mismo reside en ti y debes llevarlo sano y salvo a casa.

—Con todos mis respetos —dijo Rick—, eso no me parecen más que un puñado de especulaciones.

Ella negó con la cabeza.

—No. En realidad, esto no es diferente de otra misión espacial. Cada vez que alguien sale al espacio, el espíritu de su nación vuela con ellos. Cuando murió la tripulación del *Apolo I*, vuestra nación vaciló durante dos años antes de volver a intentarlo, y cuando el *Challenger* estalló llevó otros tres años más. Cuando el cohete de los soviéticos que iba a la Luna estalló en 1969 desterraron por completo su programa lunar y se dedicaron a las estaciones espaciales. Es así en todo el mundo. Cada astronauta que ha volado ha tenido tu habilidad y tu responsabilidad, pero en tu caso esa responsabilidad es más obvia que en el resto de los casos, puesto que el poder que ha creado la nave se transforma en algo físico.

Rick estudió el panel de control mientras consideraba lo que ella había dicho. La verdad de sus palabras parecía innegable, al menos lo principal. Podía discutir los detalles, pero era cierto que cada vez que había un accidente, las exploraciones espaciales cesaban y cuando volvían a empezar solían ser cada vez más conservadoras.

—Bueno —dijo Rick finalmente—, lo haré lo mejor posible. Solamente nos quedan un par de horas y luego será problema de otro.

Pasaron el tiempo que les quedaba hasta la reentrada guardando todo el equipamiento y los restos que habían acumulado durante aquella semana en el espacio. Mientras trabajaban, la Tierra pasó de ser una bola blanca y azul a ser esa visión a la que solían estar más acostumbrados por los vuelos en lanzadera. Llegados a ese punto, ya solo les quedaban unos minutos antes del contacto con la atmósfera, el tiempo justo para deshacerse del módulo de servicio cilíndrico, junto con su motor y los tanques de combustible, y para reorientar el módulo de mando de modo que mitigase el impacto contra la atmósfera.

Los tres respiraban con fuerza mientras los últimos segundos pasaban. No llevaban los trajes espaciales, pues la fuerza sería demasiado dura para ellos y, además, si la cápsula se incendiaba, arderían igualmente, con trajes o sin ellos. Rick cogió a Tessa de la mano. Le hubiese gustado poder asegurarle que todo iría bien, pero sabía que una frase del tipo «No te preocupes» viniendo de él no haría más que preocuparla todavía más. Así que simplemente dijo:

—¿Lista para un flambeado?

—Muy gracioso —replicó.

A pesar de todo, Yoshiko rio y dijo:

—No piensen en los flambeados, yo voy a sacar mi traje de baño. ¡Hawaiiii, allá vamos!

La zona de amerizaje estaba a unas mil millas el oeste de allí, allí recalarían en primer lugar una vez que el barco de rescate los hubiera recogido. Habría dos barcos de rescate, de hecho, uno ruso y otro americano, pero los rusos habían aceptado que los americanos recogieran la cápsula si querían. La NASA deseaba bastante aquello, pues así se llevaría el premio, aunque ni Rick ni Tessa esperaban una recepción oficial.

En la recepción extraoficial recibirían toda la ira de la NASA. La razón principal por la que había un barco ruso era para presenciar el amerizaje de la nave y retransmitirlo por la tele al curioso mundo. Un mundo que, según Gregor, estaba aún más emocionado ahora que la última y más peligrosa fase de la misión que estaba a punto de comenzar. Además, la historia de amor había proporcionado algo más de audiencia.

A pesar del peligro extra que suponía la publicidad, Rick se alegraba de la atención recibida: esperaba que el apoyo del público evitara que Tessa y él tuvieran graves problemas, y además pensaba que podría proporcionarles algunos ingresos hasta que empezase el nuevo programa espacial. Sus

carreras en el programa de lanzadera habían muerto y solo su estatus de héroes nacionales lograría que volviesen a volar alguna vez.

Contacto. La nave tembló y se sintieron golpeados contra sus asientos. La fuerza paró por un instante y luego se hizo más y más fuerte. El aire se calentó hasta volverse incandescente e iluminó el interior de la cápsula como si fuera un tubo fluorescente. La nave empezó a moverse de lado a lado. Sin duda, algo tenía que ver en eso el ordenador guía que ajustaba su trayectoria con ayuda de chorros de propulsión, pero a pesar de esa ayuda, cada pocos segundos la cápsula daba bandazos al golpearse contra masas de aire más denso. Cuanto más dentro de la atmósfera estaban, mayor era su desaceleración. Siguieron así hasta que casi no pudieron respirar.

Los minutos se hacían eternos. Los astronautas permanecían inmóviles en sus asientos, incapaces de moverse. Rick mantenía su mano cerca de los controles manuales que tenía junto al reposabrazos, pero no tomó el control, ni siquiera cuando los zarandeos fueron serios y el sistema automático tuvo reacciones exageradas. Confiaba más en el fantasma de lo que confiaba en sí mismo.

Las paredes de la cabina parpadearon momentáneamente con ese pensamiento y Rick se encogió al pensar que las llamas lo engullirían si la nave desaparecía, pero el desvanecimiento solo duró un instante. Tessa y Yoshiko ahogaron un grito pero no dijeron nada. Era imposible hablar con la presión que la gravedad ejercía sobre sus cuerpos.

El rugido del gas ionizado había cortado las comunicaciones con la Tierra. Rick no escuchaba nada por los cascos. Por la ventana podía ver la cola de una llama blanca que se quedaba millas atrás en un cielo que cada vez era más azul.

Seis minutos después, la fuerza de la gravedad empezó a remitir y las llamas que veían por la ventana se esfumaron.

Habían reducido la velocidad hasta la velocidad terminal. Iban rápido, pero no lo suficiente como para seguir ardiendo.

Rick miró el altímetro que había en el panel de control. Cuando estaban a veinticinco mil pies y mientras la aguja pasaba por el triángulo negro del indicador, el primer paracaídas de la nave se abrió con una suave sacudida, estabilizando la nave y reduciendo un poco más su velocidad. Luego, cuando estaban a diez mil pies, el paracaídas principal se abrió en tres franjas de rayas naranjas y blancas. La cápsula se tambaleó como si se hubiera golpeado contra el suelo, pero por fin se estabilizó y se balanceó suavemente de lado a lado mientras caía.

El sol estaba solamente a unas horas de esconderse tras el horizonte y las olas esparcían su luz como si hubiera millones de joyas brillantes bajo su superficie. Rick suspiró.

—Hogar dulce hogar —dijo.

—No te relajes aún —le dijo Tessa mientras miraba el altímetro—, aún estamos a unas cuantas millas.

—Sí, mamá.

Escucharon una nueva voz por radio.

—*Apolo*, somos el barco estadounidense *Nimitz*. Los estamos visualizando.

—De acuerdo. Contacto visual —dijo Rick. Se aflojó el arnés y miró por la ventana, pero no pudo ver aquel barco ni tampoco el barco ruso. El océano era grande.

El altímetro empezó a bajar a un ritmo constante en sentido contrario al de las agujas del reloj. Cinco mil pies, cuatro mil, tres mil, dos mil...

—Bien —dijo Rick—, vamos a lograrlo.

—Rick —Tessa lo miró enfadada—, aún estamos a mil pies.

Rick miró al océano, que parecía mucho más cercano.

—No me importa, he jugado a las contradicciones todo el camino de ida y vuelta a la Luna, pero ya estoy harto. Sobreviviríamos a una caída como esta, así que, a menos que esta cosa desaparezca con nosotros dentro, lo hemos logrado. A la mierda las supersticiones: estamos sanos y salvos y estamos en casa. —Dio un golpe en la escotilla para darle énfasis. Fue un golpe fuerte y seco en la sólida escotilla que, momentos después, empezó a trasparentarse como si fuera solo un espejismo.

—¡Rick, para! —chilló Tessa.

—¡Aún no! ¡Maldita sea, aún no! —dijo Yoshiko.

—¡Lo haré volver! —gritó Rick. Pero aquella vez la cápsula continuó desapareciendo. Soportó su peso un par de segundos más, pero eso fue todo. El panel de control empezó a desaparecer. El altímetro fue lo último que desapareció, como si fuera la sonrisa del gato de Chesire de *Alicia en el País de las Maravillas*. Su aguja marcó una última cifra antes de desaparecer. Luego los asientos sobre los que estaban sentados se esfumaron, dejando a los tres astronautas flotando en el aire.

Rick agitó los brazos con fuerza para no caer en picado. Su mano derecha chocó contra uno de los trajes espaciales y este rebotó. Los otros dos trajes tampoco habían desaparecido con la nave y él se preguntaba el porqué, pero entonces recordó que él, Tessa y Yoshiko los habían llevado a bordo.

Se dio la vuelta, para buscar frenéticamente los únicos objetos de la nave que tampoco eran fantasmas y se giró justo para ver cómo caían. Caían como las rocas que eran, las muestras que él y Tessa habían recogido de la superficie lunar y se precipitaban al vacío.

—¡No! —gritó. Trató de alcanzarlas, pero cuando estaba a punto de cazar una en el aire, un chorro de agua le dio en la cara y lo hizo ahogarse y toser. Los contenedores fueron parte de la nave y ahora habían desaparecido... por eso su contenido lo salpicó. Olía a amoníaco y algo más que no pudo identificar antes de que el viento se llevase el olor.

Todo lo que habían recolectado, todo lo que habían hecho, se había desvanecido en un momento de orgullo y arrogancia. Estaban regresando a la Tierra con las manos vacías a excepción de lo que llevaron con ellos.

Aun así, todo el mundo los había visto y subía lo que vieron: nada podría robarles eso.

Tess estaba a un lado y había abierto sus brazos y piernas para reducir la velocidad de su caída. Mientras se deslizaba hacia delante, Rick le gritó:

—¡No caigas en esa posición!

—¡Claro que no! —le gritó ella—. Me zambulliré de cabeza en el último momento.

Yoshiko estaba haciendo el molino con sus brazos para tratar de no caer de cabeza, pero iba demasiado rápido.

—¡Tírate de bomba! —gritó Rick, pero no llegó a ver si se ponía en posición o no. Casi ni tuvo tiempo de darse la vuelta para que sus propios pies apuntaran hacia abajo.

Se acercaba al océano con rapidez. Rick apartó la mirada y esta vez vio los barcos. Dos enormes portaviones grises que se abrían paso a través de las olas hacia él. Sus cubiertas estaban llenas de marineros. Y de periodistas. Y de científicos, y de burócratas y quién sabe de qué tipo de gente más.

Rick cerró los ojos y esperó el impacto que sabía que llegaría a continuación.

SEGUNDA PARTE
«EL ESPÍRITU SOBRE LA MATERIA»

12

El sonido de sus pies al chocar contra el agua fue como una tabla de madera golpeando una pared de ladrillo. Rick deseó haber visto la salpicadura, pero se sumergió inmediatamente en el agua. En el instante en el que se encontró bajo esta, sus piernas se doblaron y le faltó el aire; pero el agua redujo su velocidad y pudo extender los brazos y nadar de nuevo a la superficie.

El agua estaba fresca pero no fría. Tomó aire y sacudió la cabeza para apartarse el cabello mojado de los ojos. Estaba en medio de una ola y no podía ver el barco de rescate, solo veía agua. Por lo que él veía, podría haber sido la única persona que había ahora mismo en el océano.

Fue en ese momento cuando Tessa salió a la superficie a tan solo unos metros de distancia. Instantes más tarde salió Yoshiko tratando de coger aire.

La siguiente ola los elevó por los aires y por fin pudieron ver los barcos de rescate a menos de media milla de distancia. Si la nave no hubiera desaparecido, aquel hubiera sido el mejor amerizaje de la historia.

—¿Están todos bien? —preguntó Tessa a voz en grito para que el sonido del helicóptero que se acercaba no impidiese que la oyeran.

—Estoy viva —dijo Yoshiko sorprendida.

—¿Rick? ¿Estas bien?

—Eso creo —dijo Rick. No podía creer que hubieran ido a la Luna y vuelto para perder todas las muestras en los últimos metros. Y todo era por su culpa. Si no se hubiera puesto gallito lo hubieran logrado.

La nave hubiera desaparecido después. Si la mente de Rick era responsable del fantasma, entonces un aterrizaje exitoso hubiera garantizado su desaparición. Habían estado jodidos desde el principio, solo que no se había dado cuenta hasta ahora.

Era demasiado tarde para hacer nada, excepto para ayudar a Yoshiko a colocarse el arnés naranja que el helicóptero había echado al agua. Ella se colocó el acolchado arnés y se agarró al cable mientras la levantaban con el helicóptero. Mientras Rick y Tessa esperaban a que bajasen el arnés de nuevo, el aire de las hélices les enmarañó el cabello y les salpicó agua a los ojos.

Luego Rick se quedó solo en el agua mientras Tessa subía al helicóptero. Se percató de que el sonido de un helicóptero era diferente cuando uno estaba justo debajo. No escuchaba el sonido de las hélices chocando contra el aire, simplemente se escuchaba un rítmico sonido proveniente del motor y del viento.

Cuando llegó su turno metió el arnés en el agua para poder pasar las piernas, luego se agarró al cable con una mano y le hizo señas con la otra al operario. Se elevó del agua, dio un par de vueltas y sintió que el estómago le daba un vuelco al ver que el helicóptero subía antes de que él hubiera llegado casi a elevarse del agua. El piloto parecía tener mucha prisa. Instantes después supo el motivo. Otro helicóptero llegó justo detrás de ellos y dejó caer un líquido de color azul justo en la zona en la que ellos habían estado. Cuando tocó el agua, esta empezó a hervir y empezó salir humo. Entonces, el helicóptero retrocedió y disparó un misil al agua. Durante un segundo no sucedió nada, pero finalmente una brillante luz emergió del fondo y el agua empezó a hervir de verdad.

Rick rio. ¿Estaban esterilizando el océano?

En ese momento el cable empezó a dar vueltas y dejó de reírse. En la cubierta del *Nimitz* había una caravana plateada que le era familiar. Le hubiera sido familiar a cualquiera que hubiera visto las auténticas misiones *Apolo*. Era una unidad de aislamiento, tan precintada e independiente como una cápsula espacial. Neil, Buzz, Mike y las tripulaciones de algunos vuelos más habían vivido tres semanas en una de esas tras su regreso de la Luna.

Pero, tras llegar a la conclusión de que la Luna estaba biológicamente muerta, a los miembros de las siguientes misiones se los había dispensado de aquel aislamiento. ¿Qué pretendía la NASA reviviendo aquella práctica obsoleta? ¿Era su manera de recuperar el control de la misión ahora que los astronautas estaban en tierra?

El cable se balanceaba mientras el helicóptero se aproximaba a la cubierta del barco. Rick consideró la opción de soltarse y saltar al agua para dirigirse al barco ruso, pero no quería dejar a Tessa atrás y, en el fondo, tampoco quería correr a pedirle ayuda a los rusos. Aceptar su ayuda en la misión era una cosa, pero desertar de su país para huir con ellos era otra. Tendría que vérselas con ese problema él solo.

El operario del helicóptero llevaba un traje de aislamiento y cuando subió finalmente a Rick le indicó que se sentara en un asiento al fondo junto a Tessa y Yoshiko. Cerró la puerta del helicóptero y roció la puerta y el suelo con una espuma verde que salía de algo similar a un extintor. Rick casi esperaba que

el chico lo rociase a él, pero dejó en paz a los tres astronautas hasta que aterrizó en la cubierta del barco. Esperó a que las hélices se detuvieran por completo y entonces abrió la puerta y les indicó a los pasajeros que salieran. Fuera los esperaban marineros vestidos también con trajes de aislamiento. Los condujeron al *trailer* plateado.

—¡Esto es ridículo! —gritó Rick. Buscó con la mirada una cámara. Finalmente detectó una junto a la puerta del *trailer* y dijo—: ¡No necesitamos esto! ¡La Luna tiene menos vida que mi abuela! ¡Demostramos eso hace treinta años!

—Lo siento señor, pero son órdenes —dijo uno de los miembros de la tripulación mientras lo empujaba firmemente por la puerta. Tessa y Yoshiko entraron tras él y la puerta se cerró de golpe tras ellos.

El remolque estaba bien aislado. De hecho, era hermético. En medio del silencio, se escuchó la sarcástica voz de Rick:

—Bienvenidos a casa.

—Deberían haber pensado en esto cuando desobedecieron las órdenes —dijo una voz que provenía de un altavoz que había junto a la puerta.

—¿Jackson? —preguntó Tessa.

—Correcto.

—¿Dónde estás?

Rick miró por la ventana a toda la gente que se agolpaba junto al *trailer* para ver a los astronautas. Vio a muchos marines y a tres periodistas con cámaras de video, pero el director no estaba entre las personas allí presentes.

—Estoy en Florida cielo —respondió Jackson—, a medio mundo de ustedes y de cualquier bacteria que hayan traído de regreso a casa.

—No traemos ningún tipo de bacterias y lo sabes —dijo Tessa mientras se sentaba en el banco de su zona de desayuno. No, eso no era su zona del desayuno. Estaba claro que era la mesa en la que debían comer pero, aunque estaba al lado de la pila, probablemente se convertiría también en una de las camas. Seguramente el sofá que había bajo la ventana principal también era otra de las camas y la tercera se bajaba del techo y era una especie de litera. En la otra punta del *trailer* había tres estrechas puertas: dos estaban cerradas y serían con toda seguridad armarios; al abrir la tercera podía observarse un diminuto baño, tan pequeño como el de la nave. La realidad era que aquel *trailer* no era mucho mayor que la cápsula del *Apolo* en la que acababan de pasar una semana, aunque con la gravedad todo iba a parecer mucho más apretujado.

Jackson rio. Tenía el mando de nuevo y disfrutaba con ello.

—No sabemos qué pueden haber traído a casa —dijo—, estuvieron deambulando entre restos de cometas por ahí arriba.

Yoshiko se estremeció y se pasó el mojado cabello por detrás de las orejas.

—No hemos traído nada que no haya llegado ya miles de veces a la Tierra a través de meteoritos.

—Puede que sí o puede que no —dijo Jackson riendo de nuevo—, lo sabremos en unas pocas semanas.

Rick, al no tener un lugar mejor que mirar, centró la vista en el altavoz.

—No sabía que eras tan mezquino.

Jackson dejó de reírse.

—No me incites —dijo—, o descubrirás muchas más cosas que no sabes de mí.

—Ya me lo imagino —dijo Rick estremeciéndose. Hacía frío en el remolque. La ventana que antes debía estar junto a la mesa había sido reemplazada por un ventilador que emitía una suave pero continua brisa de aire que le daba directamente. Al llevar la ropa mojada, aquello era como un chorro de aire polar.

Los tres parecían gatitos mojados. Él y Yoshiko habían dejado sendos charcos de agua de mar sobre la alfombra y no había duda de que Tessa estaba empapando el asiento en el que se había acomodado.

En el exterior, reporteros, marineros y burócratas se peleaban por un hueco a través del cual ver lo que sucedía en el interior del *trailer*. Tras ellos, casi no podía verse el resto de la cubierta. Por un momento, Rick se imaginó al mando de un F-15, rumbo a la libertad.

Un curioso pensamiento se apoderó de él. ¿Y por qué no? No sería una locura mayor que lo que les acababa de suceder. Así que cerró los ojos y se centró en el *trailer* que los rodeaba. La cocina serían los mandos de control, la mesa en la que Tessa se había sentado sería el asiento de eyección, la ventana a través de la cual los mirones los observaban sería la cabina...

Abrió los ojos. No había tenido suerte. Su alrededor no había cambiado ni un poquito. Fuera cual fuera el poder que había tenido sobre el *Apolo*, no servía para transformar caravanas.

Se escuchó un clic en el altavoz y se oyeron una amalgama de voces. Entre las preguntas formuladas a voz en grito, Rick solo escuchaba palabras sueltas. «¿Qué... díganos... vamos... sentir?» y así sucesivamente. Eran las preguntas habituales. Rick no necesitaba escucharlas para saber cuáles eran. Los medios de comunicación nunca preguntaban nada pertinente.

Se acercó a la ventana y, para que las cámaras pudieran leer sus labios si no lo oían, dijo lenta y claramente:

—Déjennos salir.

Si alguien lo escuchó, no le hicieron caso. La cháchara continuó sin interrupciones.

—Al menos vamos a quitarnos la ropa mojada —dijo Yoshiko. Se dirigió al fondo del *trailer* y empezó a abrir todos los armarios y cajones que encontraba a su paso hasta dar con lo que buscaba. Monos azules de una sola pieza. Cogió uno de una percha y se metió en el baño. Rick se rio al oír golpes. Sabía lo que estaba pasando dentro del baño.

—¿Necesitas que te eche una mano? —preguntó Tessa.

Yoshiko suspiró y dijo:

—Aquí no hay espacio ni para una mano, de hecho, aquí no cabe nada.

Rick buscó en el interior del *trailer* y se percató de que la única ventana que tenía el *trailer* tenía una cortina. Miró a las cámaras y dijo:

—Lo siento chicos, pero tenemos que quitarnos esta ropa mojada. —Y cerró la cortina.

Tessa observó, sonriendo, cómo Rick se quitaba el traje espacial, lo metía en la pila para que no mojase más el suelo y se secaba con un trapo para secar los platos. Luego cogió uno de los monos más grandes y se lo puso. Había tres pares de zapatillas de ir por casa de algodón, se puso las más grandes y llamó a la puerta del baño.

—Te cambio el sitio —dijo—, aquí fuera hay más espacio y he corrido la cortina.

—Bien. —La puerta del baño se abrió y Yoshiko salió desnuda de cintura para arriba. A pesar de la intimidad forzada en la que habían vivido en la cápsula *Apolo*, a Rick le sorprendió que ella llevase con tanta naturalidad el tema de la desnudez. Aunque, teniendo en cuenta lo que le había costado quitarse la parte de arriba en el diminuto baño, no era de extrañar que no hubiese intentado ponérsela de nuevo para volvérsela a quitar instantes después. En otras circunstancias hubiera bromeado sobre la situación o hubiera dado un silbido, pero aquel no era un buen momento. Se la veía cansada y desaliñada, y de poco humor para bromas. Tampoco Rick estaba de humor. La enormidad de lo que habían hecho y la decepción a su regreso finalmente le estaba empezando a afectar.

Se metió en el baño y cerró la puerta tras él. No era raro que Yoshiko hubiera tenido dificultades para quitarse la ropa. Casi no había sitio ni para que Rick se sentara en el váter químico. Sus rodillas chocaban contra la

puerta. Solo había un pequeño espacio para estar de pie. Junto al váter, un lavabo ocupaba una de las esquinas, y en el lado opuesto había una ducha del tamaño de un armario escobero. Rick se sentó y observó la ducha de acero inoxidable. Desde allí, el clamor de las voces sonaba como el murmullo de las olas contra la arena de la playa. Como cuando estaba de vacaciones en Key West. Cerró los ojos y se imaginó así mismo allí, pero tuvo la misma suerte que al intentar transformar el *trailer* en un *jet*.

13

El *trailer* tenía un televisor, Tessa lo descubrió en un armario que había junto a la nevera. Lo encendió y empezó a hacer *zapping*. Había unos cincuenta canales, pero todos estaban emitiendo lo mismo: cubrían en directo su misión. La primera imagen que vieron mostraba la masa de gente alrededor del *trailer* plateado. Ahora había menos gente que antes y una voz masculina decía: «Aún se están cambiando y dándose unas muy necesitadas duchas ahora que han regresado sanos y salvos a la Tierra».

—Ojalá —dijo Rick—, deberían ver a lo que llaman du...

—Shhhh —dijo Tessa.

Ahora solo enfocaban a la masa de gente y el reportero hablaba: «Hace unos minutos entraron en cuarentena. El astronauta Rick Spencer no estuvo nada contento con esta parte de la misión, aunque los responsables de la NASA insisten en que es necesario para prevenir una posible contaminación proveniente de organismos de la Luna».

Terminaron la toma poniendo unas imágenes de Rick en las que parecía un naufrago, con su cabello mojado, barba sin afeitar y mirada salvaje.

—¡No necesitamos esto! ¡La Luna tiene menos vida que mi abuela! ¡Demostramos eso hace treinta años!

—Vaya —dijo Rick—, si esa va a ser su cantinela vamos a estar en problemas. —Se acercó de nuevo a la ventana y apartó la cortina. Ya no había nadie mirando y la gente había empezado a dispersarse.

—Ya nos hemos cambiado y estamos listos para hablar —dijo Rick, esperando que el micrófono estuviera conectado a los cascos de algún periodista para que les prestasen atención. Sí lo estaba. Primero giró una cámara y luego otros giraron hacia la ventana. Minutos después la cháchara había empezado de nuevo. «¿Cómo... harán ahora que... piensan... ven... cómo se sienten...?».

Rick captó la última pregunta y decidió contestarla.

—Me siento genial —mintió—. Es maravilloso regresar a un mundo al que le importan los vuelos espaciales de nuevo. Cuando mirábamos la Tierra

desde arriba, a una altura desde la que nadie la había mirado desde hacía treinta años, sabiendo que estábamos ahí porque la gente quería... bueno, nos sentimos muy bien.

Mientras hablaba, la prensa se mantenía en silencio, pero en cuanto se callaba volvía la algarabía. Entendió una media docena de preguntas. «¿Qué hay de... piensan de... cómo fue... harían otra vez?».

—Por supuesto que lo haríamos otra vez —dijo Rick—, ¿verdad que sí? —Hizo un gesto a Tessa y Yoshiko para que se acercasen a la ventana. Incluso con el pelo mojado y enredado como lo llevaban eran más fotogénicas que él.

Tessa puso su mejor sonrisa y dijo:

—Por supuesto que lo haríamos. De hecho, me encantaría casarme allí arriba si pudiera —dicho esto levantó su mano izquierda y enseñó el anillo que Rick le había hecho mientras la gente ahogaba un grito al verlo.

Rick sintió que un escalofrío recorría su espalda.

—¿No desapareció? —preguntó incrédulo.

—No —dijo Tessa mientras lo besaba frente a las cámaras—. Seguimos prometidos, amor.

Cuando tras mil interminables preguntas la entrevista terminó, Rick cerró la cortina de nuevo y le preguntó a Tessa:

—¿Has sabido lo del anillo todo este tiempo?

—Ajá —dijo sonriendo—. Pero hasta que no estuviera segura de que íbamos a estar bien aislados por un tiempo no tenía intención de que atrajera la atención de nadie y me lo quitasen.

Él le tomó la mano y examinó el anillo. Era tan duro como siempre y seguía áspero en la zona por la que lo había arrancado del panel de control.

—¿Por qué esto no desapareció? —Rick miró a Tessa y a Yoshiko, que estaba a su lado—. ¿No tienen ninguna teoría para esto?

—Estoy segura de que podría dar con alguna —dijo Yoshiko—, los astrónomos somos buenos encontrando teorías... pero no sé si en este caso nos serviría mucho.

—Pues cuando la cápsula estaba desapareciendo eso no se lo impidió —dijo Rick.

Yoshiko le sonrió.

—Bueno, en ese momento mi vida corría peligro. Ahora no. —Su sonrisa se esfumó con rapidez y añadió—: Al menos no lo creo.

Rick levantó la vista hacia el altavoz y preguntó:

—¿Qué hay de eso, Jackson? ¿Hasta qué punto estamos metidos en un lío?

No hubo ninguna respuesta.

—¿Hola? —dijo mientras golpeaba la pequeña rejilla negra de metal—. *Apolo 18* solicitando control de tierra. Adelante Houston.

Nadie contestó.

—Bueno —dijo girándose—, si la falta de vigilancia nos puede dar alguna indicación puede que sean buenas noticias. Quizá solo nos retengan aquí hasta que la gente se olvide de nosotros y luego nos dejen en la calle de una patada en el culo. Al menos a Tessa y a mí. Realmente a ti no pueden tocarte.

—La NASA no puede —dijo Yoshiko—, pero ¿qué hay de la CIA? Ellos podrían decir que he ayudado a secuestrar una nave americana. Si quisieran dar ejemplo conmigo podrían hasta ejecutarme.

Tessa rodeó a Yoshiko con el brazo.

—No quieren dar ese tipo de ejemplo. Te devolverían a Japón antes que hacer eso.

Yoshiko asintió, pero no se la veía convencida del todo. Rick tampoco lo estaba. Aquel era un terreno completamente nuevo para él y también para el gobierno de Estados Unidos. No pensaba que nadie supiera aún como acabaría aquello.

Al menos, sus anfitriones sí que pensaron en su cena. La ventana que había sobre la pila de la cocina había sido sustituida por un compartimento estanco en miniatura a través del cual la tripulación del barco podía darles bandejas de comida sin romper la cuarentena. No dejaban que nada volviese a salir al exterior, lo cual los obligaba a almacenar las bandejas en bolsas de plástico bajo la pila pero, al menos, nadie tenía que cocinar.

La comida era de rancho, pero acostumbrados a lo que habían estado tomando durante la última semana, aquello les pareció alta cocina. Y además tenían comida en cantidad. Rick y su tripulación comieron filete *stroganoff*, puré de patata, verduras hervidas y un tipo de postre rojo que no sabían lo que era. Deducían que era el postre porque era dulce y pegajoso.

Cuando estuvieron llenos, Rick se percató de que Tessa había hecho un montoncito con los guisantes y los había dejado en el plato. Aquello lo hizo reír.

—¿Qué? —preguntó ella.

—No te gustan los guisantes —le dijo.

—Cierto. ¿Qué tiene eso de gracioso? —preguntó con el tono de voz de quien ha recibido muchas burlas por parte de su familia por ser melindrosa

con la comida.

Él levantó las manos a la defensiva.

—No es por los guisantes. Al menos, no en concreto. Es el hecho de que se me hace extraño que los gustos personales de cada uno puedan sobrevivir a una experiencia como la que hemos vivido.

Ella frunció el ceño.

—Me haría falta algo más que un viaje a la Luna para que me gustasen los guisantes.

—No, quiero decir... —Luchó con las palabras para explicárselo—. Lo que quiero decir es que es alentador ver que podemos seguir siendo las mismas personas que éramos antes. Es bueno que sigan sin gustarte los guisantes. Es tranquilizador. Y eso es lo que es gracioso.

Ella lo miró fijamente durante unos instantes y luego negó con la cabeza.

—Tú eres el gracioso.

Rick miró a Yoshiko en busca de apoyo. Estaba sentada en la cama, puesto que el asiento que quedaba libre estaba todo mojado de cuando Tessa se había sentado al llegar.

—¿Soy gracioso? —le preguntó.

Ella no lo miró a los ojos.

—Apenas te conozco —dijo—, estábamos bajo tanta presión en el viaje a la Luna que realmente no sabemos mucho de nuestras respectivas personalidades.

—Eso ha sido diplomático —dijo Rick mientras esperaba que Tessa dijera algo más, pero ninguna de las dos mujeres habló. Tras un minuto de silencio, se recostó y dijo—: puede que sea gracioso. Ya sé que soy el típico *friki* del espacio. Cuando era niño construía réplicas de cohetes, comía comida de astronautas en lugar de la del colegio, tenía fotos firmadas de astronautas y me prometí a mí mismo que sería uno de ellos cuando fuese mayor. Toda mi vida he deseado lo mismo. A pesar de que el programa espacial parecía condenado a muerte yo me inscribí en el programa de entrenamiento de astronautas. Y aquí estoy.

Yoshiko sonrió levemente.

—Supongo que eso me convierte a mí en una *friki* de la astronomía. Mi padre me ayudó a construir un telescopio cuando tenía ocho años y desde entonces no he querido otra cosa.

Ella y Rick miraron a Tessa.

—¿Qué? —preguntó.

—Por si no lo has notado, estamos teniendo un momento tierno para conocernos más los unos a los otros —dijo Rick. Sostuvo el tenedor bajo su boca a modo de micrófono y dijo—: Así que díganos, señorita McClain, ¿de dónde le viene ese miedo irracional a los vegetales? ¿La persiguió de niña un nabo? ¿Se burlaban de usted las judías verdes en el colegio?

Le acercó el tenedor. Ella puso los ojos en blanco, se lo arrebató y lo dejó en su bandeja.

—Mi hermana solía pasarme sus guisantes y zanahorias a mi plato cuando mis padres no se daban cuenta. Nadie me creía, así que me tocaba comerme también los suyos para poder tomarme el postre. Un día escuché que los astronautas no tenían que tomar vegetales frescos, puesto que se les proporcionaba otro tipo de comida en sus viajes, así que decidí que eso era lo que quería ser. —Los miró desafiante, como retándolos a reírse.

Rick ni siquiera trató de evitarlo y empezó a reír a carcajadas.

—¿Entraste en el programa espacial para no tener que comer verduras y yo soy el raro?

—Mi padre siempre decía que uno debe conocerse a sí mismo.

—El mío me decía que acabaría mal si no dejaba de tener siempre la cabeza en las nubes —dijo Rick mientras daba un golpecito a la bandeja de plástico con la cabeza—. Me pregunto si estaba pensando en esto.

—¿Está...? —preguntó Yoshiko con vacilación.

—Muerto. Hace tres años.

—Oh, lo siento.

—No pasa nada. —Rick puso su bandeja encima de la de Tessa, alargó la mano para coger la de Yoshiko y dejó las tres bandejas dentro de una bolsa de basura bajo la pila sin siquiera levantarse.

Por la ventana que había tras la cama de Yoshiko podía verse cómo la cubierta del barco se unía con el horizonte. Había unas pocas nubes y estaban adquiriendo un tono rojizo. En las latitudes bajas atardecía pronto. En algunos viajes previos de Rick a los trópicos había encontrado aquello algo raro (al fin y al cabo, un clima cálido siempre había significado para él días largos cuando de niño vivía en Montana), pero en aquel momento lo agradeció.

También lo agradeció Yoshiko.

—Odio, ¿cómo decís?, aguar la fiesta —dijo—, pero ha sido un día muy largo y ahora que tengo el estómago lleno creo que podría dormir durante una semana entera.

—Yo también —dijo Tessa.

Rick dio un bufido.

—¿Que tú estás cansada? Debería empezar a hacerte cosquillas cada vez que empieces a dormirte a ver cómo te sientes después de pasarte así un par de días.

—Si empiezas a hacerme cosquillas, señorito, te ataremos a la litera.

Rick miró la litera que había sobre la ventana. Si dormía ahí arriba prácticamente tendría la nariz pegada al techo. Además, la amenaza de Tessa implicaba también una invitación mucho más agradable.

Solo para asegurarse de que no estaba malinterpretando las cosas, preguntó:

—¿Y si me porto bien?

Ella lo besó en la punta de la nariz.

—Eres tan mono cuando te haces ilusiones... ¡Claro que quiero que duermas conmigo, bobo! Estamos prometidos.

La madre de Rick hubiera considerado eso razón más que suficiente para que ni siquiera durmieran en la misma casa, pero puesto que la NASA ya los había forzado a eso... Y además, ojos que no ven, corazón que no siente.

Se rio al pensar que estando allí podría ocultar algo de lo que hiciera. Sabía que al menos había un micrófono en el *trailer*, probablemente hubiera también una cámara escondida. Puede que hasta hubiera algún pobre pringado que tuviera que clasificar las cintas, puede que incluso tuviera que transcribir sus conversaciones.

Rick sintió el impulso de susurrar algo sin sentido solo para darle a esa persona algo en lo que pensar, pero lo dejó pasar. Ya tenía suficientes problemas.

Buscaron sábanas y finalmente las encontraron bajo la cama de Yoshiko. Les costó un poco averiguar cómo transformar el catre sobre el que estaba en una cama de cuerpo entero y cómo transformar la mesa en otra. Al final lo lograron y cuando terminaron solo había un diminuto espacio para estar de pie junto a la pila de la cocina. Tuvieron que pasar unos por encima de los otros para poder llegar al baño. Se ducharon por turnos para quitarse la sal del mar y la mugre acumulada de una semana. Después apagaron las luces y se metieron en la cama.

Rick y Tessa se acostaron desnudos, pero estaba claro que lo primero era dormir. Tessa le dio un beso de buenas noches y le dio las buenas noches a Yoshiko. Luego se dio la vuelta y se quedó mirando a la pared. Rick la rodeó con el brazo y trató de relajarse, pero no podía ignorar el calor de su piel desnuda contra la suya, ni la curva de sus pechos... Minutos más tarde se dio cuenta de que tampoco podía ignorar el aire que le llegaba del ventilador que

estaba en la pared. Se dio la vuelta y se tapó con la sábana, pero aún podía notar el frío aire.

Por si eso no fuera suficiente, también notaba las costuras del colchón. Además, Tessa y él le habían dado la vuelta al colchón, pero aun así estaba mojado. El calor y la suavidad de Tessa eclipsaban todo lo demás, pero al tratar de ponerse cómodo en el áspero colchón de gomaespuma no pudo evitar reírse.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—La primera noche en la Tierra de los héroes —dijo—, en una caravana bajo vigilancia militar. Es absurdo.

Ella giró hacia él y, al hacerlo, le pasó el pelo por la nariz sin querer.

—Acostúmbrate —dijo—. Tengo el presentimiento de que las cosas empeoraran aún más antes de que vuelvan a la normalidad.

—Espero que a... a... ¡achís!

—¡Puaj! —dijo mientras se apartaba de su cara.

—¿Qué quieres decir con puaj? Solo he estornudado. Y, además, ha sido culpa tuya.

—¿Culpa mía? ¿Cómo que culpa mía?

—Me has pasado el pe...

Ninguno de los dos se esperaba el almohadillazo que cayó sobre sus cabezas.

—A dormir —dijo Yoshiko.

Rick estuvo a punto de volvérselo a tirar, pero contuvo el impulso y se lo pasó gentilmente.

—Sí, mamá —dijo. Luego se volvió a tumbar y se concentró en dormir.

Mañana ya llegarían todos los problemas a los que se iban a enfrentar.

Y llegaron. Antes incluso de que saliera el sol por el horizonte se despertaron a causa de un fuerte sonido proveniente de la parte superior del *trailer*. Rick se despertó de golpe, saliendo de un sueño en el que el módulo lunar colisionaba con el módulo de mando y le hacía una raja de un metro de largo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó cuando se dio cuenta de dónde estaba en realidad.

El altavoz se encendió y la voz de un hombre joven dijo:

—Los estamos levantando con una grúa. Vamos a colocarlos en la cubierta del *Jiménez* para que vuelvan a Estados Unidos. Sin querer hemos golpeado la superficie del *trailer* con el gancho.

—¿El *Jiménez*? ¿Qué demonios le pasa al *Nimitz*?

—Estamos de maniobras, señor. Éramos el barco más cercano a la zona en la que amerizaron, por eso los recogimos, pero ahora debemos seguir con nuestra misión.

Rick sospechaba que en todo aquello había algo más. Los Estados Unidos no podían enviar un barco pequeño si los rusos iban a mandar un carguero. Pero ahora que habían impresionado al mundo podían ocultar tranquilamente a los astronautas y seguir como si nada.

De repente se percató de la explicación que le había dado el marinero.

—¿Nos van a pasar con la grúa? ¿Colgando de un cable?

—Sí, señor —había un ligero tono de diversión en su voz—, pero no deben preocuparse. Hacemos esto a todas horas con contenedores de carga. Estarán bien.

Rick se frotó los ojos.

—Ya. Hubiera estado bien que alguien nos hubiese avisado.

—Sí, señor. Tienen unos cinco minutos antes de que los cambiemos. Si necesitan ir al lavabo o cualquier cosa, este sería un buen momento.

—Correcto. Bueno, gracias por eso.

Casi no tuvieron tiempo ni de ponerse la ropa antes de que la grúa empezara a recoger el cable y con un fuerte ruido se elevaran en el aire. Rick

nunca había tenido miedo de las alturas, pero cuando el *trailer* se elevó del suelo y empezó a balancearse atrás y adelante sobre el borde del barco, de repente sintió pánico. Había una gran altura de ahí al agua. El barco de la NASA parecía de juguete en comparación con el *Nimitz*. A pesar de que el portaaviones fuera tan estable como un continente, el objetivo sobre el cual debía dejarlos la grúa se veía demasiado pequeño.

—Vamos a morir —dijo Rick mientras se arrodillaba en la cama de Yoshiko y se inclinaba sobre la ventana para ver contra qué chocarían. Si la grúa los iba a dejar caer, quería ver contra qué iban a golpear.

—Apártate de la ventana —dijo Tessa—, estás volcando el *trailer*.

Y realmente lo estaba haciendo. Su peso extra en uno de los extremos era suficiente para ladear el *trailer* unos veinte grados o más. Volvió a la mesa de la cocina y se sentó con las piernas cruzadas junto a Tessa. Yoshiko se sentó al otro lado y se agarró con fuerza mientras se balanceaban. El lateral del barco estaba cada vez más lejos mientras ellos daban vueltas en el aire.

El cielo estaba lo suficientemente iluminado y a cada minuto aclaraba. Cuando el *trailer* tocó la cubierta del *Jiménez* (y botó un par de veces antes de quedarse sobre la superficie), el cielo había pasado de estar oscuro a anaranjado, y luego a azul. Parecía que en el exterior había un día soleado y tropical.

Los marineros se apresuraron para sujetar el *trailer* al suelo e instantes más tarde Rick se percató de por qué habían tenido tanta prisa por hacerlo. En el portaaviones ni siquiera notaron el vaivén de las olas, pero aquel pequeño barco se tambaleaba como un corcho en medio del oleaje.

—Oh, Dios —dijo Tessa—. ¿Vamos a pasar todo el camino de regreso a casa en esto? Jackson realmente la ha tomado con nosotros.

El *trailer* fue depositado en el centro del barco, justo en la popa de la camareta alta. Los marineros lo giraron hasta que su ventana estuvo justo frente a una puerta blanca de aluminio de la cual emergieron media docena de hombres vestidos con trajes grises que terminaron de amarrar el *trailer*.

Uno de los tipos ajustó un cable a la pared que había bajo la ventana y durante unos instantes se escuchó algo de jaleo por el altavoz.

El tipo que tenían enfrente dijo:

—Hola, ¿pueden escucharme?

—Alto y claro —respondió Rick—, ¿quién eres?

—Soy Bernard Sonderby, un agente secreto de la CIA^[3]. Literalmente. —Rio ante su propio chiste—. Investigo los fenómenos parapsicológicos. Estos son mis colegas de diversas universidades y fundaciones de

investigación del país. Nos gustaría hacerles algunas preguntas sobre su experiencia, si no tienen inconveniente.

Hizo un gesto con la mano a las otras cinco personas que había allí, tres hombres y dos mujeres. Todos llevaban ordenadores portátiles y pequeñas grabadoras. Sonderby no llevaba nada. Por lo visto, era demasiado importante como para llevar ese tipo de cosas.

Rick dio un bufido.

—No parece que tengamos otra elección, ¿no?

El hombre de la CIA asintió.

—Entiendo cómo se sienten. A mí tampoco me gusta lo de la cuarentena. Estoy intentando que se olviden de eso, pero mientras tanto podríamos ir teniendo una entrevista preliminar.

—¿La CIA no puede hacer que nos quiten la cuarentena? —preguntó Yoshiko.

Sonderby se encogió de hombros.

—Al contrario de la creencia popular, no tenemos tanto poder.

—Pero están trabajando en ello —dijo Rick—. Ya me conozco vuestro juego. Quieren averiguar cómo hacer lo que nosotros hemos hecho para poder construir un arma con esos conocimientos.

Había esperado que Sonderby se ofendiera (de hecho, lo había deseado), pero el hombre simplemente asintió y dijo:

—Es cierto. Y para defendernos contra una, claro está. Hace tiempo que sabemos que los rusos trabajan en armas de este tipo, pero hasta ahora nunca habíamos tenido nada substancial que estudiar.

Antes de haber visto fantasmas del *Apolo*, Rick hubiera respondido que eso era porque no había nada substancial que estudiar, pero ahora ya sabía que las cosas no eran así. Estaba claro que lo que decía el hombre de la CIA tenía sentido. Si, como Gregor había dado a entender, los rusos estaban obteniendo resultados, los Estados Unidos sí debían conocer lo que ellos sabían. Aun así, crear armas era otra cosa.

—No haré nada conscientemente que los ayude a construir un arma —dijo.

Sonderby no pareció afectado por la declaración.

—Me parece justo. Me contentaría con hablar de todo lo que ha pasado. —Giró hacia los marineros que estaban en las cercanías—. ¿Podrían traernos algunas sillas y un toldo para protegernos del sol y del viento?

Los marineros corrieron a cumplir sus órdenes y Rick se quedó con la impresión de que Sonderby tenía más autoridad de la que quería dar a

entender. Rick deseó no tener que tratar con aquel tipo (para empezar, odiaba a la CIA) pero hacía mucho que había aprendido a librar aquel tipo de batallas. No podía negarse a hablar con todo el mundo y Sonderby podría entrevistar a todo aquel con quien Rick hablase, así que luchar contra eso solamente lo enojaría. Tenía más sentido hablar directamente con él. Así al menos sabrían cuánto sabía la CIA.

Deseó poder hablar un poco con Tessa sobre aquello, tener una pequeña charla con ella y con Yoshiko sobre qué información debían ocultar; pero Sonderby escucharía cada palabra que pronunciasen. El momento de inventarse una historia había sido en pleno vuelo, pero no se les había ocurrido pensar en la que se les vendría encima.

Tendrían que apañárselas. Aun así, había algo que Rick podía decir directamente y lo hizo. Giró, miró a las dos mujeres y dijo:

—No quiero que le digan nada que puedan usar para construir un arma. ¿De acuerdo?

—Por mí está bien —dijo Tessa.

Yoshiko miró a Sonderby, luego a Rick y asintió.

—De acuerdo. Hablaremos.

Pasaron las tres horas siguientes recordando sus experiencias y sacando a la luz todos los detalles inofensivos que se les ocurrieron. El problema era que no sabían qué era peligroso y qué no. Puede que Sonderby lo supiera, pero él y sus acólitos no revelaron nada. Todas sus preguntas estaban relacionadas con el comportamiento de la nave fantasma y reaccionaban como cualquier grupo de personas lo hubiera hecho ante las respuestas. Uno de ellos no paraba de repetir algo así como «qué guay» mientras tomaba notas, y otro murmuraba algo como «es imposible» una y otra vez como un mantra.

Los astronautas plegaron las camas mientras charlaban, dando algún que otro tumbo cuando el barco se balanceaba. Rick trataba de ignorar la sensación de mareo que le invadía el cuerpo cada vez que el barco se mecía entre las olas. Finalmente descubrió que se encontraba mejor sentado. Los tres se sentaron en el asiento que había sido la cama de Yoshiko, pues era el más cercano a la ventana.

Los científicos estaban sentados en sillas plegables y un toldo de plástico a rayas azules y blancas se sostenía por encima de sus cabezas. Había otro toldo a un lado que los protegía del viento del este. Con todo, alguna brisa ocasional les azotaba el pelo, pero parecían bastante cómodos. Rick deseó sentir el viento en su cara de nuevo.

El entusiasmo de los científicos era contagioso y, a pesar de que no querían, los astronautas se metieron más en la conversación y se fueron animando más y más según les relataban los momentos más angustiosos del viaje, especialmente su caída final en medio del océano.

—Por cierto, eso debería haberlos matado —dijo Sonderby cuando llegaron a aquella parte.

Rick sintió que se le paraba el pulso.

—¿Cómo?

—La caída. Estaban al menos a quinientos pies de altura cuando la cápsula desapareció. Desde esa altura el impacto debería ser fatal.

Si las miradas matasen, la de Tessa hubiera acabado con Rick.

—¿En serio? —dijo—, ¿y por qué no sucedió?

El agente de la CIA dio un sorbo al té helado que un miembro de la tripulación había traído junto con las sillas y el toldo. La mujer que estaba sentada a su derecha, una física llamada Wilson dijo:

—Parece ser que alguna fuerza invisible redujo vuestra aceleración. La fuerza no fue lineal y aumentó según se aproximaban al agua. Al repasar las secuencias de video, he determinado que cayeron con más fuerza al principio y que según descendían aceleraban menos. En los últimos metros, la aceleración fue negativa. Así que la velocidad con la que golpearon no fue mayor que la que hubieran tenido en una caída de unos cuarenta y cinco pies. Una velocidad más que respetable (treinta y seis millas por hora), pero con la que la vida no corre peligro si se aterriza correctamente, como ustedes hicieron.

Sonderby dijo:

—Solo podemos concluir que vuestro control sobre la realidad continuó después de que la cápsula desapareciese. Al darse cuenta de que estaban a demasiada altura para sobrevivir redujeron la velocidad de vuestra caída. Probablemente, cuanto más cerca del agua estaban, más peligroso parecía y por eso la aceleración fue negativa. Les entró el pánico.

—No me entró el pánico —dijo Rick. Nada más lejano. Recordaba la sensación de alivio que había sentido al saber que iba a vivir. Se había enfadado, eso sí, al saber que iban a perder las muestras que tanto les había costado conseguir, pero no le había entrado el pánico.

Sonderby no insistió.

—Puede que no. Puede que simplemente fuera supervivencia instintiva. Sería interesante ver qué pasaría si los dejásemos caer desde una altura aún mayor. Si se les diera el tiempo suficiente para que en un aprieto reaccionaran conforme a esto, ¿volverían a elevarse en el aire?

—No quiero descubrirlo —dijo Rick.

—No te culpo —sonrió Sonderby—, ¡no te preocupes! Sé que piensan que soy la reencarnación del mal, pero no disecciono gatitos solo para divertirme y no pongo a la gente en peligro solo para experimentar.

Rick se encogió de hombros.

—Eso es bueno, ya que no creo que yo pueda seguir controlando las cosas. Traté de transformar esta caravana de aislamiento en un avión minutos después de que nos metieran aquí y nada sucedió.

Los científicos tomaron nota de aquello. Un hombre llamado Toland, un antiguo astronauta que ahora se interesaba por asuntos paranormales y que se

había autoproclamado a sí mismo psíquico preguntó:

—¿Cómo puedes decir que no tienes ningún poder cuando tienes las pruebas delante de tus narices?

—¿Qué pruebas?

—El anillo de Tessa.

Rick miró la mano de Tessa. Ella lo había mantenido fuera de la vista de la ventana. El anillo seguía allí.

—¿Podemos verlo? —preguntó Toland.

Ella se encogió de hombros y levantó la mano.

Todos se amontonaron alrededor de la ventana y empezaron a lanzar preguntas como locos.

—¿Qué se siente? ¿Está frío? ¿Te da sensación de poder? ¿Es tan duro como el metal de verdad?

En respuesta a lo último, lo golpeó contra el cristal. El *clic clic clic* fue la respuesta a la pregunta.

—¿Podríamos examinarlo? —preguntó la física Wilson—, me gustaría coger una muestra. Solo un pequeño pedacito, para analizarlo químicamente. Sabemos de qué están hechos los mandos actuales, pero no sabemos de qué está hecho el que utilizaste para hacer el anillo. Sería interesante ver de qué material es.

Tessa rio.

—No había pensado en eso. Vaya, ¿y si es oro o algo parecido?

—Si es así, entonces es bueno que el dinero americano ya no esté atado al valor del oro.

Tessa miró su anillo más de cerca.

—Si los dejas echar un vistazo, ¿me prometen que me lo devolverán?

Wilson asintió y dijo:

—¡Por supuesto! —pero Sonderby dudaba.

—¿Te das cuenta de que esto es el primer artefacto sobrenatural real y documentado que tenemos la oportunidad de estudiar? El análisis químico es solo una de las pocas pruebas que tendríamos que hacerle.

—Imagino que ustedes también entienden que es mi anillo de compromiso.

—Por supuesto —dijo Sonderby mientras se mordía el labio inferior. Finalmente asintió—. No hay duda de que el anillo está más seguro contigo. Si dejas que lo examinemos de vez en cuando mientras vamos averiguando lo siguiente que tenemos que investigar, no veo problema en que continúes llevándolo.

Tessa miró de nuevo al interior del *trailer*.

—¿Rick?

Eso no le gustaba ni un ápice. Sonderby hablaba como si el anillo le perteneciese y simplemente iba a dejar que Tessa lo llevase a regañadientes.

—A mí tampoco me importaría saber de qué está hecho —dijo—, pero no me gustaría que nadie codiciara el anillo de mi prometida; no importa de qué esté hecho o cómo lo consiguiéramos. Es su anillo y así será. ¿Está claro?

A nadie le gustó la idea, pero todos aceptaron. Incluso Sonderby.

»De acuerdo —dijo Rick—. Mientras nos entendamos no habrá problema. Pero ¿cómo os lo podremos dar si estamos en cuarentena? No es que a mí me importe...

Sonderby señaló el lugar en el que la ventana de la cocina había sido reemplazada por el compartimento estanco para pasar la comida.

—Hemos instalado luces ultravioletas de alta densidad en el compartimento. Si colocan el anillo dentro y cierran la puerta, lo esterilizaremos antes de abrir nuestro lado.

Tessa se quitó el anillo, se levantó y abrió el compartimento.

—De acuerdo —dijo mientras lo colocaba en el estante de abajo, puesto que el estante superior y el del medio simplemente eran rejillas de alambre—, ahí está.

Rick sintió que tenía el estómago revuelto. Se dijo a sí mismo que era por el mareo del barco, pero no se lo llegó a creer del todo.

Wilson se dirigió a un lado del *trailer* y desapareció de su vista. Instantes más tarde la escucharon encender las luces y un minuto más tarde escucharon el ruido de la puerta al abrirse.

Escucharon su voz, pero estaba demasiado alejada de los micrófonos como para entender sus palabras. Sonderby, que seguía frente al *trailer* dijo:

—No puede encontrarlo. ¿Dónde lo has dejado?

—En la parte de abajo —replicó Tessa—, justo en el medio.

Sonderby se lo transmitió a Wilson y luego dijo:

—No está ahí.

—¿Qué? Por supuesto que lo está. —Tessa cogió el mango de la puerta pero no pudo abrir el compartimento—. ¡Cierren vuestro lado! —gritó—, ¡cierren ahora!

Rick tragó saliva, su estómago estaba aún más revuelto que antes. Se levantó del sofá y se dirigió hacia donde estaba Tessa. Escucharon un golpe y ella abrió la puerta inmediatamente. Ahí, justo donde ella lo había dejado, estaba el anillo.

—Uf —dijo mientras lo cogía y se lo volvía a colocar en el dedo. Rick le puso el brazo encima de los hombros y la apretó.

Wilson apareció de nuevo delante del *trailer*.

—¿Qué ha pasado?

—Ha... ha debido de desaparecer cuando he cerrado la puerta —dijo Tessa.

—Pero estaba ahí cuando la has abierto.

—Sí.

Wilson frunció los labios y miró al infinito por un momento, luego dijo:

—¿Puede que haya sido por la luz ultravioleta? —Giró hacia Sonderby—. ¿Podemos intentarlo otra vez sin la luz?

Rick y el agente de la CIA dijeron simultáneamente:

—¡No!

Tras unos instantes, Tessa los sorprendió a ambos diciendo:

—Estoy de acuerdo. Al fin y al cabo ha vuelto.

—También está el tema de la cuarentena —dijo Sonderby.

Ella rio.

—Todos sabemos que eso no es más que una tontería. Nos saltamos las órdenes del director de vuelo, así que nos quiere joder. Venga, ¿quieren examinar el anillo o no?

—Tessa. —Cuando ella lo miró, Rick negó con la cabeza.

Nunca antes había entendido que la frase de «instinto visceral» era casi literal, pero ahora mismo su estómago le decía que había algo que no marchaba bien.

Ella se inclinó hacia él y le susurró algo al oído.

—Sé lo que estoy haciendo, déjame intentarlo.

No le gustaba, pero como acababa de recordarle a Sonderby, era su anillo. Le quitó el brazo del hombro y dijo:

—De acuerdo.

Sin esperar una confirmación de Sonderby se quitó el anillo, lo dejó de nuevo en el compartimento estanco y cerró la puerta.

—De acuerdo, adelante.

Wilson miró a Sonderby, que respiró hondo y luego asintió muy sutilmente. La física regresó al lateral del *trailer* y escucharon como abría la puerta. Se cerró casi inmediatamente.

Wilson habló y Sonderby dijo:

—No está ahí. —Parecía aliviado.

Tessa abrió la puerta interior de nuevo. Esta vez, Rick vio que el anillo se materializaba. Del alivio que sintió casi se le doblan las rodillas. Tomó aire y trató de ignorar la sensación que tenía en el estómago.

—¿Puedo? —dijo mientras se acercaba a coger el anillo. Cuando ella asintió, él lo cogió con la mano. El metal era sólido y estaba frío. Igual que cuando lo había arrancado del panel de control, quizá algo más suave de lo que lo recordaba. Al arrancarlo no había hecho muy buen trabajo.

Tuvo una corazonada y se apartó de Tessa. El anillo seguía siendo sólido.

—Cierra los ojos —le dijo. Cuando lo hizo abrió la palma de su mano y mantuvo el anillo ahí un poco más. Luego se acercó a la ventana. A su llegada, todos los científicos se inclinaron para verlo—. De acuerdo, voy a dejarlo en el alféizar que hay justo debajo de la ventana —dijo mientras lo hacía. El acabado metálico del anillo reflejaba la luz del día que posaba a través del toldo.

—¿Puedo abrir ya los ojos? —dijo Tessa.

—No.

En el preciso instante en el que Rick soltó el anillo, este empezó a desaparecer. Resistió el impulso de cogerlo de golpe, pero, sin tocarlo si quiera, dijo:

—Bien, voy a cogerlo de nuevo.

En ese momento el anillo se solidificó.

Yoshiko, que se había mantenido en silencio durante un tiempo, tratando de mantenerse alejada de la situación política americana, dio un grito ahogado al darse cuenta de lo que acababa de ver.

—¡Tessa lo controla! —dijo.

Rick asintió.

—Al menos parcialmente. Bien, ya puedes mirar.

Tessa se acercó a él y dejó que le pusiera el anillo en el dedo de nuevo.

—¿Qué ha pasado?

Rick se lo dijo y ella pareció confusa por un momento.

—¿No desapareció hasta que no lo soltaste?

—Correcto.

—Entonces, tú también lo controlas.

Él se inclinó hacia ella y la besó suavemente.

—Bueno, eso es de lo más apropiado, teniendo en cuenta que es nuestro anillo de compromiso.

Los seis científicos empezaron a hablar a la vez. Finalmente, Sonderby hizo que los demás se callasen y dijo:

—¿Qué tal si dejáis que lo sostenga Yoshiko?

Yoshiko negó con la cabeza.

—No quiero ser parte de este experimento.

—¿No?

—No.

—Pero nos ayudaría a saber cómo funciona.

Yoshiko tomó aire y dijo:

—Me he pasado la última semana tratando de averiguar cómo funcionaba mientras mi vida peligraba a cada instante. Estoy cansada. No quiero tener nada más que ver con fantasmas. Me quiero ir a casa, pero soy prisionera de un poder extranjero y cada minuto que pasa estoy más lejos de Japón. Déjenme ir. O, al menos, déjenme hablar con mi embajador.

Sonderby se pasó la mano por la frente.

—La situación es muy complicada —dijo—. Se les acusa a todos de negligencia, por supuesto. Y, además, a ti y a Tessa también se las acusa de poner en peligro de manera temeraria al resto de la tripulación de la lanzadera. Hasta que no se los libre de los cargos estarán bajo custodia, aunque les quitemos la cuarentena.

—Aun así, quiero hablar con mi embajador.

—Sí, por supuesto. Eso puedo arreglarlo. Y les prometo que haré lo posible para que los saquen de la cuarentena lo antes posible.

—Bien —dijo Rick. Y luego, sin previo aviso, estornudó.

16

Todos lo miraron como si fuera un bicho raro.

—¿Qué? —preguntó—. He estornudado. Vaya cosa. Probablemente ha sido por la luz del sol.

—¿La luz del sol? —preguntó Tessa dubitativa.

—Siempre estornudo con la luz del sol.

—Sí, claro, realmente aquí hay mucha luz.

—Hay mucha luz ahí fuera —dijo señalando a la ventana—, estaba mirando hacia fuera.

—Oh, oh.

Él frunció el ceño.

—¿De parte de quién estás?

—De la de la Tierra. —Se sentó—. Si realmente hemos traído algo con nosotros...

—¡No estoy enfermo! —dijo Rick. Dio una patada a la mesa y se dio la vuelta—. Dame un respiro ¿quieres? Estornudo y de repente se trata de una epidemia.

Sonderby intervino:

—Seguro que no es nada. ¿Qué tal un descanso? Llevamos horas con esto.

—Eso es una gran idea —dijo Rick mientras se sentaba en el banco de la mesa de la cocina—. ¿Y qué tal si nos dan algo de comer? No nos dieron nada antes de cambiarnos de barco. —No es que tuviera hambre, en realidad todo lo contrario, pero pensaba que algo de comida ayudaría a que no lo molestase el estómago.

Sonderby se dio una palmada en la frente.

—¡Cielo santo! ¿Cómo no dijeron nada antes? ¡Por supuesto!

—Será porque no nos dejaban meter baza —murmuró Rick.

Sonderby ya había girado y le gritaba al miembro de la tripulación más cercano.

—¡Comida! Traigan algo de comer a esta gente.

Mientras esperaban a que les trajeran la comida Tessa encendió la televisión. Se sorprendieron al ver que tenían multitud de canales entre los que elegir. Obviamente, en el *Jiménez* también tenían satélite. Aunque tenían algo más de variedad que antes, muchos canales aún estaban dando información relacionada con su vuelo. Las tertulias estaban llenas de psíquicos y charlatanes; las series que se emitían eran de fantasmas y fantásticas; los programas de ciencia hablaban de investigación experimental, y los nuevos programas narraban su llegada a la Luna y entrevistaban a la gente de la calle (que estaban más interesados en el aspecto sobrenatural que en la idea de la colonización lunar).

—Vaya —dijo Rick—. Hay más psíquicos que científicos por ahí fuera.

—¿Te sorprende? —dijo Tessa.

—No, pero esperaba que la gente también prestara atención a lo que hicimos y no solo cómo lo hicimos.

—Dales tiempo. Ir a la Luna es algo viejo, los cohetes fantasmas no.

Finalmente llegó su comida y se la comieron mientras hacían *zapping*. La comida estaba bastante buena (estofado de pollo y ensalada), pero a ninguno les sentó bien al estómago. Rick fue el primero en ir al baño y casi no había ni tirado de la cadena cuando Yoshiko golpeó la puerta.

Tessa aguantó estoicamente, pero no tenía buena cara.

Rick se dirigió a la parte delantera del *trailer*, no había nadie pero dijo:

—¿Hay alguien ahí fuera? —Un marinero apareció a un lado del *trailer*. ¿Había estado custodiando la puerta? Al menos lo parecía. Llevaba un rifle automático negro colgado del hombro.

—¿Cómo puedo ayudarlos? —preguntó.

—¿No sería posible que el barco navegase en línea recta por las olas durante un rato? Nos estamos mareando de tanto tumbo.

El marinero trató de esconder una sonrisa.

—No creo que eso sea posible. A menos que quiera ir a Perú en vez de a San Francisco.

Rick trató de imaginarse sobre un globo terráqueo; su barco en algún lugar al oeste de Hawaii dirigiéndose al nordeste, Perú estaría al sureste. Pero eso colocaría a Hawaii...

—¡Eh!, ¿y por qué demonios vamos a San Francisco? Hawaii está mucho más cerca.

El marinero se encogió de hombros.

—Órdenes. Yo no las cuestiono.

—Pues puede dar por seguro que yo sí lo hago.

—Con todos mis respetos señor, por eso yo estoy fuera y usted está dentro.

—Sí, bueno. Cuestionar las órdenes me llevó de ida y vuelta a la Luna —dijo Rick, pero al ver la expresión en la cara del hombre se dio cuenta de cómo debía haber sonado eso—. Eh, lo siento. Cuando me mareo me vuelvo un tonto.

—Esa es una buena excusa —dijo Tessa desde atrás de él—, ¿puedo usarla la próxima vez que diga algo estúpido?

—Siempre y cuando estés a bordo de un barco —respondió Rick. Sintió que volvía a tener ganas de estornudar pero trató de aguantarse.

El marinero se asomó por la ventana.

—Saben, no tienen muy buen aspecto. Voy a hablar con el capitán a ver qué podemos hacer.

—Gracias.

No se fue inmediatamente. Primero tuvo que llamar a alguien que lo reemplazase en la vigilancia. Cuando otro marinero con rifle llegó se dirigió a la camareta alta.

Durante la siguiente media hora no sucedió nada. Los tres astronautas volvieron a montar sus camas de nuevo y se dedicaron a tumbarse y quejarse hasta que alguien apareció. Era un hombre de unos cincuenta años o así, corpulento y canoso.

—Soy el doctor Cortez —dijo—. Les he traído algo para el mareo. —Les mostró una pequeña botella marrón y media docena de pequeñas vendas redondas en una bolsa de plástico.

—¿Dramamine? —preguntó Tessa.

—Biodramina, que es lo mismo. Y parches para que no os entren ganas de vomitar. Y también he traído algo que se llama Cinta del mar. Es una cinta elástica que tiene un pequeño abalorio de plástico que presiona un nervio que está un poco más arriba de su muñeca. Hay gente que lo encuentra mucho más efectivo que las drogas.

—¿Digitopuntura? —preguntó Rick con recelo.

El doctor elevó la bolsa de las vendas en su mano.

—No lo rechaces antes de probarlo. En algunas personas funciona mejor que las drogas. Les voy a pasar todo esto. Las instrucciones están en los paquetes.

Se acercó al lateral del *trailer* y escucharon como se abría y cerraba una puerta. Tessa introdujo la medicación y estudió la etiqueta de la botella. Después sacó tres cucharas de un cajón que había junto a la pila. Llenó una de las cucharas y se la dio a Rick.

—Abre la boca.

—Sí, mamá.

Le metió la cuchara en la boca y la dejó allí mientras llenaba otra para Yoshiko y otra para ella. Rick había esperado que supiera muy mal, pero se sentía tan podrido que ni siquiera notó sabor alguno. Lamió la cuchara hasta dejarla limpia y se la devolvió a Tessa.

—Un parche —dijo mientras le daba un pequeño adhesivo redondo.

—¿Tengo que colocarlo en algún lugar específico? —preguntó.

El doctor había vuelto a colocarse frente a la ventana.

—Realmente no —respondió—, cualquier lugar con una buena reserva de sangre valdrá.

Tessa se rio de manera provocativa y Rick enrojeció.

—La mayoría de la gente se lo pone detrás de las orejas —dijo el doctor sonriendo.

Rick le quitó el adhesivo y se lo pegó detrás de la oreja izquierda.

—Y finalmente, la medicina alternativa —dijo Tessa sacando las Cintas del mar. Eran muñequeras elásticas de colores con un pequeño bulto cosido en un pequeño bolsillo en el interior.

—¿Dónde va el bulto? —preguntó.

—Dijo el novio —replicó Tessa riendo.

Rick gruñó.

—¿Cómo puedes estar tan alegre en un momento como este?

—Realmente no siento toda esa... ¡achís!

Rick llevaba los últimos minutos tratando de evitar estornudar, pero cuando Tessa estornudó ya no pudo evitarlo.

Yoshiko, que todavía estaba sentada en su cama, murmuró:

—No, por favor, no.

—Es el aire de aquí dentro —dijo Rick—, no está siendo reciclado.

—Déjenme que lo mire —dijo el doctor Cortez, que volvió a desaparecer por el lado del *trailer*. Escucharon que se abría otra escotilla de acceso. En esa ocasión la que estaba donde el aparato de aire acondicionado. Volvió a aparecer a los pocos segundos—. No, funciona correctamente. De todas formas, si quieren que filtre más, pueden ajustarlo desde dentro.

Rick miró el ventilador que estaba encima de la mesa, la mesa que habían transformado en una cama la noche anterior y de repente se dio cuenta de lo que pasaba.

—¡Es por el maldito aire acondicionado! —dijo—. Estábamos mojados, teníamos frío y hemos dormido bajo el aire toda la noche. Estamos cogiendo un resfriado.

El doctor se frotó la barbilla y canturreo un momento.

—Los resfriados son infecciones virales. El enfriamiento del cuerpo hace que una persona sea más susceptible de cogerlo, pero el virus debe estar ahí.

—Es posible que alguna de las personas que acondicionara este lugar antes de que llegásemos tuviera un resfriado. O alguna de las personas que hizo los trajes que llevamos. Tal vez el cocinero que hizo la comida la noche anterior. El virus podría venir de casi cualquier parte. Todos estos protocolos de aislamiento están hechos para mantener las bacterias dentro, no fuera.

—Cierto, pero el virus de un resfriado se transmite por el aire —dijo el doctor—. Con la excepción de vuestro breve paseo por la cubierta del *Nimitz*, no deben haber podido estar expuestos al virus.

—¡Achís! —Rick estornudó de nuevo—. Pues debimos de haberlo cogido en la cubierta. O eso, o somos alérgicos a algo de lo que hay aquí.

—Eso también es posible —admitió el doctor Cortez—, podemos probar vuestra sensibilidad a varios alérgenos pero por el momento creo que deberíamos observar vuestro progreso y ver qué pasa. Podría no ser nada.

—¿Y es algo? ¿Y si resulta ser una nueva enfermedad? ¿Estaríamos en cuarentena para siempre?

El doctor sonrió, tratando de que fuera una sonrisa que les diera seguridad.

—No. El cuerpo humano elimina la mayoría de los patógenos unas pocas semanas después de la exposición. Las únicas que siguen siendo infecciosas son aquellas que se han desarrollado en nuestro organismo y han aprendido a evadir nuestro sistema inmunológico. Es poco probable que algo que hayan cogido en la Luna evolucione de esa manera. Estarán bien.

Su sonrisa se desvaneció un poco.

»Siempre y cuando el microbio no sea más fuerte que vuestro sistema inmunológico. Eso podría ser un problema. Pero si sobrevivís a la infección, podrían estar libres de bacterias en un mes.

—¿Si sobrevivimos? ¿Se supone que esto tiene que reconfortarnos?

Él asintió.

—Las posibilidades de que sea letal son muy remotas. Probablemente Rick tenga razón y solo tengan un resfriado. Solamente por si acaso los estaremos observando y estaremos listos por si hubiera alguna complicación.

—Por favor, háganlo —dijo Yoshiko, que volvió a tumbarse en el sofá.

A pesar de sus afirmaciones, el doctor no parecía mucho más contento que ellos. Cuando se fue, fruncía el ceño. Rick hubiese apostado cualquier cosa a que era el único médico a bordo. Seguramente Jackson no había pensado que tendrían problemas médicos extra (él solo quería mantener a los astronautas fuera del ojo público), así que simplemente había proporcionado una asistencia mínima.

Rick y Tessa se tumbaron también. Rick esperaba que en cualquier momento los reporteros salieran a agobiarlos, pero Sonderby debía de haberles prohibido molestar a los astronautas. O puede que no hubiera ninguno a bordo. Con Jackson a cargo del espectáculo todo era posible. Se preguntaba si ya habría corrido la voz de que estaban enfermos. Eso sería una pesadilla para sus relaciones públicas. El pequeño acto de venganza de Jackson podría estar volviéndose contra él si la gente pensaba que la NASA había traído un virus desde el espacio. En ese caso, hubiera hecho mejor llevándolos directamente a casa en el *Nimitz*. Al menos así podría reivindicar que el virus que habían cogido había sido en la tierra.

Pero ¿y si no lo era? Rick se forzó a sí mismo a considerar esa posibilidad. ¿Y si habían traído algo de vuelta a casa? ¿Un nuevo virus virulento y mortal? Puede que Jackson hubiera tenido razón todo el tiempo.

Un rato más tarde, el barco viró unos treinta grados al suroeste. Aún no iba en la misma dirección que las olas, pero los movimientos del barco eran más llevaderos. Solo había una buena razón por la que ahora cambiarían la ruta del barco sin siquiera pararse a ver si la medicación para los mareos estaba funcionando: el doctor había decidido llevar a sus pacientes a un lugar donde pudieran recibir una mejor atención médica. Y solo había un lugar así en aquel tramo del océano: finalmente, iban a Hawaii.

En menos de una hora apareció Sonderby para dar las últimas noticias.

—Nos dirigimos a Oahu —dijo—. Tendremos más medios allí. Podremos analizar mejor lo que está pasando y podremos decidir si podemos sacarlos de la cuarentena o proporcionarles mejores cuidados hasta que sepamos lo que tienen.

—Muchas gracias —dijo Rick. Y lo sentía de verdad.

—¿Cómo van los mareos? —preguntó Sonderby.

Rick tuvo que pararse y pensar antes de responder.

—Mejor —dijo, sorprendido al ver que en realidad lo estaba. Pero después estornudó tres veces seguidas y tuvo que coger papel de cocina que había en el armario bajo la pila para limpiarse la nariz—, pero el resfriado está empeorando —añadió.

—Poco puedo hacer para ayudarlos con eso, excepto dejarlos descansar un rato. Si se sienten mejor luego, me gustaría continuar con la entrevista —dijo Sonderby.

Rick miró a Tessa y a Yoshiko. Tessa se encogió de hombros y Yoshiko dijo:

—Aparte de los mareos que ya se me están pasando, estoy bien.

—Qué demonios —dijo Rick—. ¿Por qué no terminamos antes de que nos encontremos peor?

—Muy bien. Llamaré a los otros. —Sonderby se dio la vuelta, pero luego pareció recordar algo y volvió a girar—. He contactado con la embajada de Japón. El embajador está en Washington D.C. en este momento, pero sus empleados ya lo han arreglado para que alguien del consulado de la oficina de Honolulu venga a verte mañana. ¿Te parece correcto?

Ella asintió.

—Tendrá que valer.

Antes de que pudiera continuar, Tessa dijo:

—Me gustaría saber cómo fue el resto del vuelo de la lanzadera. Asumo ante la falta de información que regresaron sin problemas.

Él rio suavemente.

—Lo hicieron. La misión se llevó a cabo sin ningún obstáculo, lo que ha hecho que varios miembros del Congreso se pregunten por qué la NASA envía más tripulantes de los necesarios en vuelos de lanzadera. Quieren saber por qué si la misión cumplió los objetivos con dos astronautas menos no pueden reducirse los puestos y ahorrarse el coste.

—¿Perdón? —dijo Yoshiko—. Japón pagó mi entrenamiento y también pagamos por todo el instrumental del lanzamiento que utilicé. Y la razón por la que mi parte de la misión fue un éxito es porque ya la había terminado antes de marcharme.

—Un hecho cierto pero que no se les ha pasado por la cabeza a aquellos que gobiernan América estos días. No te preocupes, no sacaran nada de eso. Simplemente pensé que los divertiría conocer la reacción del Congreso a vuestros logros.

—Ya hemos visto cómo está reaccionando el resto del país —dijo Rick—, no estoy seguro de que el Congreso esté mucho menos al corriente que los votantes. Parece que están más interesados en los fantasmas que en el hecho de que hayamos llegado a la Luna.

Sonderby asintió.

—Cierto. Pero honestamente, yo no puedo culparlos. Hemos ido a la Luna antes. Lo que es nuevo es cómo hemos llegado hasta allí esta vez. No sean demasiado duros con aquellos que se centran en el aspecto sobrenatural de lo que hicieron. Si averiguamos cómo lo hicieron podríamos regresar allí siempre que quisiéramos.

—Disculpe, pero está dejando ver su ambición —dijo Rick.

—Bien —dijo Sonderby—, no tengo intención ni de ocultárselos a ustedes ni a nadie. Han demostrado algo extraordinario. Podría cambiar el mundo. Indudablemente cambiará el mundo. Quiero asegurarme de que cambia para mejor.

Sonderby se ausentó el tiempo justo para buscar a sus compañeros y los seis les presentaron sus preguntas sobre la misión. Rick se lo tomó con tanta paciencia como le fue posible, pero cuando Toland, el psíquico, le preguntó si podría doblar una cuchara para ellos estalló.

—¡Doblar cucharas! Eso es un puñado de basura y lo sabe. Lo próximo va a ser que me pregunte su horóscopo, ¿cierto?

—Eso puede esperar —dijo Toland con la tranquila resignación de aquellos a los que los han llamado chiflados muchas veces en su vida—. Pero lo de doblar cucharas no es ninguna farsa. Puedo enseñarte a hacerlo.

—No lo creo.

—Gallina —dijo Tessa—. Yo lo intentaré.

Toland sonrió.

—Muy bien. Esto es lo que tienes que hacer: saca una cuchara el cajón y sujétala por el mango pero hacia arriba. —Esperó a que Tessa lo hiciera y luego dijo—: Asegúrate de que está rígida y trata de doblarla con dos o tres dedos. Bien. Ahora sujétala fuerte con una mano, con los dedos justo debajo del sitio por el que quieres doblarla. Luego concéntrate en reblandecer el metal. Piensa en las moléculas que se sujetan unas a otras con sus cargas magnéticas y trata de imaginarlas separándose. Puede que sientas algo de calor, pero no estás tratando de derretirlo, solo de ablandarlo. Esa es la diferencia.

—Eso no es más que mierda —dijo Rick—. El hierro es una sustancia cristalina. Tiene un punto de congelación por debajo del cual es sólido. Tiene una resistencia a la tensión predecible y mensurable y ninguna cantidad de pensamientos deseosos podrá cambiar eso. Simplemente no puedes...

—Cállate —le dijo Tessa—, estoy tratando de violar las leyes de la física.

—Eso es lo que estoy tratando de explicar.

—¿Qué hago ahora? —le preguntó a Toland.

Él dijo:

—Cuando sientas que empieza a ablandarse tendrás un segundo para doblarla antes de que vuelva a ponerse rígida. Puede que vaya sola, pero si no lo hace tendrás que empujarla. Hazlo solo con un dedo para que sepas que no podrías haberlo hecho sin la ayuda psíquica.

—Querrá decir sin ayuda psiquiátrica —murmuró Rick, pero Tessa lo ignoró. Y lo mismo hicieron los demás. Sonderby Toland y los otros cuatro científicos observaron por la ventana. Tessa sujetó la cuchara con su mano derecha y deseó que se doblara. Empujó justo en el centro con su dedo índice izquierdo pero no sucedió nada.

—Sigue concentrándote. Sabrás cuándo está lista.

—¿Debería cerrar los ojos?

—No. Te ayudará fijar la vista para lo que estás haciendo.

Tessa sujetó la cuchara a unos centímetros de su nariz. Arrugó la frente mientras la miraba concentrada. La mano que sujetaba la cuchara le empezó a temblar. De repente, estornudó y la parte superior de la cuchara se cayó al suelo.

—¡Ay! —chilló Tessa soltando también el mango y metiéndose los dedos en la boca—. Uh, estaba ardiendo.

—¿Te ha quemado? —preguntó Toland.

Ella se sacó los dedos de la boca.

—Estoy bien.

Rick vio que tenía unas marcas rojas en la parte superior de los dedos y otra línea roja recorría la parte de abajo de su pulgar. Podía ser que fueran de haber sujetado tan fuerte la cuchara, pero no estaban desapareciendo.

—¿Estás bien? —preguntó—. ¿Necesitas hielo?

—No. Creo que me he asustado más que quemado. —Se agachó para recuperar los trozos—. ¡Guau! Parece derretido.

Tenía razón. Los extremos estaban redondeados y burbujeantes en vez de mellados como lo hubieran estado si alguien con una fuerza sobrehumana hubiera partido la cuchara por la mitad. Rick le quitó el mango de las manos y lo inspeccionó de cerca. Ciertamente parecía derretido. ¿Pero cómo podía alguien derretir el acero inoxidable con la mente?

Puede que no fuera acero inoxidable.

—Galio —dijo—. Está hecha de galio. Su punto de fusión es a temperatura corporal. Lo sostienes en la mano y se ablanda así.

—Inténtalo —dijo Toland con suficiencia.

Rick lo hizo. La sostuvo en su mano derecha y presionó un extremo contra su palma izquierda. Primero no se derretió, pero de repente lo hizo. Disfrutó al ver como la expresión de suficiencia de Toland pasó a la sorpresa y luego a la alarma al ver cómo transformaba la cuchara en un charco plateado sobre la palma de su mano.

—Galio —dijo de nuevo—. Tiene que serlo.

—Tira eso —dijo Toland—, rápido.

—¿Por qué? —preguntó Rick—. ¿No te gusta ver tus pequeños trucos de magia expuestos? Quizá debería... ¡Ay! —De repente fue como si hubiera metido la palma de la mano en una hoguera. Trató de quitarse el líquido y parte lo tiró sobre la encimera de la cocina, pero una parte se cayó al suelo y la alfombra empezó a arder.

—¡Mierda, mierda, mierda! —gritó Rick mientras buscaba un vaso para llenarlo de agua. Pero cuando lo encontró no pudo cerrar la mano alrededor. Se miró la palma y vio la quemadura. De repente sintió que el dolor se redoblaba.

Tessa trató de apagar el fuego con el pie, pero se apartó al ver que su zapatilla empezaba a derretirse. Había conseguido apagar las llamas, pero del suelo salía un humo negro que apestaba a oveja quemada.

Rick abrió el grifo del agua fría y metió su mano izquierda bajo el agua hasta que el dolor disminuyó un poco. Después cogió un poco de agua con ambas manos y la tiró al pie de Tessa y al suelo. Finalmente dejó de salir humo.

Rick bajó la vista y vio un trozo de metal seco.

—Demonios —dijo acariciándose la mano herida y mirando a Toland por la ventana—, eso no era galio. ¿Qué era? ¿Qué ha pasado aquí?

—No tengo ni idea —dijo Toland. Luego lo reconsideró y añadió—: De hecho sí que tengo alguna idea de lo que ha pasado, pero a menos que quieras arriesgarte a quemarte la otra mano no podré probarla.

En ese momento le dolía una barbaridad. Rick se apretó la palma con la mano derecha e hizo una mueca de dolor.

—¿Se ha vuelto loco?

Toland suspiró y se frotó la frente.

—Es posible. Bienvenido al mundo de la investigación psíquica.

El barco entró en la bahía de Pearl Harbor la tarde siguiente. Una vez más, una grúa pasó el *trailer* de aislamiento por la borda, esta vez a un camión pintado de camuflaje. En cuanto la ataron, un grupo de soldados desenfundaron una gran lona verde que cubrió el camión como si hubiera sido hecha expresamente para ello.

Rick se había ido poniendo cada vez más nervioso al ver la gran cantidad de barcos grises, vehículos verdes y uniformes de camuflaje que había en la bahía. Cuando el toldo cayó por la parte trasera del camión y se quedaron casi sin luz, le empezó a entrar pánico de verdad.

—Eh, esperen un momento —gritó—, ¿adónde nos llevan? —Su voz ya no parecía la suya. Estaba gangoso por el resfriado, pero al menos ya no estornudaba tanto como ayer. Tessa estaba en la fase de la tos y por culpa de eso, Rick se había pasado la mitad de la noche despierto. Una noche que, por cierto, había pasado en el suelo para tratar de evitar la corriente del aire acondicionado.

El soldado que estaba atando el toldo actuó como si no lo hubiera escuchado. Probablemente habían apagado el interfono cuando desenchufaron el *trailer* de la corriente eléctrica del barco. Rick golpeó la ventana con la mano derecha pero el soldado ató el trozo de toldo que le quedaba y se quedaron en una completa oscuridad.

—Esto no tiene buena pinta —dijo.

—¿Qué crees que van a hacer con nosotros? —preguntó Yoshiko.

—No lo sé. Pero no quieren que nadie sepa adónde nos están llevando, dondequiera que sea. Y eso no me gusta. —Golpeó la ventana de nuevo—. Podría romper esto muy fácilmente. Podríamos esperar a que el camión redujera la velocidad en una intersección o algo así y luego saltar. Puede que sea nuestra única oportunidad de escapar del lugar al que vamos. Estoy seguro de que es algún lugar militar.

—No sabemos eso —dijo Tessa—. Hasta ahora Sonderby ha jugado limpio.

—Sí, y puede que pierda nuestro control ante uno de esos comandantes militares que tendrá más ganas que él de crear una nueva arma.

—No lo sé —dijo ella—, pero lo que sí sé es que si rompemos la cuarentena estaremos en más problemas de los que estamos ahora. Y puede que causemos más problemas de los que queramos. Después de todo, estamos enfermos.

—Tú y yo lo estamos. —Hasta aquel momento, Yoshiko no había mostrado ningún síntoma.

El motor del camión se encendió. Segundos más tarde comenzó a moverse y aceleró suavemente. Al menos parecía que el conductor trataba de que no tuvieran un viaje movidito.

Tessa se movió en medio de la oscuridad y fue palpando las paredes hasta que encontró el interruptor de la luz. Le dio pero no sucedió nada.

—¿Es que esta cosa no tiene batería? —preguntó.

—Debería tenerla —señaló Yoshiko—, el aire acondicionado sigue funcionando.

Rick lo intentó con la luz de encima de la pila. Le llevó unos segundos encontrar el interruptor, pero al activarlo se dio cuenta de que tampoco funcionaba.

—Quizá debería hacer arder una cuchara hasta que brillase —dijo sarcásticamente.

Yoshiko empezó a respirar bruscamente.

»No te preocupes, estaba bromeando. —Llevaba una venda en la mano, tan grande que podría haberla usado como guante de béisbol, y tenía que tomarse unas pastillas cada hora para aliviar el dolor. No tenía prisa por volver a hacerse daño. Tessa seguía teniendo las marcas rojas en los dedos, pero esas no eran quemaduras.

Yoshiko dijo:

—No estaba preocupada. Solo estaba pensando que podrías intentar lo mismo que hiciste ayer pero con una bombilla.

—¿De qué sirve una bombilla derretida?

—No, simplemente concéntrate en hacer que brille.

—Derretiría el interior de la bombilla —dijo—, y eso en el caso de que pasara algo.

—¿Cómo lo sabes?

Él suspiró, y luego tosió y se sorbió la nariz.

—No lo sé, pero no estoy interesado en probarlo. ¿A quién le importa que estemos en la oscuridad? A menos que quieran arriesgarse a salir de aquí y

correr el riesgo de expandir algún virus por todo el planeta, estamos atrapados.

—Yo lo intentaré —dijo Yoshiko—. Dame una bombilla.

—De acuerdo —dijo Rick dubitativo. Buscó la bombilla de encima de la pila y la desenroscó. Luego buscó a Yoshiko en medio de la oscuridad. Se encontró con la mano de Yoshiko y notó que sus dedos cogían la bombilla.

—De acuerdo, ahí voy. Estoy sujetando la bombilla con mi mano y me estoy imaginando que el filamento interior se está calentando en vez de ablandando. Se está calentando tanto que va a brillar... se va a calentar...

Rick y Tessa esperaron, aguantando la respiración, mientras Yoshiko se concentraba en encender la bombilla. El camión giró y luego empezó a coger más velocidad.

—Venga, brilla —dijo Yoshiko, y Rick se percató de que la desesperación en su voz tenía que ver con algo más que con el simple hecho de encender una bombilla. Ella había sido una pasajera todo el tiempo, una mera espectadora atrapada en los vastos y extraños sucesos más allá de su control, y ahora era su turno. Aunque fuera lo último que hiciera, iba a lograr que parte de esta energía psíquica le obedeciera.

Por un momento se planteó si todo aquello no sería más que algún tipo de alucinación, si no serían los tres pacientes de algún manicomio alimentando las ilusiones de los otros mientras los médicos y las enfermeras los miraban a través de un cristal y tomaban apuntes para escribir artículos para revistas de psicología.

Entonces la bombilla empezó a brillar.

—¡Síííííí! —dijo Yoshiko alargando la palabra.

Sostenía la bombilla con dos manos, como quien presenta alguna ofrenda a un poder superior. Brillaba con unos pocos vatios, los suficientes para iluminar su alrededor. Sonreía y sus ojos brillaban de alegría.

—Brilla —susurró, y, como una vela que recibe oxígeno puro, la luz se hizo más potente. Iluminó, con una cálida y suave luz, todo el *trailer*.

—Puedo hacerlo —dijo—, puedo hacer luz solo con pensarlo. —Mientras hablaba, la luz se hacía más intensa; se hizo tan fuerte que casi costaba mirarla.

—Eso es... genial —dijo Tessa—, pero esa bombilla es de sesenta vatios. No sé cuánto aguantará...

La bombilla estalló con un fuerte *bang* y el *trailer* volvió a quedarse a oscuras. Rick sintió que algún trozo de cristal le daba en la cara.

Dio un paso al frente y notó que los cristales crujían a sus pies.

—¡Yoshiko! ¿Estás bien?
—Eso... eso creo. —No lo parecía.
—¿Se te ha metido algún cristal en el ojo?
—No. Los tenía cerrados porque había demasiada luz.
—¿Y qué hay de tus manos?
—Yo, ¡ay! Tengo algún trozo entre los dedos.
—¿Tessa? —pregunto.
—Estoy bien.

El camión dio un bandazo y Rick se apresuró a aferrarse al borde del banco de la cocina sin pensar siquiera dónde estaba en la oscuridad. Se preguntaba si había estado ahí todo el tiempo o si su mente había creado algo a lo que agarrarse. Sería difícil de decir, a menos que empezara a desvanecerse.

Buscó la mesa y se sentó en uno de los bancos que había junto a ella.

—Estoy cansado de toda esta locura —dijo—, solo quiero que el mundo sea normal otra vez. Me gustaría que algo funcionara de la manera en la que se supone que debe hacerlo.

—Seguro que es normal —dijo Yoshiko—, solo que aún no conocemos las normas.

—¡Normas! Aún estoy más harto de las excéntricas normas que de las excéntricas cosas que no dejan de sucedernos. «No te sientas bien por la vida o todos moriremos», ¿qué tipo de norma perversa es esa?

—Tan perversa como el principio de la incertidumbre de Heisenberg o el principio de la exclusión de Pauli —replicó Yoshiko—. Tú no puedes saber la posición y el momento de una partícula al mismo tiempo y no puedes tener dos electrones en el mismo estado de cuanto. La física cuántica es tan intuitiva como esto.

—Puede que lo sea para ti —dijo Rick. Luego se percató de cómo había sonado aquello—. Lo siento. Otra vez el tonto hablando.

—Estás perdonado de nuevo. Esto también me enoja, pero ya no podemos negar que existe. Tenemos que aprender las normas y encajarlas con todo lo que ya conocemos sobre el universo. Si no, quizá deberíamos regresar a las cavernas y refugiarnos de las tormentas.

Tenía un buen argumento. Rick siempre se había reído de los que doblaban cucharas, pero ahora que tenía una buena quemadura en la mano, eso le recordaba que él se había convertido en uno de ellos. No podía negar eso igual que no podía negar su viaje a la Luna. Incluso aunque ya no tuvieran

pruebas, él sabía que había sucedido y no podía vivir el resto de su vida negándolo.

—Ese pobre bastardo de Toland —dijo suavemente en medio de la oscuridad—. Me pregunto cuánto tiempo ha podido doblar cucharas sin que nadie le creyera.

—Alguien debió creerle —dijo Tessa—, de otro modo no estaría aquí.

—Eso es cierto —replicó Rick. Escuchó el sonido del camión mientras avanzaba por la autopista—. Me pregunto cuánto saben en realidad.

—Los pensamientos negativos producen resultados negativos —dijo Toland más tarde aquella tarde.

Los habían conducido a la base militar de los cuarteles Schofield en Oahu. Hubo algo de confusión cuando pensaron que ese era el nombre del edificio al que habían sido transferidos, pero Sonderby insistió en que era el nombre de toda la base e incluso les mostró un mapa para demostrárselo. Señaló el centro médico que estaba en la Medical Avenue.

—Están en este edificio de aquí, al fondo. Se utilizaba para los cuidados intensivos hasta que construyeron uno nuevo en esta otra parte, pero como la vieja sala todavía tenía todo el material instalado ha sido pan comido prepararlo para vuestra cuarentena. Incluso hemos tenido tiempo de dividirlo con tabiques para darles habitaciones privadas.

Rick estudió el mapa tanto como pudo: la puerta principal estaba al este y había una más pequeña al nordeste; esta última estaba más cerca, puesto que las carreteras iban en esa dirección. Al sudeste había hileras de cuarteles y una zona deshabitada al norte. O puede que lo que hubiese allí no saliera en el mapa.

La descripción de Sonderby del lugar en el que se encontraban le cuadraba a Rick con lo que recordaba de su llegada. El *trailer* había sido sacado del camión y colocado en un pequeño aparcamiento junto a un edificio de dos plantas donde había un túnel de plástico a la espera de ser sellado alrededor de la puerta. A los astronautas se les permitió caminar por ese túnel hasta una serie de habitaciones: dos pequeños dormitorios, cada uno de los cuales contaba con una ventana con vistas a un pequeño patio cubierto de césped que había entre su edificio y el de al lado; un baño para cada habitación; una zona para comer que aún tenía la pila y el banco del laboratorio que una vez había sido, y un salón con una ventana que iba desde el suelo hasta el techo y que no daba al exterior, sino a una sala de conferencias.

Ahí es donde Sonderby y los suyos, además de tres militares, estaban sentados en lo que parecían asientos de una clase de lujo mientras charlaban con los astronautas. Rick, Tessa y Yoshiko estaban sentados en unas butacas reclinables bebiendo zumo de frutas al otro lado del cristal. Seguían en cuarentena, pero las nuevas instalaciones eran mucho más amplias que cualquiera de los lugares en los que habían estado durante las últimas semanas. Casi se sentían como si los hubiesen liberado.

Los médicos les habían sacado sangre a través de una guanteras en el laboratorio y estaban trabajando para aislar los patógenos de sus sistemas.

Toland estuvo explicándoles algunas cosas sobre los poderes psíquicos.

—Los pensamientos negativos traen sucesos negativos —repitió Rick—. Sabe que eso es un hecho.

—Lo sabemos en ciertos casos. En otros, como su misión en el *Apolo*, las normas se invierten. En cualquier caso, en la mayoría de las ocasiones hemos sido capaces de estudiar esto, tiene que haber otra interpretación de los pensamientos «negativos» que supera la obvia y que hace que se pueda aplicar la norma general.

—¿Cómo cuáles?

—El hacer daño a otras personas con poderes psíquicos, por ejemplo. Habitualmente, si uno lo intenta no sucede nada. Pero ocasionalmente, la gente es capaz de pensar que está ayudando a gente a la que está haciendo daño, o de ayudar a la víctima de alguna forma.

—¿Ayudar a la víctima? ¿Cómo sería eso posible? —preguntó Tessa.

Toland sonrió.

—¿Has oído alguna vez la expresión «un amor duro»?

—Ah, claro. Quien bien te quiere te hará llorar.

—Exacto. La disciplina está muy arriba en la lista de fenómenos psíquicos repetidos. Fantasma vigilando zonas peligrosas y sanaciones psíquicas.

—¿Tienen evidencias repetidas y documentadas de esto? —preguntó Rick incrédulamente.

—Por supuesto que no. Una de las normas básicas parece ser que nada de esto es fiable. Si tienes una absoluta necesidad en un momento dado, es en ese momento cuando fallará. Por eso queremos saber cómo lograron que la cápsula del *Apolo* permaneciera tangible tanto tiempo. No solo es un récord en cuanto al tamaño, también en cuanto a la duración.

Tessa rio disimuladamente y Rick enrojeció.

—¿Y por qué explotó mi bombilla? —preguntó Yoshiko.

—¿Qué bombilla?

Les explicó lo que había sucedido en el traslado desde Pearl Harbor.

—Eso es fácil —dijo Toland—. Rick es un polarón negativo muy fuerte (así es como llamamos a quienes no creen en los fenómenos psíquicos) y Tessa estaba preocupada de que te hicieras daño igual que le había pasado a Rick. Con tanta energía negativa en tu contra me sorprende que siquiera llegases a hacerla brillar.

—Pero lo hizo —dijo Rick mostrando su mano vendada mientras hablaba—. Esa es la cosa. ¿Cómo es que logró que funcionara y luego salió mal? ¿Cómo pude derretir una cuchara entera y transformarla en líquido antes de quemarme la mano? ¿Cómo es que la cuchara que Tessa dobló le ha dejado esas marcas?

Toland se encogió de hombros.

—La energía tiene que ir a algún lado. En cada uno de sus casos, una vez que empezaste a canalizarla ya no supiste detenerla lo suficientemente rápido cuando fue mal.

—Así que nos pasamos al lado oscuro de la Fuerza... Venga ya.

—No, no. No hay lado bueno ni lado oscuro. Hay usos buenos y malos pero simplemente se trata de energía.

—Ajá. ¿Pero de dónde viene?

Uno de los militares habló.

—Eso es lo que nos gustaría saber. —Tenía tantas medallas sobre su pecho y rayas sobre sus hombros que Rick supo que debía de ser alguien realmente importante, aunque no llegaba a leer el rango que ponía en la insignia. Pensó que debía ser un general. En una pequeña placa de latón que había sobre las medallas ponía MARCUS.

—¿Tiene alguna teoría? —preguntó Rick.

La risa del general pareció un ladrido.

—Oh, tenemos docenas de ellas. La mejor de ellas hasta el momento parece ser la teoría del «FALTA». ¿La conoce?

—¿Está hablando de la energía de cero puntos en un espacio libre? ¿Partículas que existen de repente en parejas y que de repente se aniquilan unas a otras y así la energía del vacío es cero?

—Esa es la idea. Y por lo que sabemos es cierto. Hay más energía en el espacio que en el plutonio. Pero es jodido cogerla. Pero... —Hizo una pausa dramática que a Rick le recordó a William Shatner haciendo de Capitán Kirk, pero continuó sonriendo—. Pero unos chicos de UTA descubrieron cómo hacerlo hace casi veinte años. Simplemente no sabían lo que habían descubierto. Pensaban que era fusión fría. Y cuando otros laboratorios

trataron de reproducir los resultados (laboratorios escépticos por no haberlo descubierto ellos primero) no obtuvieron nada. Los chicos de UTA no pudieron hacer nada después de eso.

Se revolvió un poco en su silla que crujió a causa del peso.

»Empezamos a experimentar con aquello y eventualmente descubrimos que no era ninguna fusión. Simplemente era energía libre y solo funcionaba cuando quienes hacían el experimento esperaban que funcionase. Probamos diferentes configuraciones con nuevos reclutas hasta que descubrimos que se podían meter dos simples alambres en un vaso de agua destilada y obtener zumo de ellos si los que hacían el experimento pensaban que sería posible.

El día anterior, Rick lo hubiera llamado mentiroso. Ahora simplemente dijo:

—Eso será útil cuando nos quedemos sin combustible.

—Y que lo digas. El problema es que para obtener más se necesita que más gente crea en eso, no es una función lineal. Crece como la raíz cuadrada de la audiencia crédula.

—¿Puede explicarme eso otra vez? —inquirió Tessa.

El general asintió.

—Por sí sola, una persona puede generar un voltio. Dos personas pueden generar 1'4. Necesitas cuatro personas para generar dos voltios, nueve para generar tres y así en adelante. La raíz cuadrada del número de participantes.

—Oh, así que para generar electricidad se necesitarían trece o catorce mil personas.

—Exacto. No es práctico. Y por supuesto, cada persona dubitativa que sea partidaria de la antigua física mitigaría la reacción al saber que alguien lo está intentando. O distorsionaría la energía en una forma equivocada. —Le mostró las manos con las palmas hacia arriba—. *Boom*. Como habrán visto, cuando las cosas empiezan a ir mal, las normas se evaporan.

Rick recordó lo que Gregor Ivanov había contado sobre las explosiones rusas bajo tierra que no habían sido nucleares.

—Así que podrías construir bombas con todo esto —dijo.

El General Marcus asintió.

—En teoría. No hemos tenido mucha suerte tratando de explotar cosas a propósito.

—Según Gregor, tampoco lo han conseguido los rusos —dijo Rick.

Marcus hubiera dicho algo más, pero lo interrumpió el doctor Cortez, que entró en la sala vestido con una bata blanca de laboratorio y acarreando un fajo de papeles en la mano derecha.

—Tengo unos resultados interesantes sobre el... virus que Tessa y Rick tienen.

—¿Lo ha identificado? —preguntó Sonderby.

—Sí y no. —Cortez les mostró una transparencia a la luz para que todo el mundo pudiera verla. Mostraba una serie hexagonal de pequeñas burbujas, quizá cientos de ellas, todas juntas. Era en blanco y negro, Rick dedujo que era una imagen sacada de un microscopio.

—Este es, definitivamente, el patógeno —dijo Cortez—. Lo hemos encontrado en las muestras de Rick y Tessa, en las de Yoshiko no.

Las palabras del doctor hicieron que Rick se sintiera peor. Casi podía oler el virus en su respiración, lo sentía en sus pulmones.

—¿Es un virus conocido? —inquirió Sonderby.

Cortez rio.

—Bueno ahí está lo curioso. Realmente no es un virus. Es lo que alguien que supiera un poco sobre microbiología pensaría que es un virus. Parece un virus pero le faltan algunos componentes.

—¿Está diciendo que es una forma de vida alienígena? —preguntó el general.

Cortez negó con la cabeza.

—No más que Mickey Mouse es una forma de vida alienígena. Esto es una caricatura de una forma de vida. Es artificial.

—¿Qué? —preguntó Rick, convencido de que podía sentir pequeñas bacterias invadiéndole la sangre.

—Es artificial igual que vuestra nave era artificial —dijo Cortez girando hacia la ventana—, es un virus fantasma, y uno no demasiado bien hecho.

—Está de guasa.

Cortez miró a Sonderby y luego a Rick.

—No. Tiene mucho sentido cuando uno piensa en ello. Billones de personas vieron que los metían en la cámara de aislamiento y luego no volvieron a saber de ustedes. Algunos de ellos habrán pensado lo peor. Los suficientes, evidentemente, para crear justo lo que habían esperado. No saben lo suficiente de microbios como para que la bacteria esté correcta pero eso no importa, pues todo el mundo conoce los síntomas de una enfermedad. Así que se sienten enfermos aunque no tengan ningún virus real.

—¡Así nos lo agradecen! —dijo Tessa—, ¿qué debemos hacer?

—Encontrar el foco —dijo Toland—. Los grupos de mentes no crean cosas por sí solos. Necesitan un portavoz que enfoque toda esa energía. Igual

que Rick fue ese portavoz durante vuestra misión y Tessa parece serlo con el anillo de compromiso.

—¿Y quién quiere que estemos enfermos? —preguntó Rick.

Toland se encogió de hombros.

—No es tan simple. Dudo que alguien quiera que estén enfermos, pero obviamente alguien cree que eso los beneficiaría.

—¿Quién?

Casi como pidiendo perdón miró a Yoshiko.

—Bueno, como uno de vosotros no ha cogido el virus imagino que está bastante claro.

Yoshiko se levantó de la silla y se acercó a la ventana.

—Yo no quiero que estén enfermos, ¡estoy aterrorizada de coger yo ese virus!

—Pero también tenías miedo de que Dale Jackson te hiciera algo a tu regreso a los Estados Unidos, así que todo el mundo se beneficiaría si algo los hacía ir a Hawaii.

—Eso es ridículo.

—¿Lo es? —Toland cogió la transparencia de manos del doctor Cortez y la pegó al cristal—. Echen un vistazo. ¿Doctor, podría explicarnos las deficiencias en detalle?

El doctor Cortez era más bajito que Toland y tuvo que estirarse para señalar la transparencia, hasta que Toland se dio cuenta y la bajó.

—De acuerdo —dijo Cortez—, para empezar no tiene nada para unirse a una célula y no tiene ADN que inyectarle incluso aunque pudiera unirse a alguna. En cambio, tienen estas pequeñas bolitas por todas partes. Están hechas de celulosa, como las células de las plantas en vez de los habituales revestimientos de proteínas y tampoco tienen ADN. En realidad, parece más un esqueleto de plancton que un virus.

Mientras hablaba, Rick sintió una increíble sensación en su cuerpo. Podía respirar con facilidad otra vez, se le estaba yendo el dolor muscular y ahora no sentía esa opresión en el pecho. Se sentía como si acabara de meterse en una bañera de hidromasaje.

—Por todos los santos —susurró—, ¡curación por fe!

—¿Qué? —preguntó Sonderby.

—De repente me siento bien.

—Yo también —dijo Tessa. Se sorbió la nariz, hizo una mueca y tragó—. Puaj. Al parecer los mocos sí eran reales.

Rick dio gracias a Dios de que su resfriado se hubiera ido curando progresivamente. Rio.

—Esto le da un nuevo significado a lo de enfermedad psicosomática, ¿no? Yoshiko lo miró totalmente confusa.

—Pero yo no he hecho nada.

—Has perdido la fe en el virus —dijo Toland.

—¡Fe! —chilló, alejándose de la ventana—. ¡Fe! Si la fe pudiera crear cosas de la nada entonces habría millones de Budas paseándose por la Tierra. Millones de Alá y millones de Jesús. A cada minuto se sucederían los milagros. Pero eso no sucede.

—El hombre es mucho más complejo que un virus —dijo Toland—, y las religiones siempre se dividen en facciones. Hay miles de creencias diferentes todas tratando de crear una realidad mutuamente contradictoria. Y deberías dar gracias a Dios por eso o tus peores pesadillas se harían realidad cuando el Papa decidiera que las mujeres deben estar embarazadas y descalzas.

—Eso no me importa —protestó Yoshiko—. Nada de eso me importa. Soy una astrónoma, ¡maldita sea! Yo estudio lo que es. No necesito un dios, ni para temerlo ni para agradecerle nada. No necesito la fe ni nada que no sea el universo. Ya estoy cansada de toda esta locura y quiero irme a casa.

Esas palabras le eran muy familiares, puesto que le recordaban las que él mismo había pronunciado aquella mañana. Sabía cómo se sentía.

—Yo también quiero ir a casa —dijo— y ahora que sabemos lo que nos hizo enfermar no hay razón para que nos mantengan aquí.

El general Marcus se aclaró la garganta y dio un paso hacia el cristal.

—Bueno, nos gustaría teneros bajo observación unos días más, solamente por si algún patógeno lunar ha sido ocultado por el falso. Y realmente nos gustaría poder echar un vistazo a ese anillo. Nunca hemos podido tocar ninguna manifestación física en todos los años que llevamos estudiando todo esto de los fantasmas.

—¿Todos los explotan? —preguntó Rick.

Marcus resopló.

—Hablas como si los hubiera a montones. En toda mi vida solamente he visto un fantasma y era tan fino como una telaraña. Se nos está dando bastante bien lo de crear electricidad y ablandar el metal, pero crear algo de la nada es realmente difícil. El suyo es el primer caso documentado desde que Deke Slayton falleció y, en aquel caso, lo único que pudimos hacer fue controlar el radar del avión hasta que desapareció.

Rick miró alrededor del salón. Había un equipo de música estéreo, una televisión, estanterías llenas de libros, un teléfono, un ordenador; en definitiva, todas las comodidades de una casa. Pero el saber que era una prisión hacía que la casa se le cayera encima. Podía imaginar cómo se sentía Yoshiko, prisionera en un país extranjero.

—Haremos un trato —dijo—, Tessa y yo nos quedaremos dos días más y Yoshiko vuelve a casa inmediatamente.

—No podemos romper la cuarentena... —dijo el general, pero Tessa lo cortó.

—Lo de la cuarentena es una chorrada. Ya la rompimos hace dos días a bordo del *Jiménez*. Déjenla que se marche.

El general Marcus miró a Sonderby tratando de controlar su enfado, pero Sonderby se encogió de hombros y dijo:

—Tiene razón y lo sabe. Es una chorrada. Jackson lo impuso porque quería mantenerlos controlados, pero sabemos que no hay nada en la Luna que no haya llegado a la Tierra cientos de veces en meteoritos y cometas. Así que yo permití que el sello biológico se rompiera unos cinco segundos para poder ver el anillo de Tessa de cerca.

El general puso los ojos en blanco.

—CIA —murmuró—, juro que ustedes destruirán el mundo. —Volvió a mirar a Yoshiko por la ventana—. De acuerdo, además tu cónsul está a punto de entrar por la puerta. Te dejaremos marchar pero en un traje de aislamiento. Si tú o el cónsul deciden abrirlo, será su problema. Yo no estoy autorizado a romper la cuarentena hasta que hayan pasado dos semanas.

—¡Dos semanas! —protestó Rick.

—Ese es el precio de la libertad de su amiga —dijo el general—, tómenlo o déjenlo.

—No tienen que hacer nada —dijo Yoshiko—, deberán liberarme de todas formas.

Tessa rio.

—Tiene razón. Es un farol.

Marcus se puso colorado.

—No timenten a la suerte. Dos semanas es lo menos que podemos retenerlos aquí, siempre y cuando cooperen y podamos averiguar lo que queremos. Si decido que suponen un riesgo nacional podría mantenerlos aquí para siempre.

La amenaza se quedó en el aire. Todos, menos Marcus y los prisioneros, trataron de ignorarla.

Rick pensó sobre ello. ¿Podría sacarlos de allí antes? No podía imaginar cómo. Marcus tenía todas las cartas. El hecho de que estuviera dispuesto a negociar quería decir que no era invencible, pero Rick no tenía ni idea de cuál sería su talón de Aquiles. Sería mejor llegar a un acuerdo con él, con los demás como testigos, antes de que cambiase de opinión.

—De acuerdo —dijo—, dos semanas. Pero tengo una petición más.

—¿Y cuál es? —preguntó Marcus con un tono de voz que dejaba ver que no estaba dispuesto a seguir negociando.

—Quiero llamar a mi madre.

—Hola forastero —le dijo. Rick se la imaginó sentada en la mesa de la cocina, con el reflejo del brillante sol de Montana reflejando la nieve e iluminando la estancia. Su plateado cabello estaría rizado para delante, y si estaba haciendo pasteles cuando él llamó, llevaría también un delantal floreado. Y, seguramente, lleno de harina.

Se reclinó en su asiento y abrió las piernas, como cuando era un adolescente y hablaba por teléfono desde su casa.

—¿Qué tal mamá?

—Bien, bien. Excepto porque nunca me llamas. —Su voz era tal y como él la recordaba. Rica, llena de inflexión y algo ronca a causa de todos los años que había fumado antes de dejarlo.

—He estado algo ocupado.

Tessa, que estaba sentada en el otro lado del asiento, solamente escuchaba a medias la conversación, pero rio al escucharlo decir aquello. Él sonrió y la rodeó con el brazo.

—Eso he oído —dijo su madre—, no me dijiste que ibas a ir a la Luna.

Él soltó una risita. Tampoco le había dicho que iba a llevar un cohete fantasma hasta su órbita. La última vez que la había llamado simplemente le dijo que volvería al espacio antes de lo que había previsto.

—Sucedió algo deprisa. Y una vez que decidimos seguir adelante me imaginé que ya te habrías enterado.

Ella rio.

—Sí, eso es cierto. Sales en todas las noticias. Tengo reporteros por todo el jardín. Me han arruinado el azafrán. Ayer los mojé con la manguera.

—¡No lo hiciste! —Rick casi podía visualizar un video de aquello.

—Claro que lo hice. Solamente fue con el aspersor, pero los mantuvo alejados del césped —suspiró—. Ahora está todo lleno de barro.

La imagen mental que Rick se había creado se vio alterada.

—¿Barro? Debería de haber nieve. ¿Es invierno?

Escuchó un golpecito sobre la mesa de la cocina. Probablemente era una taza de café.

—Se supone, pero hace semanas que no hay nieve. Supongo que será por el calentamiento global del que todo el mundo habla. —Hizo una pausa y escuchó que su madre daba un sorbo, luego dijo—: He visto que vas a casarte.

Rick le dio un pequeño pellizco a Tessa en la cintura.

—Así es.

—No hacen más que hablar de eso por la tele. Cualquiera pensaría que son Carlos y Diana.

Le llevó un segundo captar la referencia. Su madre vivía en un mundo intemporal pero le dijo:

—Bueno, ella me hace sentir como un príncipe.

—Bien. Trátala como se merece y serán felices toda la vida.

—Pienso hacerlo, mamá.

—Bien. Por cierto, no escribiste correctamente la palabra «casarte».

—¿Qué?

—Cuando escribiste tu propuesta en la Luna. Escribiste: «¿Quieres cazarte conmigo?».

—No lo hice.

—Eso me pareció a mí pero al fin y al cabo tú eras el que sacabas malas notas en ortografía, puede que fuera una «s».

Rick ni siquiera se había percatado de que Tessa hubiera hecho fotos de aquello. De hecho, ahora que lo pensaba, casi estaba seguro de que no lo había hecho. Gregor no supo por qué se habían parado antes de volver a entrar en el módulo lunar. Miró a Tessa y dijo:

—¿Grabaste lo que yo escribí ahí arriba?

Ella negó con la cabeza.

—Estaba demasiado asombrada como para pensar en eso.

—Alguien lo ha manipulado. Mi madre dice que lo ha visto en la tele.

—En la tele no —dijo su madre—, fue en el periódico.

—¿Fue en el periódico? —Rick rio—. ¿Cómo el *Enquirer*?

—No recuerdo cuál era, cariño. Su foto estaba en todos ellos en el quiosco de Safeway. No podía permitirme comprarlos todos.

—Dios mamá, si no hago más que decirte que todo eso son chorradas.

Él tono que adquirió su voz le recordó su niñez.

—¿Qué quieres decir? ¿Te vas a casar, verdad?

—Sí, vamos a casarnos, pero el periódico mintió en cuanto a las fotos. No hicimos ninguna foto de lo que escribí.

—¿Qué quieres decir? Yo lo vi con mis propios ojos.

Rick supo que le había ganado. Suspiró.

—No importa. Eh, ella está aquí. ¿Quieres hablar con ella?

Tessa enarcó las cejas.

La madre de Rick se sintió mejor.

—Claro que sí cielo, pásamela.

—Un segundo. —Tapó el auricular con su mano vendada y le susurró a Tessa—: No pasa nada. Es un encanto. Simplemente no le lleves la contraria.

—Bien —dijo. Cogió el teléfono y se lo colocó con gracia en la oreja—. Hola. ¿Señora Spencer? De acuerdo, Violet. Bien, muchas gracias. ¿Cómo está usted?

Rick escuchó la mitad de la conversación y cada vez tenía más y más seguridad ante comentarios del tipo: «Sí, lo hace. Oh, no se preocupe. En realidad, eso me gusta. Oh, ¿hace eso? Lo recordaré». Hablaron como si fueran viejas amigas durante un rato y luego Tessa dijo:

—Ha sido un placer hablar con usted. ¿Quiere hablar con su hijo otra vez? De acuerdo, se lo diré. Sí señora, lo haremos. Adiós.

Colgó el teléfono y dijo:

—Dice que te diga que la llames más a menudo.

—Oh, oh. Parece que se han llevado bien.

—Parece una buena mujer.

—Ajá —la atrajo hacia él e hizo que sentara en su regazo—, y por lo que sé aquí tengo a otra.

—¡Rick!

Le acarició el cuello.

—Mmmmm. Hay algo erótico en todo esto de escuchar a mi prometida hablar con mi madre por primera vez. Me entran estas... no sé, vibraciones femeninas. Es como una fuerza de la naturaleza.

—No hables así o Toland y Sonderby querrán estudiar eso también.

—Ja, buen argumento. —Se estiró para besarla. Ella se acercó también para besarlo y estaba empezando lo bueno cuando en el otro lado del cristal se abrió la puerta y alguien que entró se aclaró la garganta a propósito.

Rick levantó la vista y vio que Sonderby estaba allí, sonriendo.

—Yoshiko ya está en camino —dijo.

—Y ahora es el momento de volver a trabajar, ¿no? —Rick apoyó la cabeza contra el hombro de Tessa—. Bueno, cuanto antes hagamos el trabajo, antes recuperaremos nuestras vidas.

21

Lo primero que hicieron fue un análisis químico del anillo de Tessa. Los técnicos del laboratorio que realizaron las pruebas descubrieron rápidamente que solo podían analizarlo si lo hacían a la vista de Tessa. Mientras ella miraba atentamente lo que hacían, Rick tuvo que quitarle algunos pedacitos de metal, meter las muestras en una probeta y transferirlo a través del compartimento estanco de Plexiglás. Los técnicos habían montado su cromatógrafo y su espectrómetro de masa al otro lado de la ventana y quitaron los paneles de acceso para que ella pudiera ver las muestras hasta el momento en el que se vaporizan.

Finalmente, Wilson, la física, que estaba supervisando toda la operación, miró las lecturas de salida y silbó con suavidad.

—Ten cuidado, economía —dijo.

—¿Oro? —preguntó Tessa, que aún tenía el anillo sobre la palma de su mano.

—Oro, plata y platino en proporciones iguales.

—Pero los originales no estaban hechos de eso, ¿verdad? —preguntó Rick.

—Ni de lejos.

—Pero, por otra parte, es de lo que están hechos la mayoría de los anillos de compromiso, ¿no es así? —dijo Tessa.

—De oro y plata, es posible —dijo Wilson—, pero ¿platino? No lo creo.

—Es un metal precioso. Más que el oro o la plata, si no recuerdo mal.

—Eso es cierto. Pero si Rick estaba pensando en metales preciosos...

—Yo no pensé en nada en concreto. Deliraba por la falta de sueño.

—Entonces fue tu subconsciente. Y si pensaste en metales preciosos, ¿por qué no el paladio, el iridio o el estroncio?

—Mejor que no pensase en el estroncio —dijo Tessa—, es radioactivo, ¿verdad?

Wilson asintió.

—El estroncio 90 lo es, ¿pero cómo sabía él eso? Es como si además de poder se le diera algún tipo de inteligencia oculta.

Rick rio nervioso. No le gustaba que dos mujeres discutieran acerca de sus habilidades.

—Puede que sea más listo de lo que piensan —dijo.

Wilson lo miró críticamente.

—De acuerdo. Nombra todos los elementos por orden alfabético.

—Bueno, puede que no lo sea tanto.

Tessa lo salvó para que dejase de avergonzarse.

—Sea lo que sea de lo que esté hecho el anillo —dijo—, siempre lo conservaré.

Lo cogió de la palma de su mano con el pulgar y el índice y le dio la vuelta para ver la parte de arriba. Luego le dio la vuelta y se lo puso en su dedo anular izquierdo.

—¿A que iba eso? —le preguntó Rick.

—¿El qué?

—Lo de darle la vuelta. ¿Te acopla mejor de un lado que de otro?

Ella se sonrojó.

—No. Pero recuerdo que fue así como me lo pusiste por primera vez y quiero seguir llevándolo así.

—Oh... bueno... eso es realmente dulce. —Sintió cómo le recorría una oleada de calor. Iba a ser divertido compartir su vida con alguien que pensaba como ella.

Los experimentos también fueron divertidos, en cierto modo, excepto por uno de ellos. Estaban sentados de nuevo en el salón y Toland y los demás estaban al otro lado del cristal especulando sobre el motivo por el cual el anillo no había desaparecido con el resto de la cápsula cuando Toland sugirió que quizá fuera una manifestación física de la atracción que Rick y Tessa sentían el uno por el otro.

El general Marcus bufó.

—Una teoría típica de la Nueva Era. Basada en sensiblerías y absolutamente imposible de demostrar.

—Podemos probarlo con facilidad —dijo Toland.

—¿Cómo?

—Haciendo que se desenamoren.

Rick rio nervioso. Tessa estaba sentada junto a él en un sofá que habían movido para que mirase a la ventana, le cogió la mano izquierda con su

derecha y entrelazó sus dedos con los suyos. Podía sentir el anillo en su dedo índice y corazón.

—Puede que eso sea más difícil de lo que piensan.

—No estoy hablando de un cambio permanente de vuestro afecto. Con unos pocos segundos bastará.

—Incluso eso, no creo que podamos encenderlo y apagarlo como si fuera un interruptor.

Toland rio.

—No han estado casados antes, ¿verdad? —Se levantó y se acercó al cristal—. Prueben esto. Solamente por probar, quiero que uno de los dos diga algo y el otro lo niegue.

—¿Cómo qué?

—Cualquier cosa. Como que el cielo es azul.

Rick se sintió algo estúpido pero dijo:

—El cielo es azul.

—No lo es —dijo Tessa de motu propio.

Él la miró, vio que sonreía y dijo:

—Sí lo es.

Ella señaló el techo.

—Aquí ni siquiera hay cielo.

Se sentía en medio de una escena de los Monty Phiton, pero no les iba a hacer daño probar, así que dijo:

—Fuera sí lo hay.

—¿Cómo lo sabes? Podríamos estar bajo una cúpula.

—Fuera de la cúpula entonces.

—Probablemente está nublado.

—No lo sabes.

—Tampoco tú sabes si es azul.

—Tienes razón —dijo sin poder evitarlo—. ¡Demonios! Lo siento, se supone que debíamos estar discutiendo.

Ella cogió el hilo sin problemas.

—Eso es cierto, siempre lo fastidias todo. ¿Qué te ocurre? Nunca haces nada bien.

—Claro que no.

—Por supuesto que sí. Ni siquiera pudiste evitar que esa nave espacial desapareciera una docena de veces. Yoshiko se llevó unos sustos de muerte.

Eso empezaba a ser algo duro y no había duda de que por eso lo había dicho.

—¿Sustos de muerte? —preguntó—, ¿qué se supone que quieres decir, que ella es un fantasma?

Ella se soltó la mano apartándose de él.

—Estaba hablando metafóricamente pero está claro que no podía esperar que tú lo entendieses, el señor soy tan literal que tengo que pensar que el programa espacial se está muriendo para que el fantasma siga activo.

—Entiendo las metáforas —dijo, pensando en una respuesta borde—, entiendo muchas cosas. Quizá mejor que tú.

—¿Ah sí? Bueno, pues si eres tan listo, ¿por qué no se te ocurrió cómo salvaguardar las muestras lunares? Cualquiera idiota las hubiera metido dentro de los trajes espaciales.

Si le hubiese dado un puñetazo en la nariz no le hubiera hecho más daño. Rick se irguió, aturdido, al darse cuenta de que ella tenía razón. Los trajes espaciales eran reales, hechos a la manera antigua, pero reales. Habían caído al océano junto a Rick, Tessa y Yoshiko. Rick podría haber llevado las muestras sanas y salvas a casa si hubiera pensado con claridad.

Entonces Tessa dijo:

—Oh, oh... —Su tono de voz lo alarmó. Miró la mano que ella había levantado.

No había anillo.

Ella se acercó a él y lo cogió.

—Bésame idiota —dijo mientras posaba sus labios sobre los suyos. Estaba encima de él y sujetaba su cabeza con las manos, presionaba su cuerpo contra el suyo, pero cuando se separó por un momento y miró su mano, el anillo seguía desaparecido.

—Lo siento —dijo Tessa con lágrimas en los ojos—, Dios Rick, lo siento. No pienso ninguna de esas cosas, no es culpa tuya. ¡Rick háblame!

Él tuvo que acordarse de respirar.

—Yo... no sé qué decir. Fui estúpido. Todos fuimos estúpidos.

—Me da igual lo estúpidos que fuéramos. Te quiero. Demonios Rick, escúchame, te quiero.

Él la miró, ella lloraba desconsolada y las lágrimas le caían por las mejillas. Algo se derritió en su corazón y la abrazó.

—Yo también te quiero —le dijo.

—¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro. ¿Cómo has podido dudar de eso?

—No lo he hecho.

Miró su mano y observó aliviado que el anillo había regresado.

—Sí lo has hecho —le dijo.

Ella se apartó de él.

—¿Qué?

—Solamente estaba bromeando.

—¿Estabas bromeando solamente? Demonios Rick, estamos hablando de mi anillo. —En ese instante se dio cuenta de que había vuelto—. Mi anillo —susurró.

Rick giró hacia Toland y los otros que observaban como un niño mira fascinado un tarro lleno de hormigas.

—¿Satisfechos?

—Bastante —dijo Toland.

El general suspiró.

—Uno de estos días abandonaré toda esta mierda, lo juro. Pero no será hoy. De acuerdo, gente, vamos a tratar de cuantificar lo que hemos visto. Rick, ¿en algún momento has sentido que tu amor —puso los ojos en blanco ante la idea de utilizar tal término en una aplicación militar—, por Tessa disminuyera?

—No —dijo Rick. Le secó las lágrimas de los ojos a Tessa.

—Di la verdad. Es importante.

—He dicho que no y quiero decir no, ¡maldita sea!

—El sujeto responde: «No... maldita sea» —dijo Marcus mientras lo anotaba en su cuaderno.

—Y qué hay de ti, ¿Tess?

—Es Tessa —soltó Rick.

—¿No estamos algo susceptibles de repente? De acuerdo, Tessa. ¿Has dejado de amar a Rick?

—No —dijo.

—¿Podría alguien decirme lo que ha pasado? —inquirió Marcus.

Toland, que seguía junto al cristal, dijo:

—Tessa, ¿has tenido miedo de haber herido a Rick por lo que has dicho?

Ella asintió.

—¿Tenías miedo de haberle hecho tanto daño como para que dejase de quererte?

Ella asintió otra vez.

—*Quod erat demonstrandum* —dijo Toland pagado de sí mismo.

Rick lo miró a los ojos y le dijo:

—Espero que de camino a casa lo atropelle un autobús.

—Los pensamientos negativos traen resultados negativos —le recordó Toland.

—¿Y si pienso que el mundo sería un lugar mejor sin usted? —Rick se puso en pie, hizo que Tessa se levantara también y la acompañó al dormitorio. Tras ellos se escuchaba una discusión, pero cerró la puerta tras él y se tumbó en la cama con Tessa, abrazándola con fuerza en la oscuridad.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Creo que sí —dijo mientras daba un sorbo por la nariz—. Lo siento. Pensaba que era un experimento tonto y de repente se descontroló.

—Ha sido un experimento tonto. En primer lugar, porque no estaba controlado. Esa es una de las mil cosas que me molestan de esta gente. No controlan, no tienen metodología. Simplemente están dando tumbos en la oscuridad, cada uno trata de exponer su perspectiva, pero no tienen ni idea de la película.

—Tampoco nosotros —dijo Tessa.

Rick respiró hondo.

—Esa es la única razón por la que deseo permanecer aquí.

Tras tres días sin tener contacto con los astronautas, la prensa estaba poniéndose nerviosa. Yoshiko iba de camino a Japón, donde había consentido permanecer en cuarentena, pero se había negado a dar entrevistas. Eso dejaba a Rick y a Tessa bajo la atenta mirada de la prensa. El problema era que esa mirada no sabía lo que buscaba y las historias se hacían cada vez más y más confusas mientras los reporteros especulaban sobre lo que podría estar ocurriendo tras las puertas que, para ellos, estaban cerradas.

Aparentemente, Sonderby y Marcus habían tenido una fuerte discusión poco después de que Rick y Tessa se hubieran ido al dormitorio, puesto que una hora después el teléfono los despertó. Rick se levantó y fue desnudo al salón. Cuando lo contestó, al otro lado de la línea estaba Sonderby, que le preguntaba si él y Tessa hablarían con los medios. No había nadie al otro lado del cristal, lo que lo decepcionó vagamente. Hubiera querido que alguien fuera testigo de su acto de desdén.

Tuvo que conformarse con ponerlo en palabras.

—¿Realmente quiere que les contemos lo que está pasando aquí dentro?

—Si no quisiera no se lo estaría pidiendo —replicó Sonderby.

—Venga ya. ¿Qué es lo que quieren de verdad? Nunca quieren que los cubra la prensa. Algo ha pasado y quieren que nosotros lo arreglemos. ¿Qué es?

—¿Siempre ha sido tan suspicaz con el gobierno? —preguntó Sonderby —. Es sorprendente que no pusiera nada de eso en su ficha.

—No me venga con esa mierda. Seguro que pone cosas peores en mi ficha. Y está evitando la pregunta. ¿Qué quiere que le digamos a la prensa?

Sonderby suspiró.

—Nada que no quieran decir. Esta es su oportunidad de contar su versión de la historia. Denle una visión humana. Corrijan algo de la desinformación que hay por ahí.

—Ah. Parece que estamos llegando a algo. ¿De qué desinformación estamos hablando?

Sonderby tarareó un instante antes de elegir las palabras que iba a pronunciar.

—Quizá he utilizado una palabra equivocada. Atención mal dirigida sería un término mejor. Los medios de comunicación se están centrando casi exclusivamente en el fenómeno sobrenatural y se están olvidando del logro científico. Su viaje corre el peligro de ser olvidado en medio del clamor general sobre los fantasmas.

Rick se enroscó el cable del teléfono alrededor de los dedos.

—Eso parece un problema —admitió—. Así que quiere que le demos publicidad al programa espacial.

—Sí. Y a la ciencia en general. Existe la posibilidad de que la gente utilice esto como excusa para renegar de la tecnología occidental.

A Rick le gustaba tan poco esa idea como a Sonderby, pero había algo en el tono de voz del hombre que no llegaba a comprender.

—Lo dice como si eso fuera una amenaza nacional o algo así.

—Lo es —admitió Sonderby.

—Está de broma. ¿Cómo sería posible? Puede que algunas personas empiecen a comer grano y a leer a la luz de las velas, ¿y qué?

Escuchó un crujido proveniente de la línea de Sonderby. Debía de haberse reclinado en la silla de su oficina. Rick se sentó en el reposabrazos del sillón reclinable que había junto al teléfono mientras Sonderby decía:

—¿Ha escuchado hablar de la realidad consensuada?

—No, pero puedo imaginarme a qué se refiere.

—Bien. ¿Nunca se ha preguntado por qué hay naciones que parecen resistirse al cambio durante generaciones y luego, de repente, cambian de la noche al día?

—A eso se le llama revolución.

Sonderby rio suavemente.

—Cierto, cierto. Pero ¿qué provoca una revolución? No la provoca un hombre con una orden del día. La revolución empieza con las masas. Su visión de la realidad cambia. De repente, un día, aquello con lo que han vivido felices durante generaciones se les hace intolerable. Pasa casi a diario. Cuando se alcanza una cifra crítica la realidad consensuada de la nación se estremece. Entonces es cuando un hombre con una orden del día llega, se aprovecha de la situación y la enfoca para su interés. Pero eso es otro problema.

Rick se rascó una picadura que tenía a media espalda.

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

—Eres un chico listo. Averígualo. Junta toda la información que te he dado con lo que has averiguado en los dos últimos días. ¿Qué crees que podría pasar?

Rick lo sopesó un par de segundos.

—¿Me está diciendo que tiene miedo de que si la gente empieza a creer en los fantasmas habrá una revolución?

Sonderby suspiró.

—A veces puedes ser bastante obtuso, ¿lo sabías? No son solamente los fantasmas. Hemos estado estudiando los patrones de pensamiento de América durante décadas y ahora estamos viendo que se empiezan a alejar de la tecnología. La gente sigue queriendo sus microondas y sus videos, pero no quieren toda la infraestructura que va con ellos. Es demasiado complicada, así que constantemente están buscando un camino más fácil. Nos hemos pasado doscientos años construyendo una sociedad que cree en la racionalidad, en la ciencia, en la ley y en el orden, pero todo eso está al borde del acantilado porque lleva mucho trabajo mantenerlo. Es demasiado trabajo para algunas personas. Preferirían creer en dioses, magia y comidas gratis.

—Y nosotros acabamos de ofrecerles comida gratis —dijo Rick.

—Bingo.

Rick sintió como si una corriente de aire recorriese la habitación y se le erizó el vello. Sabía que simplemente era el efecto de los folículos de su pelo que respondían a su miedo. Si tuviera el grueso pelo de sus ancestros no le habría pasado, pero así sentía más fácilmente el contacto del aire con su piel. Lo sabía. Pero qué fácil sería atribuirle aquello a un fantasma. Y si para cuatrocientos millones de personas los fantasmas eran más reales que, digamos, los cohetes pues...

Se estremeció.

—Hablairemos con ellos —dijo.

La entrevista no fue bien. Rick nunca había sabido llevar a los medios a su terreno. A Tessa se le daba mejor y Sonderby había colocado un infiltrado en el medio de la muchedumbre, pero incluso cuando se centraban en sus preguntas sobre vuelos espaciales y preguntas científicas sabían que su mensaje se perdía entre la histeria general. Rick sentía ganas de agarrar del cuello a algunos de los reporteros más repugnantes y decirles:

—¡Miren, nos estamos jugando toda la base de la civilización occidental!
—Pero sabía que eso no haría ningún bien.

Además, se sentía incómodo con su mono. No era como los monos que llevaban los astronautas, en realidad parecía más un pijama. Le había parecido bien en la pequeña caravana y cuando vio que el armario del dormitorio estaba lleno de ellos no había pedido otra cosa, pero ahora se sentía un poco como Hugo Hefner, paseándose en albornoz todo el día por la mansión *Playboy*. Suponía que le daba una imagen más hogareña a los procedimientos, pero lo dejaba como desprotegido ante la insaciable prensa.

Soportó las preguntas sobre cómo se sentía al controlar un fantasma.

—Espeluznante —dijo honestamente—, estuve aterrorizado todo el tiempo.

O sobre si lo haría otra vez.

—Preferiría hacerlo en un cohete real.

Y suspiró aliviado cuando el tema se centró en su compromiso con Tessa.

Fue un alivio que duró poco.

—¿Ya han fijado la fecha? —preguntó alguien.

Rick miró a Tessa, que lo miró con la misma expresión sorprendida. Ni siquiera habían hablado sobre aquello.

—Imagino que hemos estado muy ocupados como para pensar en eso
—dijo Rick.

—¿Y qué hay de los niños? ¿Piensan formar una familia?

—Sí —dijo Tessa al mismo tiempo que Rick decía:

—No.

Los reporteros rieron y Rick intervino.

—Lo que quiero decir es que aún no hemos hablado de eso.

—¿Y qué hay del papel de váter?

—¿Cómo?

—¿Por encima del rollo o por debajo?

—¿Pero hablan en serio? —preguntó Rick.

—¡Claro! Se rompen más matrimonios por pequeñas incompatibilidades que por infidelidades o crisis financieras juntas.

—Y en un 68,3 por ciento las estadísticas son inventadas —dijo Rick.

Eso les provocó una carcajada, pero no los apaciguó.

—¿Cómo? —gritó alguien mientras otro decía—: A la cuenta de tres. ¡Una... dos... y tres!

Rick y Tessa estaban sentados juntos en el sofá. Él apretó su mano y dijo:

—Por encima.

Entonces ella predeciblemente dijo:

—Por debajo.

—Oh, vaya. ¿Y qué hay de la tapa del váter? ¿Levantada o bajada?

—Venga ya —dijo Rick—, en realidad eso no importa.

—Ha hablado como un auténtico tío —dijo una reportera.

—¿Qué piensan ustedes qué es lo que importa? —preguntó el infiltrado.

—El amor —dijo Tessa—. La confianza y el respeto.

Rick asintió.

—Estoy de acuerdo con eso.

Las preguntas se centraron en otras cosas, como qué pretendían hacer cuando salieran de la cuarentena. Rick respondió:

—Casarnos y buscar nuevos empleos. —La sala se quedó en silencio. Entonces alguien que estaba al fondo de la sala preguntó:

—¿Están abandonando la NASA?

—Por lo que sé, estamos despedidos —dijo Rick.

—¿Pero no quieren que sigan con ellos para crear nuevos cohetes?

A Rick le hubiera encantado utilizar aquella oportunidad para joder a Jackson y a Altman, el director de vuelo y el administrador, que solo querían que los cohetes *Apolo* desaparecieran, pero sabía que no podía perder la oportunidad de hacer algo más importante. Tomó aire y dijo:

—Que hayamos tenido un viaje gratis no significa que vayamos a poder hacer eso todo el tiempo.

Sonrió, sabiendo que había marcado un punto, hasta que otro reportero le preguntó:

—¿Y por qué demonios no?

* * *

Los programas que se emitieron aquella noche y los periódicos que se publicaron al día siguiente eran tan malos como Rick y Tessa habían temido. Eran héroes nacionales, espíritus que iban a guiar al país a una nueva era. Se había hablado miles de veces del cambio de milenio (que luego había llegado y pasado sin pena ni gloria), pero la fiebre del nuevo milenio regresó y Rick era el nuevo mesías. Varios programas incluso lo decían directamente.

—¿Por qué el nuevo mesías no puede ser nunca una mujer? —dijo Tessa, juguetona, mientras observaba las noticias de Chase-Miller en la tele.

—Estaba Juana de Arco —le recordó Rick.

—Sí, y la quemaron en la hoguera.

—A Jesús lo crucificaron —señaló.

—Y Moisés y Abraham vivieron muchos años rodeados de harenes de hermosas mujeres.

—¿Lo hicieron?

—Eso creo. ¿No fue así?

Él se apretó contra ella.

—No lo sé. Pero suena bien. Creo que yo optaré por lo del harén.

—¿Ah sí, eh? Yo que pensaba que era la única para ti.

Buscó una buena respuesta y finalmente se decidió por:

—¿Crees que podrás manejar toda esa libido milagrosa?

Ella le dio un puñetazo juguetón en las costillas.

—Pruébame, hombre sagrado.

—No te molestes si lo hago. —Había estado sentado con su brazo derecho rodeándola por los hombros y ahora le pasó la mano por el cuello, mirando a la gran ventana de cristal mientras lo hacía, pero la sala de conferencias estaba vacía y solo estaba iluminada por una suave luz.

—¿Cuándo quieres que nos casemos? —preguntó.

Ella se inclinó junto a él y posó su mano sobre su muslo. La familiaridad con la que se tocaban el uno al otro hacía que la excitación fuera aún mayor. Quizá fuera porque sabían que podrían hacerlo siempre que quisieran, ahora y el resto de sus vidas.

—Creo que me gustaría casarme en cuanto saliéramos de la cuarentena —dijo ella—, puede que incluso aquí, en Hawaii. ¿Qué piensas? ¿Crees que tu madre volaría hasta aquí por una boda?

Él la besó suavemente en la mejilla.

—¿Estás bromeando? ¿Una excusa para venir a Hawaii? Vas a ser su persona favorita desde que te vea.

—Entonces lo haremos aquí.

—De acuerdo —dijo mientras le besaba el hueco entre el hueso y la clavícula—. Creo que hay otra cosa que me gustaría hacer aquí. De hecho, ahora mismo. En este mismo sofá. —Acarició su pecho izquierdo con la mano y la besó en los labios.

Ella avanzó con su mano por su muslo.

—Sabes, era una broma cuando le dije a Yoshiko en la cápsula lo de que eras insaciable, pero empiezo a pensar que es verdad.

—¿Es un problema? —dijo mientras le bajaba la cremallera del mono lo suficiente como para besarla entre sus pechos.

—Por supuesto que no.

Empezaron a bajarse las cremalleras y a quitarse los monos, riendo como adolescentes ante la torpeza de Rick a causa de su mano vendada. Lo compensó quitándole la ropa con la boca y aullando como un animal salvaje mientras ella temblaba.

—¡Me haces cosquillas!

Rick escuchaba el murmullo de la tele, que hablaba sobre los nuevos líderes espirituales del mundo, pero pronto Tessa le pidió toda su atención. Minutos más tarde, ella lo hizo sentirse como un auténtico dios.

Al día siguiente aprendió a disparar fuego con la punta de sus dedos. Estaban en el laboratorio/comedor con Toland, Wilson, Cortez, Sonderby, Marcus y unos cuantos más observando desde el laboratorio al otro lado de la ventana. Toland hizo que se imaginara las moléculas de aire que había entre su dedo y el objetivo (un palo de madera sujeto por un cepo y clavado en una mesa); luego tenía que imaginarse cómo se calentaban hasta ponerse incandescentes. Era como un hechizo y Rick rio como un niño con un juguete nuevo mientras el palo ardía... hasta que el cepo también empezó a arder.

—¡Jesús! —gritó mientras Tessa, que estaba a su lado con un extintor y le tiraba espuma. Las llamas amainaron. Una hilera de humo subió hasta el techo y fue absorbida por el conducto del aire acondicionado.

El palo había desaparecido y no quedaban más que cenizas. Al cepo que lo sujetaba le faltaba la mitad delantera de caucho. La parte trasera (incluyendo el caucho) estaba intacta.

—¿Cómo he podido hacer eso? —preguntó Rick.

Toland levantó la vista de la cámara de video con la que estaba grabando los experimentos y dijo:

—El acero inoxidable es en su mayor parte hierro, y el hierro se oxida. Si consigues que esté lo suficientemente caliente se oxida bastante rápidamente, como acabas de ver.

—Pero... por todos los santos ¿cómo y cuánto de caliente? —Rick tocó lo que quedaba del cepo; estaba fresco, probablemente porque los restos aún estaban cubiertos de la espuma del extintor.

Wilson, que estaba detrás de Toland, dijo:

—Bueno, superior a su punto de fusión. Fundamentalmente lo evaporas.

Rick sacudió los dedos, nervioso. Miró a la gente que lo miraba desde detrás del cristal. Todos parecían impresionados, especialmente Marcus, que estaba tan enojado como impresionado al ver que aquella locura era posible.

—¿Tessa, quieres intentarlo tú también? —preguntó Toland.

Ella miró al desastre que había en la mesa y le dio a Rick el extintor.

—Supongo. ¿Utilizo lo que queda como objetivo?

—Será suficiente.

—Pues allá va.

Se echó hacia atrás y apuntó. Rick esperaba a un lado con el extintor preparado y, a pesar de que sabía lo que ella intentaba hacer, casi se encendió al ver que un brillante rayo rojo salía de su mano y una nube de fuego engullía el objetivo.

Nada ardió esa vez. Tessa dejó que las llamas jugaran unos segundos y luego bajó la mano y la línea de fuego desapareció.

—No se ha quemado —dijo ella.

Rick rio.

—Acabas de echar llamas por los dedos y ¿te quejas de que el metal no ha ardido?

—Bueno, tú lo has hecho. ¿Por qué no debería yo ser capaz también?

—Me temo que el grupo de mentes que les está proporcionando la energía para poder desarrollar estas actividades es algo sexista. Al fin y al cabo, la mayoría de la gente lo es. Rick fue el que controló la cápsula *Apolo*, así que lo ven como un líder natural.

—Mierda —dijo ella extendiendo su dedo y lanzando llamas otra vez. Esta vez tampoco ardió, ni siquiera se derritió.

—El grupo de mentes —dijo Rick cuando ella se dio por vencida—. ¿Crees que son las responsables de esto? ¿Gente por todo el mundo que cree que podemos hacerlo?

—Eso es lo que yo pienso. Son diez veces más poderosos hoy que ayer, y lo único que ha cambiado ha sido su aparición pública.

—¿Así que cuando nuestros quince minutos de fama terminen...?

—Habrá que volver a cocinar con microondas —dijo Toland sonriendo—. Pero por ahora, están potentes. Literalmente. ¿Qué tal si tratamos de conseguir una manifestación física de algo?

Rick dejó el extintor sobre la mesa del comedor.

—Me parece bien. ¿Qué le gustaría?

Toland se frotó la barbilla mientras pensaba, luego dijo:

—¿Qué tal algo que ya hayas hecho alguna vez?

—No creo que el *Saturno V* quepa aquí —dijo Rick secamente.

—No el real —dijo Toland—, ¿qué tal un modelo?

—No —dijo Marcus rápidamente desde la parte trasera del laboratorio—. ¿Y si no lo calcula bien? ¿Y si lo hace lo suficientemente pequeño pero muy

real? A bordo del *Saturno V* hay hidrógeno líquido, oxígeno líquido e hidracina. ¿Quieres todo eso aquí dentro?

—Ese es un buen punto de vista —dijo Toland—. De acuerdo, ¿qué tal algo familiar pero que no sea peligroso? Como...

—Una manzana —sugirió el doctor Cortez.

—¿Una manzana? —preguntó Rick.

—Sí. De hecho es un objeto bastante complejo. Si tienes éxito y consigues que se mantenga el tiempo suficiente como para que la estudiemos, aprenderíamos muchísimo.

Rick supuso que sí. Se preguntó si las células de la manzana serían más realistas que el virus de Yoshiko.

—Me parece justo —dijo—. Una manzana. ¿Cómo intento conseguirlo?

Toland dijo:

—Sugiero que pongas la mente en blanco y visualices lo que quieres que aparezca. Piensa en cómo es una manzana. Piensa en la piel, en la pulpa, en el corazón; piensa en las semillas y en el tallo. Puede que incluso la capa de brillo si fuera una manzana comprada en una tienda.

Rick dejó que las palabras del psíquico lo ayudasen a formar la imagen de una manzana. La manzana encima de la mesa de la profesora. ¡Uy, no quería que apareciese también una mesa! Tendría que visualizarla en la mesa de comedor. Una manzana roja y brillante, puede que no tan roja como el extintor, con algunas manchitas marrones a un lado, una parte más dulce...

El aire que había encima de la mesa empezó a brillar y en cinco segundos apareció lo mismo que había imaginado.

—Dios santo —susurró Tessa. La cogió con sus manos y la admiró. Luego empezó a reír—. *Red Delicious*. Número 4016, Washington —leyó en voz alta. Giró para que Rick y la gente que estaba al otro lado del cristal pudieran ver la diminuta pegatina ovalada del supermercado.

Rick tuvo que apoyarse para soportar su peso. Se sentía enfermo del estómago, pero no del esfuerzo.

—¿Cuánto pesa eso, cuatrocientos gramos? Si esa materia es real, ¿cuánta energía he canalizado de la nada?

— $E=mc^2$ —dijo Toland—. Pero si te sirve de consuelo creo que la has traído ya formada de alguna realidad alternativa o algo así. Eso gasta menos energía.

Dimensiones alternativas. Maravilloso. Ahí se les desmontaba otro aspecto de la realidad. Rick supuso que debería estar sorprendido por aquello,

pero se sentía aturdido. El universo no funcionaba así. No quería que funcionase así.

Obviamente, Toland sí quería. Rick acababa de violar una media docena de leyes de la física y el parapsicólogo sonreía de oreja a oreja. Y se dedicaba a explicar lo de las dimensiones como si hubiera tratado con aquel concepto toda la vida.

—¿Cómo sabe todas estas cosas? —preguntó Rick—. ¿Es que los psíquicos se dedican a hacer esto todo el tiempo?

Toland rio.

—¡Más quisiéramos! Lo que hace la mayoría es falso. Puede que haya algunos legítimos, pero no comparten sus trucos. No, me voy inventando las cosas sobre la marcha.

El general Marcus bufó.

—Eso es alentador. —Algo en su voz hizo que Rick sospechara que no estaba siendo del todo jocoso. La idea de que un grupo de chiflados supiera más del modo en que funcionaba el universo probablemente le asustaba tanto como a él.

Marcus pasó la mirada de Toland a la manzana que Tessa sostenía en la mano. Su ceño se frunció más aún, parecía que se le había ocurrido algo más y estaba a punto de compartirlo cuando el doctor Cortez sugirió que pasasen la manzana a través del compartimento estanco y el momento se esfumó.

La manzana resultó ser tan real como cualquier cosa, excepto cuando los expertos la dejaron al aire libre más tiempo. No maduraba como lo haría una manzana normal. En cambio, en cuanto Rick y Tessa dejaron de prestarle atención, desapareció.

Volvieron a intentarlo. Esta vez lo hizo Tessa, feliz al comprobar que ella también podía hacerlo. Lo intentaron juntos, pensando los dos en lo mismo, y se dieron cuenta de que se materializaba antes y además duraba más.

—Esto corrobora estudios previos en la Universidad de Princeton con generadores de números aleatorios —dijo Toland—. Las parejas que estaban unidas afectivamente eran siete veces mejores influenciando el resultado que las personas solteras.

—¿Quiere decir esto que seríamos capaces de generar siete voltios en vez de 1,4 en un experimento de fusión fría? —preguntó Tessa—, ¿o sería la raíz cuadrada de siete?

—No lo sé —dijo Toland—. Es una buena pregunta. General Marcus, imagino que habrán experimentado con parejas, ¿verdad? ¿Qué resultados obtuvieron?

—De los clasificados —dijo Marcus con el ceño fruncido.

Toland le respondió con la misma expresión.

—¿Clasificados? Pensé que estábamos tratando de aprender algo. Si ya sabía...

—Sé que perdería mi trabajo si se lo dijera —dijo Marcus—. Digamos que sí, teníamos algunos datos anómalos, pero la política oficial de «no preguntar, no responder» acerca de la orientación sexual se cargaron las futuras investigaciones en esa línea.

Toland pensó sobre aquello durante un instante.

—¿Está diciendo que las parejas homosexuales tienen el mismo poder que las heterosexuales? ¿Han medido esto?

—No voy a decir nada.

—Pero no lo está negando, ¿verdad?

Marcus miró al techo y tarareó suavemente.

—Dum da dum da dum.

—Seré un hijo de puta —rio Toland—, esa noticia fastidiará los planes de algunos religiosos.

—Si lo puedes duplicar, que sea fuera de esta base. —Marcus miró a través del cristal a Rick y a Tessa con expresión aún seria—. Ahora me gustaría probarlo con ellos dos. Algo me dice que van a conseguir más de siete voltios.

No parecía haber ninguna razón para tomarse el trabajo de utilizar electrodos de paladio y agua densa, así que Toland simplemente metió un par de alambres en un vaso de agua del grifo y lo enganchó a un voltímetro mientras Rick y Tessa se concentraban en que la electricidad fluyera. El experimento duró unos diez segundos, durante los cuales llegaron a alcanzar una potencia mayor a diez mil voltios antes de que el voltímetro estallara en una lluvia de chispas.

Tessa rio.

—Vaya cariño, ¿estamos calientes o qué?

Rick miró los restos del voltímetro. Marcus miró a Rick y Tessa con la misma expresión que había puesto cuando Rick había hecho la primera manzana.

Toland no se daba cuenta.

—Definitivamente es la mente grupal —dijo alegremente—, y no solo es el número de creyentes en el experimento, tiene que ser el número de creyentes en los investigadores lo que cuenta. ¡Esto es genial!

Rick pensó que aquello se estaba volviendo demasiado extraño, pero se guardó su opinión para sí mismo.

A la mañana siguiente, Tessa lo despertó con un chillido.

—¿Qué? —preguntó Rick desorientado a causa del sueño y tratando de ver en la tenue luz del crepúsculo a través de la ventana de la habitación—. ¿Qué ocurre?

—¡Mi anillo ha desaparecido!

—¿Desaparecido? —Se sentó y buscó el interruptor de la luz de la mesita de noche, la encendió y giró hacia ella.

Ella le mostró su mano.

—No está aquí.

—¿Puede que se te haya caído? —Levantó la sábana, pero lo único que vio fueron las arrugadas sábanas blancas.

—No lo creo, pero puede ser. —Tocó el colchón y buscó por su lado de la cama—. No lo veo.

Él comprobó su lado de la cama y luego miró debajo, solo por si se hubiera caído, pero ni siquiera vio pelusas de polvo.

Entonces se encendió el altavoz y se escuchó la voz de una mujer.

—¿Están bien?

—¡No, no estamos bien! —bramó Rick enojado por haber sido despertado con malas noticias y ante la revelación (poco sorprendente, pero ahora confirmada) de que estaban escuchando todas sus conversaciones.

—¿Qué sucede? —preguntó la voz. Rick levantó la mirada y decidió que el hablante debía de estar tras la pared.

—El anillo de Tessa ha desaparecido. ¿Ha entrado alguien esta noche?

—No, no lo creo. Solamente soy la persona que está de guardia, pero que yo sepa nadie ha quebrantado las normas de seguridad.

—Tráeme a Sonderby. Sea lo que sea lo que ha pasado, me apuesto a que está detrás de esto.

La mujer dudó.

—Señor, son las cinco de la mañana. Aún está en la cama.

—¿Dónde demonios cree que estamos? Despiértelo.

—Sí, señor.

Giró hacia Tessa.

—¿Sientes algo?

Ella le cogió su mano izquierda con la mano derecha, pero negó con la cabeza.

—Nada. Cuando me he despertado he notado que no tenía nada en la mano derecha y ha sido entonces cuando me he dado cuenta de que ya no estaba. Antes de eso no he sentido nada.

—Entonces simplemente debe de haber desaparecido.

Ella lo miró especulativamente, sin decir nada con la voz, pero sí con la mirada.

—¿Qué?

—¿Aún me quieres?

—¿Qué? Claro que te quiero.

—Entonces... ¿por qué ha desaparecido?

—No lo sé, pero lo vamos a averiguar. ¡Sonderby!

Se escuchó otro *clic* en el altavoz y una voz somnolienta. La mujer de seguridad debía de haberlo despertado.

—¿Sí? —preguntó.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Rick.

—Estaba durmiendo —dijo el agente de la CIA—, ¿o se refiere a antes de eso?

—El anillo de Tessa ha desaparecido. ¿Qué ha pasado?

—¡Ah! —No dijo nada más.

—El que calla otorga. ¿Qué ha hecho?

—Nada, al menos no personalmente. Pero el general Marcus decidió que vuestras habilidades suponían un riesgo nacional, así que él... bueno, dejó caer el rumor a la prensa de que vuestro compromiso... se había roto.

Y la noticia había llegado a la calle. Probablemente llevaba horas en la calle, en la mayor parte del continente ya era media mañana. La gente por todo el continente estaba perdiendo la fe en sus héroes mientras leían el periódico o escuchaban la radio de camino al trabajo.

Tessa y Rick gritaron al unísono:

—¡Bastardos!

Rick se preguntaba si podría disparar llamas por el teléfono y freír a Sonderby de un golpe. Pero reflexionó un poco y se calmó antes de que se convirtiera en una necesidad. No importaba lo bien que se fuera a sentir, no quería asesinar a alguien a conciencia.

—Vamos —dijo Sonderby—, ni que fueran las primeras celebridades que calumnian en la prensa. El público ha perdido la fe en ustedes, ¿y en qué los afecta eso en sus vidas privadas? Pensé que querrían volver al anonimato.

—Estaríamos agradecidos si la gente dejara de jugar con nosotros —chilló Tessa—. Quiero que vuelva mi anillo.

—Estoy seguro de que el gobierno podrá reemplazarlo. Te haremos uno como el original si quieres. Tenemos suficientes fotos e informes metalúrgicos como para hacerlo. Estoy seguro de que nadie podrá diferenciarlo del original. Yo...

—Lo sabía —dijo Tessa—. No quiero nada hecho en un laboratorio cualquiera. Quiero el que Rick me hizo cuando regresábamos a casa de nuestro viaje a la Luna.

Sonderby no tenía respuesta para eso, pero las palabras «riesgo de seguridad» retumbaban en los oídos de Rick. Recordó lo que el general Marcus había dicho unos días antes sobre que si decidía declararlos riesgo de la seguridad nacional los podría retener allí para siempre.

Se inclinó hacia Tessa y le susurró suavemente.

—Vístete. Vamos a largarnos de aquí.

—¿Qué? —le susurró ella—. ¿Cómo? Estamos en el medio de una base militar.

—No me importa —volvió a susurrar él—, nos largamos de este sitio antes de que Marcus decida decir que hemos muerto.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Sonderby.

—He dicho que es un hijo de puta desalmado y que espero que una horda de fanáticos venga y se coman sus testículos —dijo Rick en voz alta. Apagó la luz otra vez por si hubiera alguna cámara en la habitación, se levantó tan silenciosamente como pudo y cogió su mono, que estaba sobre una silla junto a la cama. Hizo algo de ruido al ponérselo, pero como Sonderby estaba hablando no lo escuchó.

—Les he dicho que yo no he tenido nada que ver con eso. Me enteré cuando el mal ya estaba hecho. Pero Marcus tiene un buen argumento, nadie debería tener el tipo de poder que tienen. En las manos equivocadas podría ser...

—Cállese —dijo Rick—. Nos hizo dar una rueda de prensa para ver si eso incrementaría nuestras habilidades y una vez que tuvo la información que quería nos apaga como si fuéramos una lámpara. No me gusta que me manipulen así.

—Yo...

—Cállese, no cave más su propia tumba.

—Miren, siento que haya sucedido de esta forma pero...

—¡Cállese! —gritó Rick. Cogió una almohada y tapó con ella el altavoz y la voz de Sonderby quedó reducida a un simple murmullo.

Tessa se acababa de poner su mono y las zapatillas. Rick se puso las suyas y maldijo la venda de su mano izquierda. Él le indico a Tessa que fuera hacia la puerta y le susurró al oído:

—Si tenemos suerte, esa almohada también tapaná el micrófono, pero en caso de que no sirva... —levantó la voz y dijo en voz alta—: Quiero ver cuánto daño han hecho esos bastardos. Vamos.

Entraron al salón y encendieron la tele. Un invitado anónimo de un programa de tertulia decía:

—... aparentemente no han podido soportar el escrutinio del público. ¡Todo lo que puedo decir es que deberían alegrarse de no ser parte del mundo del espectáculo! —Y se rio como si lo que hubiera dicho fuera muy gracioso.

Por el morbo y la curiosidad, Rick fue cambiando de canal. Encontró un programa en el que cuatro parejas extrañamente risueñas (una de ellas homosexual) hablaban de los molestos hábitos sexuales que los habían hecho romper y una comedia en la que un actor y una actriz que casi no podían recordar los diálogos se lanzaban platos el uno al otro mientras discutían sobre qué ancestro estaba rondando el baño del piso de arriba.

Tessa, de pie a su lado, y con su mono azul claro que parecía blanco a la luz de la televisión, dijo:

—Estamos condenados.

—Los pensamientos negativos traen resultados negativos —dijo Rick—. Apártate. Siempre he querido hacer esto. —Estiró su mano derecha hacia la televisión y con una suave voz dijo—. Por el bien del país.

Se imaginó una línea de fuego saliendo de sus dedos y yendo directamente al centro de la pantalla. Elemental, un fuego colérico, el de cada niño al que se le había dicho que se estuviera quieto y se callara delante de un aburrido programa, por las mentes que habían sido llenadas con anuncios necios, por cada tipo aburrido y bebedor de cerveza que había aliviado su inferioridad observando cosas más estúpidas aún que él en vez de educarse a sí mismo.

Por un instante tuvo miedo de que ya no le quedase poder, pero finalmente vio que un parpadeante rayo se dirigía suave y lentamente hacia la televisión. El rayo se ramificó y la rodeó por todas partes. El programa se

retorció como si estuviera en un pesado campo magnético pero no desapareció. Rick apretó el puño y dijo:

—Muere. —Pero lo que sucedió a continuación no fue para nada lo que él había imaginado. En vez de que el rayo alcanzase el interior de la tele y friera todos los aparatos electrónicos, la rodeó y comprimió la televisión como si fuera una bola de papel. El plástico se resquebrajó y todos los aparatos electrónicos saltaron por los aires como fuegos artificiales. Finalmente, silbando como un globo pinchado, la pantalla se oscureció.

—Recuérdame que nunca me enfade contigo —le dijo Tessa.

Rick rio, mareado a causa del placer.

—No debes temerme, solo utilizaré mis poderes para hacer el bien —dijo con voz de superhéroe. Luego, al darse cuenta de dónde había escuchado las voces de los superhéroes, miró la tele y dijo—: Vaya, eso sí que ha sido una contradicción. —Echó un último vistazo a la habitación y susurró—: Venga, es hora de irse.

TERCERA PARTE
«TODOS LOS SISTEMAS FUNCIONAN»

Los cuarteles de cuarentena habían sido diseñados para que los microbios no salieran, no para que la gente no saliera. Una ventaja por haber cooperado hasta entonces. Rick y Tessa no necesitaron superpoderes para romper la ventana con una silla y utilizar su edredón a modo de cuerda para bajar hasta el jardín. Miraron a los lados, apreciando el tamaño del edificio de estuco en el que habían estado y el largo camino que se estrechaba en la distancia entre dos hileras de edificios. Había una suave luz en la entrada de cada edificio, la suficiente para ver que el suyo era el último de la hilera; era más pequeño que el resto y estaba colocado entre ellos como si fuera el tapón de una botella.

Pero había algo de espacio. Habría al menos unos cuatro metros de hierba y arbustos entre su edificio y el siguiente. Rick hizo un gesto señalando una esquina y se dirigieron lentamente hacia ella.

La hierba estaba húmeda por el rocío de la mañana. Se mojaron las zapatillas antes de dar siquiera una docena de pasos, pero a Rick no le importaba. La sensación de sentir la hierba a sus pies y el aire fresco en sus pulmones lo llenaba. La suave niebla del amanecer proporcionaba un ambiente fresco y era perfecta para ocultarse. Aquello terminaría, sin duda, con la primera luz del día, pero aún faltaba un rato. Habían escogido el momento perfecto para escapar. Casi todo el mundo estaría en la cama.

Alrededor de la esquina había una acera de cemento y luego el aparcamiento en el que los dejaron. El *trailer* plateado de la cuarentena ya no estaba, en su lugar había seis o siete coches agrupados bajo la amarilla luz de una farola. Había un árbol gigante entre el aparcamiento y la calle. Tenía múltiples troncos que se enredaban entre sí hasta separarse en diferentes ramas que se extendían por el aparcamiento. Alineados en la calle había otros árboles, tras los cuales se encontraban más edificios que parecían oficinas o residencias. Una señal en la otra parte de la calle decía: BOY SCOUTS DE AMÉRICA.

—Cielos —susurró Rick señalando el cartel—. No tenía ni idea de que el ejército tuviera divisiones de Boy Scout.

Tessa forzó la mirada para ver de lo que estaba hablando y luego susurró:

—Tonto, probablemente será para sus hijos.

Rick se encogió de hombros. Era posible.

Los coches aparcados eran invitadores. No parecía que pertenecieran a militares. Parecían coches alquilados: nuevos, lustrosos y anónimos. Probablemente pertenecieran a Toland, Sonderby, Wilson y el resto. Si podía coger uno sería perfecto. Se preguntó si podría crear la llave de un universo paralelo.

Valía la pena intentarlo. Se acercó a uno y se agachó entre ese y el coche contiguo para que no lo vieran. Miró la cerradura. Se vinculó a ella, la comprendió y se imaginó una llave colocada en ella.

Tessa se unió a él. Miró en el interior del coche y dijo:

—Eh, pez gordo. Hay una llave en el motor de arranque.

—¿Eh? Quería una llave para la cerradura.

—Parece que has fallado. O eso o hemos tenido mucha suerte.

Al final resultó que no tuvieron tanta suerte. Las puertas sí estaban cerradas. Rick y Tessa trataron de mover el botón del cierre centralizado con la mente. Rick incluso trató de abrirla con un chorro de electricidad, pero lo único que consiguió con eso fue chamuscar la tapicería. Su poder desaparecía al tiempo que la falsa historia de Marcus se extendía.

—Maldición —dijo—. Esto no nos va a llevar a ninguna parte. Déjame que rompa la ventana. —Se echó hacia atrás pero Tessa lo paró—. No, hazlo en la ventana del conductor. Probablemente tendremos que pasar por alguna zona de vigilancia.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Hace frío. Nadie estaría conduciendo un coche con la ventanilla bajada a esta hora de la mañana, pero puede que sí bajase la ventanilla para saludar al guardia.

—Buen argumento. —Como astronautas, él y Tessa habían estado en docenas de bases militares. La seguridad era menos rigurosa de lo que a la mayoría de la gente se le había hecho creer, por eso las bases dejaban que fuera poco estricta. La mayoría de la gente que quería escaparse inventaba laboriosas escenas para distraer a los guardias, o decidía cortar verjas, y así terminaba atrayendo más atención que si simplemente salían conduciendo tranquilos y saludando. Y, por el cartel de los Boy Scout y el de VISITANTES en la entrada, parecía un lugar abierto donde la gente podía entrar y salir a placer. Salir sería pan comido... si conseguían meterse en el coche.

Rick se acercó a la ventanilla del conductor, se apoyó en el coche de al lado y golpeó con su pie derecho. Sintió el impacto hasta el muslo y gritó:

—¡Ay!

La ventana ni se resquebrajó y, lo que fue peor, la alarma del coche en el que se había estado apoyando empezó a sonar.

—¡Mierda, mierda, mierda! —gritó, dando otra patada a la ventana, aunque obviamente no iba a romperla. Buscó una piedra o un trozo de madera para romperla, pero no había ninguna rocalla en el césped.

Su corazón, que había palpitado con fuerza, empezó a ir a la carrera. Ahora Sonderby ya sabría que él y Tessa se habían escapado y la alarma les estaba dando su posición. Con suerte, solamente les quedarían unos pocos segundos.

Estaban de pie a la luz de la farola. Era hora de dejar lo del coche. ¿Pero adónde podían ir? El lugar se iba a ver repleto de gente en pocos instantes, y los edificios del otro lado de la calle estaban demasiado lejos para que se escondieran tras ellos. Los edificios médicos se agrupaban detrás del que habían estado en cuarentena. Allí podrían esconderse, pero probablemente sería donde primero buscarían. Quizá pudieran ir ocultándose de árbol en árbol por la calle, pero dudaba que llegaran a ir tan lejos.

La alarma le hizo chirriar los dientes y le traquetearon los huesos. No había tiempo de pensar, tenía que hacer algo. Se decidió.

—Rápido, al árbol. —Señaló al gigantesco árbol que estaba en medio del aparcamiento.

—Estás bromeando.

—Es el único sitio en el que nos podemos ocultar en este maldito lugar. ¡Ahora!

Ella echó a correr. Él perdió una segunda oportunidad de quemar la alarma, pero con el pánico que sentía no podía ni sacar unas chispas. Maldijo y la persiguió, corriendo por el cemento con sus zapatillas mojadas. Ella se subió a una de las raíces más levantadas, se agarró del tronco y se subió al árbol. Él la siguió, trepó tras ella hasta que estuvo rodeado de hojas. La rama no era tan ancha como él, así que se tumbó con los brazos sobre la cabeza para ocupar el menor espacio posible.

Tessa estaba en la rama de al lado. Los dos se inclinaron hacia el aparcamiento.

—¿Y ahora qué? —preguntó ella.

—Estoy abierto a todo tipo de ideas —dijo mientras la puerta del edificio médico del que habían salido se abría y un guardia uniformado salía hacia el

coche con un rifle en la mano. Era simplemente una silueta en la luz de la calle, pero eso solo hizo que pareciera aún más amenazador.

—Esquivarlo estaría bien —susurró Tessa. Los dos se ocultaron entre las ramas mientras la puerta del edificio de su izquierda se abría de un portazo.

—¡Tú! —gritó una voz desde la oscuridad—. ¡Alto!

Rick se quedó helado, pero fue puro instinto. El soldado que había ido corriendo hacia el coche se detuvo, luego miró por encima de su hombro y dijo:

—Soy yo, estúpido. Estoy comprobando esta maldita alarma. —Su voz sonaba joven y algo asustada, a pesar de su bravuconería. Siguió avanzando hacia el coche mientras hablaba, quedando entre ellos y el guardia.

—¿Quién es yo? Yo no te conozco Jack-Jack. Deja esa pistola en el suelo lentamente y muéstrame tu identificación.

Rick se inclinó sobre la rama hasta que logró ver quién hablaba. Era un chico de unos diecinueve años, delgado y nervioso, con grandes ojos como dos lunas llenas. Mantenía el rifle apuntado hacia un chico igualmente joven que estaba prácticamente debajo de las ramas.

Esto se estaba yendo de las manos. Los dos guardias habían estado en edificios muy bien iluminados y sus ojos aún no se habían adaptado a la oscuridad de la calle. El que estaba debajo del árbol estaba mirando directamente a la luz pero, aun así, si Rick o Tessa se movían, los verían al instante. Y si no se movían, los verían en cuanto se presentase allí más gente. Rick no tuvo tiempo de pensar de nuevo en un plan e hizo lo único que se le ocurría: saltó de la rama y cayó encima del chico con la pistola.

Los dos se cayeron al suelo. Rick se golpeó el codo con una raíz, pero apretó los dientes y le quitó la pistola. Después se hizo a un lado y apuntó al crío con la pistola.

—No te muevas —gruñó.

El guardia corrió por la calle hacia ellos incapaz de ver algo entre los coches con claridad.

—Los dos quietos —gritó—. ¡Los dos quietos o ambos saldrán heridos!

—Yo no me estoy moviendo, tío —dijo al que Rick apuntaba con la pistola.

El otro corrió hasta el coche que habían estado intentando abrir, pero se paró a la distancia justa para que Tessa, que seguía oculta en su rama, se abalanzara sobre él como un leopardo.

La alarma siguió sonando. Por primera vez en su vida, Rick agradeció que todas aquellas falsas alarmas hubieran hecho que la mayoría de la gente las

ignorase. Si Sonderby aún no se había dado cuenta de que los prisioneros se habían ido, puede que hasta tuvieran tiempo de escapar.

—Suelta el arma —dijo el chico.

—Tú suéltala —respondió Rick.

—No. Estamos entrenados para morir por nuestro país. No vamos a dejarte ir solamente porque apuntes a uno de nosotros con una pistola.

—Habla por ti mismo —dijo el chico desde el suelo—. No quiero morir en manos de un ladrón de coches.

—En ese caso eres un pobre militar, Jack.

—No me llamo Jack.

—No doy un duro. Ahora, ustedes dos...

La alarma eligió ese momento para pararse. En medio del silencio, Rick dijo:

—Te diré lo que haremos. Yo y No Me Llamo Jack nos meteremos tranquilamente en el coche, conduciré hasta el final del bloque, lo soltaré y seguiré adelante.

—Chorradas. Voy a dispararte si no sueltas esa pistola. Voy a darte tres segundos. Uno... dos...

Tessa se levantó en su rama, dio un paso y se tiró. El chico de la pistola giró y puso el dedo en el gatillo.

—¡No! —gritó Rick acercándose a ellos.

Cuando apretó el gatillo, el sonido retumbó al mismo tiempo que Tessa caía sobre él, tirándolo al suelo detrás del coche aparcado. Rick gruñó:

—Quédate quieto —le dijo al que le había quitado la pistola, y fue a ayudar a Tessa con el otro, pero no tenía que haberse molestado. Lo había dejado k.o.

Rick siguió apuntando a su cautivo mientras ayudaba a Tessa a levantarse. Ella cogió la otra pistola y se hizo a un lado para apuntar al primer crío mientras Rick rompía el cristal de la ventana del coche que habían intentado robar con la pistola.

El cristal se rompió en mil pedazos, pero no se cayeron hasta que volvió a golpear al cristal y rompió la capa de plástico. Metió el brazo, quitó el pestillo, abrió la puerta y se sentó en el asiento del conductor. Tessa apuntó con su pistola al crío que estaba sobre el césped y dijo:

—Aparta a tu amigo del camino para que no lo atropellemos. O mejor, llévalo dentro. Puede que necesite ayuda.

En silencio, el chico se levantó, cogió el cuerpo y lo acarreó por el aparcamiento hasta el edificio médico del que Rick y Tessa se habían

escapado. Mientras él hacía eso, ella se sentó en el asiento del pasajero.

—Dios, este rollo Bonnie y Clyde es muy duro. Salgamos de aquí.

Rick fue a encender el motor, pero solo sintió el hueco de la cerradura.

—Oh, oh.

—¿Qué?

—La llave ha desaparecido.

Tessa golpeó su cabeza contra la guantera.

—Qué putada. No se puede contar con esta mierda de cosas fantasmas. Cuando más las necesitas desaparecen.

Rick trató de concentrarse en la cerradura, imaginándose otra llave en ella, pero no sucedió nada. Estaba demasiado desconcertado para centrarse.

—¿Dónde está el guardia? —preguntó, estirando el cuello por detrás del coche—. ¿Adónde iría?

—No lo sé —dijo Tessa abriendo la puerta.

—No, ayúdame aquí —dijo, tratando de crear una nueva llave, pero ella se levantó y salió del coche.

—Venga —le dijo ella—, es hora de hacer lo que tendríamos que haber hecho desde el principio.

—¿El qué?

—¡Correr! —Y giró para hacerlo, pero se torció el tobillo y cayó al suelo.

—¡Tessa! —Rick se abalanzó hacia su puerta para ayudarla justo cuando el guarda al que habían dejado k.o. se abalanzó contra él desde atrás. La pistola de Rick se cayó debajo del coche y los tres empezaron a pelear, darse patadas y maldecirse unos a otros entre el coche que habían intentado robar y el otro.

Rick se puso encima y lo retuvo con su peso. Escuchó un portazo y una voz que no parecía la del crío que gritaba:

—Sepárense. ¡Muévanse!

Rick tapó la boca del crío con la mano vendada para que no pudiera gritar. Les costó, a él y a Tessa, hacer que se callara.

—Nosotros también hemos de separarnos —susurró Tessa.

—Nos atraparán igualmente —susurró Rick.

—Me apresarán a mí. Me he torcido el tobillo. Pero si causamos los suficientes problemas para ellos probablemente podamos escaparnos.

—¡No puedo dejarte!

—Tendrás que hacerlo. A menos que puedas transformar uno de estos coches en un helicóptero, no saldremos juntos de aquí.

—Mierda —maldijo—. ¿Helicóptero? Si ni siquiera puedo hacer una llave.

El crío al que habían capturado dejó de luchar. Puede que se hubiera dado cuenta de quiénes eran los que lo habían capturado y estuviera asustado pensando que igual lo convertían en sapo. Rick no dejó que reaccionase, ni siquiera cuando el crío empezó a llorisquear, y le tapó la boca con la mano vendada.

Alrededor de los edificios se escucharon pasos y alguien gritó:

—¡Aquí! Alguien está herido.

Aquello distraería a quienes los estaban buscando y los coches los ocultarían durante un rato, pero no para siempre. Rick sacudió la cabeza con enfado.

—Maldición, no hay forma de salir de aquí.

El chico levantó la mirada hacia él, así una y otra vez, levantando la cabeza cada vez que podía y tratando de emitir algún sonido. Era obvio que tenía algo que decir. Rick, que había perdido toda esperanza de que se le ocurriera otra idea, lo miró y dijo:

—Un solo grito y te tragarás los dientes —dicho esto, levantó la mano.

El chico se chupó los labios y susurró:

—Escúchala. Están rodeados. Los dos no podrán escapar, pero uno lo lograría.

—¿Cómo?

—Deja que la lleve dentro. Les diré que has huido por esa calle. Cuando vayan a buscarte se irá por el otro lado.

No era un gran plan pero aquello era mejor que nada.

—¿Y ese cambio? —preguntó Rick.

—No sabía que eran ustedes —dijo el chico—. Si lo hubiera sabido, les hubiera dado las llaves de mi coche.

—No es tan mala idea —dijo Rick.

El chico hizo una pausa, dándose cuenta de que había maximizado la devoción que sentía por sus héroes, pero luego se encogió de hombros y dijo:

—El bolsillo derecho de los pantalones. Es la llave de una furgoneta marrón que está en el aparcamiento que hay al otro lado, en la zona F. Dos bloques de edificios más allá, cruzando la calle. —Con el codo señaló en diagonal hacia unos edificios que había tras el aparcamiento y luego a la izquierda.

Rick lo miró, tratando de creer que funcionaría, deseando creer que el chico los ayudaría.

—Ve, maldita sea —susurró Tessa—. Ve. Mejor que uno de los dos esté libre a que ninguno lo esté. Pedirás ayuda y vendrás por mí.

—Espera un segundo. —Rick nunca había pensado tan rápido en toda su vida. Los gritos, las pisadas y los portazos parecían sucederse a cámara lenta mientras decía, hablando casi tan rápido como pensaba—: ¿Por qué no puedo venir a buscarte al instante? Si todo el mundo sale en una loca persecución, podrías esconderte aquí hasta que yo vuelva con la furgoneta.

—Oh, sí, y entonces a mí me molerán bien —siseó el chico.

—No voy a dejar que entregues a Tessa para que yo escape.

El chico gruñó, frustrado, pero luego negó con la cabeza y dijo:

—De acuerdo, lo intentaremos a su manera, pero espero que se acuerde de mí en sus jodidos deseos.

Rick soltó el aire que casi ni sabía que estaba conteniendo, se apoyó y soltó al chico.

No gritó. En cambio, metió la mano en el bolsillo, sacó sus llaves y se las dio a Rick. Tessa le dio la pistola, pero primero sacó la bala de la recámara. Miró a la base del cartucho y se estremeció.

Rick lo cogió y lo examinó a la luz amarilla de la farola. La bala se había quedado encajada en la parte superior sin llegar a dispararse. La sacudió y escuchó la pólvora en su interior. ¿Había impedido su poder psíquico que se disparara o simplemente había sido una casualidad?

Se la dio a Tessa.

—Guardaría esto como amuleto de la buena suerte que te ha dado.

—Ni que lo jure —susurró el chico. Luego le dio una palmada en el hombro a Rick—. Buena suerte tío. Espera a que todo el mundo esté aquí y luego ve por ello.

—Gracias, Jack.

—No es Jack —dijo el chico, pero esta vez sonreía.

Rick estuvo a punto de preguntarle cuál era su nombre, pero ya se había ido, corriendo tras los coches aparcados y gritando:

—¡Están ahí! ¡Los veo!

Escucharon más gritos y a gente corriendo. Rick se agachó detrás el coche y vio una docena de pies con botas corriendo por la calle hacia el edificio de los Boy Scouts. Cogió el rifle que le habían quitado al primer chico y se lo dio a Tessa.

—Sujétalo fuerte —le dijo—. Seré tan rápido como pueda.

Tessa lo besó, sintió su fría nariz contra la mejilla, todo un contraste con el calor de sus labios.

—Ten cuidado.

—Tú también ten cuidado. Mantente oculta hasta que vuelva.

—Eso pienso hacer.

Él la besó de nuevo y volvió a asomarse desde el coche. A través de la niebla podía ver la espalda de los perseguidores siguiendo a su improbable benefactor.

Miró al otro lado. No había nadie en los alrededores de los otros edificios. Debían de haber llevado al tipo que Tessa había golpeado a la enfermería.

No habría un momento mejor. Corrió hacia la esquina del edificio, esperando todo el tiempo que alguien le disparase por la espalda, pero recorrió toda la distancia, se escondió detrás de una pared de cemento y tomó aliento. Echó un vistazo rápido para confirmar que nadie estuviera mirando y luego corrió hasta la primera palmera de la hilera de la calle. Luego a la siguiente y a la siguiente. Miraba hacia los edificios de su derecha mientras los pasaba. Parecían pabellones médicos. Escrito en una pared junto a las puertas ponía: FUERA DE LOS LÍMITES A PARTIR DE LAS 16:00. Todo aquel lugar estaba fuera de los límites para él.

Para cuando llegó a mitad de camino de los edificios estaba en medio de la niebla, así que redujo un poco el ritmo para dejar que sus pulmones se recuperaran. Llegó al final de la zona de edificios y cruzó la calle para buscar el aparcamiento de la zona F. Era fácil de localizar. Había cuatro edificios grandes los unos frente a los otros y unos cien coches en un aparcamiento al suroeste. Los coches estaban decorados con pegatinas de bulldogs, calaveras de adorno en cromo y cortinas militares. La zona F debían ser los cuarteles de los soldados y esos eran sus vehículos.

Le costó unos minutos encontrar la furgoneta, la cual resultó ser marrón no solo a causa de la pintura, sino también del óxido. Solo llevaba una pegatina en el parachoques, una amarilla y negra con una enigmática frase: EDDIE IRÍA. Rick no tenía ni idea de qué significaba. En la parte trasera había dos ruedas y piezas de motor (lo que no le pareció muy buena señal). La puerta crujió al abrirse. El asiento del copiloto estaba lleno de comida, periódicos, cajas de CD... pero el motor funcionaba. Iba mucho más suave de lo que había imaginado. El chico no era muy aseado, pero evidentemente era un buen mecánico. Rick le quitó el seguro a la otra puerta para asegurarse de que se abriría para Tessa y condujo para salir del aparcamiento.

La calle que había junto a la zona F era de una sola dirección e iba en la dirección equivocada. Rick siguió la señal, imaginando que atraería menos la atención si al menos siguiera las normas del tráfico.

Giró hacia la izquierda en la calle siguiente, luego a la izquierda otra vez y condujo lentamente hacia el centro médico, maldiciendo suavemente cuando vio a más gente arremolinada alrededor del aparcamiento, sin duda mirando al coche con la ventana rota. Desde su posición podía ver a Tessa escondiéndose debajo de uno de los otros coches. Parecía que había escogido el más lejano del que habían intentado robar, pero con todos ellos apiñados juntos casi no importaba.

Y lentamente, como si observara a un tren descarrilar en un puente y fuera incapaz de hacer nada por evitarlo, alguien se agachó por debajo de los coches.

Él pitó la bocina y encendió las luces. Eso atrajo la atención de todo el mundo excepto la del que se había agachado. Cuando vio a Tessa, dio la alarma y todos giraron para tratar de sacarla de debajo del coche.

Rick consideró la opción de atropellarlos a todos, pero tenían a Tessa en medio de la niebla. También pensó en saltar y acudir a rescatarla, pero había seis o siete personas, más de los que él podría dominar, aunque no llevaran armas, y estos sí las llevaban. De hecho, uno de ellos ya estaba apuntando a Rick con el rifle y diciéndole que se parara.

Solo estaba a unos ciento veinte metros de ellos, o bien pisaba el acelerador o el freno, y con la pistola apuntándolo. Luego se dio cuenta de que los focos probablemente estaban cegándolos a todos menos a él, así que bajó la ventanilla, se inclinó y gritó con una pobre imitación del acento sureño:

—Ey, alguien está escondido tras el árbol de allá.

Tessa lo reconoció al instante y gritó:

—¡Corre, Rick, corre!

—Maldita sea, apaga las luces —gritó el soldado que había estado apuntando a Rick con su pistola. Rick le tiró las luces en cambio y bramó:

—¡Vaya, lo siento! —Después las apagó y ocultó la cabeza de la luz para que no vieran su mono azul ni pudieran verle la cara.

—¡Sigue corriendo! —chilló Tessa, ocultando la decepción, y él se dio cuenta de que había dicho exactamente lo que quería decir. Todos los soldados seguían junto a la prisionera, excepto dos que corrían calle abajo en dirección a él. Uno levantó el rifle hacia él pero lo volvió a bajar,

probablemente temiendo desperdiciar un tiro contra un soldado que iba de camino al trabajo.

Rick quería volver desesperadamente y rescatar a Tessa, quería bajarse de la furgoneta y lanzar rayos y hacer arrodillarse a sus captores en una heroica muestra de violenta gloria, pero por lo que sabía era tan improbable que lograra aquello como lo había sido que robara el coche.

No, le haría caso en esa ocasión. Se frotó las lágrimas de los ojos mientras la miraba por el retrovisor y veía que los soldados la llevaban al interior del edificio del que acababan de escapar. Pero continuó conduciendo hasta la esquina y luego giró hacia la derecha, buscando una vía que lo llevase a territorio civil mientras se planteaba cómo volvería a rescatarla.

Se dio cuenta de que durante las últimas dos semanas no habían estado tan separados como ahora y sintió un vacío en su interior. Algo casi físico. «Eso son las fibras sensibles. Y esas sí son reales», pensó.

Ni siquiera veía zonas de vigilancia. Las calles confluían en el campo de béisbol y luego desembocaban en una carretera de dos carriles con carteles indicando Honolulu o Waialua. Rick tomó dirección Honolulu y un par de minutos después se encontró en la H-2, la autopista interestatal del sur. En cualquier otro momento se hubiera reído. ¿Interestatal? ¿En Hawaii? Pero eso es lo que decía el cartel.

Hurgó debajo del asiento que había a su lado mientras mantenía un ojo en la carretera. Solo había comida rápida y música. No encontró nada interesante hasta que abrió la guantera y encontró los papeles del coche. El propietario de la furgoneta era un tal Mark Benton, y aunque el papel estaba arrugado y manchado tras meses de uso, Rick aún pudo leer la dirección: calle Liliha.

Mark debía de ser más pequeño que Rick, pero algunos críos de su edad llevaban ropas anchas. Había cuatro o cinco llaves más en el llavero de las llaves del coche, Rick apostaría cualquier cosa a que una de ellas era la de la puerta principal de la casa de Mark. Valía la pena intentarlo. No podría quedarse mucho tiempo, pero si podía conseguir ropa de verdad y suficiente dinero suelto como para poder hacer unas llamadas telefónicas, sería suficiente.

Adonde iría después era una incógnita, pero iría paso a paso. Lo primero era averiguar dónde estaba la calle Liliha, lo que significaba encontrar una cabina de teléfono para poder mirar un mapa.

Mientras se aproximaba a las cercanías de Honolulu empezó a amanecer. Iba a ser un día glorioso. Sería un día glorioso si podía sacar a Tessa de las garras del gobierno. No tenía ni idea de cómo haría eso, pero ya pensaría en algo.

Buscó un centro comercial en el que pudiera encontrar un teléfono, pero antes de encontrarlo llegó a una intersección de la autopista y tuvo que decidir qué dirección seguir. ¡Definitivamente no a Pearl Harbor! Giró al este hacia el centro de la ciudad de Honolulu.

El límite de velocidad era 120 kilómetros por hora, pero ninguno de los coches a su alrededor iba deprisa. Supuso que no tenía mucho sentido, probablemente se podía cruzar la isla en una hora a menos velocidad. Condujo con tranquilidad hasta encontrar una salida y luego siguió buscando una cabina. Finalmente, encontró una junto a una tienda de comida preparada sobre la cual había un cartel con letras azules y blancas en el que decía: ABC STORE.

El teléfono estaba colgado de un poste y no en una de esas cabinas de tipo Superman. Aparcó la furgoneta muy cerca de la cabina para no levantar sospechas con su mono azul. Había un dispensador de periódicos junto al teléfono y el titular decía: COMPROMISO ESPACIAL ROTO. En letras bien grandes. Empezó a leer el artículo, sintiendo cómo su odio hacia Marcus y Sonderby crecía ante cada mentira. Decían que le había entrado el miedo y lo había dejado con Tessa. Y luego citaban palabras de Tessa en las que expresaba que nunca había tenido intención de casarse con él, que solo accedió a su propuesta cuando se lo pidió en la Luna porque no pensaba que fueran a llegar a casa vivos.

Aún ponía más cosas, pero como el periódico estaba doblado, Rick no pudo leer más. Casi sentía ganas de conducir de vuelta a los cuarteles Schofield y reducir a cenizas a aquellos dos bastardos mentirosos en ese mismo momento, pero, puesto que sus últimos intentos de hacer cosas paranormales habían fallado, dudó que pudiera hacer algo.

No podía arreglar aquello jugando a ser Rambo. Respiró hondo y se acercó a coger el directorio de la cabina telefónica y buscar un mapa.

El mapa había sido arrancado. Rick deseó que quienquiera que lo hubiese hecho hubiera tenido una emergencia mayor que la suya, pero no le parecía probable. No había duda de que quien hubiera robado el mapa había pensado que sus problemas eran lo suficientemente grandes como para hacerlo, pero Rick dudaba que tuviera los titulares del periódico recordándole sus problemas a ambos lados de la cabina.

Miró el periódico otra vez. Era el *Honolulu Advertiser*. Cogió las páginas amarillas del listín telefónico y buscó las direcciones de los periódicos. Encontró la dirección, Estaba en el bulevar de Kapiolani. Aún no tenía un mapa pero imaginaba que estaría por el centro de la ciudad. Y allí habría más cabinas. Seguro que no habrían arrancado los mapas en todos los listines de Honolulu. Encontraría la redacción del periódico y les contaría la auténtica historia.

* * *

Nunca la encontró. De nuevo en la autopista, puso la radio para ver si daban alguna noticia sobre su huida. En vez de eso escuchó a un locutor decir:

—¿Y qué hay de usted señora? ¿De dónde llama?

—Wallace, Idaho —dijo la quejumbrosa voz de una anciana.

—¿Y qué piensa de la ruptura de Rick y Tessa?

—Es una vergüenza. Nos emocionaron para nada. Debería haber una ley.

—¿Y qué hay de usted? ¿Qué opina?

Una voz de hombre joven respondió:

—Eh, ¿qué puedo decir? Rick es un idiota, Tessa es demasiado para él. Pero quizá así yo tenga una oportunidad ahora. Realmente no es tan malo que esto haya pasado, ¿no?

El locutor rio.

—Eso es lo que yo llamo optimismo. ¿Qué hay de usted señor?

Un hombre mayor dijo:

—Cuando yo era niño, nos tomábamos los compromisos de matrimonio en serio. No toda esta mierda de *hoy sí y mañana no* de ahora. Deberían estar avergonzados.

—¿Yo? —le gritó Rick a la radio—. Marcus debería estar avergonzado. Usted, viejo chiflado, debería estar avergonzado. Por creer todo lo que oye.

El locutor dijo:

—Una vez más, soy Larry Iritani desde el Mercado Internacional preguntándole a los madrugadores de todo el mundo lo que piensan acerca de esta situación. ¿Cuál es su opinión señora?

Hubo un largo silencio.

—No hablo inglés, lo siento.

—¿El Mercado Internacional? —De repente deseó haber robado todo el listín telefónico. Si podía averiguar desde donde retransmitía aquel tipo, podría solucionar la situación más rápidamente que yendo a un periódico.

Sin querer, invadió un poco el carril de al lado y un coche a su lado le pitó. Rick devolvió la furgoneta a su carril y le hizo un gesto con la mano a modo de disculpa al pasajero de la Accord azul. De repente, bajó la ventanilla y gritó:

—¡Eh! ¡Eh, usted! —dijo haciéndole gestos con las manos y casi invadiendo el carril de al lado otra vez.

La pasajera, una chica adolescente con el pelo rubio y abundante maquillaje, parecía demasiado asustada como para bajar la ventanilla, pero de repente lo hizo. El viento le enmarañó el pelo, ella se lo colocó detrás de la oreja con la mano izquierda y gritó:

—¿Es Rick Spencer?

—Correcto —respondió—. ¿Dónde...?

—¿Qué pasó?

¿Qué había pasado? No podía condensarlo todo en un par de palabras, en un grito entre los coches. No podía. Así que simplemente gritó.

—¿Dónde está el Mercado Internacional?

—¿El qué?

Trato de evitar al coche que accidentalmente se metía en su carril. Había pilotado aviones en formación alguna vez, pero mantener dos coches a la par en una autopista era más difícil.

—El Mercado Internacional —gritó de nuevo.

—Oh, está en Waikiki —gritó la chica.

—¿Cómo llego hasta allí?

Justo entonces se fijó en que se había saltado un cartel: Liliha. ¡Se lo había saltado!

La chica rio.

—¿Cómo llegar a Waikiki? Todo recto.

—¿Está muy lejos?

Ella se encogió de hombros.

—Unos kilómetros. Toma la... salida si quieres... Mercado... —El ruido de un camión le impidió escucharla.

—¿Qué salida? —gritó.

—¡La segunda!

—Lo tengo. Gracias.

—De nada.

Rick subió la ventanilla y soltó un poco el acelerador para que los otros coches lo pudieran pasar. Miró la salida hacia Liliha, la que se había saltado. ¿Debería volver? El locutor de radio y Waikiki estaban tan solo a unos kilómetros. Lo reconocerían al instante con el mono azul. Si se cambiaba de ropa le costaría más demostrar quién era.

Siguió conduciendo, más y más enojado con cada persona que escuchaba en la radio.

Un par de kilómetros después vio un gigantesco cartel verde al lado de la autopista que decía: WAKIKI. SIGUIENTES TRES SALIDAS. El Accord

azul se puso delante de él mientras pasaban por la primera y lo siguió por la segunda. La chica le gritó algo por la ventanilla. No logró escuchar lo que le decía, pero sabía que querían que los siguiera.

El Accord lo guio por una calle llena de palmeras, luego giró a la izquierda para entrar en la ciudad. Poco después cruzaron el bulevar de Kapiolani y Rick buscó alguna señal de la redacción del periódico, pero no vio ninguna. «Luego», se dijo a sí mismo.

Entraron en una zona de hoteles. Los de la izquierda tenían docenas de pisos y balcones que miraban al mar, y los de la derecha eran más bajitos, tenían elegantes entradas y habitaciones que daban a la playa. Las aceras estaban llenas de gente en traje de baño a pesar de que era temprano.

El Accord se paró en un semáforo a pesar de que estaba en verde. Cuando Rick se paró detrás de él, el conductor pitó y la pasajera le señaló a la izquierda. Rick vio un puñado de tiendas y luego un patio de ladrillo con un puñado de puestecillos frente a un árbol gigantesco sobre el cual se había construido una casa. De la casa en el árbol colgaba un cartel de madera que decía: Mercado Internacional.

Y allí había un tipo con un transmisor portátil sobre la espalda, auriculares y un micrófono en la mano rodeado por una multitud de gente que quería hablar sobre la ruptura de Rick y Tessa.

Rick buscó un lugar en el que aparcar la furgoneta. No había espacio en la calle. Supuso que tendría que dar una vuelta hasta encontrar un aparcamiento público o algo así, pero cuando vio que un *yuppie* vestido con un traje gris se acercó al micrófono y dijo por la radio: «Creo que es el típico caso del miedo escénico», paró el motor y salió de la furgoneta.

—Eh —dijo. Dirigiéndose a la multitud—. Eh, usted.

La gente giró hacia él y empezaron a reconocerlo.

—Es él —dijo una señora señalándolo.

Otra mujer que estaba a su lado dijo:

—¡No puede ser! ¡Está en cuarentena!

—Soy yo —gruñó Rick.

La gente se apartó de él, no sabía si por el miedo a las bacterias de la Luna o por su tono de voz. Tampoco le importaba. Se dirigió hacia el locutor de radio, un chico asiático que no tendría más de dieciocho años, y le quitó el micrófono de las manos.

—Soy Rick Spencer —dijo al micrófono—. Acabo de escapar de los cuarteles Schofield, donde Tessa y yo hemos estado prisioneros durante la última semana. Todo lo que les han dicho de nosotros es mentira.

La gente empezó a murmurar. Rick levantó las manos pidiendo silencio y casi estrangulando al reportero hasta que se dio cuenta de que el micrófono tenía un cable corto. La gente seguía hablando, así que gritó.

—Silencio. —Se concentró en crear una bola de fuego sobre su mano.

Por un instante no pasó nada, pero de repente hubo un fuerte brillo y se escuchó un fuerte *bang*. No era lo que había intentado, pero fue suficiente para atraer la atención de la gente.

Desafortunadamente, la atención equivocada. El ruido había sonado como un disparo y la gente chillaba y se apartaba de él. Alguien de la multitud gritó:

—¡Le han disparado!

—No me han disparado —gritó Rick—. Todo está bien, simplemente cálmense y escuchen. —Volvió a hablar por el micrófono esperando que al menos captara su voz, aunque la gente no lo escuchase. Pero la gente se calmó y lo escuchó cuando se dio cuenta de que no iba a disparar a nadie.

»Los militares han estado estudiándonos y probándonos para ver qué podemos hacer —dijo—. Al principio les seguimos el rollo porque nosotros también queríamos saber lo que nos pasaba, igual que ellos. Pero después de la rueda de prensa que dimos hace tres días, nuestras habilidades empezaron a

crecer, y aparentemente eso es porque el poder proviene de ustedes. Cuanto más creen en nosotros, más poder tenemos.

No estaba seguro de si estaba consiguiendo algo o no, pero al menos lo escuchaban, así que continuó:

—Aparentemente, el gobierno se asustó, así que soltaron el rumor de que Tessa y yo habíamos roto nuestro compromiso de matrimonio. Funcionó. El anillo de Tessa desapareció anoche y estamos mucho más débiles. La pequeña demostración de antes es todo lo que puedo hacer ahora.

Hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas y continuó antes de que el reportero pudiera quitarle el micrófono.

—Nunca hemos roto nuestro compromiso. Vamos a casarnos, quiera el gobierno o no. Pero a Tessa la retienen en Schofield. Necesito vuestra ayuda para salvarla.

La mitad de la gente lo vitoreó, pero podía ver escepticismo en muchas caras.

Se encogió de hombros, sabiendo lo tonto que sonaba.

—Lo sé, lo sé, yo también diría que son imaginaciones, pero he ido a la Luna y vuelto en un cohete fantasma y he estado haciendo todo tipo de cosas esta semana.

—Muéstranoslo —dijo una joven en bikini.

—Sí, hazlo —dijo un hombre de mediana edad vestido de traje.

Rick se mordió el labio inferior. Su intento de llamar la atención antes no había salido como él esperaba.

—Esto no parece funcionar siempre como yo quiero —murmuró—, pero debería ser capaz de al menos crear algo. Apártense.

Le dio el micrófono al reportero. La multitud se acercó en lugar de alejarse y Rick se dio cuenta de que los estaba empujando la gente que salía de sus coches y se les acercaba.

Dos de las personas que se acercaban eran cámaras de televisión. Se abrieron paso entre la multitud y se colocaron junto a Rick. Uno de ellos se colocó frente a él para captar su imagen y de paso creó espacio para que Rick se sintiera lo suficientemente cómodo como para crear algo.

—De acuerdo —dijo buscando inspiración. Los puestos estaban llenos de collares de conchas, cadenas de oro y monos y otros animales hechos con cocos. Barátijas para turistas. Rick vio una hilera de tazas de café y trató de hacer una de esas.

No había una mesa sobre la que pudiera sostenerse, así que puso la palma de su mano derecha boca arriba y se concentró en crear una taza colorida con

flores rojas, amarillas y azules con la palabra HAWAI escrita en el medio. Tendría los laterales rectos y un asa curvada, y sería de tamaño medio. Se imaginó el peso de la taza sobre su mano, el frescor de la cerámica sobre su piel.

El aire tembló y, de repente, apareció la taza sobre su mano extendida. Un poco de café caliente se derramó y sujetó el asa con su mano vendada antes de que se le cayera la taza.

—Oh —dijo una mujer—, esto es una locura.

La mujer que había pedido la demostración se acercó a coger la taza. Él dejó que se la llevara pero le dijo:

—Cuidado. Estas cosas fantasmas tienen el hábito de desaparecer en los momentos más inconvenientes.

Todo el mundo rio y la mujer, nerviosa, se inclinó hacia atrás para no mancharse si se le escapaba de las manos. Olisqueó cuidadosamente.

—Huele a café —dijo—. ¿Es seguro beberse?

—Yo no lo haría —dijo Rick—. Comimos y bebimos a bordo de la cápsula del *Apolo*, pero eso fue antes de que las cosas empezaran a ponerse tan raras. Por lo que sé, lo que hay ahí dentro podría ser hasta ácido.

Ella le devolvió la taza.

Eligió ese momento para desaparecer, pero el café permaneció, manteniendo la silueta de la taza como si fuera una masa cilíndrica de gelatina. Rick trató de que se esfumara como la taza y finalmente se deshizo sobre su mano salpicando los ladrillos.

Rick sacudió la mano y trató de quitarse el café caliente con la mano vendada.

—¡Maldición! —chilló. Dio un paso atrás para no mojarse también los pies, pero finalmente el café se desvaneció como si nunca hubiera estado allí.

El presentador de las noticias de televisión, un hawaiano canoso que había estado junto a Rick todo el tiempo, levantó en ese momento su micrófono y dijo:

—Gordon Carlson para Noticias 9, estamos aquí con Rick Spencer, que acaba de demostrarnos su extraordinaria capacidad psíquica de hacer que las cosas aparezcan y desaparezcan a su placer. Rick, antes dijiste que los militares están tratando de minar su poder extendiendo falsos rumores sobre ustedes pero, impredeciblemente, aún funciona. ¿Por qué cree que ocurre eso? —puso el micrófono delante de Rick.

Rick rio nervioso.

—Esa es una muy buena pregunta. Si tuviera que dar una respuesta diría que es porque aún hay gente que cree que tengo esta capacidad a pesar de que piensen que soy un estúpido por estropear las cosas con Tessa. Aún puedo hacer aparecer cosas, pero todo lo que hago se estropea. Aunque solo es una teoría. Aún no sé cómo funciona todo esto.

El reportero de la radio dijo:

—Ahora que la verdadera historia ha salido a la luz, ¿cree que recuperará la capacidad de crear cohetes completamente funcionales?

Rick negó con la cabeza.

—No me importa eso. Solo quiero liberar a Tessa de los militares. Si después de eso podemos hacer más cohetes, los haremos, pero eso es otro cantar. ¡Ella necesita ayuda ahora!

—¿Qué quiere que hagamos? —preguntó.

Al mismo tiempo, el presentador de televisión dijo:

—¿Cómo espera rescatarla del ejército de los Estados Unidos?

—No lo sé —respondió Rick—. Casi no sé ni cómo escapé yo, solamente fue porque los pillé por sorpresa. —Eso sin mencionar la ayuda de un guardia—. Pero ahora saben que volveré por ella, así que van a estar preparados. Lo único que puedo hacer es lograr que la gente me apoye y se presente conmigo en la base militar. No podrán evitar que entremos, la verja alrededor de la nave es solamente una valla de tela metálica, y no podrán disparar a toda una multitud de civiles. Si ocupamos la base y nos negamos a irnos hasta que la suelten, entonces...

—¿Y qué hay de la cuarentena? —preguntó alguien en voz muy alta.

—Lo de la cuarentena fue un disparate. No hay patógenos en la Luna. Simplemente necesitaban una excusa conveniente para retenernos.

Mientras hablaba, Rick sentía cómo le subía la adrenalina. Esa sensación era increíble, pues ya estaba exultante, pero entonces se dio cuenta de que quizá no fuera la adrenalina. Se sentía igual que se había sentido después de la rueda de prensa.

¿Puede que lo que sintiera, fuera el poder a causa de la creencia de la gente? Allí habría al menos cien personas, pero si podía confiar en Marcus, eso solo le daría el equivalente mágico a veinte voltios. Harían falta miles de personas para que se sintiera así de fuerte.

Miró a la cámara de televisión y al locutor de radio. ¿Cuánta gente lo estaba viendo y escuchando? ¿Y qué otros canales y emisoras estaban captando su señal y retransmitiéndola por el mundo?

El mercado estaba lleno de gente murmurando. El presentador de televisión tuvo que gritar para que se le oyera.

—¿Realmente crees que puedes salvarla presentándote allí con un grupo de turistas?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? —dijo Rick—. La ley no funciona lo suficientemente rápido. Estaría meses allí. Tenemos que sacarla ahora.

El murmullo creció. La gente debatía si debían o no unirse a él. Casi podía sentir la furia y el miedo en la gente. ¡El ejército tenía prisionera a una heroína! Pero haría falta mucha gente para poder enfrentarse a toda una base militar, más de la que había en Waikiki. Puede que gente de otras partes de la ciudad se les unieran cuando supiesen lo que estaba pasando, pero si no lo hacían, el pequeño desfile de Rick simplemente terminaría en la cárcel.

—Hay que intentarlo —dijo mirando fijamente a la cámara.

De repente, el presentador de televisión dijo:

—Oh, oh... —Estaba mirando por encima del hombro de Rick.

Rick giró y vio que dos policías se acercaban a él.

—¿Esa es su furgoneta? —preguntó uno de los policías.

Dios, ¿qué podía decir? Cien personas lo habían visto llegar en ella. Luego miró al otro lado de la calle y se percató de que los policías también lo habían visto llegar en ella, pues había una comisaría a media manzana de distancia.

Solamente podía dar una respuesta.

—Sí, lo es.

—Tiene que moverla —dijo el guardia.

Rick los miró incrédulo. En Florida lo hubiesen esposado y llevado a comisaría. O los policías hawaianos estaban hechos de otra pasta o aquellos tipos estaban de su parte.

—Eso mismo iba a hacer —dijo. Giró hacia la cámara y el micrófono de la radio y miró a la gente que lo rodeaba—. ¿Quién viene conmigo? —gritó.

El mercado se quedó en silencio. Rick escuchó alguna voz avergonzada y a una mujer susurrar en voz más alta de lo que había esperado:

—Brian, ni se te ocurra arruinar nuestras vacaciones por un intento de rescate quijotesco.

Entonces el cámara dijo:

—Jesús, miren eso. —Enfocó la cámara más allá de Rick y de los policías hasta una pegatina en el parachoques de la furgoneta.

La multitud soltó un grito ahogado.

¿Qué demonios pasaba? Rick sintió pánico y pensó que los había perdido, pero alguien detrás de él dijo:

—Bah, Eddie iría.

Alguien más gritó:

—¡Eddie iría!

La mayoría de la gente parecía tan confusa como él, pero no así la gente de los puestos. Obviamente conocían el significado de la pegatina del parachoques. Al igual que los hawaianos de la multitud. Y los surfers. La mitad de los hombres y las mujeres se unieron al cántico y pronto todo el mercado coreaba el grito:

—¡Eddie iría!

Rick no tenía ni idea a qué iba aquello, pero supo que era su oportunidad.

—¡Sí, síganme! —gritó dirigiéndose a la furgoneta—. ¡Síganme!

Do camino, se paró junto al reportero y le susurró al oído:

—Ven conmigo, no tengo ni idea de cómo llegar desde aquí.

El locutor rio histérico.

—¿Estás bromeando? No me lo perdería por nada del mundo.

—Corriendo, tiró la comida rápida al suelo y se sentó en el asiento del copiloto de la furgoneta. Media docena de personas más se apiló en la parte trasera.

—Esperen —les dijo Rick. Se sentó en el asiento del conductor y encendió el motor. Tuvo que pitar un par de veces para que la gente lo dejara pasar. El Accord azul al que había seguido antes estaba allí, esperando que esta vez guiase él. Miró por el retrovisor y vio que la gente se subía a los coches que había parados detrás del suyo. Se subían ocho y diez personas en cada coche. Otros corrían por las calles, sin duda hacia donde habían estacionado sus vehículos.

Los de la tele corrieron a su furgoneta y condujeron hasta donde estaba Rick. El cámara se inclinaba por la ventanilla del copiloto y lo filmaba todo.

Era hora de irse. Rick soltó el embrague y la furgoneta se puso en marcha seguida de una hilera de coches que parecían el séquito de un rey.

—¿Quién demonios es Eddie?

Se estaban aproximando al final de la calle de los hoteles. Parecía que detrás había un parque con palmeras y césped. El locutor señaló hacia la izquierda de la rotonda, entre la ciudad y el parque, y Rick giró en esa dirección guiando a su improvisado ejército hacia la autopista. Los coches detrás de ellos pitaban y los pasajeros que estaban en la parte de detrás de su furgoneta gritaban y los saludaban en un gesto en el que levantaban el dedo pulgar y el meñique. Rick supuso que era otra costumbre hawaiana. Se preguntó si él y Tessa podrían llegar a conocer algunas de esas costumbres como turistas normales cuando todo aquello hubiera terminado.

Después se miró en el espejo y se dio cuenta de que se estaba engañando a sí mismo. Aquello no terminaría. Lo que les había pasado a él y a Tessa no era algo de lo que uno pudiera librarse para continuar con su vida habitual como si nada. Ahora eran diferentes, y aunque perdieran la habilidad de hacer cosas extrañas, el mundo sería diferente por lo que ellos habían hecho. Toda la humanidad había visto un fantasma y, como quién se encuentra con el fantasma de su tío muerto muchos años atrás en las escaleras de casa, uno no puede hacer como si nunca hubiera pasado.

—¿Quién es Eddie? —preguntó otra vez, levantando la voz para que se le oyera por encima del ruido. Se aproximaba a un semáforo en rojo, pero no se imaginaba parando a toda la procesión, así que apretó los dientes, pitó y siguió conduciendo.

—Eddie era un surfero —replicó el locutor cuando hubieron pasado. Se quitó uno de los auriculares para oír mejor a Rick—. Solía salir cuando hacía peor tiempo. Finalmente se perdió en el mar tratando de rescatar a alguien, pero se convirtió en una leyenda local. Como alguien que representa el optimismo ingenuo. Ahora, cuando a alguien le cuesta tomar una decisión la gente le recuerda que «Eddie iría».

Rick puso los ojos en blanco.

—Genial. El optimismo ingenuo siempre conmigo.

El locutor bajó la ventanilla y sacó su antena transmisora portátil mientras decía:

—No sé tú, pero si yo fuera a invadir una base militar, querría a Eddie de mi parte. —Luego rio—. ¿Pero qué digo? Yo voy a invadir una base militar.

Encendió su micrófono y dijo:

—¿Sarah puedes oírme? —Ladeó la cabeza para escuchar mejor por los auriculares y replicó—: Sí, bien. —Luego le dijo a Rick—. Quiere otra emisión en vivo cuando terminen los anuncios.

—¿Quieres decirle al ejército exactamente lo que vamos a hacer? —preguntó Rick.

El locutor rio.

—¿Crees que no lo saben? Mira. —Señaló a un helicóptero verde que volaba al noroeste y luego a la furgoneta de televisión que iba detrás de la furgoneta.

Cuando Rick miró a los pasajeros lo saludaron y gritaron:

—¡Vamos chico!

El locutor dijo:

—Llegados a este punto lo que quieres es publicidad. Lleva tu palabra tan lejos y tan rápido como puedas. Obtén todo el poder divino que puedas.

—Yo no soy divino —dijo Rick rápidamente.

—Lo que sea. Entramos en cinco... cuatro... tres. —Se quedó callado los dos siguientes segundos y luego dijo—: Hola otra vez, Sarah. Soy Larry Iritani conectando en directo desde el asiento de copiloto de la furgoneta de Rick Spencer mientras guía a un ejército de turistas hacia los cuarteles Schofield para rescatar a Tessa McClain.

Escuchó un momento por los cascos y luego dijo:

»De acuerdo, Sarah. Rick está conduciendo, yo estoy de copiloto y hay seis personas más en la parte trasera de la furgoneta. Al menos nos siguen unos cincuenta coches, todos abarrotados de gente. Vamos por Kapahulu en dirección a la autopista, así que quién se quiera unir a nosotros que venga.

Escuchó a Sarah de nuevo y Rick de repente se dio cuenta de que escucharía lo que decía si encendía la radio, pero cuando lo hizo escuchó un eco tremendo. Larry apagó el micrófono y le dijo:

—No puedes hacer eso.

—Lo siento —dijo Rick, y apagó la radio.

—No pasa nada —dijo, encendiendo el micrófono otra vez—. Así pues, Rick, ¿qué piensas hacer cuando lleguemos? —Colocó el micrófono entre Rick y el volante.

Rick no tenía ni idea de qué contestar, pero tenía que decir algo.

—Imagino que les daré la oportunidad de ser razonables —dijo—. Pero si no se rinden tendremos que ir por ella.

—Ir por ella —repitió Larry—. Eso parece peligroso. No tienes armas y tus poderes sobrenaturales no parecen muy fiables.

Rick tapó el micrófono con la mano vendada.

—No digas eso. La percepción pública es lo que los hace funcionar bien o no.

—Ah, de acuerdo. —Rick destapó el micrófono y Larry dijo—: Rick no quiere destapar nada, pero definitivamente tiene guardado un as en la manga para el ejército. Ahora mismo está trabajando en eso, así que volveremos pronto contigo Sarah. De momento lo dejaremos seguir con sus planes.

Rick sintió un remordimiento de conciencia por usar la prensa para incrementar su poder. Estaba alimentando la fantasía que Sonderby le había dicho que era peligrosa hacía unos días. Pero demonios, Sonderby casi lo había obligado. La ciencia, la ley y el orden no eran suficientes para rescatar a Tessa. Rick no estaba seguro de que pudiera obtener una orden judicial para que la soltasen y, aunque pudiera, no pensaba que Sonderby y Marcus la cumplieran. Tenía que ir más rápido que la ley. Si necesitaba el misticismo del nuevo milenio y el sentimiento público para sacarla de su cautiverio, lo utilizaría.

Pero a pesar de lo que había dicho Larry, no sabía cómo lo haría. Rick sintió que el tiempo pasaba demasiado rápido mientras esperaba que le llegase la inspiración, pero, aparte de liderar a todos aquellos civiles hasta la base militar y exigir que la soltasen, no se le ocurría qué otra cosa podía hacer. Eso era lo frustrante del rollo psíquico: no saber de qué era capaz.

¿Podría hacerse invisible y evitar a los guardias? Nunca había intentado algo así, pero el método de Toland para hacer casi cualquier cosa era imaginarse consiguiéndolo. Valía la pena intentarlo. Después de todo, tenía mucha experiencia en lo de hacer desaparecer las cosas; ¿tan difícil sería hacer lo mismo con él?

—A la izquierda —dijo Larry mientras se acercaban a la autopista. Una vez más, Rick no esperó a que la luz del semáforo cambiase. Aceleró hasta llegar a los ciento veinte kilómetros por hora. La carretera era de cemento pero desigual. Giró y vio que los pasajeros que llevaban en la parte trasera se agarraban a ambos lados de la furgoneta. Tras ellos, una hilera de coches se dirigía hacia la autopista, más de los que había cuando partieron. Bien. El mundo los estaba siguiendo.

Se miró en el espejo y se concentró en hacer desaparecer su imagen. Se imaginó haciéndose cada vez más y más traslúcido. Para hacerlo, apretó los ojos y dejó que su mirada se pusiera borrosa. Trató de recordar cómo era la cápsula *Apolo* cuando desaparecía. Sintió pánico al recordar lo último que le había pasado a la cápsula, pero se recordó a sí mismo que no se había vuelto menos sustancial las primeras veces. Había continuado sosteniendo el aire, así que no tenía motivos para desintegrarse.

Sintió que algo sucedía. Se le erizó el pelo de la nuca mientras se daba cuenta de que algo estaba cambiando. Abrió los ojos y vio que la imagen del espejo estaba borrosa, como cuando tras una ducha caliente el cristal está lleno de vaho. Luego se dio cuenta de que todo estaba igual. La gente de la parte trasera de la furgoneta, los coches... todo se estaba desvaneciendo.

—Oh, oh... —susurró Rick mirando al frente para ver si era solamente el espejo o si realmente estaba pasando. Todo estaba borroso. Podía ver lo suficiente como para conducir, pero si se ponía peor no podría seguir. Trató de no dejarse llevar por el pánico y dijo:

—Lo siento, déjame ver si puedo deshacer esto.

—¿Deshacer qué? —preguntó Larry, que había estado mirando por su ventanilla. Giró hacia Rick y se echó hacia atrás asustado—. ¡Guau! ¿Qué les has hecho a tus ojos?

—¿Mis ojos?

—Pareces Annie, la pequeña huerfanita.

Rick se miró en el espejo para ver de qué hablaba y se estremeció tanto que ocupó la mitad del carril de al lado. Los pasajeros gritaron y se agarraron los unos a los otros, pero la atención de Rick estaba centrada en el espejo. Sus ojos eran tan blancos como los huevos cocidos. Tuvo que acercarse mucho para ver un poco de sus verdes iris y unos puntos grises donde se suponía debían estar sus pupilas.

—¡Joder! —dijo. Sintió que empezaba a sudar—. Debí suponerlo.

—¿Qué estabas intentando hacer?

—Pensaba que si me hacía invisible podría escabullirme y sacar a Tessa mientras los demás los distraían.

Larry lo miró otra vez y luego apartó la vista.

—Pero en vez de eso hiciste que desapareciera el resto del mundo, solamente desde tu visión. Dios, es la madre de todas las cataratas. Espero que no sean permanentes.

¿Qué? Rick tragó saliva.

—El resto de cosas no lo han sido —dijo esperanzado—, déjame ver si puedo devolverlos a la normalidad. —Cerró los ojos, los movió un poco y volvió a abrirlos. La niebla que los cubría no parecía más fina.

—Mierda —gruñó cerrando los ojos otra vez. ¿Y si se los imaginaba normales otra vez? ¿Y si eso provocaba más magia mala? No, mejor parar mientras aún viera un poco.

Larry cogió el volante y lo ayudó. Rick se miró en el espejo una vez más, asustado de que el deseo de que sus ojos volvieran a la normalidad le hubiera dado a sus ojos más cualidades sobrenaturales, pero vio que nada había pasado.

Al menos no pasó nada en los siguientes diez segundos, lo que en la veloz furgoneta, le pareció una eternidad. En ese momento su mente, inevitablemente, empezó a preguntarse cómo sería pasar el resto de su vida así, con aquella condición, y fue entonces cuando su color de ojos regresó. Esperó, respiró hondo y vio que sus pupilas estaban cada vez más y más definidas. Tras él, como si fuera una fotografía revelándose en el cuarto oscuro, empezó a verlo todo con claridad.

—Odio esta mierda —dijo suavemente mientras respiraba hondo y gritaba—. ¡Odio esta mierda! Todo lo que quería era ir a la Luna. Yo no pedí esta mierda sobrenatural.

Larry trató de ocultar una risa, pero no lo consiguió. Rick lo miró y eso solamente hizo que el locutor riese más aún.

—Todo lo que quería era ir a la Luna —imitó Larry—. ¡Escúchate! La mayoría de la gente solo quiere pagar la hipoteca.

Rick supuso que había sonado algo pretencioso. Se dio cuenta de que estaba con las manos apretadas en la cadera, las soltó y volvió a coger el volante.

—De acuerdo. Puede que quisiera algo más de lo habitual, pero no vendí mi alma para obtenerlo. Y no estuve de acuerdo en convertirme en un espectro desgraciado cuando volviera a casa.

Larry le dio una palmada en el hombro.

—No seas tan duro. Tocaste un fantasma. La mayoría de la gente que pasa por eso regresa cambiada.

Rick suspiró.

—Sí, supongo que sí. Pero no tiene por qué gustarme. Esto va en contra de todas mis creencias. Además, nunca funciona como toca.

—Puede que eso cambie ahora que hemos limpiado tu reputación. Toma la salida 78 ahora.

Rick siguió sus indicaciones, preguntándose adónde llegarían antes de encontrarse una barricada del ejército. Demonios, desde que él y Tessa habían intentado escapar, todo aquello había sido un desastre. Eran unos aficionados. Necesitaban ayuda profesional, mucha, y no un grupo de turistas en chancas y trajes de baño.

Respiró hondo. Los pensamientos negativos traen resultados negativos.

—¿Hay alguna ruta alternativa en caso de que bloqueen la interestatal?

—Claro —dijo Larry—. No te preocupes, llegaremos allí. —Escuchó por el auricular un instante y luego dijo—: ¿Qué hay de otra intervención? Subamos un poco tu popularidad.

Rick no tenía nada más que decir, pero sabía que no le haría daño. Deseó que la televisión estuviera conectada al audio de la radio. Si lo estaban haciendo así, podía estar hablándole a millones de personas de todo el mundo.

—Hagámoslo.

Larry levantó el micrófono y habló.

—Bien. Aquí ya estamos listos. Sí, en cuanto digan. De acuerdo. — Esperó unos cuantos segundos y luego toda su conducta cambió, como si fuera otra persona—. Hola, soy Larry Iritani de nuevo, en directo con Rick Spencer, que acaba de mostrarme una nueva e increíble habilidad. Aún no puedo decir cómo va a utilizarla. —Al decir esto le guiñó un ojo a Rick—. Pero sí puedo afirmar que es el talento psíquico más desconcertante que he visto en mi vida. Y como nos ha explicado, por cada oyente que cree en él, crece su poder. Para cuando lleguemos a Schofield, no me gustaría estar en la piel del Ejército. Rick, dime... —Hizo una pausa para escuchar y dijo—: ¿Quién? ¿Rambo? ¿Cuántos? ¡Sí, por todos los santos, vayan!

Apagó el micrófono y encendió la radio mientras le decía:

—Tienes que escuchar esto.

En ese momento una locutora, presumiblemente Sarah, decía:

—Contactamos ahora con William Parker, un civil de visita en los cuarteles de Schofield que nos cuenta que hay un ejército de... bueno, cuéntalo tú Will.

—Trataré de hacerlo —dijo la emocionada voz de un hombre—. Esto es demasiado increíble para explicarlo con palabras. —Por la calidad del sonido parecía que hablaba desde un teléfono móvil en vez de desde un transmisor de la radio—. Estoy en el coche justo al otro lado de la calle donde está el edificio médico en el que Tessa está siendo retenida y estoy viendo un pelotón de «Rambos» que están apareciendo de la nada y avanzando hacia el edificio. Tienen el lugar completamente rodeado y están haciendo añicos las ventanas para entrar. Los guardias que están dentro les están disparando, pero las balas ni siquiera los hacen ir más despacio.

—¿Qué quieres decir exactamente con «Rambos»? —preguntó Sarah.

—Me refiero a soldados supermusculosos de metro ochenta. Comandos. Los veo por detrás, así que no sé si se parecen a Sylvester Stallone, pero están desnudos de cintura para arriba excepto por esas bandoleras llenas de balas y

granadas, como en el cartel de la película. Llevan armas en ambas manos, pero no le están disparando a nadie. Simplemente se están abriendo paso a la fuerza hasta el edificio. No puedo ver lo que está pasando dentro, pero no escucho gritos. Solo disparos y golpes.

Rick miró a Larry, que tenía los ojos tan abiertos como él los había tenido hacía unos instantes.

—Mierda —susurró Larry.

—Muchas gracias señor Parker. Larry, ¿qué tiene que decir Rick ante todo esto?

Larry se secó el sudor de la frente.

—¿Larry?

Encendió el micrófono y apagó la radio.

—Lo siento. Estamos los dos anonadados. No creo que Rick tuviera ni idea de lo que está sucediendo. ¿Me equivoco Rick? —Le ofreció el micrófono.

Rick tomó una decisión instintiva. No le gustaba mentirle a su fuente de poder, pero si eso ayudaba a que Tessa quedara en libertad sin derramar sangre, entonces lo haría. Le guiñó un ojo a Larry para que al menos él supiera a qué iba.

—Bueno, la verdad es que sí. No quería decir nada hasta que ya estuvieran en el lugar. Ahora que tienen la zona asegurada será más seguro para cuando nos aproximemos los demás. Y ahora que el ejército ya sabe a qué se enfrenta puede que se presten a soltar a Tessa.

—Sin disparar —dijo Larry—. Eso suena bien. Esperemos que las cosas salgan de ese modo. —Escuchó un momento a través de los cascos y replicó —: Y si no es así, estoy seguro que Rick se guarda muchas más sorpresas. Nos estamos acercando al H-2, así que ya no queda mucho.

La carretera había vuelto a suavizarse, pero, mientras planeaban lo siguiente, el asfalto volvió a estar lleno de baches. Rick miró a los pasajeros y a los coches que había tras ellos. Todo el mundo parecía unido y aguantando. Parecía que medio Honolulu estaba detrás de él. Incluso la gente que no formaba parte del éxodo intencionadamente parecía haber sido engullida por la marea.

Aun así parecía que algo no iba bien. Cuanto más se acercaban a los cuarteles Schofield, peor se sentía. Aquello no iba a funcionar. Los comandos fantasmas desaparecerían en algún momento crucial o el Ejército dispararía contra las masas de gente o...

No sabía lo que pasaría, pero algo no iba bien.

—A estas alturas ya deberíamos habernos topado con alguna barricada —dijo.

—A caballo regalado no le mires el dentado —le respondió Larry.

Rick negó con la cabeza.

—Esto parece una trampa. No están oponiendo ninguna resistencia. Quieren que entremos.

—Van a obtener más de lo que habrían esperado si no lo hacen —dijo Larry con confianza—. No puedo creer que hayas creado un puñado de comandos de esa forma. Es increíble.

—Sería mejor si supiera qué demonios están haciendo. —Rick vio algo por el rabillo del ojo, pero cuando giró para volverlo a mirar no vio nada. Después se dio cuenta de que se había movido con su cabeza. Era una imagen en sus ojos, un borroso fantasma sobrepuesto a la realidad. ¿Acaso estaba obteniendo algún tipo de respuesta a su deseo de saber lo que estaba sucediendo?

Cerró los ojos durante un segundo y trató de ver con claridad la imagen que tenía en su retina, pero lo único que vio fue una imagen de la carretera y los árboles que había a sus lados. Excepto que la imagen se movía. Trató de averiguar lo que era, pero solo veía la carretera y los árboles.

—Mierda —dijo.

—¿Qué?

—Estoy viendo visiones, pero veo las mismas malditas cosas que con los ojos abiertos.

—Puede que eso sea útil en la oscuridad.

—Sí, correcto. —Rick continuó conduciendo, pero no podía quitarse el presentimiento de que algo iba mal. Se estaban acercando rápidamente a Schofield. Era demasiado tarde para dar marcha atrás.

Puede que solo fueran los nervios. Larry también parecía tenso mientras encendía de nuevo el micrófono y decía:

—De acuerdo, ya casi estamos allí. Ponme en directo otra vez.

—¿Lo va a retrasmitir en directo? —le preguntó Rick.

—Puedes apostar a que sí. En tres... dos... Hola, aquí Larry Iritani, dirigiéndose con Rick Spencer a la entrada principal de los cuarteles Schofield, tan solo estamos a mil seiscientos metros. Allí, un ejército de comandos fantasmas está oponiendo resistencia mientras nosotros guiamos a unas mil personas desde Honolulu en un rescate, ¡uy! Preparado para girar a la derecha.

Rick sintió que el estómago le daba un vuelco. Era una trampa. Lo de la doble visión lo estaba empeorando. ¿Y si Toland o algún psíquico estaba jugando con su mente de alguna manera? Ahora veía un volante, tan claro como el que conducía, excepto que también veía su cabeza en el medio. Era como si sus visiones se produjesen desde el asiento trasero. Veía árboles a través de la ventana, pero de repente la visión cambió y empezó a ver algún tipo de plantas parecidas a los cactus. La tierra que había entre las plantas era de color rojo sangre.

—¡Gira ahora! —dijo Larry.

Definitivamente, alguien estaba jugando con su mente. Rick desaceleró, pero se sentía tan mal como si le hubieran disparado en el pecho. No podía respirar. No veía hacia dónde podía girar. La imagen que tenía en su mente era más fuerte que la real. Era la visión de una pesadilla en la que de un suelo cubierto de sangre crecían plantas de granadas y cuchillos. A un lado de la carretera veía postes de cableado telefónico. Rio histérico.

—¿Teléfono en el infierno?

—¡Gira, gira! —gritó Larry—. Mierda, nos hemos saltado la entrada principal.

—No... no puedo hacerlo —dijo Rick, luchando por controlarlo.

Larry respiraba entrecortadamente. Se olvidó del micrófono por completo.

—De acuerdo, de acuerdo. Hay otra entrada más adelante, pero estate atento, estamos llegando.

—Lo... estoy intentando. —Rick levantó el pie para presionar el freno pero el presentimiento de que iba a suceder algún desastre lo superaba—. Algo... va mal. —Trató de ver a través de la cada vez más realista visión de la autopista hacia el infierno, pero lo único que pasó es que se volvió más real aún. Vio una mano femenina en la parte trasera del coche y por un momento la sintió como si fuera suya. Se abrazaba a sí mismo mientras trataba desesperadamente de ver adónde lo llevaban.

—Reduce —dijo Larry.

En el tercer dedo de su mono vio un anillo plateado, áspero por los bordes y que brillaba bajo la suave luz de la mañana.

—Tessa —dijo Rick.

—¡Reduce! Te vas a saltar esta también.

—Tessa no está ahí.

—¿Qué?

—Está en un coche. Se la llevan a algún sitio.

—¿Cómo lo sabes?

¿Cómo lo sabía? No tenía ni idea. ¿Telepatía? ¿Y si simplemente era una alucinación? Estaba estresado, solo había dormido unas pocas horas aquella noche, no había comido desde el día anterior por la tarde; por supuesto que era una alucinación.

Sabía que debía girar hacia la base militar. Nunca conseguiría que nadie lo ayudase si no lo hacía. Esta era su única oportunidad de rescatar a Tessa y estaba a punto de estropearla por una estúpida visión. Solo porque tenía una corazonada y el estómago le había dado un vuelco.

Pero era su mano y su anillo los que había visto.

—¡Mierda! —chilló. ¿Cuánta mierda psíquica podía soportar una persona? Tenía menos de un segundo para elegir entre los comandos fantasmas y los presagios poco claros. La vida de Tessa peligraría si la traicionaba. Acercó su pie al freno y se sintió peor al instante. Lo acercó al acelerador y la opresión desapareció.

—Simplemente lo sé —dijo—. Está por delante de nosotros. —Y dicho eso puso el pie en el acelerador.

Dejaron la última entrada a su izquierda. La carretera bajaba y luego subía por una colina. Los pasajeros gritaron sorprendidos. La hilera de coches que los seguía redujo el ritmo y luego continuó.

La carretera se bifurcaba. Rick siguió en línea recta. La furgoneta dio alguna sacudida al subir por la colina. En una de ellas, los pasajeros que iban en la parte de atrás gritaron sorprendidos. La hilera de coches que iba tras ellos redujo el ritmo y luego siguió la marcha.

La carretera se bifurcó y Rick siguió por el camino que iba recto. La furgoneta subía por la colina viendo los árboles que había visto en su imagen. Al otro lado de la carretera vio una hilera de postes de cableado telefónico y en el campo que había en el otro lado vio plantas con hojas afiladas como cuchillas y frutos que parecían granadas de mano y que crecían en una tierra roja y brillante.

—¡Piñas! —gritó al reconocer el fruto y soltar toda la tensión.

—¿Qué?

Rick no contestó. El coche iba por delante de ellos. Mantuvo el pie en el suelo. El cuentakilómetros marcaba más de ciento veinte. Larry levantó el micrófono y dijo:

—Allá vamos. Rick piensa que están por delante de nosotros. Hay un coche a medio kilómetro de nosotros.

—No por mucho tiempo —murmuró Rick mientras apretaba el acelerador.

El conductor los vio llegar y aceleró también.

—Ah, no —gruño Rick. Ahora que sabía que estaba haciendo lo correcto sintió que se llenaba de fuerza otra vez. Bajó la ventanilla y saco su brazo izquierdo. Se imaginó que una llamarada de fuego alcanzaba al otro coche y le derretía las ruedas hasta dejar solo las llantas.

De su mano vendada salió un rayo digno de cualquier escena de Star Trek. Larry chilló:

—¡Dios mío!

—Aún no has visto nada —dijo Rick, lanzando otro rayo hasta el maletero del coche. La furgoneta derrapó y aplastó una hilera de piñas, volvió a la carretera y golpeó contra un poste del cableado telefónico que se partió en dos. El poste se balanceó sobre la carretera.

—No, hijo de puta —gritó Rick. Se imaginó a sí mismo cogiendo el poste y lanzándolo hacia la otra parte. La furgoneta dio un vuelco como si hubiera sido golpeada por el poste pero este cayó hacia el otro lado y chocó contra el suelo, dejando la carretera despejada.

—Me alegro de ver que la ley de Newton aún funciona parte del tiempo.

—¿Qué? —preguntó un Larry desconcertado.

—Por cada acción hay una reacción igual y opuesta.

—Si tú lo dices.

Con su primer rayo, había pinchado al menos una de las ruedas del otro coche. El conductor trataba de controlarlo y mantenerlo en la carretera, pero iba demasiado rápido. El coche perdió el control, se fue de derecha a izquierda y finalmente atravesó una hilera de piñas.

Era como si hubiera estallado una bomba vegetal. Había pulpa amarilla y verde por todas partes. Rick mantuvo su pie en el acelerador hasta que la distancia entre ambos coches fue de unos pocos metros, entonces pisó el freno un par de veces y abandonó la carretera para seguir la persecución por el campo.

—¡Esperen!

La furgoneta iba dando tumbos sobre la tierra. Rick escuchaba que las piezas del motor iban dando golpes y los sorprendidos gritos de la gente que iba con él. Trató de seguir el rastro dejado por el primer coche, pero no lo logró, y él mismo se chocó con una hilera de piñas. El parabrisas se llenó de una explosión verde y amarilla.

La furgoneta se detuvo. Él y Larry abrieron las puertas y saltaron fuera mientras los que iban sentados detrás cogieron el volante y se dirigieron hacia

el coche. Era un sedán gris de dos puertas. A través de la ventana trasera, Rick pudo ver a tres o cuatro personas luchando por sostener a alguien.

Parecía que no estaban teniendo mucha suerte, probablemente porque cada vez que la tocaban les lanzaba fuego. Rick los escuchó chillar y maldecir y escuchó a Tessa gritar:

—¡Suéltense!

Y al mismo tiempo, la parte superior del coche estalló en medio de una explosión de rayos.

El coche se hundió en la tierra volcánica. Acción y reacción, pensó Rick mientras corría sin pensar por el rastro de piñas aplastadas. Aquella explosión debía de haber sido cosa de Tessa, debía de haber sentido claustrofobia.

El techo aterrizó a unos cuantos metros. El olor del aire era como el de una explosión en un *Salad bar*. Rick se acercó a la parte trasera del coche y vio a Tessa. Su anillo brillaba a la luz del sol mientras se acercaba.

Había regresado. Ella estaba a salvo y el anillo había vuelto.

Su corazón iba a mil por hora. Tuvo que tragar saliva antes de que le saliera la voz para decir:

—¿Estás bien?

—Creo que sí —respondió ella poniéndose en pie.

Los dos soldados que estaban sentados en el asiento trasero con ella ya no tenían fuerzas para sujetarla. Ambos tenían las manos quemadas. Pero el conductor y el copiloto apuntaron a Rick con sendas pistolas.

Ninguno de ellos era Marcus. Rick casi se sintió decepcionado.

—Apártate —dijo el conductor.

Rick les espetó una mirada fulminante y dijo:

—No son tan tontos como para apretar el gatillo.

Escuchó los coches que iban llegando y el ruido de las puertas cerrándose. Mientras se dirigían hacia donde había quedado encallada la furgoneta, la gente decía:

—¡Uy, uy, uy!

La furgoneta de la televisión también se aproximó a ellos y el cámara se asomó por la ventanilla. Alguno iba a tener que responder por un acre de plantación arruinada a alguien.

Una de las personas que había estado en la furgoneta con él abrió la puerta del conductor. El conductor giró y lo apuntó con la pistola mientras su compañero giraba para ver qué podía hacer, pero ninguno disparó. Entonces, mientras el segundo hombre estaba distraído, uno de los rescatadores le quitó la pistola de la mano con un golpe.

Rick vio que la pistola salía por los aires y le pasaba por encima de la cabeza, pero él ya estaba pensando en la pistola del conductor.

El conductor fue rápido. Disparó tres veces, pero dio en la puerta. Rick se centró en su mano y la apretó. La mano del conductor crujió como una cucaracha bajo el talón de una bota.

—¡Ahhhhh! —gritó el hombre, y dejó caer la pistola.

Todavía luchando por controlar su voz, Rick dijo:

—¿Vamos a seguir jugando?

Nadie contestó.

Puede que aunque alguien hubiera contestado no hubiera sido capaz de escucharlo. Un helicóptero sobrevolaba la zona y se dirigía hacia ellos.

Rick y Tessa lo miraron a la vez y un rayo se dirigió hacia él. Rick se imaginó el rayo explotando justo delante, pero Tessa no se sentía tan generosa. El rayo dio en el rotor y el helicóptero se torció. El piloto luchó por mantenerlo firme con solo un motor, pero finalmente cambió de opinión, paró el motor e hizo un aterrizaje forzoso sobre el campo de piñas.

El suelo tembló cuando chocó contra el suelo, pero el helicóptero cayó de pie. El piloto abrió la puerta y se quedó ahí, junto a la maltrecha máquina, mirando al coche, a la furgoneta y a la gente que los rodeaba.

Rick giró y se dirigió hacia Tessa de nuevo para ayudarla a salir del coche por la ventana trasera. Cuando pensaba que por fin iba a poder controlar su respiración, ella le sonrió y supo que ya no podría hablar.

Ella lo miró con ojos brillantes.

—Rick —dijo.

—Tessa.

Él la rodeó con sus brazos. A pesar de que llevaba puesto el mono, podía sentir cómo temblaba. El aire parecía estar lleno de energía mientras todas las personas que los rodeaban contenían la respiración.

Y entonces se besaron y el público empezó a aplaudir.

La boda se celebró tres días después. Casi no tuvieron tiempo de organizar las cosas, pero la mayoría de la gente que había ayudado en el rescate estaba allí de vacaciones y Rick quería que la ceremonia se celebrase mientras aún pudieran asistir. Afortunadamente, descubrió que había un tremendo negocio montado en Hawaï para la organización de bodas. Unas diez empresas les ofrecieron gratis sus servicios, y cuando Rick y Tessa les preguntaron si podrían trabajar juntos se movilizaron al instante para crear un evento como nunca antes se había hecho.

Lo único que Rick y Tessa debían hacer era elegir el lugar. La gente no hacía más que darles sugerencias. La gruta Fern en Kauai, la cima de Manua Loa en Big Island, Haleakala en Maui, el cráter del Diamond Head o junto a las cataratas Waimea, allí mismo, en Oahu. Pero cuando trataban de visualizar a miles de personas abarrotadas en aquellos sitios todos les parecían pesadillas logísticas.

Fue la madre de Rick la que resolvió el dilema. Cuando la llamaron para pedirle que cogiese el primer avión a Honolulu y le contaron su problema a la hora de elegir un lugar ella les dijo:

—Están en un paraíso tropical, por todos los santos. Celébrenla bajo una palmera en la playa.

Y gracias a aquel consejo, el lugar fue obvio. La mayoría de sus invitados potenciales se quedaban en hoteles de Waikiki o vivían a poca distancia. Además todos los autobuses pasaban por allí. El lugar era de lo más turístico, pero en parte era porque la playa de Waikiki era una de las más hermosas de la isla. El turismo no había arruinado eso. En todo caso, el cuidado paisaje alrededor de los ostentosos hoteles le daba un aspecto mágico.

Elegir en qué parte de la playa celebrarían la ceremonia fue lo más difícil de todo, hasta que Rick, Tessa y Larry se la recorrieron entera desde el Hilton Lagoon hasta el acuario. La playa se curvaba alrededor de la poco profunda bahía, y eso hacía que se celebrase donde se celebrase todo el mundo podría ver algo. Casi se habían decidido por el tramo que había frente al Royal

Hawaiian hasta que llegaron al muelle de cemento que sobresalía en medio del océano justo al final de donde estaban los hoteles. En el límite entre la ciudad y los parques. La curva de la playa continuaba tras él (de hecho, la parte más ancha de ella) y tras la playa había un inmenso parque.

—Aquí —dijo Tessa señalando el muelle. Las suaves olas chocaban contra él y los niños que jugaban con tablas lo flanqueaban. Era como una enorme pared paralela a la playa que había a la derecha y la convertía en una piscina gigante, ideal para aquellas personas a las que no les gustaban las olas.

—¿Ahí? —dijo Rick—. Pero si es de cemento. No hay una palmera en un kilómetro a la redonda.

—Es el lugar más sobresaliente de toda la playa. Se puede ver desde todas partes. Hasta los barcos podrán anclarse tras él para que más gente pueda acercarse. Es perfecto.

—Pero es de cemento —dijo Rick de nuevo, pero ella actuó como si no lo hubiera escuchado. Empezó a hablar de flores, toldos, la tarta y el *catering*. Entonces Rick se dio cuenta de que ya habían encontrado el sitio en donde celebrar su boda.

Se alojaron en el Park Shore, el último hotel de la playa, justo enfrente del muelle. Rick observaba los preparativos de la boda desde su *suite* en el último piso, maravillado al ver cómo llegaban camiones llenos de flores y transformaban el cemento en un derroche de fragancia y colores. La mañana de la boda en el parque se empezó a preparar una tarta con forma de *Saturno V* de unos treinta metros de alto. Un camión plateado se detuvo al lado y Rick casi se cae del balcón cuando el conductor sacó una pancarta en la que ponía: VAGÓN DEL CHAMPÁN.

—Había escuchado alguna vez eso de que las bodas se van de las manos —dijo—, pero esto es ridículo.

Larry se asomó al balcón para ver de lo que hablaba y rio.

—Un poco no me vendría mal ahora mismo.

Larry había estado con él toda la mañana, tocándose nervioso el bolsillo de la chaqueta de su esmoquin blanco cada treinta segundos. Rick le había pedido que fuese su padrino y, por tanto, tenía que llevar el anillo de Tessa. Habían hecho la prueba el día de antes, le habían hecho llevarlo durante la cena del ensayo y no había desaparecido, así que Tessa se lo dio aquella mañana. Ella quería una boda tradicional y eso significaba que el padrino debía llevar el anillo.

—Es tu anillo de compromiso —le había dicho Rick en la cena—, deberías dejarme que te compre un anillo de boda decente.

Ella lo fulminó con la mirada y dijo:

—Este es el único anillo que quiero. Ahora y para siempre.

Su padre, un hombre orondo, querúbico y calvo le sonrió. Luego se rio y le dijo a Rick:

—Tendrás que acostumbrarte a su carácter. Es igual que su madre.

—No lo es —dijo la señora McClain mientras Tessa se reía.

—Yo soy bastante peor, ¿no es verdad?

—No he dicho eso, cariño.

Rick no sabía si estaban de broma o hablaban en serio, pero supo que, como poco, la vida con ellos sería interesante.

En el balcón, Larry comprobó su reloj por millonésima vez.

—¿Estás haciendo algo para que el tiempo fluya?

—No que yo sepa —dijo Rick—, relájate.

Larry sonrió.

—¿Por qué no estás nervioso?

—¿Quién dice que no lo estoy? —Rick le mostró las manos (la izquierda finalmente ya no llevaba el vendaje). Ambas temblaban un poquito.

—A mi modo de ver estás de lo más tranquilo.

Rick se encogió de hombros.

—Lo creas o no, esto es algo que quiero hacer realmente. —Se asomó para ver cómo iban los preparativos. La playa estaba llena de gente hasta donde estaba la comisaría y más allá. El océano estaba abarrotado de barcos—. Puede que no a esta escala, pero sí quiero casarme.

—Eso es bueno, pues ya no hay vuelta atrás. Todos aquellos que son alguien están aquí.

Eso no era del todo cierto. Dale Jackson había declinado su invitación a la boda y Sonderby y el general Marcus no habían sido invitados, aun así, estaba claro que no hubieran asistido a la fiesta. De hecho, incluso habían amenazado con detener a los astronautas por diversas causas, desde el incumplimiento de sus obligaciones hasta comportamiento temerario pero, de repente, Rick y Tessa se habían encontrado representados por multitud de abogados de los que ni siquiera habían oído hablar y que habían hablado con el fiscal del distrito tratando de demandar a los hombres del gobierno por los mismos cargos.

El juez había echado un vistazo a todo aquel desastre legal y les había dicho a todos que abandonaran la sala y, de momento, eso había sido todo. Rick sabía que aquello no era el final, pero al menos les dejaba tiempo para casarse antes de que el lío legal empezase de nuevo.

Yoshiko, que prácticamente acababa de llegar a Japón había tenido que dar media vuelta y regresar para ser la dama de honor de Tessa. Ahora que por fin se había quitado el traje de cuarentena, las dos mujeres estaban en la habitación contigua, riendo como adolescentes mientras se vestían para la ceremonia. Parecía ser un proceso complejo. Rick se alegraba de que el novio solamente tuviera que llevar esmoquin.

Él y Larry observaron cómo el equipo de montaje terminaba de montarlo todo: un estrado para que el cura lo utilizase como altar, sillas para los padres de Tessa y la madre de Rick y un par de filas más para los invitados más allegados. Rick se preguntaba cuántos de sus amigos astronautas se las habrían ingeniado para ir. Él, Larry y al menos una docena de ellos se habían ido de despedida de soltero la noche anterior, pero sabía que llegarían más ese día.

La gente empezó a sentarse en las sillas. Rick deseó tener un par de prismáticos para ver quién estaba por allí... instantes más tarde un telescopio con un trípode apareció en el balcón, justo entre él y Larry.

—¡Jesús! —gritó Larry dando un salto—. ¿De dónde ha salido eso?

—Lo siento —dijo Rick, sonriendo ante lo absurdo de la situación—. Yo quería poder ver más de cerca y de repente... —Colocó el telescopio entre las barras del balcón y miró por el objetivo. Obtuvo la imagen más cercana de la espalda de su madre que había tenido desde que era un bebe y se sostenía en brazos contra sus hombros.

Movió el telescopio y lo vio todo borroso, finalmente se detuvo sobre una flor blanca. Apareció la cara de una mujer hispana, pero desapareció antes de que pudiera reconocerla. Le resultaba familiar, como si ya la conociera, pero no sabía de dónde le sonaba. Puede que fuera una familiar de Tessa que se dirigía hacia las sillas.

—Esto es inútil a menos que se use a distancia astronómica.

Larry echó un vistazo y luego lo dirigió hacia el mar, enfocando diversas barcas hasta que se detuvo en una.

—Oh, yo no estaría tan seguro. Mira esto.

Rick lo hizo y vio un barco de vela con unas veinte o treinta personas a bordo, todas desnudas. Había una pancarta blanca y azul colgando de la barandilla que decía: CAMPANAS DE BODA Y NADA MÁS. LA SOCIEDAD ALOHA DEL SOL.

Cuando levantó la vista de nuevo, Larry rio ante su tonta expresión.

—Como ya has dicho, las bodas suelen irse de las manos.

—Imagino que sí. —Volvió a mirar y apartó el telescopio. Si Tessa lo pillaba mirando chicas desnudas el día de su boda... bueno no sabía lo que le haría pero no valía la pena arriesgarse.

Finalmente sonó el teléfono, Larry descolgó y dijo:

—De acuerdo, vamos para allá. —Colgó y golpeó una vez más su bolsillo—. Es la hora del espectáculo.

Ambos se miraron en el espejo antes de salir. ¿Tenía el pelo bien? ¿No tenía espinacas entre los dientes, verdad? ¿Iba bien abotonado? Rick sintió que el corazón le latía con más fuerza que en el lanzamiento del *Apolo*. Todos los sistemas funcionan. Es la hora del espectáculo.

Salieron en medio de una masa de gente que les deseaba buena suerte. Tiraban flores leis a su paso, los saludaban y vitoreaban mientras avanzaban a través del estrecho camino. Los saludaban con la mano, con el pulgar y el meñique levantados, en un gesto que, para diversión de todos, Rick trató de imitar. Larry lo hacía mejor.

Cruzaron la calle que, hasta donde podían ver, estaba abarrotada y se dirigieron hacia el muelle. Fue en ese momento cuando Rick empezó a reconocer caras. Laura Turner, del Centro de Control. Se detuvo el tiempo suficiente como para colocarle una de las flores en el cuello y decirle:

—Gracias. —Estaba a punto de seguir cuando vio a un fornido hombre a su lado.

—Este es Gregor —le dijo ella.

—¡Gregor! ¡Por Dios! —Rick se acercó y le dio un abrazo que Gregor devolvió con tanto entusiasmo como para recolocarle las vértebras.

—Enhorabuena —dijo Gregor.

—Muchas gracias. Quiero decir, ¡muchas gracias por todo! ¡*Spacebo*!

Gregor enrojeció y dijo:

—*Eta nichevo*.

Rick quería decirle más cosas, pero Larry lo hizo seguir avanzando. Tenía razón. Miles de personas estaban esperando.

Rick se sentía más ligero que el aire mientras caminaba hacia el muelle. ¡Gregor estaba allí!

También estaba Mark, el crío que le había prestado la furgoneta. Rick casi no lo reconoció a la luz del día y con ropas de civil, pero cuando lo hizo se detuvo y dijo:

—Siento todo lo de las piñas. Te pagaré los arreglos de la furgoneta.

—¿Estás bromeando? —dijo Mark—. Esa furgoneta vale una fortuna ahora. Tengo ofertas de hasta un millón de pavos. ¡Gracias!

Totalmente confuso, Rick dijo:

—En ese caso bienvenido.

—Lo mismo te digo, tío. Cuando necesites tomar prestadas unas ruedas dame un toque —dijo Mark mientras le daba un golpecito en la espalda. Larry le urgió para que siguiese caminando.

En los últimos metros solo veía masas. Más astronautas le daban golpecitos en la espalda y lo vitoreaban mientras pasaba. Tíos, tías y primos le daban la mano o le daban besos en la mejilla. Rick reconoció a una media docena de artistas de cine que vitoreaban y jaleaban como todos los demás.

Solo las dos últimas docenas de personas que estaban más cercanas al altar tenían sillas. En el caso de Tessa, la familia más inmediata. Había una silla vacía junto a la madre de Tessa para que su padre se sentara a su lado después de acompañar a su hija al altar. Rick, que era hijo único y no tenía padre, se preguntaba quién se sentaría con su madre. Casi se cae al suelo al ver a la presidenta Martínez sentada en la silla al lado de ella. ¡Esa era la mujer que había visto por el telescopio! Había cuatro o cinco personas que no conocía sentadas detrás de ella y de la madre de Tessa. ¿Agentes secretos o cabezas de estado? De repente deseó haber prestado más atención a los políticos.

Vio a una veinteañera esbelta y morena que debía de ser la hermana de Tessa, Elise, que acababa de llegar de Nueva York. Era la que pasaba las verduras al plato de Tessa cuando eran pequeñas. El parecido familiar era tremendo, excepto por el color del cabello. Rick sonrió y luego saludó a la presidenta y a su madre, que parecía todo lo contenta que se podía estar a pesar de que Rick sabía que había volado al oponente de Martínez. Él y Larry ocuparon sus sitios junto al cura, que llevaba una túnica blanca y una capucha en la cabeza que estaba inclinada mientras rezaba.

El estrado tenía dos micrófonos, pero ambos estaban conectados sin duda con todos los medios de comunicación del mundo. Había cámaras subidos a andamios (cubiertos de flores) que filmaban toda la escena de lado a lado. Los helicópteros planeaban por el cielo a cierta distancia, prevenidos por el control de tráfico aéreo de que no podían acercarse a menos de un kilómetro y medio.

Las olas chocaban contra el borde del muelle. El agua estaba llena de gente en tablas de surf. El camino a la playa era una oleada de caras que ahora estaban giradas para poder ver a Tessa. El aroma de las flores frescas llenaba el aire por encima de la suave brisa marina que azotaba las palmeras.

Las notas familiares «tan tan tachan» de la marcha nupcial empezaron a sonar desde el hotel que estaba al otro lado de la calle. Rick vio que había suficientes altavoces como para dar un concierto de *rock* en la parte de arriba

del hotel y deseó que Tessa hubiera salido de la habitación antes de que los hubieran encendido.

Y lo había hecho. En el momento en el que la música empezó a sonar, se escucharon vítores provenientes de la gente que estaba cerca del hotel y los gritos y aplausos crecieron como una ola a medida que Tessa caminaba del brazo de su padre hacia el muelle. A Rick le había parecido que su aplauso había sido impresionante, pero no tenía comparación con aquel. El clamor de las voces y de los aplausos se expandía por toda la playa y casi no podía ni escucharse la música que salía por los altavoces. Era la fuerza de la naturaleza. Rick se dio cuenta de que quizá Tessa fuera la persona más popular del momento.

No necesitaban portadores de flores. La gente tiraba tantas que delante de ella tenía una alfombra a sus pies. Dos de sus primas más jóvenes le llevaban el velo mientras Yoshiko estaba ocupada recogiendo flores de entre sus pliegues.

Larry comprobó otra vez que tenía el anillo. Rick se concentró en respirar mientras Tessa se acercaba.

Su vestido de satén blanco brillaba a la luz del sol. Las mangas eran de encaje y el velo transparente y los pliegues vaporosos de la falda le daban un aspecto etéreo, como si caminara entre nubes. Debajo del encaje, el satén blanco que enfundaba su cuerpo marcaba la curva de sus caderas y sus largas piernas. Más encaje y satén acentuaban su busto y un collar con cinco hileras de perlas le caía desde el cuello hasta la parte superior de su pecho.

Su cara era claramente visible tras el velo. Rick nunca había visto una expresión igual de ilusión y entusiasmo. Ella levantó la vista, lo vio y sus labios se transformaron en una sonrisa que brillaba aún más que su vestido.

Su padre la guio hasta el lado de Rick y luego se sentó junto a su madre. La música paró, Rick tomó a Tessa de la mano y giraron hacia el cura. Hubo un largo silencio, luego el cura levantó la cabeza, se quitó la capucha y dijo:

—Mis queridos hermanos.

Un grito ahogado recorrió como una ola todo el muelle. Era el Papa.

* * *

Su nombre era Thomas. La gente le llamaba el Papa Escéptico^[4] y profesaba no sentirse incómodo con el título. Al fin y al cabo había sido agnóstico en sus principios y había admitido que Dios nunca le habló de una manera clara

y poco ambigua. Le gustaba decir que la mayoría de las experiencias religiosas podían atribuirse a la inspiración o a la indigestión, pero que la diferencia era imposible de discernir.

Era estadounidense y tendría unos cuarenta y tantos. Las canas le empezaban a salir, era el nuevo Papa para el nuevo milenio, y su juventud, candor y humanidad habían atraído a más gente que todos los Juanes, Pablos y Píos juntos anteriores a él.

A Rick le entró el pánico por un momento al pensar que si lo casaba el Papa eso lo convertiría en un católico, pero la ceremonia fue exactamente la misa que él y Tessa habían ensayado la noche anterior con los servicios de boda de alquiler de curas. Se las arreglaron para decir sus votos sin trabarse y antes de que se dieran cuenta estaban intercambiándose los anillos.

Larry le dio a Rick el anillo de Tessa con tal suspiro de alivio que la presidente Martínez tuvo que ahogar una risita. Rick lo deslizó por su dedo y dejó que ella le pusiese uno idéntico que había sido sacado del panel de control de un *Apolo* real que había en el Centro Espacial Kennedy.

Entonces, el Papa los declaró marido y mujer, Rick le levantó el velo y se besaron.

Rick pensó que los fuegos artificiales estaban en su imaginación, pero cuando abrió los ojos, vio que estallaban de verdad en el cielo. Los vítores y aplausos casi sacudían la tierra, pero supuso que tenía esa sensación porque le temblaban las rodillas.

Era imposible que saludasen a todo el mundo, así que Rick y Tessa simplemente empezaron a caminar desde el muelle y a saludar a todos aquellos que podían. Empezaron con el Papa Thomas, que les dio la enhorabuena y luego dijo:

—Necesitamos hablar.

—¿Lo necesitamos? —preguntó Rick, luego enrojeció y dijo—: Quiero decir, claro. ¿Cuándo hablamos?

—Mañana será lo suficientemente pronto. Hay algunas cosas que deben saber de sus habilidades.

Luego hizo que giraran antes de que pudieran preguntarle lo que quería decir y los empujó al frente. Sus padres y la hermana de Tessa los abrazaron y luego la presidenta Martínez los abrazó también. En su mano llevaba un rollo de papel atado con un lazo.

—Un regalo de bodas —dijo, dándoselo a Tessa, que quitó el lazo y lo desenrolló. Rick lo miró por encima y captó las palabras «... absueltos de cualquier crimen relacionado con...».

—¿Un perdón?

—Ella asintió.

—Solamente por si acaso. No quiero que nada estropee vuestra luna de miel.

—¡Muchas gracias! —dijeron Rick y Tessa a coro.

—Un placer. Hicieron algo heroico. Me gustaría hablar con ustedes más tranquilamente cuando vuelvan al continente.

—Por supuesto —dijo Rick—. Llamaremos y concertaremos una cita inmediatamente.

—Cuando les convenga.

Dio un paso atrás y ellos siguieron caminando, casi sin notar la tierra a sus pies. Tenían unos doce centímetros de flores a sus pies y más que caían en una lluvia constante. Cuando llegaron al final del muelle se convirtió casi en una inundación y vadearon las gardenias y claveles hasta llegar al parque donde se iba a dar la recepción.

Rick ya se sentía intoxicado antes casi de probar el champán. ¡El Papa y la presidenta querían hablar con ellos! Y había miles de personas en el parque que solo querían verlos. Si no hubieran estado sonriendo y dándoles la enhorabuena, hasta hubiera dado miedo.

Los treinta metros de tarta en forma del *Saturno V* casi no bastaron para alimentar a todo el mundo. Los del *catering* les dieron a Rick y a Tessa algo de comer y beber primero, y luego empezaron a repartir pedazos de tarta. De repente, empezó el rumor de que los recién casados habían multiplicado la tarta original igual que Jesús había hecho con los panes y los peces.

Se las apañaron para desmentir el rumor, al menos a los más íntimos, pero aun así todos querían verlos hacer algún truco de magia. Finalmente, crearon una bandada de palomas que dieron dos vueltas alrededor del parque antes de desvanecerse.

—¡Hagan algo más que todos podamos ver! —gritó alguien.

—¿Cómo qué? —preguntó Rick.

—Hagan letras con las nubes.

—¡No! —gritó otra persona—. ¡Un dragón con vuestros nombres tatuados en las alas!

—Están bromeando —dijo Rick, riendo ante la tonta idea que le llegó a la mente, pero instantes más tarde dio un salto hacia atrás cuando vio una sombra que se dirigía hacia la playa. Miró al cielo y ahí estaba, tan grande como un Boeing 717, con alas de murciélago, una larga y sinuosa cola, un

cuello igual de serpenteante y una boca de la cual escupía llamaradas de fuego.

Si no hubiera llevado escrito en las alas en letras doradas RECIÉN CASADOS, probablemente hubiera cundido el pánico. Como lo ponía, la gente lo miró con admiración mientras sobrevolaba las copas de los árboles y se dirigía hacia Pearl Harbor dando vueltas por encima del aeropuerto y por Diamond Head antes de esfumarse en una nube de humo.

Nadie volvió a pedir otra demostración.

—Probablemente el dragón fue un error —dijo el Papa.

Estaban en su habitación del Sheraton. Las vistas desde la ventana eran como una postal de Waikiki; con la luz del sol brillando sobre las olas, los veleros sobre el océano azul brillante y a poca distancia de Diamond Head.

El Papa Thomas, que estaba vestido con una camisa hawaiana roja y azul y unas bermudas, estaba disfrutando claramente de soltarse la melena un poco en aquel paraíso tropical. Rick se había comprado un traje gris (utilizando la tarjeta de crédito de su madre, pues su cartera aún estaba en los cuarteles Schofield) y Tessa había tomado prestado un modesto vestido azul de su hermana que la hacía parecer una candidata política.

—Bueno, no lo hicimos a propósito —dijo ella—. Alguien lo sugirió y de repente apareció.

Su Eminencia asintió.

—Eso es un problema. Tienen que aprender a controlarlo. También tendrán que controlar vuestros caprichos.

Rick le contó lo del telescopio que había creado el día anterior.

—A eso me refiero. ¿Había desaparecido cuando regresaste a la habitación?

—Sí.

—Es lo que suele pasar con ese tipo de cosas. Pero hasta que desaparecen son igual de reales (y peligrosas) que las reales.

Tessa se inclinó un poco en la silla.

—Habla como si esto le sucediera todo el tiempo.

El Papa negó con la cabeza.

—Me temo que no. Han pasado décadas desde que algún Papa haya podido hacer algo más que transubstanciación. Y eso es el asunto de que el vino y la hostia se transformen en la sangre y el cuerpo de Cristo.

—¿Quiere decir que eso es real?

—Solía serlo. Hoy en día vivimos en un mundo más racional. La gente se toma las cosas metafóricamente en lugar de literalmente. Se supone que

Pío XII podía hacerlo, pero nadie ha podido después de él. Creo que fue la creencia en la ciencia después de la bomba atómica lo que disminuyó su poder. Y ahora el laicismo se está comiendo la religión.

—No parece especialmente enfadado por esto.

El Papa se encogió de hombros.

—No lo estoy. La religión es un vehículo para guiar a la gente en lo sobrenatural. Cuanta menos creencia hay, menos guía necesitan.

—¿Cómo?

Thomas miró al océano por la ventana, agrupando sus pensamientos, luego se volvió hacia Rick.

—Realmente no creerás que tu habilidad es algo nuevo, ¿no? El poder psíquico siempre ha estado ahí cuando ha habido mentes para enfocarlo. Faraones, chamanes, profetas... supongo que la mayoría de sus habilidades provienen del mismo lugar que las tuyas. La noción del divino derecho de los reyes probablemente derive de ahí. Cualquiera que fuera lo suficientemente poderoso tenía el potencial, aunque puede que no la habilidad, para ejercerlo. Y otras personas son capaces de ejercer una cantidad limitada de poder dependiendo de la fuerza de su propia creencia. Tú y Tessa son los últimos de una larga línea de practicantes.

Sonrió suavemente.

»No estoy especialmente preocupado por ustedes, son buenas personas y sé de corazón que sus intereses se centran en el bienestar de la comunidad, pero en manos equivocadas su habilidad podría ser muy peligrosa. La Iglesia se dio cuenta hace mucho tiempo, hemos tratado de enseñarle a la gente un sentido básico de la moralidad, de dirigir las conciencias de la gente hacia el bien. Tratamos de que la gente crea en un Dios justo y poderoso que no tolera el egoísmo o los deseos mezquinos. Así, solo podrán usar su poder para hacer el bien.

Él rio.

»Deberíamos haber sabido que la siguiente manera de enfocarlo sería tecnológica en vez de metafísica. Estamos en el siglo XXI. Pero asumimos de manera ingenua que el racionalismo terminaría con la creencia en las habilidades psíquicas. Estábamos preocupados por los astrólogos cuando debimos de habernos fijado en los astronautas. Teníamos advertencias, pero las ignoramos igual que la NASA.

—¿Qué? —preguntó Rick, de repente más alerta que antes—. ¿La NASA ha tenido cohetes fantasmas como estos antes?

—No —dijo el Papa—, pero habían inducido psíquicamente el desastre que casi costó la vida de tres hombres. ¿Recuerdas el *Apolo 13*?

—Eso fue causado por un fallo en la instalación eléctrica del tanque de oxígeno —dijo Tessa.

—Indudablemente —estuvo de acuerdo Thomas—. Pero si no hubiera sido eso, hubiera sido otra cosa. Piensen por un momento en el *Apolo 13*. Despegó a las 13:13. Es casi como si la NASA estuviera tratando de demostrar que no eran supersticiosos. Pero no importaba lo que la NASA creyera, los americanos creen que el número trece da mala suerte. Así pues, el tanque de oxígeno estalló cuando llevaban dos días de vuelo y, sorpresa, sorpresa, era el día trece del mes. Si eso no prueba que la mente grupal afecta a la realidad, entonces nada lo prueba. No quiero quitarle mérito a su entrenamiento, pero menos mal que la gente también pensaba que eran héroes, si no la tripulación no hubiera llegado viva a casa.

Rick, que había ido y vuelto a la Luna en un cohete propulsado por la angustia de los Trekkies y los lectores de Heinlein, no sabía qué decir. Sonaba ridículo pero...

Tessa se removió incómoda en su silla.

—¿Qué tiene eso que ver con el dragón que hicimos?

El Papa suspiró.

—Hay siete mil millones^[5] de personas en la Tierra. Al menos la mitad vio lo que hicieron ayer por televisión. Ahora tres billones y medio de personas creen en los dragones. —Tembló y dijo—: Me alegro de que hoy en día tengamos aviones supersónicos con misiles con sensores de calor. Si uno de ustedes tiene una pesadilla, puede que nos hagan falta.

Rick se estremeció al oír un rugido proveniente del exterior, pero era un avión despegando del aeropuerto.

—¿Habla en serio? —preguntó.

—No sé si será tan malo como eso —respondió el Papa—. Al fin y al cabo, la mayoría de la gente sabe que ustedes lo inventaron. Pero el alma humana sí tiene un lado oscuro y hay muchas imágenes oscuras que pululan por nuestra imaginación. Los demonios y diablos están pasados de moda, pero hay miles de monstruos de películas y Ovnis que podrían reemplazarlos.

Rick estaba empezando a asimilarlo. Quizá era por la forma tan natural con la que el Papa hablaba de cosas tan extrañas.

—¿Por qué nos está contando esto? Poner esas imágenes en nuestras mentes podría ser lo peor que podría hacer.

—Quiero prevenirlos del peligro. Quiero que sean capaces de reconocer que la fuerza de algo así podría suceder. Son los que enfocan los pensamientos del mundo en este momento, pero son sus pensamientos, así como los suyos, los que determinan lo que pueden hacer.

—Para mejor o peor —dijo Tessa. Las palabras le sonaron más a corazonada de lo que le había parecido el día anterior.

—Exactamente. Es una responsabilidad que no le deseo a nadie, pero ahora que la tienen tenía que advertirles.

Rick bufó.

—¿*No pienses en elefantes rosas*, es eso? ¿Cómo se supone que evitaremos que los pensamientos casuales se conviertan en algo real?

Thomas había estado descansando sus brazos sobre la silla. Levantó el brazo y puso los dedos frente a su cara.

—Los rezos suelen ser bastante efectivos. El rezo y la meditación. En los siglos pasados, la gente rezaba para prevenir la intervención divina tan a menudo como la solicitaba. Y la meditación es útil para eliminar los pensamientos indeseados.

—Más mierda para añadir a toda la anterior —murmuró Rick.

—¡Rick! —Tessa le dio una patada en la espinilla.

—Lo siento —le dijo a Thomas, y luego se lo repitió a ella—. Lo siento. Esto aún me resulta duro.

El Papa rio.

—Te compadezco. Imagina mi sorpresa cuando acepté la cita con el Vaticano y descubrí lo que pasaba en realidad.

Rick lo intentó. Se imaginó que sería una sorpresa.

—¿Por eso se llamó a sí mismo Thomas?

—En parte sí. —Sonrió enigmáticamente y Rick se dio cuenta de que era toda la respuesta que iba a obtener.

Thomas se puso en pie.

—Me alegro de que hayamos tenido esta pequeña charla. Llámenme si tienen problemas. Mientras tanto, disfruten de sus recién adquiridas habilidades. Puede que sean las primeras personas desde Jesús que se las merecen.

—Eso podría entenderse de dos maneras —dijo Rick con una sonrisa irónica.

Thomas rio.

—Sucedan con la mayoría de las cosas. Tengan cuidado.

La Presidenta fue mucho más pragmática. Cuando Rick y Tessa se hubieron sentado en sendas sillas en el Despacho Oval, tan solo tres días después de su audiencia con el Papa, ella se inclinó sobre su mesa y dijo:

—¿Desearían realizar otro vuelo por el espacio?

—¿En otro fantasma? —preguntó Rick—. Ni hablar.

—¿Tessa?

—No sin una buena razón.

—¿Qué tal por el futuro de la raza humana?

Durante unos instantes, Rick tuvo miedo de que alguien hubiera descubierto un asteroide que fuera a estrellarse contra la Tierra y momentos más tarde tuvo miedo de haber creado él mismo uno, pero la presidenta le quitó aquella idea de la cabeza.

—Todos sabemos que la NASA está muerta —dijo—, no vamos a sacar ningún rendimiento de ella. Si queremos volver al espacio vamos a tener que hacerlo de una manera diferente. —Dio vueltas con su pulgar y su dedo índice derecho a un bolígrafo de madera—. Lo que hicieron hace dos semanas fue una manera totalmente diferente de hacerlo. Y con mucho menos coste que la antigua.

—También mucho más peligrosa —dijo Tessa.

—¿Lo es? —dijo golpeando su bolígrafo contra la mesa—. Fueron y volvieron sin siquiera saber lo que hacían. He hablado con las personas que... los entrevistaron a su regreso y me aseguran que este efecto cuántico del observador, como ellos lo llaman, puede ser cuantificado y controlado.

—Sonderby probablemente dijera algo así —bufó Rick—. Estoy seguro de que Marcus no habrá sido tan optimista.

Ella dejó de jugar con el bolígrafo.

—Me ofreció su dimisión pero se la negué. Aun así, tienen razón, no es muy entusiasta sobre sus oportunidades. A pesar de eso, sí admitió que ha sido capaz de medir el efecto y reproducirlo en su laboratorio. El señor Toland cree que puede perfeccionar el proceso para que sea más fiable. Como

él dice, todo lo que necesita es a alguien con suficiente respaldo del público para canalizar la energía necesaria en formas útiles.

Rick extendió su mano izquierda y le mostró la cicatriz roja brillante de la palma de su mano.

—También pensó que doblar cucharas era seguro, pero mire lo que me pasó a mí.

Ella no se estremeció.

—Procederemos con cuidado.

Tessa se aclaró la garganta.

—Bueno, hay un gran problema con esta idea en el que nadie parece estar pensando. Nuestro poder proviene del público, cuya atención en algo no suele durar más de una semana. Gracias a Sonderby y a sus consortes hemos logrado que dure un poco más, pero en un mes dudo que seamos capaces siquiera de hacer un avión de papel.

La Presidenta negó con la cabeza. Su expresión era una mezcla de diversión y pena.

—El público se cree lo que se le dice que crea. Los medios pueden manejarlos como si fueran un rebaño de ovejas.

A Rick no le gustó cómo sonó aquello.

—¿Eso es un poquito cínico? —preguntó.

—Es un hecho. La política es un juego de los medios de comunicación. No se llega a ser Presidenta sin saber cómo controlar lo que piensa la gente.

Después de lo que Marcus y Sonderby les habían hecho a él y a Tessa, Rick supuso que tenía razón. Se preguntaba hasta qué punto aquello se había convertido en una ciencia. Se imaginó un laboratorio lleno de doctores utilizando simuladores por ordenador y soltando rumores confeccionados especialmente para tabloides y tertulias. Qué demonios, probablemente eran ellos quienes producían los tabloides y las tertulias. La intervención del gobierno al menos justificaría sus tontos contenidos.

Martínez dejó de tamborilear con el bolígrafo.

—Estoy sorprendida ante vuestra reticencia. Son astronautas. Les estoy ofreciendo la oportunidad de reconstruir el programa espacial.

—No se ofenda señora, pero Tessa tiene razón. Me gustaría poder arrancar de nuevo un programa espacial honesto, pero si lo construimos a base de artificios, no importa lo bien que comprendamos lo que estamos haciendo, antes o después se desvanecerá.

—¿Antes o después de que hayamos ido a Marte?

No pudo evitar reírse.

—¿Marte? Acabamos de ir y volver a la Luna casi de milagro. No tenemos ni idea de hasta dónde puede llegar este, ¿cómo lo ha llamado?, efecto cuántico del observador. Incluso si la gente estuviera lo suficientemente interesada como para que hiciéramos el viaje. El poder seguiría en la Tierra, al fin y al cabo.

—Probémoslo. Podemos enviar una prueba sin gente si quieren. No nos costaría un céntimo.

Rick miró a Tessa. Tenía la cabeza inclinada y jugueteaba con un rizo, tenía el ceño fruncido mientras lo escuchaba debatir con la Presidenta. Cuando se dio cuenta de que ambos la estaban mirando se irguió y dijo:

—¿Y por qué no? Mientras no peligre la vida de nadie, no veo qué problema hay.

Rick deseó poder quitarse la chaqueta. Cada vez tenía más calor y el traje lo agobiaba. Puede que se la hubiera podido quitar con el Papa, pero no allí, así que soportó el sudor y dijo:

—Recuerden lo que Gregor dijo sobre las explosiones. $E=mc^2$. Hasta ahora hemos tenido suerte, pero ¿qué sucedería si una de nuestras pequeñas creaciones se transformara en energía de golpe? Estaríamos jodidos. Un cohete lo suficientemente grande como para ir a Marte podría cargarse la mitad de la península de Florida si estallase en la plataforma de lanzamiento.

—¿Y quién ha dicho algo de despegar desde Florida? —preguntó Tessa—. Podemos crearlo en el espacio. Si estalla allí, ¿a quién le importa?

Aun así no le gustaba la idea. No podía explicar el motivo. Debería estar entusiasmado ante esta nueva habilidad que le iba a permitir hacer lo que siempre había deseado. Ir a la Luna no había calmado su apetito, al contrario, lo había abierto más. Así pues, ¿por qué no le gustaba la idea de ir a Marte? ¿Era porque, en esencia, estarían haciendo trampas? ¿Tenía miedo del trasfondo cultural del que Sonderby le había advertido si la gente empezaba a esperar comida gratis?

—¿Ha discutido esto con Sonderby? —le preguntó a la Presidenta—. ¿No está preocupada por las consecuencias económicas de esto? ¿Por qué no está tratando de evitarlo?

Ella rio.

—¿Cómo haría cualquier buen oficial del gobierno? No todos tenemos miedo al futuro, señor Spencer. Sonderby ya me transmitió sus miedos cuando se escaparon de la cuarentena. Puede que tenga razón. Probablemente entraremos en un levantamiento económico y social que el país nunca haya imaginado, pero no tiene que ser terrible. Podemos afrontarlo o esconder la

cabeza en la tierra, pero sucederá hagamos lo que hagamos. El genio ya ha salido de la lámpara. La única pregunta ahora es cuáles van a ser nuestros tres deseos.

Puede que fuera así. Martínez había tenido cuidado de hablar en plural al decir lo de los tres deseos, pero estaba claro que ella quería compartir los bienes. Y lo mismo querían todos aquellos que pudieran tirar de la oreja de Rick o Tessa. Tendrían que aprender a esquivar los golpes o probablemente se pasarían el resto de su vida realizando milagros para el resto de la gente.

Tembló a pesar del calor que tenía. Esa sería una manera de mantener el poder. Si le daban a todo el mundo lo que quería, el poder fluiría indefinidamente.

Eso sería un martirio. No importaba cuánto poder sacasen del vacío, nunca satisfaría a todo el mundo. Martínez iniciaría la agenda con un viaje a Marte. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Una planta de fusión nuclear? ¿Coches eléctricos que funcionasen? ¿Árboles de repuesto para suplir a los que han sido cortados en las selvas? ¿O sería algo más siniestro? ¿Un desastre natural en Oriente Medio o una revolución en China?

¿Y si se negaban? ¿Los calumniarían en la prensa? ¿Los visitarían los agentes de la CIA en medio de la noche? Lo único que sabía era que cuanto más se metieran en la intriga gubernamental, más hondo enterrarían sus cuerpos cuando ya no fueran útiles.

—Tendremos que pensarlo —dijo—. Somos nuevos en esto. No sabemos si seremos capaces de hacer algo así. No quiero que nos metamos a ciegas en algo de lo que no sé si nos arrepentiremos luego.

Martínez no estuvo contenta con aquello, pero tampoco podía dejar de ser prudente. Hizo lo mejor que podía hacer, aunque dijo:

—Como Tessa ha señalado, una de las variables más desconocidas es la cantidad de tiempo que tendrán esta habilidad. No esperen demasiado a decidirse o podríamos perder una gran oportunidad.

—Comprendido —dijo Rick—. Definitivamente, pensaremos en ello.

Se puso en pie y le ofreció la mano para dársela como si ya le hubieran dado permiso para irse. Funcionó, ella dejó el bolígrafo en la mesa, le dio la mano a él y luego a Tessa y los observó mientras abandonaban su despacho.

* * *

Tessa esperó a que estuvieran en la limusina camino del aeropuerto para estallar.

—¿Te das cuenta de que acabas de rechazar a la presidenta de los Estados Unidos?

—Oh, sí, estoy perfectamente al tanto. —Se aflojó la corbata, buscó el aparato del aire acondicionado y lo enfocó para que el aire le diera en la cara.

—¿En qué demonios estabas pensando?

Se quitó el sudor de la frente con la manga.

—Estaba tratando de descifrar cómo salir de allí sin una soga alrededor del cuello —dijo—. Nos quiere, cariño. Nos quiere desesperadamente. Nos va a dar algo de tiempo para volver a ella por nuestra cuenta porque le encantaría que nos uniésemos a ella voluntariamente, pero tiene una agenda tan larga como su brazo escrita en letra pequeña. Marte no es más que el cebo para atraparnos en su red. Su objetivo real está aquí, en la Tierra.

—Oh, me encanta cuando te pones metafórico —dijo Tessa seductoramente, pero su lenguaje corporal se vio traicionado por sus verdaderas emociones y sus siguientes palabras—. ¡Demonios Rick, acababa de ofrecernos ir a Marte!

—Vaya cosa. Nos está utilizando. —La tomó de las manos y la miró a los ojos—. Todos aquellos que han tenido alguna experiencia con esto nos han dicho que tuviéramos cuidado. ¿Realmente crees que deberíamos ignorarlos a todos para tener contenta a la Presidenta?

Ella no contestó inmediatamente. Cuando lo hizo, dijo:

—¿Y para qué quieres usar el poder?

—¿Qué?

—Bueno, tienes el poder de un pequeño Dios. ¿Para qué quieres usar ese poder si no es para ir a Marte?

Él ya se había hecho esa pregunta en múltiples ocasiones por las noches, cuando Tessa dormía, pero no había encontrado ninguna respuesta satisfactoria y tampoco la tenía ahora. ¿Una casa bonita? ¿Un coche llamativo? ¿Su propia nave espacial interplanetaria? Todo le parecía tan nimio... incluso la nave espacial.

—A decir verdad, no creo que quiera usarlo para nada. Ojalá se fuera. Ya tengo todo lo que quiero.

—Maldita sea, Rick, estoy hablando en serio.

—Yo también. —Le apretó aún más las manos y observó que ella trataba de mantener el ceño fruncido sin éxito, pues su expresión se fue transformando en una sonrisa.

—Maldita sea —dijo de nuevo—, ¿cómo se supone que he de seguir enfadada contigo cuando dices estas cosas?

Él no respondió. Al menos no con palabras. Sabía cuándo parar si llevaba ventaja. Lo cual, pensó mientras ella lo besaba, era lo que había estado intentando.

Estaban en fila para coger sus billetes cuando Tessa dijo:

—¡Jesús! Acabo de darme cuenta de que no hemos decidido dónde vamos a vivir.

Rick empujó su bolsa con el pie unos cuantos metros mientras la línea avanzaba. Solamente en Washington la cola en el mostrador para la compra de billetes de avión era más larga que la de los pasajeros que ya tenían billete. Sin duda, políticos regresando a sus casas en vuelos de última hora a costa de sus cuentas de gastos de representación.

No permitió que aquello lo deprimiera. Miró a Tessa, que llevaba un sombrero y gafas para que nadie la reconociese, igual que hacía él.

—¿Tú que piensas? ¿En tu casa o en la mía?

Ella vivía en Orlando, él en Houston. Ese día se dirigían hacia Orlando, pero no tenía que ser necesariamente su última parada.

—En Texas hace demasiado calor —dijo ella—. Además, si ya no estamos trabajando para la NASA no hay ningún motivo para estar allí.

—Bueno, en realidad aún no nos han despedido oficialmente —le recordó.

—Sí, cierto. ¿Piensas presentarte en el trabajo el lunes?

Él volvió a empujar la bolsa con el pie.

—La nueva política de Alunan nos autoriza a dos semanas de vacaciones postvuelo. No creo que el tiempo que estuvimos prisioneros por el gobierno contase. Así que nos queda una semana antes de que tengamos que dar parte.

—Buen argumento. ¿Dónde quieres pasar esa semana?

Lo pensó durante unos instantes, tratando de imaginarse en su casa o en el apartamento de Tessa, pero ningún lugar le parecía apropiado.

—¿Y qué hay de Key West? —preguntó—. Voy muy a menudo allí para relajarme y está lo suficientemente alejado como para mantener a las personas más persistentes alejadas. Puede que allí ni siquiera tengamos que ir de incógnito. —No le gustaba llevar gafas de sol en sitios cerrados.

—Nunca he ido a Key West —dijo.

—Entonces deberíamos ir allí. Y si te gusta, quizá deberíamos comprar un condominio allí o algo.

—¿Cómo qué?

—Qué demonios, igual el propietario nos lo da si le hacemos un par de trucos de magia.

Llegaron a la parte delantera de la cola y minutos después el mostrador se abrió. El agente de ventas ni parpadeó al ver sus carnés de identidad, pero cuando les dio sus tarjetas de embarque vieron que los había puesto en primera clase.

—¡Eh, muchas gracias! —dijo Rick.

—No hay de qué —dijo el agente—, y enhorabuena.

Tessa le sonrió e hizo una pequeña floritura con su mano derecha y le dio un clavel rosa.

Los ojos del agente se abrieron como platos.

—¡Vaya! Muchas gracias. Lo conservaré siempre.

Rick rio suavemente.

—Me temo que no durará más de unos minutos. Pero nunca se sabe.

Mientras se dirigían a la puerta de embarque le dijo:

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque he querido. —Lo miró y suspiró—. Tenemos esa habilidad, ¿por qué no usarla?

—No dejo de pensar en las explosiones de los rusos. Accidentes industriales, como los llamó Gregor. ¿Qué explosión obtendríamos si ese clavel se deshiciera de su masa de golpe en vez de desaparecer suavemente?

—No funciona así —le dijo ella.

—¿Cuánto sabes?

—Mira, ¿cuántas cosas hemos manifestado desde que todo esto empezó? Empezando por el *Saturno V* lleno de combustible. ¿Cuál de esas cosas ha estallado? Ninguna. Todo desaparece.

—Por ahora.

Llegaron a su puerta de embarque y se sentaron en la última hilera de sillas, de espaldas a la zona de espera.

—¿Cuál es el verdadero problema? —le preguntó—. Obviamente algo te está incomodando, pero no creo que sean las explosiones.

Tenía razón. Estaba preocupado por el peligro, pero esa no era la fuente de su reticencia. Ni tampoco lo era el escenario del final de la civilización occidental que Sonderby le había implantado. Eso era un concepto demasiado

abstracto como para asustarlo hasta el punto de eliminar sus motivaciones. No, lo que le molestaba era algo más primario.

—Me imagino que el motivo es que todo este asunto me ofende. El universo no debería funcionar así. Toda mi vida he aprendido que había unas normas básicas de cómo funcionaba la naturaleza y siempre pensé que las entendía bastante bien. Ahora que todo esto ha pasado, todo se me está desmoronando.

—En realidad no —dijo Tessa—, estoy segura de que no hemos violado ninguna norma real de la naturaleza. Simplemente se están desmoronando las que la gente se ha inventado para describir la forma en la que creían que funcionaba.

Así que tenemos que ampliar un poquito nuestra visión para asimilar cosas nuevas, vaya cosa.

Observó el 747 que se aproximaba a la puerta de embarque a su izquierda. Parecía demasiado grande y pesado como para volar. ¿Hubiera ofendido a los hermanos Wright?

—Para mí sí es una gran cosa —dijo—. Quizá porque yo soy el responsable. Muchos científicos perderán sus trabajos cuando todo esto haya pasado.

—¿Científicos? Creo que a ellos les va a venir muy bien todo este asunto hasta que lo descifremos.

—A los que puedan adaptarse a este nuevo paradigma les vendrá bien, pero los que no lo hagan terminarán sirviendo hamburguesas. Y eso será la mayoría.

Ella lo pensó.

—Es posible. Pero aun así no es culpa tuya. Lo que es, es. Que la gente se adapte o no, no es tu responsabilidad.

Él bufó.

—Estoy seguro de que el asteroide que se cargó a los dinosaurios también pensaba solamente en sus asuntos. Pero si yo fuera ese asteroide también me sentiría culpable.

—¿Si fueras el asteroide? —rio—. ¿Es que eres un caso crítico de sentirte culpable o qué?

El *finger* se aproximó al avión como si se tratara de una tortuga sacando la cabeza del caparazón. Rick dijo:

—De acuerdo, quizá la comparación ha sido odiosa, pero sí que me siento responsable por esto. Si hubiera seguido las normas y hubiese llevado al *Apolo* a la órbita como se suponía que debía hacer, solo tendríamos que

ingeniárnosla con un poco de curiosidad. —Ella hizo un amago de hablar pero él continuó—. Y lo peor de todo es que tengo que controlar todo lo que hago. El Papa dice que no pasa nada porque somos buenas personas, pero él no me conoce. Yo me enfado como todos los demás. Si me meto en un atasco me enfado y me gustaría cargarme a alguien. Ahora puedo hacerlo. Es decir, puedo llegar a hacerlo si no tengo cuidado. Si sueño con algo, puede que aparezca en la puerta de mi casa a la mañana siguiente. O peor, a medianoche. No me gusta tener que preocuparme por eso.

—Ni a mí tampoco —dijo Tessa jugando de nuevo con su pelo—, pero es un trato justo, Rick.

—Para mí no lo es.

Lo dejaron ahí. Realmente no había mucho más que decir. En el avión hacia Orlando, Tessa divirtió a los otros pasajeros de primera clase creando flores, anillos y relojes para ellos. Un hombre le preguntó si podía crear una copia del último libro de Ryan Hughe, *Si los deseos fueran cohetes*. Ella nunca había oído hablar ni del autor ni de ese libro en concreto, pero se concentró y apareció un fino libro sobre sus manos. Tenía el título correcto y el nombre del autor pero cuando el sorprendido hombre lo abrió, rio al ver que las páginas estaban en blanco.

—Qué extraño —dijo ella—. Puedo crear un dragón que respira fuego y no puedo crear un libro con las palabras correctas dentro.

El hombre rio y dijo:

—Bueno, si esto ayuda a tu ego, te diré que yo soy Ryan Hughes y que aún no sé qué palabras van dentro tampoco. La idea para el libro me vino hace un par de días y aún no he empezado a escribirlo. —Miró la portada y dijo—: Me encantaría enseñarle esto a mi editor. Es la mejor portada que he visto nunca.

—No creo que dure mucho —le dijo Tessa—. Lo siento, pero parece funcionar así.

—Tenga —le dijo una señora sentada delante de él—. Es una cámara. Sujételo. —Él lo hizo y le hizo una foto de él señalando orgulloso su nombre en grandes letras en negrita.

Intercambiaron direcciones y números de teléfono y Tessa también les dio los suyos.

—Quiero ver si la foto sale —dijo ella—, y si el libro finalmente se imprime con esa portada, eso demostrará un viaje en el tiempo.

—¡Guay! —dijo Hughes.

Rick gruñó y miró por la ventana. Un diminuto platillo volante apareció por el otro lado de la ventanilla. No mediría más de unos quince centímetros. Era el típico platillo con una cúpula de cristal arriba y tres piernas de aterrizaje por debajo. Dentro, un diminuto y proporcionado alien verde y blanco le saludó y le guiñó tres de sus seis ojos.

Rick bajó la ventanilla y trató de dormir.

Dos días después, los perros murieron. A Rick lo despertó el teléfono, lo cual le sorprendió, pues ni él ni Tessa le habían dicho a nadie dónde estaban. Cuando descolgó, una mujer le preguntó:

—¿Odia a los perros?

—¿Qué? —preguntó somnoliento—, ¿quién es?

—Andrea Winston, del *Eugene Register Guard*. Simplemente me estaba preguntando si alguna vez le había mordido un perro o si tenía un vecino con un perro que ladraba mucho. Ya sabe, algo así.

—¿Me ha despertado para preguntarme eso? ¿Cómo ha sabido dónde estoy?

—Soy una reportera, señor Spencer. ¿Tienen usted o Tessa algo contra los perros?

—¡No! ¿Por qué?

—Hará una media hora todos los perros de Eugene han muerto. Me preguntaba si tendrían algo que ver en esto.

—¿Perros? ¿Muertos? ¿Qué? —Rick trató de pensar con claridad—. ¿Dónde ha sucedido eso? —preguntó.

—Eugene, Oregón —replicó ella.

—Nunca he ido a Oregón. No, espere, creo que una vez hice un trasbordo en Pórtland. Pero no creo que eso tenga nada que ver con lo de los perros.

—¿Qué hay de Tessa?

—¡No!

Tessa levantó la cabeza de la almohada.

—¿Qué sucede?

Él no se molestó ni en tapar el teléfono.

—Un puñado de perros han muerto en un pequeño pueblo de Oregón y esta reportera piensa que lo hicimos nosotros.

—No, señor —dijo Andrea—. Solamente le he hecho algunas preguntas. Hay mucha gente disgustada aquí y estamos tratando de saber lo que pasa.

—¿Perros muertos? —preguntó Tessa—. ¿Por qué piensa que lo hicimos nosotros?

—No lo sé. ¿Por...?

—Porque murieron todos. Todos los perros del pueblo. Y aparentemente sucedió en el mismo exacto momento en todas partes.

Rick le pasó la información a Tessa.

—¿A qué hora fue? —preguntó intrigado a pesar de la acusación que implicaba.

—A las cinco y treinta y siete de la mañana.

Miró al reloj de la mesita de noche, marcaba las nueve y tres minutos. Si la hora de Oregón era la del Pacífico, eso habría sido hacía media hora.

—A esa hora los dos estábamos dormidos —dijo—, y, antes de que lo pregunte, no había perros ladrando para que nos enojaran inconscientemente. Estamos en un lugar en el que no se permiten mascotas.

El tono de la reportera se ablandó.

—Ya veo. Lo siento si ha sonado como si los estuviera acusando, pero es tan extraño... No se me ocurría otra persona que pudiera ser culpable.

—No pasa nada —dijo Rick—. Sí suena algo supersticioso. —Se pasó la mano por el pelo, enmarañado de dormir—. Si yo hubiera tenido que hacer una suposición (y le aviso que esto es una suposición), diría que hay alguien en Oregón que se ha convertido accidentalmente en un canalizador de poder.

—Eugene —dijo la reportera.

—Eso tiene sentido —dijo Tessa—. Piensa en toda la gente que pasea a sus perros a primera hora de la mañana. Un ladrido inevitable y todo el vecindario está despierto. Hay una ola de irritación recorriendo el país que empieza en el momento en el que son despertados. Para cuando esa ola llega a Oregón, la mitad de la gente del país estará enojada. En algún punto del camino hay un punto crítico y una persona realmente desea algo de paz y silencio y canaliza ese poder. Probablemente sin siquiera saber que lo está haciendo y de repente... —Se pasó un dedo por la garganta.

Aparentemente, la reportera también la escuchaba a ella por teléfono.

—¿Alguien más aparte de ustedes puede hacer esto? —preguntó.

—¿Quién sabe? —dijo Rick—. Si las teorías de Dennis Toland son correctas, el poder está ahí fuera y cualquiera puede usarlo. La furia es una fuerza muy poderosa. Estoy sorprendido de que nunca antes haya pasado algo así.

—Nadie sabía que esto fuera posible —dijo Tessa.

Rick escuchó que Andrea escribía.

—Ajá —dijo—. Eso tiene sentido. Me asusta una barbaridad, pero tiene sentido. Así que, ¿predecís una ola de violencia cuando la gente descubra que puede quitarse las frustraciones con el poder psíquico?

—Jesús, esperemos que no —dijo Rick. Se preguntaba qué podrían hacer para evitarlo. De repente se le ocurrió una idea que odió, pero que había que intentar—. Mire, no sé si funcionará desde donde estamos, pero solo ha pasado una media hora o así desde que los perros murieron, ¿no?

—Así es.

—Podríamos tratar de devolverlos a la vida.

Ella dio un grito ahogado y Rick se dio cuenta de que ella aún no había tenido tiempo suficiente para acostumbrarse a la idea de los sucesos sobrenaturales como él había tenido.

—No sé si funcionará —dijo—. Cuando creamos cosas desaparecen a los cinco minutos, pero estos perros no llevan muertos mucho tiempo, puede que sea como revivirlos con un desfibrilador. Si conseguimos que vivan de nuevo, puede que estén bien.

—Oh sí —dijo Andrea—. Sería maravilloso.

Rick se percató de que uno de los perros muertos debía ser de ella.

—Necesitamos un minuto para concentrarnos —le dijo.

—De acuerdo.

Dejó el teléfono en la mesita de noche.

—¿Quieres intentar esto? —le dijo a Tessa.

—Claro que quiero. —Lo tomó de la mano y los dos cerraron los ojos.

—De acuerdo —dijo Rick—. Vamos a tratar de imaginar a un puñado de perros tumbados y luego levantándose y moviendo las colas de nuevo, ¿de acuerdo? ¿Lista?

—Lista.

—Allá vamos.

Lo intentaron. Rick se imaginó tantas razas de perro como fue capaz. San Bernardos, pastores alemanes, labradores de todos los colores, *boxers*, terriers y hasta caniches y Chihuahuas (los cuales en realidad hubiera preferido muertos).

Puede que esa pequeña hipocresía fuera suficiente para que el experimento no funcionase. O puede que fuera imposible revivir a los animales muertos o hacerlo a seis mil kilómetros de distancia. Fuera cual fuera la razón, nada sucedió. Ni siquiera cuando sacaron un mapa de carretera y buscaron Eugene para concentrar todo el poder en esa ciudad.

—Lo siento —dijo Rick cuando finalmente dejaron de intentarlo—. Me imagino que nuestra habilidad no se extiende a la vida y la muerte.

Andrea lloriqueó.

—No... no pasa nada. Lo han intentado. Muchas gracias por eso.

—De nada. Y realmente lo sentimos —dijo Rick—. Si averiguamos algo que pueda ser de ayuda se lo haremos saber.

Ella le dio las gracias de nuevo y colgó. Rick colgó también el teléfono y se apoyó contra la almohada.

—Tengo un mal presentimiento acerca de esto —dijo.

CUARTA PARTE
«UN PASO GIGANTE»

Eugene fue solamente el comienzo. Una vez que la noticia se difundió, empezaron a ocurrir muertes masivas por todo el país. Pero Eugene fue la única ciudad en la que murieron todos. Mientras el día avanzaba, el número de muertes disminuía, lo que hizo que Rick especulara que solamente los dueños que realmente se preocupaban por sus mascotas eran capaces de proteger de alguna manera a sus animales una vez que sabían que había una amenaza. O eso o que la gente empezaba a canalizar su rabia hacia objetivos específicos.

Algunas personas dijeron que así había sido. Que habían utilizado todos los esfuerzos posibles para que sus vecinos callaran a sus perros y habían recurrido a las medidas psíquicas una vez que se habían dado cuenta de que era posible.

Como era de prever, una racha de asesinatos tuvo lugar tras aquellos anuncios. Menos uno, todos los demás implicaban métodos tradicionales, lo que le daba algo de peso a la teoría de Rick y además lo tranquilizaba. Había esperado que el deseo individual de vivir de una persona lo protegiera contra el deseo de otra de matarlo, pero no había manera de comprobarlo.

Todavía no sabía si funcionaba así, pero el único asesinato psíquico no refutaba su teoría. Casi era difícil llamarlo asesinato. Rick se imaginaba que aquel (y otros casos que vendrían) iban a tener colapsados los juzgados durante años. Una anciana había recibido amenazas de su vecino, que proclamó desear que se murieran sus seis perros pomeranios, a lo que ella había respondido deseándole la muerte. Poco después, un abeto de sesenta metros se había caído sobre la casa del hombre y lo había aplastado mientras daba una entrevista internacional por la televisión. El dato: el abeto solo había medido veinticuatro metros unos instantes antes.

También murieron multitud de gatos, sobre todo los que estaban en zonas en las que vivían aficionados a la jardinería. Aun así, murieron menos gatos que perros. Un profesor de la Facultad de Biología propuso estudiar la mente

felina para ver si tenía alguna habilidad psíquica latente que los protegiera del daño, como el folclore solía decir a menudo que tenían.

La vigilancia callejera no se limitó a los animales. Horas después de la revelación de que otras personas aparte de los famosos astronautas podían controlar la realidad, hubo una oleada de fallos en motores de coches y furgonetas ruidosos. Las carreteras quedaron bloqueadas por toda la nación. Los estéreos con *subwoofers* empezaron a explotar en espectaculares cortocircuitos eléctricos. Todas las máquinas con motor para limpiar las hojas de América se transformaron en Boas Constrictor, que por suerte se desvanecieron antes de que pudieran hacer algo más que romper unas cuantas costillas a sus asustados comerciantes. En el norte de Idaho, un grupo de racistas blancos de repente se percataron de que sus caras se ponían de color verde brillante.

El factor común de aquellas ocurrencias parecía ser la frustración contenida de la gente que había tenido que vivir con tantas violaciones descaradas de la decencia durante demasiado tiempo. Los expertos británicos sugerían que por fin América se convertiría en un país civilizado y muchos americanos estaban de acuerdo con ellos, pero la gente que perdía sus mascotas, sus coches, sus estéreos y otras cosas no estaba tan contenta.

Rick y Tessa rompieron su reclusión y salieron en la tele para pedirle a la gente que controlara su genio, pero aquello hizo poco bien. Recibieron miles de amenazas de muerte, la mayoría de ellas de los propietarios de los perros, que los acusaban de planear la muerte de sus compañeros. Durante un alarmante momento, Rick sufrió un colapso con dolores en el pecho que parecían los claros síntomas de un ataque al corazón, pero Tessa corrió a su lado e inmediatamente se sintió mejor.

—No te atrevas a dejar que esos bastardos te toquen —dijo ella fieramente—. ¡Ignóralos!

—Lo haré si tú lo haces —dijo, tratando de que no notara su miedo. Se dijo a sí mismo que simplemente había tenido una indigestión y se negó a dejar que cualquier otra posibilidad ocupase sus pensamientos.

Aun así, la mantuvo a su vista tanto tiempo como le fue posible. Y no solo por su propio bien. No sabía si él podría ayudar si a ella le pasaba algo, pero ciertamente, su presencia lo revivía y no quería arriesgarse a que ninguno de los dos saliese herido si podía prevenirlo.

En otros países, las discusiones no eran por asuntos tan insignificantes. Los perros, los gatos y los coches no eran tan importantes en naciones que estaban luchando por tener los derechos humanos básicos. En el Medio

Oriente, las mujeres descubrieron rápidamente que podían arremeter contra sus atormentadores fundamentalistas desde detrás de sus velos y en Europa del Este se percataron de que, aunque no pudieran matarse unos a otros con la fuerza de su odio, sí podían hacer arder sus casas, construir refugios para todo el mundo y luego matarse con armas tradicionales.

Empezaron a surgir páginas webs tan rápidamente como los programadores podían subir archivos. Todas ellas pedían a la gente que se uniese por diferentes causas. Los medios de comunicación escritos no se quedaban atrás. Los anuncios ni siquiera eran todos avariciosos. El *New York Times* ganó una inmensa cantidad de buena voluntad con la foto en primera página de un sin techo durmiendo sobre una chimenea humeante que rezaba: «¿Podrían tener un pensamiento bondadoso hoy?».

Las cadenas de televisión también se sumaron al carro y sacaron a evangelistas que querían que sus rebaños «excavaran en sus conocimientos psíquicos y se despojaran a sí mismos de sus cargas». Eso terminó cuando uno en particular, un tal Reverendo Bob, más conocido por Bobby, dijo: «Jesús dice que es más fácil que un camello atravesase el ojo de una aguja a que un hombre rico entre en el Reino de los Cielos. Así que déjenme que cargue con sus riquezas para que puedan entrar en el Cielo. ¡No imaginen que son ricos ustedes, envíenme las riquezas a mí! Todo lo que siempre han querido, mándenmelo».

No fue la vergüenza lo que los paró, aunque eso debería haber sido motivo suficiente. No, sencillamente disminuyeron sus súplicas por dinero tras ver a Bobby aplastado por 10 358 464 dólares, siete toneladas de joyas de todo tipo, un kilo de cocaína, tres lanchas motoras y un remolque. Todas aquellas cosas se desvanecieron poco después de que sus discípulas vestidas en bikini terminaran de contar todo.

Rick y el Papa Thomas se echaron unas risas con aquello, pero el resto de la conversación telefónica que mantuvieron no fue tan alegre. Rick lo había llamado para recibir consejo y terminó dando más de lo que recibió.

El Papa tenía sus propios problemas. Dos mil años de tratar de guiar las vidas de la humanidad habían puesto a la Iglesia Católica en medio de prácticamente cada crisis en el mundo. Eran adorados por sus seguidores y odiados por sus detractores, y Thomas había heredado todo aquel lío.

—La buena noticia —dijo en broma mientras le describía el intercambio de fuerzas que había llegado a soportar—. Es que puedo manifestar auténticas palomas de la paz cuando doy una audiencia pública. La mala noticia es que

se transforman en murciélagos cuando se alejan unos cuarenta metros de mis manos.

—Eh, eso es un problema —admitió Rick.

—A mí me lo vas a contar. La caca de paloma cuesta mucho de limpiar, pero ¿has probado limpiar la de murciélago? —Thomas rio suavemente, pero luego dijo—: Ojalá ese fuera el peor de mis problemas. A la gente siempre le ha gustado matarse unos a otros por lo que piensan que los otros deberían creer, pero ahora que han visto que el número de creyentes afecta al modo en que funciona el mundo se están volviendo locos tratando de acabar con todos aquellos que no piensan como ellos. Y lo peor es que, como líder de la Iglesia, no tengo una base moral sobre la que sostenerme. Matar a los infieles solía ser nuestra doctrina oficial para obtener poder.

—Solía ser —dijo Rick—. Pero ya no lo es. Nunca he estado de acuerdo con la idea de que una organización no pueda dejar atrás su pasado si ha cambiado.

—El pecado original es otro de nuestros principios fundamentales —suspiró Thomas—. A veces pienso que debería cerrar la puerta y apagar la luz.

Rick casi no podía creer lo que veía. ¿Era el Papa quien hablaba!

—¿Está bien? —preguntó.

—Sí, claro —dijo Thomas—. Médicamente al menos. Mis numerosos seguidores fieles impiden que sucumba al odio del resto. Pero es deprimente ver cómo el mundo entra en el caos de nuevo después de todo lo que hemos hecho para convertirlo en un lugar mejor.

Rick miró la televisión, que había dejado puesta casi sin volumen. Una serie policíaca que no conocía mostraba una persecución en coche.

—La gente tiene poca capacidad para prestar atención —dijo.

El Papa dio un sorbo a lo que fuera que estaba bebiendo y dijo:

—Lo que necesitamos es que presten atención a algo de nuevo. Algo positivo en lo que pensar en vez de en matar a sus vecinos. Su boda unió a la gente como nunca antes había pasado, pero necesitamos algo que dure más.

—¿Otro vuelo *Apolo*? —preguntó Rick.

—Ya hemos estado allí, ya hemos hecho eso.

Rick rio. Era verdad. Pero entonces tuvo otra idea, aunque no estaba seguro de si quería decirla en voz alta. Se mordió el labio, tratando de decidir, y finalmente dijo:

—¿Qué hay de un viaje a Marte?

El Papa se mantuvo en silencio durante un par de segundos antes de decir:

—Puede que eso sea un comienzo.

La Presidenta sonrió de oreja a oreja cuando su secretaria le dijo que Rick y Tessa estaban en su oficina de nuevo.

—Imagino que vuestra presencia aquí quiere decir que han pensado en su situación.

—Sí —dijo Rick mientras empujaba al frente una silla para Tessa y luego otra para él mismo. Aquella vez ya no se sentía intimidado en el Despacho Oval.

—Ya he preparado un equipo para la primera fase —dijo Martínez mientras abría un cajón y sacaba una carpeta—. Si no les gusta alguna de las personas que hemos escogido, podemos buscar más, pero creo que estas personas serán capaces de ocuparse de la carga administrativa y de la mayoría del trabajo sucio para que ustedes dos se ocupen del trabajo real de diseñar y construir el soporte físico.

Les entregó la carpeta y Rick vio una lista de títulos y nombres, la mayoría de los cuales reconoció como disidentes de la NASA. Una de ellos, Delia Rose, una expresentadora de tertulias, sería su gurú de las relaciones públicas. Había un par de nombres que no conocía. Como el del director general.

—¿Quién es Alan Meisner? —preguntó.

—El presidente de la *Internacional Network of Scientists Against Nuclear Extermination. INSANE*.

—Red Internacional de Científicos Contra la Exterminación Nuclear. ¿INSANE? ¿Loco en inglés? —preguntó Tessa riendo.

—Así es. Pensé que sería apropiado que un científico loco se ocupara de un proyecto como este. —Levantó la mano para hacer una pausa—. Antes de que armen un lío, dejadme decir que es un administrador estupendo. Sabe delegar y también sabe hacer los trabajos que delega. Algo que muy poca gente que se dedica a administrar sabe hacer. Su única debilidad es que ama la ciencia y querrá pasarse la mayor parte del tiempo en el laboratorio con ustedes en lugar de en su oficina. Si eso llegara a suponer un problema,

díganmelo y lo pondré en órbita. Pero deberían darle primero una oportunidad. Es bueno.

—Suenan perfecto —dijo Tessa.

—Lo es. —Martínez cogió la lista de los nombres y les mostró una planificación provisional. Rick vio que lo primero en la lista era un aterrizaje no tripulado que estaba programado en menos de tres semanas.

—Eh... esto no funcionará —dijo—. Marte está muy lejos.

—Lo sé —dijo ella—. La última vez que hablamos, Tessa sugirió crear el cohete en el espacio. ¿Por qué no prueban creándolo con la mayor parte del recorrido hecho?

Rick se reclinó en su silla. ¿Era posible? Él y Tessa no habían sido capaces de revivir a los perros de todo un pueblo en la otra punta del país. Pero esto era totalmente diferente. Rick realmente quería explorar otros planetas.

—¿Y por qué no lo creamos directamente en tierra?

Martínez rio.

—Porque queremos un programa espacial, no una misión espía. Queremos aprender a hacer esto sin magia por si algún día hemos de hacerlo. Úsenlo para lo que puedan. Y por el interés del público, háganlo lo más ostentoso posible. Eso sí, traten de construir una fundación sólida que no desaparezca en cualquier momento.

Rick sintió que enrojecía, Martínez lo vio y rio.

—Tranquilo, señor Spencer. Ahora, vayan donde nadie ha ido nunca. A ver si podemos llevar a la raza humana a las estrellas mientras tengamos la posibilidad.

¿Hablaban en serio, verdad? Rick sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Por primera vez desde que el despegue del *Saturno V* lo había presionado contra su asiento, sintió que quizá estaba yendo a algún sitio. Puede que solo fuera una hazaña publicitaria para aplacar a las masas, además de para guiarlas en el espacio, pero podía escuchar la convicción en la voz de la presidenta y se oyó a sí mismo decir:

—Lo haremos.

Se había mostrado reticente hacía tan solo unos días, pero ahora se daba cuenta de que la presidenta había tenido razón todo el tiempo. No había que mirarle el dentado a caballo regalado y no había que perder las oportunidades. No cuando otras personas están deseando quitártelas para usarlas en su propio beneficio.

* * *

—De acuerdo, el primer problema es la duración —dijo Allen—. No queremos algo que desaparezca a mitad de camino a Marte. Veo dos formas de hacer eso. Una: construir soporte físico auténtico y utilizar el pensamiento positivo simplemente para el despegue.

Se frotó la nariz, un gesto que sin duda había adquirido en sus días de instituto, cuando llevaba gafas de plástico negras sujetas con celo en el puente.

Él, Rick, Tessa y otros once científicos de su grupo de la primera fase estaban en una sala de reuniones de su nuevo edificio de oficinas: en realidad era el salón de una casa modular aparcada junto a un laboratorio que más bien parecía un almacén en el plano y volcánico suelo del este de Taos, Nuevo México. Era una de las pocas zonas del desierto que no era una reserva militar o un parque nacional, y tenía la ventaja añadida de estar en el mismo centro de una antigua fuente de poder psíquico. Nadie sabía si eso marcaría la diferencia o no, pero se imaginaban que tampoco haría daño.

Además, si necesitaban algo de ciencia convencional, tenían Los Álamos un poco más al sur. Hacía mucho del Proyecto Manhattan, pero el lugar había sido diseñado para trabajos urgentes y no había duda de que podría usarse si fuera necesario.

Mientras tanto, una docena de científicos, astronautas y publicistas (más uno para la suerte, al estilo Hobbit) estaban dándolo todo. Se encontraban sentados alrededor de una mesa de comedor, tomando café y comiendo pastas mientras hacían una puesta en común. Con el suelo enmoquetado, las paredes empapeladas y cómodos muebles, el lugar tenía el aspecto hogareño que no lograban la mayoría de las salas de reuniones.

—Opción dos —dijo Allen, que estaba en la presidencia de la mesa—, y la más barata: averiguar cómo hacer que lo que creen dure para siempre. Como el anillo de Tessa. ¿Cómo lo hicieron?

—No tengo ni idea —dijo Rick—. De todas formas no dura para siempre. Cuando la gente perdió la fe en nosotros desapareció como todo lo demás.

—Sí, pero desde entonces ha sido sólido como un cohete, incluso a pesar de lo de los perros muertos. Al menos asumo que ha sido así. ¿Se ha desvanecido en algún momento, Tessa?

—No —dijo, girando el anillo por su dedo.

—Así que es totalmente diferente del resto de cosas que han hecho. Tenemos que ver si podemos averiguar cómo y por qué. —Había una pizarra blanca detrás de él; escribió «ANILLO» en verde y luego dijo—: No todo lo demás desaparece... Los efectos permanecen. Una foto de algo que hayan creado tampoco desaparece cuando el objeto en sí lo hace. También sabemos que cuando la cápsula *Apolo* se desvanecía de camino a la Luna, no se detenía, así que sabemos que sus momentos de inercia no desaparecen. —Escribió «MOMENTO» en la pizarra—. Cuando quemaron algo o lo hicieron estallar tampoco ha regresado luego a su forma original. Los efectos de vuestra intervención psíquica han sido duraderos. —Escribió «EFECTOS» en la pizarra—. Así que podríamos usar la psíquica para crear cosas reales y las cosas reales permanecerían.

—¿Maquinas Von Neuman? —dijo Rick.

—Puede. No queremos necesariamente aparatos cuyo único trabajo sea obtener más aparatos, pero si se puede hacer un aparato que haga algo útil sería guay.

Rick se paró un momento a pensarlo. Finalmente lo entendió, pero se preguntaba si sería posible crear algo que requiriera de un concepto tan abstracto como el que describía. Todo lo que habían creado hasta ese momento, sin importar lo complicado que hubiera sido, fue fácil de concebir y visualizar.

Lo intentaría, por supuesto, pero no las tenía todas consigo. Como hacer una fotocopia de una fotocopia, imaginaba que la fidelidad de lo que trataban de hacer se alejaría de la creación original.

Pusieron sus opiniones en común un rato más tratando conceptos generales y después pasaron a hablar de su primera y actual misión: crear un cohete casi a la altura de Marte, hacerlo aterrizar y enviar imágenes a la Tierra. Hicieron un boceto de algunos conceptos básicos para un orbitador y nave de aterrizaje. La gente de la NASA describió emocionada ideas que nunca habían pasado de la fase de diseño por falta de presupuesto. Pero cuando empezaron a hablar de impulsos de iones, de transmisores de datos de código BIS y de frenos Orion, Rick levantó la mano y dijo:

—Esperen un momento. No tengo ni idea de cómo son todas esas cosas. Ni siquiera sé lo que son algunas de ellas. ¿Cómo voy a crear algo que no comprendo?

La conversación se detuvo de golpe.

—¿Dibujos? —preguntó alguien.

Tessa rio.

—¿Qué?

—Cuando era niño, la revista *MAD* tenía una sección en la que recogían los dibujos que los niños habían pintado de lo que querían para Navidad y los construían exactamente como los niños los habían pintado. Era una locura. Recuerdo que había un tren con una locomotora triangular, ruedas dentadas con radios que sobresalían de las llantas y un mango que parecía un puñado de ramas porque el niño lo había pintado de marrón y era lo que parecía en el dibujo. Si tratamos de hacer algo que no conocen, probablemente obtendremos algo parecido.

—Haremos dibujos precisos —dijo uno de los ingenieros.

—¿Hasta el último tornillo y alambre?

—Venga ya, hicieron un *Saturno V* —dijo—. No creo que conocieran cada tornillo y alambre de la nave. Nadie lo sabe.

—Rick hizo el *Saturno V* —dijo Tessa.

Todo el mundo miró a Rick.

—Sé mucho del Saturno porque era un *friki* del espacio cuando era un crío —dijo—, pero no lo conozco tan bien. Seguramente empleé la inteligencia de otro cuando lo hice.

—Precisamente. Y podrás usar la nuestra para hacer el cohete para Marte.

—Puede —dijo—. Ya veremos. Pongan eso en la lista de cosas a probar antes de que vayamos por el objeto real.

—¿Y si no podemos hacer nada de los diseños? ¿Entonces qué? —dijo Tessa.

—¿Y hacer otro *Mars Observer*? —preguntó Rick—. ¿*Pathfinder*?

—Eso ya lo hemos vivido —dijo Delia, su publicista—. Se supone que debemos construir la emoción acerca de una misión con tripulantes. Podríamos crear otro *Sojourner* y llevarlo hasta aterrizar, pero eso no atraería mucha atención. Necesitamos ostentación. Algo que los medios de comunicación puedan poner en primera página.

Siguieron hablando y finalmente terminaron con una pizarra llena de ideas, pero Rick sentía algo de tristeza ante la perspectiva de montar un circo mediático para ganar apoyo. Conocía los motivos, estaba de acuerdo con ellos, pero no estaba seguro de si el fin justificaba los medios. O en este caso, si los medios justificaban el fin. Después de todo, ¿quiénes eran ellos para utilizar la excusa de salvar al mundo para construir un nuevo programa espacial?

A pesar de sus dudas, él y Tessa salieron por televisión al día siguiente para promocionar su nueva tentativa. Describieron el mandato de la presidenta de guiar a la humanidad de nuevo al espacio y les explicaron los variados métodos que habían pensado para lograrlo. Durante su entrevista, hablaron de la importancia del apoyo público y le pidieron a la gente que dejara de lado sus diferencias y se unieran por una causa común.

—Este podría ser el siguiente paso para la evolución humana —dijo Rick en un determinado punto—. Tenemos una oportunidad excelente para elegir hacia dónde queremos dirigirnos, metafóricamente y psíquicamente, no nos dediquemos a discutir sobre perros y antiguas rencillas.

Tessa continuó describiendo alguno de los obstáculos a los que estaban haciendo frente, como a la naturaleza efímera de todo aquello que creaban con el poder psíquico.

—Todavía no conocemos las normas —dijo—, pero, por lo que sabemos, parece que las creaciones psíquicas solo duran mientras el creador se muestra activamente consciente de ellas y mientras la gente que lo apoya todavía se preocupa. —Saludó con la mano izquierda y de repente apareció un brillante globo rojo—. En el momento en el que esas condiciones no están... —Saludó con la mano derecha y sacó una aguja y explotó el globo.

Luego levantó su mano izquierda de nuevo y mostró el anillo que llevaba en el dedo anular y que brillaba ante los focos de la sala.

—Lo que llevo es la prueba de que aún se preocupan por Rick y por mí, y me siento muy halagada de que así sea. Pero me gustaría que extendieran esa preocupación al bienestar de toda la raza humana. Miremos al futuro en vez de al pasado o al presente, aprovechemos esta oportunidad y despertemos a la humanidad de una vez por todas.

Una vez que las cámaras se apagaron, se reunieron con su relaciones públicas (Delia) y repasaron la presentación.

—Han usado demasiadas palabras grandilocuentes —les dijo—. La gente ni siquiera sabe lo que es efímero. Utilizar la palabra evolución

probablemente también fue una mala idea. Con eso perdimos a la mitad del sur. Y Tessa, siento decirlo, pero parecías más engreída que halagada cuando mostraste el anillo. A la gente no le gustan los engreídos.

—Lo siento —dijo con cara triste—. Trataba de parecer sincera.

Delia rio.

—Oh, cariño, tienes algunas cosas que aprender del mundo de la televisión. La sinceridad siempre parece engreimiento ante las cámaras. El engreimiento parece sospechoso y lo sospechoso se ve nervioso. Debe de ser por las luces brillantes o algo. Pero escuchen, no pretendo decir que lo hayan hecho mal ahí fuera, chicos. Estuvo genial. Simplemente perfeccionaremos vuestra actuación para la próxima vez.

Rick gruñó. La próxima vez. Cuando se hizo astronauta sabía que el trabajo incluiría alguna aparición pública, pero nunca le habían gustado. Ahora que su trabajo dependía del apoyo público iba a tener más apariciones públicas que nunca.

Afortunadamente, también incluía ciencia real. Una ciencia real, aunque extraña, que Delia quiso que llamaran «nueva ciencia» desde ese momento, pero aun así era ciencia. Probaron su habilidad a la hora de manifestar objetos más grandes a mayores distancias creando transmisores de radio que aparecieran orbitando la Tierra, la Luna y más allá. Los transmisores fallaban, pues no estaban contruidos para soportar el frío y el vacío del espacio, pero eso era parte del plan. Tenían suficiente apoyo público, de modo que, cuando ambos se concentraban en algo, duraba un par de horas, y no querían dos docenas de radios armando escándalo con sus pitidos sin cesar añadiéndose al espectro electromagnético que ya era un barullo mientras trabajaban. Tan solo querían unos cuantos pitidos que pudieran controlar para calcular la distancia y medir la fuerza. Después de eso, los transmisores podían morirse y desvanecerse silenciosamente en el espacio cuántico.

Rápidamente descubrieron que podían manifestar cosas hasta Marte sin problemas, así que esa parte del proyecto no era un problema. También descubrieron que las radios aparecían en el mismo momento en el que Rick y Tessa se concentraban en hacerlas aparecer. Las señales regresaban a la velocidad de la luz, pero si la distancia era remotamente precisa (y la atenuación de la fuerza de la señal confirmaba que así era), entonces la velocidad del pensamiento parecía ser infinita.

Esa única observación debería haber sacudido la base principal de la ciencia, pero en ese momento ya quedaba poca base científica que traducir. Los físicos de las universidades luchaban por mantener algo de credibilidad,

pero era una batalla perdida. Cualquiera que deseara sacrificar sus trofeos podía demostrar que había mucho más de lo que los físicos estaban dispuestos a admitir. La comunicación más rápida que la luz solamente era una cosa más que añadir a la creciente lista que los científicos se habían perdido o habían sido demasiado conservadores para aceptar.

Naturalmente, el grupo de Taos continuaba investigando, manifestando rayos más y más lejos en el sistema solar y más allá. La distancia simplemente no parecía importar; la señal de Plutón llegó cinco días después de que se concentraran en mandar una radio allí, tan fielmente como el resto. Solo por diversión, se imaginaron enviando una a Alfa Centauro y tomaron nota para escuchar los pitidos en 4,2 años.

Sus intentos por crear un cohete espacial real fueron menos exitosos. Fueron capaces de hacer el *Sojourner*, con el cual todos se divirtieron, haciéndolo dar vueltas alrededor del laboratorio, y fueron capaces de hacer otra media docena de cohetes espaciales existentes, pero no importaba lo bien que los miembros del equipo dibujaran el nuevo soporte, Rick y Tessa eran incapaces de manifestarlo.

Los diseñadores llegaron incluso a intentarlo ellos, bajo la teoría de que, puesto que sabían lo que querían, tendrían más éxito tratando de sacarlo del espacio cuántico. Pero aunque podían doblar cucharas, sin el intenso apoyo público que Rick y Tessa dirigían, hacer aparecer cosas de la nada estaba por encima de sus posibilidades.

Parecía que iban a tener que empezar a recurrir a investigar el espacio desde casa después de todo. Pero eso no era lo que buscaban. Como la presidenta Martínez había dicho, querían un programa espacial, no una misión espía. No se trataba tanto de explorar el planeta como de explorar el potencial humano.

—Quizá tengamos que empezar con algo más cercano —dijo Rick durante otra de sus puestas en común—. Descubrimos hielo en la Luna, ¿por qué no volvemos y construimos una colonia? Podemos hacer eso con la tecnología *Apolo* mientras descubrimos cómo ir a Marte.

Allen se subió sus gafas imaginarias por la nariz.

—No lo sé. Una base permanente en la Luna es algo muy *sexy*, pero no tanto como ir a Marte. Además, no sabemos si el hielo de la Luna es real.

—¿Qué? —dijo Rick sorprendido—. ¿Cree que nos lo inventamos?

—No, por supuesto que no —replicó Allen—. Pero ¿qué hay de sus deseos? ¿Quién dice que no lo crearon?

Dios. Eso era posible. ¿Cómo podían saberlo? Solamente habían estado allí unas pocas horas; el cráter entero lleno de nieve podía haber sido tan quimérico como la nave que los había llevado allí.

—Tendríamos que mandar otro cohete para comprobarlo —dijo.

—¿Y cómo sabremos que el hielo no reaparecerá cuando el cohete llegue allí? —preguntó Allen—. Hemos demostrado que las expectativas llevan a todo tipo de extrañas ocurrencias.

—Si aparece cada vez que alguien lo busca —dijo Tessa—, ¿acaso importa que no esté allí el resto del tiempo?

Allen rio.

—Toda esta situación nos lleva a distintas nociones de permanencia. Diría que no importa mientras podamos contar con ello, pero cuando más lo necesitemos (y tengamos miedo de que desaparezca), entonces probablemente desaparecerá para siempre.

La experiencia parecía confirmar su teoría. Pero un artefacto (el anillo de Tessa) se negaba obstinadamente a seguir las normas. Era tan real como las piedras. Ni siquiera se desvaneció un poquito un día en el que Tessa, enfadada al fallar en su intento de construir una cúpula para su misión a Marte, le echó las culpas a Rick, diciéndole que era un pesimista que quería retroceder a la era de Newton, y se fue a su cuarto con un portazo.

El primer abismo de comprensión llegó de una fuerza inusual justo un día después de su siguiente intervención en un programa de televisión.

Las noticias a nivel mundial no eran buenas. Había surgido un nuevo líder en Europa del Este que prometía independencia a los estados de los Balcanes que habían sido devastados por la guerra y venganza por los poderes que los habían oprimido tanto tiempo. Pero a pesar de todo aquello, Rick y Tessa trataron de dar un vuelvo al menos a lo que pasaba en América. La gente parecía estar ajustándose a la nueva ciencia mucho más rápido de lo que nadie habría esperado. Los sociólogos habían predicho que la gente pasaría por un proceso de duelo del antiguo sistema antes de aceptar el nuevo. En muchos casos fue así, pero la gran mayoría de los americanos siempre había creído en los fenómenos paranormales. Los fantasmas no eran nada nuevo para ellos, y habían visto a Uri Geller doblar cucharas por la tele. Puede que uno de cada cincuenta hubiera visto también a James Randi demostrar que todo era falso, y puede que uno de cada diez lo hubiera creído, pero la mayoría había aceptado los poderes psíquicos. Al igual que pasaba con la madre de Rick y las fotos de la proposición, la mayoría creía lo que veía con sus ojos, no importaba cuál fuera el origen.

Así que la nación más industrializada de la Tierra estaba teniendo, sorprendentemente, pocos problemas para aceptar los sucesos paranormales dentro de sus vidas diarias. Qué hacer con ellos era más difícil. Las leyes estaban intentando regularlos, pero era un esfuerzo condenado a fracasar y todos lo sabían. La gente iba a hacer lo que quisiera y los efectos de lo que la gente quería de repente eran más aparentes en el mundo exterior. Bueno, el

mundo tendría que acostumbrarse a aquello. Si eso significaba ser más amables los unos con los otros por miedo a las consecuencias sobrenaturales, que así fuera. Solamente tendrían que preocuparse los capullos, ¿no?

No era tan simple, por supuesto, pero ese era el pensamiento que prevalecía cuando llegó el momento de que Rick y Tessa dieran parte de sus progresos. Así que la pareja más popular del momento describió lo que estaban haciendo en Taos y pidieron a todo el mundo que los tuvieran en sus pensamientos mientras el equipo de Marte trataba de poner algo de orden en medio de aquel caos. Por sugerencia de Delia, contaron lo difícil que era evitar que las cosas desaparecieran y que estaban tratando de descubrir cómo lograr que sus creaciones fueran permanentes. «Un poquito de drama siempre se gana los corazones de la gente», les había dicho Delia. Terminaron suplicando el apoyo de la gente y prometiendo televisar cada paso importante que dieran para la humanidad en el camino para romper los lazos que los ataban a la Tierra y convertirse en verdaderos ciudadanos de la galaxia.

Como si tuvieran otra opción. Si no televisaban sus progresos, los olvidarían en pocos días.

Acababan de apagar las cámaras cuando sonó el teléfono. Normalmente era Delia la que respondía, pero estaba ocupada con la cámara, así que fue Rick quien descolgó. Una vacilante voz de hombre dijo:

—Hola, soy Walter Jimson, de Vehículo's Mill, Nueva Jersey. Tengo algo en mi establo que quizá les interese.

—¿Qué tipo de cosa? —preguntó Rick, pensando en cómo deshacerse de aquella llamada con gracia.

—Bueno, señor, ¿ha oído hablar de Orson Welles?

—¿El director de cine? Sí, claro, pero que tiene eso que ver con...

—Fue locutor de radio cuando mi abuelo tenía más o menos mi edad. Hizo una emisión en Halloween de 1938 sobre una invasión desde Marte.

—Oh, claro —dijo Rick—. Retransmitió *La guerra de los mundos* de H. G. Wells. Escuché una vez la cinta.

—Entonces sabe que aquello creó algo de pánico en su momento.

—Sí, eso he oído, sí.

—Mi abuelo ya era el dueño de esta granja en aquella época. Estaba oyendo la radio cuando escuchó algo que venía del campo. Así que cogió su pistola y salió a buscarlo, pensando que igual era alguien que quería robarle una vaca, por la carne, ya sabe, en aquel momento estábamos en la Gran Depresión. Pero cuando salió fuera vio una cosa gigante con tres patas que

parecía un pozo de agua y que se movía por ahí disparando con su rayo al ganado.

Rick no pudo evitar reír.

—¿Me está diciendo que vio un marciano?

Walter permaneció calmado mientras decía:

—No hay manera de saber si venía de Marte. Sabiendo lo que ha estado ocurriendo en las últimas semanas, probablemente procedía de la imaginación de mi abuelo. Pero viniera de donde viniera, todavía tengo la armadura en el establo.

A Rick se le erizó el vello.

—¿Qué? ¿Aún lo tiene?

—Sí. —La satisfacción era evidente en el tono de voz de Walter.

—Mierda. Tiene razón al decir que querré echarle un vistazo. ¿Cómo puedo encontrarlo?

Walter le dio su dirección, que incluía descripciones como: «El sitio del viejo Steigler» y «La estación blanca Texaco con el cartel de CO-OP pintado a un lado». Le dio a Rick un número de teléfono por si se perdía y Rick prometió ir en cuanto consiguiera una tripulación y pudiera subir a un avión.

Seis horas después, él, Tessa y Allen estaban bajo la luz de los focos en medio de un granero lleno de heno y vigas mirando una pila de metal oxidado sobre una lona alquitranada en el suelo. Primero las piezas les parecieron el guardabarros de un tractor y luego las piezas de algún platillo volante antiguo, pero al examinarlas más de cerca pudieron ver claramente las tres secciones curvas que se unían a un tanque con forma de seta de unos cinco metros de ancho. En la parte superior había unos diminutos agujeros que parecían los huecos para los ojos de una armadura. Había un agujero del tamaño del puño de Rick en el lado de una de las secciones y tres piernas huecas y articuladas a su lado, una de ellas estaba doblada y aplastada, como si algo muy pesado hubiera caído sobre ella.

—¿Un disparo? —preguntó Rick señalando el agujero.

Walter, un hombre delgado y curtido que llevaba una pechera y una gorra de John Deere, asintió.

—Sí. El abuelo le dio con una escopeta. Me contó que le dio en una de las piernas y que la cosa se cayó hacia atrás, y cuando golpeó el suelo, se enrolló a su pierna con uno de sus tentáculos, así que le disparó a un lado.

—¿Tentáculos? —preguntó Tessa.

—Grandes látigos blancos que lo salían de la parte de debajo del cuerpo.

—¿Qué hizo con el cuerpo?

—El cuerpo, qué demonios, ¿qué hicieron con el rayo de calor?
—preguntó Allen.

—El cuerpo se enterró en la parte de atrás —dijo Walter—. Empezó a apestar enseguida. El rayo de calor hace tiempo que ya no está aquí. Nunca funcionó después de que el marciano se cayera.

Rick miró el oscuro metal.

—No puedo creerlo. Quiero decir... —añadió apresuradamente— puedo creerlo, pero, tío, ¿quién lo hubiera imaginado? La histeria pública de aquella noche, cuando la gente pensó que realmente estaba siendo invadida, debió de ser peor de lo que cuentan los libros de historia.

—Fue terrible —dijo Walter—. El abuelo me dijo que solamente le contó a una persona lo del marciano, puesto que, una vez que se supo que lo de la radio había sido una broma, no quiso causar más problemas.

—¿A quién se lo dijo? —preguntó Tessa.

—FDR.

—¿A Roosevelt? —preguntó Rick—. ¿El presidente sabía esto?

—Sí. Eso es lo que pasó con el rayo de calor. Cuando fuimos a la Segunda Guerra Mundial, mi abuelo le recordó que lo tenía y Roosevelt lo envió con el ejército. Aparentemente no lograron que funcionase.

—¿El ejército? —Rick rio—. Por eso decían que ya tenían un programa de armas psíquicas. Sabían que algo así podía suceder.

Tessa preguntó cuidadosamente.

—¿Tu abuelo aún vive?

Walter negó con la cabeza.

—No, murió en el año 63 o 64.

—Pero esto sigue aquí.

Allen golpeó uno de los pedazos de metal, que resonó con un *dong*.

—Nos encantaría llevarnos una pieza de esto para poder estudiarlo en el laboratorio —dijo—. Si podemos averiguar por qué no se desvanece, puede que nos acerquemos a construir una nave espacial fiable.

—¿Para buscar marcianos de verdad?

Allen se puso en pie.

—No, ya sabemos que no hay... vaya.

—¿Qué? —preguntó Tessa.

—No hay ahora. ¿Y si la gente se entera de esto? ¿Empezaran a creer en los marcianos de Wells nuevamente? Si lo hacen, de repente tendremos marcianos de Wells por aquí.

Las cuatro personas se miraron unos a otros a la luz de los focos.

—¡Mierda! —dijo Rick.

Obviamente, Walter sabía guardar un secreto. Eso dejaba a Rick, Tessa, Allen y al resto del equipo como soplones potenciales. Confiaban los unos en los otros, pero era complicado que catorce personas guardasen un secreto, especialmente cuando tenían a todo el mundo observándolos con atención. Así que se llevaron una de las piezas con ellos a Taos. Aquello no parecía muy inusual y, aunque alguien confesase que era una parte de algo sobrenatural, nadie podría adivinar lo que era.

Rápidamente descubrieron por qué la pieza era tan poco efectiva como armadura. Los marcianos de Wells luchaban con rayos de calor, así que las armaduras estaban diseñadas para reflejar la luz más que para detener proyectiles. La superficie se había oxidado con el paso de los años, pero tras pulirla un poco recuperó el brillo. Después probaron con un láser durante algunos minutos su capacidad para permanecer brillante y reflejar la luz.

—Realmente es una armadura de batalla —dijo Allen cuando comprobaron aquello—. Pensé que simplemente sería una lámina de metal, el tipo de cosa que un granjero imaginaría, pero es real.

Así que, ¿cómo podía un granjero haber creado una armadura a prueba de láser antes de su invención y, en cambio, dos astronautas no podían crear una nueva nave espacial? Rick no tenía ni idea, pero si podían averiguar cómo lo había hecho, quizá eso haría su trabajo más fácil.

No tenían ni idea de por qué aquello no había desaparecido como si fuera una pesadilla tras haber matado al ganado del señor Jimson. Analizaron el metal y vieron que en su mayoría era hierro, con algo de carbón, manganeso, cromo y tungsteno, pero eso seguía sin darles la explicación de que no desapareciera. Trataron de hacer duplicados y los duplicados resultaron ser químicamente idénticos, pero también desaparecían cuando Rick y Tessa los ignoraban durante más de un par de horas.

Finalmente, desesperado, Rick llamó al Papa de nuevo. Puede que él tuviese alguna idea.

Rick tuvo que esperar unos veinte minutos antes de que Thomas se pusiera al teléfono; cuando lo hizo, parecía que se acababa de despertar.

—Siento despertarlo —dijo Rick—, podría haber esperado.

—¿Despertarme? —dijo Thomas riendo secamente—. Lo que daría por unas horas de sueño. Hace días que no duermo.

—¿Qué sucede? —preguntó Rick.

—¿Es que no lo has oído? Por aquí estamos en guerra.

Rick había oído algo de lo que la prensa llamaba «el ascenso de los eslavos», pero no se había dado cuenta de que se estaba acercando a Italia.

—Se refiere a allí mismo, ¿en el Vaticano? —preguntó.

—Aún no, pero cada vez está más cerca —dijo Thomas—. Hoy han tomado Venecia en el norte y Brindisi en el sur. Vendrán por nosotros por los dos lados en cuanto tengan los suficientes refuerzos.

Rick casi no podía creer lo que estaba escuchando. ¿Cómo podía alguien invadir Italia?

—¡Dios santo! ¿El ejército no va a hacer nada para detenerlos?

Thomas dijo:

—Oh, sí. Están luchando con valor, pero los superan en número y armas. Están encontrando bastante difícil lo de luchar contra fantasmas.

—¿Qué?

—Bagdonis está creando guerreros fantasmas para que luchen por él. Como usted hizo como los comandos en Hawaïi. Pero los de él no son tan civilizados como los suyos. Y la ansiedad de todos aquellos que se les oponen les da aún más fuerza.

—¿Bagdonis? ¿Quién es?

El Papa suspiró.

—No quiero ofenderte, pero los americanos deberían prestarle más atención a lo que pasa en el resto del mundo, ¿sabes? Yo solía ser uno. —Se aclaró la garganta—. Sajudis Bagdonis es un lituano algo resentido con la desaparición de su país que ha decidido traerlo de nuevo y ampliar sus fronteras para resarcirse de las antiguas deudas. Más o menos hasta Portugal. De momento ya ha invadido Polonia y todo lo que hay al sur. Ahora se dirige hacia el este.

—Pero ¿los lituanos no son católicos? —preguntó Rick orgulloso de, al menos, saber eso.

Thomas rio.

—Es cierto. Y no hay duda de que salvaran el Vaticano cuando lo invadan. Desafortunadamente, no creo que sean tan corteses conmigo. No soy

exactamente el papa más popular de la historia.

—Claro que sí —dijo Rick, pero sabía que solo hablaba por él. Los más tradicionales odiaban a Thomas por haber respaldado el control de la natalidad, que las mujeres pudieran ordenarse sacerdotes, el matrimonio del clero y otro tipo de reformas diseñadas para adaptar la Iglesia al siglo XXI.

—¿Y qué está haciendo? —preguntó.

—Oh, los intentos habituales para que las fuerzas del bien acaben con las del mal —respondió Thomas con poca seriedad—. Pero desgraciadamente lo que aquí tenemos es una ideología de libertad contra una ideología de dictadura, y el efecto de observación cuántico favorece claramente la rígida estructura de una dictadura. Todo lo que la libertad representa no está bien en este tipo de guerra.

Rick recordó el consejo de Toland respecto a los pensamientos negativos, pero realmente no pensó que fuera necesario que él lo escuchase.

—¿Y qué hay de la OTAN? —preguntó Rick—. ¿No pueden hacer nada?

—Se han ofrecido galantemente a dejar caer bombas nucleares sobre el ejército de Bagdonis cuando Italia quiera pero, por desgracia, Bagdonis tiene el desagradable hábito de invadir ciudades que preferiríamos no arrasar.

—¿Y qué hay de mí? ¿Puedo hacer algo?

El Papa pensó un rato antes de decir:

—Esta no es tu guerra.

—Suenas como si pudieras convertirse en mi guerra en cualquier momento si conquista toda Europa. Además, suena como si ese tal Bagdonis estuviera usando mis trucos. No puedo quedarme sin hacer nada.

La voz de Thomas se volvió más intensa, como si estuviera dando una audiencia.

—No conoces la guerra, amigo mío. No has visto morir a tus amigos en la batalla, no has visto a tu mujer e hijas ser violadas y asesinadas, no has sido testigo de cómo tu casa ha sido incendiada mientras tus enemigos quemaban a tu bebé. Los americanos creen que pueden llevar a cabo una guerra civilizada y luego retransmitirla a su país por televisión, pero las cosas no son así. Si vienes, verás estas cosas y algunas peores. Puede que no sean tu familia y tu casa, pero si vienes verás lo que ocurre. Y probablemente morirás sin haber podido hacer nada. Eso, también, es la guerra.

A Rick se le revolvió el estómago ante las imágenes que las palabras de Thomas evocaban. Su corazón le latía con fuerza y estaba empezando a sudar, pero dijo:

—Le creo, y preferiría quedarme aquí a construir cohetes, pero no sé si podré hacerlo si sé que hay gente muriendo porque yo no he ayudado. —Tragó saliva—. Le guste o no, probablemente Tessa y yo somos las personas con más poder ahora mismo en relación a las habilidades psíquicas. Si nos quedamos de brazos cruzados y los dejamos arder en las llamas, no creo que podamos volver a vivir en paz.

Thomas chilló por el teléfono.

—¡No permitas que Tessa venga aquí!

—Trataré de evitarlo —dijo Rick—, pero no puedo darle órdenes.

—Si la amas quédate en casa con ella.

—No puedo hacerlo. No ahora.

—Desconoces la guerra —dijo Thomas de nuevo—. Quédense en casa, Rick, lo digo en serio. Si deben ir a algún sitio, que sea a Marte. Harán más bien a la humanidad dando algo de esperanza que luchando contra el mal.

Alguien le habló al Papa en ese momento y Thomas dijo:

—Me tengo que ir. Tengo que decidir qué reliquias sagradas debemos enviar a Estados Unidos para salvaguardarlas. —Durante un instante le habló a otra persona y luego dijo—: He olvidado mis modales. Me llamabas a mí, no al revés. ¿Qué es lo que necesitabas?

—Ya no lo recuerdo —dijo Rick—. Dios, no puedo dejarlo...

—Puedes. Insisto. Danos esperanza, no otro guerrero. ¡Sí! ¡Ya voy! Debo irme. Hablaremos de nuevo cuando tenga la oportunidad. ¡He dicho que ya voy! —Y colgó.

Rick se quedó sentado en la mesa de conferencias mirando el paisaje. La Cordillera Sangre de Cristo se erigía al este, haciendo que el pequeño pueblo que había a sus pies pareciera insignificante. Sangre de Cristo. Un bonito nombre que al parecer se iba a convertir en una realidad. ¿Cómo podía sentarse y dejar que un dictador invadiese Europa de nuevo? La última vez que América intentó arreglarlo había terminado dejando caer dos bombas nucleares en Japón. Se levantó y fue a buscar a Tessa.

Ella quería ir. Allen dijo que los dos estaban siendo estúpidos. Él estuvo en Vietnam y había visto la guerra. Algunas de las cosas que les describió hicieron que la imagen que dio el Papa pareciera suave en comparación, pero aun así no los convenció de quedarse.

—Me siento responsable —dijo Rick.

—Es duro —replicó Allen—. Luchar por la paz es como tratar de mantener el celibato. Incluso si fueran responsables, que no lo son, ir a la batalla no ayudará en nada.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque ya he estado allí, maldita sea! —dijo Allen, golpeando un trozo de la armadura de marciano que sonó con un *gong*—. ¿Quieren saber por qué esta cosa permanece sólida? Porque es una reliquia de guerra. Ese es el motivo. Está llena de miedo e incertidumbre. Los habitantes de Nueva York y Nueva Jersey estuvieron aterrorizados aquella noche. Creían que se les venía encima la peor guerra de la historia. Esto se construyó con las emociones más fuertes —dijo dándole un golpe— y haría falta mucho más que un arma para que se desvaneciera. —Respiró hondo y continuó—. Si quieren ayudar, encuentren una manera de que esto desaparezca. Quizá así se pueda usar contra Bagdonis.

A Rick no se le ocurrió ninguna respuesta. Miró a Tessa, que tampoco parecía que fuera a decir nada.

Allen se aclaró la garganta.

—Siento haberlos chillado. Pero ir allí sería la cosa más estúpida que podrían hacer ahora mismo. El Papa tiene razón. Es una batalla ideológica. Hagan el amor, no la guerra.

—¿Aquí? ¿Ahora? —dijo Tessa sonriendo levemente.

Allen enrojeció.

—Salgan de aquí —les dijo.

Lo hicieron. Tuvieron que evitar a seis o siete *paparazzi* que se habían arremolinado alrededor del laboratorio, pero eso fue fácil. Rick ya los había

acostumbrado a mantenerse alejados con la amenaza de borrar sus grabaciones si se ponían pesados. Así que Tessa y él salieron, dejaron que les hicieran un par de fotos de cerca y luego les dijeron que ya no querían que los siguieran. Mientras conducían, vieron que los *paparazzi* debatían, uno incluso llegó a meterse en el coche para seguirlos, pero, cuando Tessa lanzó unas cuantas chispas, los demás lo sacaron del coche antes de que pudiera ponerlo en marcha. Una cosa era que les borrarán la cinta, pero tener que reparar el motor del coche en un día tan caluroso como aquel era otra cosa.

Rick y Tessa se dirigieron al Cañón de Río Grande, una zona volcánica de dos mil metros de profundidad que el río había excavado después de que la lava le hubiera cortado el paso. Era prácticamente invisible hasta que uno llegaba allí. Los conductores que se dirigían hacia Tres Piedras a veces conducían hacia la derecha del puente hasta que se daban cuenta de que estaba allí. Marcas de derrapes marcaban el lugar en el que la gente solía darse cuenta.

Había un sendero al norte del puente que llevaba a unas fuentes termales que había al borde del río. Rick y Tessa comprobaron que no hubiera más *paparazzi*, concentrándose en esa sensación que se les ponía en el cuello cuando estaban siendo observados, pero no sintieron nada, así que siguieron el sendero y se percataron de que había otra pareja en las aguas termales.

Era una pareja de locales. El hombre, un greñudo con melena a lo rastafari y barba, simplemente dijo:

—Hola.

La mujer, una morenita de pelo largo con pecas por todo el cuerpo (al menos hasta donde Rick podía ver) dijo:

—Entren.

Al menos no eran fotógrafos. Sintiéndose simplemente un poco cohibidos, Rick y Tessa los saludaron, se quitaron la ropa y se metieron en el agua. No estaba tan caliente como una bañera de hidromasaje pero, al calor del sol de mediodía, estaba bien. El musgo cubría las rocas, suavizaba sus bordes y les daba una apariencia peluda.

Se presentaron simplemente para ser educados. La otra pareja, Mike y Star, ya los conocían. Star preguntó qué tal iba el proyecto de Marte.

Tessa le respondió y la conversación se centró en la curación psíquica, en la que Star estaba muy interesada. Dijo que llevaba años haciéndolo, pero que su credibilidad había crecido sobremanera después de que Rick y Tessa abrieran las puertas a la aceptación de las masas.

Rick dejó la mente en blanco mientras las escuchaba hablar. La pared oeste del cañón estaba a la sombra y los pájaros aparecían y desaparecían mientras volaban dentro y fuera de la luz. «Golondrinas», pensó. Aunque en realidad pensaba que podrían ser águilas. Era difícil juzgar el tamaño en un lugar tan inmenso.

El murmullo del río y el calor de la primavera lo tenían en trance. Era duro imaginar que un tercio del mundo se estaba matando unos a otros por antiguas disputas. Alguien que conocía estaba evacuando en aquel preciso instante su casa, empaquetando sus objetos valiosos y huyendo del ejército que avanzaba. Alguien que era el Papa. El mundo era demasiado extraño.

La voz de Star rompió su ensueño.

—Chicos, ¿les importa que hagamos el amor? Es por eso por lo que vinimos aquí.

Se hizo el dormido mientras esperaba a que Tessa respondiera, aunque su reacción involuntaria lo delataría muy pronto.

Pensó en lo que Allen les había dicho acerca de hacer el amor y no la guerra. Parece ser que Tessa estaba pensando en lo mismo, porque dijo:

—También nosotros. —Y se apretó contra Rick. Su piel desnuda parecía aún más cálida que el agua.

Él la rodeó con el brazo y la besó. En la otra parte del mundo, el Papa huía del Vaticano. Definitivamente el mundo era demasiado extraño.

* * *

Rick llamó a la presidenta cuando volvieron a casa, simplemente para asegurarse de que no estaban haciendo ninguna tontería. Los sucesos del día parecían estar volviéndose más y más raros y, aunque llamar a la presidenta no fuera a ayudar, al menos necesitaba otra opinión de la realidad, alguien que le dijera si lo que hacían en Taos era o no contraproducente.

Esta vez esperó también unos cuantos minutos, pero en poco tiempo la presidenta cogió el teléfono y dijo:

—Espero que llames para darme buenas noticias. Realmente necesitamos una buena historia.

—Esto, bueno... —dijo Rick mirando a Tessa, que estaba al otro lado de la mesa de conferencias—. En realidad, la razón por la que he llamado es para pedirle su opinión sobre la situación de los Balcanes. ¿No cree que deberíamos intentar parar a ese Bagdonis?

—Por supuesto que no —dijo con vacilación—. Deja que los militares se ocupen de Bagdonis. Tu trabajo es darnos algo por lo que mirar al futuro. Y ahora dime que vas a hacerlo.

Rick tragó saliva.

—Estamos trabajando en ello, pero estamos avanzando. Hemos encontrado algo aparte del anillo de Tessa que tampoco desaparece. Una vez que averigüemos cómo funciona, podremos ponernos con el soporte físico. Una vez que hagamos eso, estaremos en camino.

—Bien. ¿Cuál es vuestra planificación?

—Eh, es pronto para decirlo.

—Respuesta equivocada. Quiero algo en el espacio en tres días.

—¡Tres días! Eso es imposi... eso es antes que nuestra programación original.

—Los sucesos del mundo van deprisa, Rick. O seguimos el ritmo o nos quedamos atrás. Tus quince minutos de fama se evaporan.

—Lo único que podremos tener listo para dentro de tres días será un espectáculo sin sentido.

—Eso fue lo que dijeron del *Apolo 8* —replicó Martínez—. No tenían el LEM listo para el vuelo de prueba, pero necesitaban otro lanzamiento para mantener el interés público, así que el día de Navidad lo mandaron alrededor de la Luna. La gente dijo que era un espectáculo tonto, pero ¿sabes qué?

—¿Qué?

—La tripulación del *Apolo 8* fue la primera en tomar una foto de la Tierra entera. Por primera vez en la historia, la gente pudo ver de una pieza todo el planeta y percatarse de lo frágil que parecía en medio del espacio. Esa fotografía engendró todo un movimiento medioambiental. Así que no me digas que el espectáculo no va a tener sentido.

—Bueno... —Se removi6 inc6modo en la silla. Tessa gir6 la cabeza, con los ojos llenos de curiosidad—. Ver6 que podemos hacer.

—Bien. Dale un abrazo a Tessa.

—Ya lo he hecho.

La Presidenta se rio con incertidumbre.

—De acuerdo —dijo—. Obviamente van por delante de m6. H6ganme saber cu6ndo estar6n listos para el despegue. Tendr6 que dar un discurso.

—Correcto.

Se despidieron y Rick colg6 el tel6fono.

—¿Y bien? —inquiri6 Tessa.

—Tenemos tres d6as para ir a Marte —le dijo.

Lo intentaron con todas sus fuerzas. Trabajaron a todas horas tratando de crear algo, cualquier cosa, que pudiera aterrizar en el planeta rojo e hiciera algo que nunca antes se hubiera hecho allí, pero crear ese nuevo soporte físico parecía estar por encima de sus habilidades.

En cambio, los soportes físicos antiguos eran cada vez más y más fáciles. Rick descubrió que podía hacer un módulo lunar lleno de combustible y listo para volar simplemente con agitar los brazos e imaginar uno en el exterior del laboratorio. Por resentimiento, creó una docena de ellos, uno detrás de otro (más de los que la NASA había tenido en todo su programa espacial), y los vigilaba como un halcón, desafiándolos a desaparecer. Se metió dentro de uno, comprobó sus controles e incluso lo conectó. A causa de su enojo, encendió el motor de descenso, propulsándolo al máximo, pero solo generó un tercio de la gravedad y no fue a ninguna parte. Rugió y sacudió las finas paredes de metal, e incluso incendió algunos arbustos, pero eso fue todo.

Salió y observó los restos chamuscados de los arbustos. ¿Por qué los gases de escape de esa nave habían quemado los arbustos cuando todo un *Saturno V* despegando de la plataforma de lanzamiento no había quemado ni una de las hierbas que allí crecían? Puede que no las haya imaginado ardiendo. ¿O era porque en aquel entonces no se daba cuenta de lo que controlaba? Cualquiera sabía. Nada tenía sentido.

—¡Odio esta mierda! —chilló al cielo de Nuevo México. Un par de *paparazzis* salieron de atrás de un arbusto y le hicieron una foto, pero no le importó. Al fin y al cabo, según Delia, un poco de drama daba audiencia.

Allen, que había estado observando desde el laboratorio, salió y se acercó a él.

—¿Es un reto, no es verdad?

—Sí —dijo Rick, sintiéndose estúpido por haber perdido los nervios.

—Pero acabas de darme una idea.

—¿Cuál?

—¿Y si soldamos todos los tanques de combustible juntos para que puedan encenderse a la vez en la fase de descenso? Ahí habrá más que suficiente para un descenso motorizado en Marte, ¿verdad?

Rick trató de imaginarlo.

—No lo sé —dijo mirando a la desgarrada nave mientras hablaba—, haría falta un encendido muy muy largo para reducir la velocidad y que no ardiera en llamas al impactar con la atmósfera; además de un encendido continuado para atravesar la atmósfera y que no se descontrolara. Y por último, el motor funcionando a toda marcha en el aterrizaje, porque el motor casi no puede superar la gravedad de Marte ni con los tanques vacíos. Eso es mucho combustible.

—No si empezamos con algo menos de la velocidad orbital para empezar —dijo Allen—. Y podríamos poner un paracaídas en la parte de arriba para suavizar su paso por la atmósfera. Qué demonios, el único momento en el que realmente se necesita el motor es para el aterrizaje.

—¿Y entonces qué hacemos? Es un vehículo tripulado. Una vez que aterrice simplemente se quedará ahí parado.

—Tiene un vehículo, ¿no es así? —dijo Allen mientras se levantaba, buscaba el anillo junto a la escalera y le daba un tirón. La puerta cayó como si fuera un árbol caído y el delgado vehículo rebotó sobre un arbusto—. Los resortes fueron creados para la gravedad lunar —dijo Allen—. Funcionarán bien en Marte.

—Aun así, seguimos sin tener tripulante —señaló Rick.

Allen metió la mano en el bolsillo y sacó una cajita negra de plástico del tamaño de una cartera, la abrió y le mostró a Rick su agenda.

—Diez megabytes de memoria, totalmente programables con un puerto USB para los dispositivos externos —dijo—. Si no podemos enchufar esto al sistema de conducción, es que no soy un científico loco.

Rick miró al pequeño aparato que tenía en la mano y se lo imaginó controlando tecnología de hacía treinta años. No parecía una idea más loca que todo lo demás.

Les costó unos cuantos intentos, pero en menos de un día, Allen tenía al cacharro conduciendo por el laboratorio, chocándose con las paredes, dando vueltas, yendo en nuevas direcciones y sacando imágenes para la televisión desde la cámara que le habían instalado en un palo en la parte delantera. En cuanto a la nave de aterrizaje, los ingenieros unieron los tanques de combustible y añadieron un paracaídas a la escotilla superior que no podría

ser usado para otra cosa, puesto que no habría un módulo de mando al que acoplarse.

Allen acopló otro ordenador portátil a los sistemas de control de vuelo, arrebatando la mayoría de sus códigos de un viejo programa de simulador de aterrizajes famoso en los años ochenta. No era precisamente bonito, pero podía leer el radar del altímetro y dirigir la propulsión del motor para procurar un aterrizaje suave, y eso era todo lo que se necesitaba.

Él y los otros ingenieros condujeron a Rick y a Tessa a través de la nave y les mostraron exactamente todo lo que habían hecho y cómo lo habían hecho. Luego los dos astronautas dieron un paso atrás y se concentraron en crear uno igual.

Hubo un resplandor (algo que no era usual en el calor del desierto) y apareció un segundo módulo lunar junto al primero. Allen trepó por la escalera, echó un vistazo al interior, se recostó contra la pared y dijo:

—Tiene buena pinta. —Con el control remoto de su coche envió la señal que activaba el servicio que dejaría salir el vehículo, que rebotó contra el suelo y se empezó a mover mientras la cámara que estaba en el palo se balanceaba de izquierda a derecha.

—Llama a la Presi —dijo Allen poniéndose las manos a la cintura y sacando pecho—. Tenemos una misión.

* * *

Despegó dos días más tarde. El llano que había alrededor se convirtió en un improvisado campamento poco después de que la presidenta hiciera el anuncio. Los curiosos iban llegando en autobuses nuevos, pero realmente no importaba, ya que la nave iba a aparecer en órbita con Marte de todas formas. Delia lo organizó todo para que hubiera letrinas portátiles y un camión con un tanque de agua fresca tras pensar y rechazar inmediatamente la idea de que Rick y Tessa los crearan. Cuanto más apoyo público tenían, más duraban sus creaciones, pero nada los haría perder tan rápidamente el apoyo como que un baño desapareciera justo cuando alguien lo estuviera utilizando.

Lo que sí hicieron fue unas pantallas de televisión para que la gente pudiera observar el aterrizaje. También manifestaron una nave de aterrizaje idéntica en el techo del laboratorio, solo por practicar. La multitud vitoreaba y Rick decidió que era un momento tan bueno como cualquier otro para hacer el trabajo real.

Permanecieron fuera del laboratorio, hablando por un micrófono conectado a un sistema de altavoces que estaba en las cuatro esquinas del edificio. Había cámaras captando los procedimientos desde tres ángulos. Una enfocaba un monitor gigante de LCD que mostraba la imagen en tiempo real del telescopio Hubble desde Marte. Aparte de eso, otro monitor esperaba una señal de Marte. Con suerte, eso sería todo lo necesario.

—De acuerdo —dijo Rick por el micrófono, estremeciéndose al escuchar el sonido de realimentación del micrófono antes siquiera de que pudiera tapar la pantalla con la mano. Allen ajustó rápidamente el micrófono y lo intentó de nuevo—. Puede que parezca un atraso, pero como la presidenta ya dijo en su discurso de ayer, vamos a probar la parte del medio de la misión de enviar gente a Marte utilizando la nueva tecnología que hemos descubierto. Ir y volver con pasajeros va a suponer más planificación, pero al menos podemos probar la fase del aterrizaje remoto. Eso es lo que haremos hoy. En un minuto, Tessa y yo crearemos una nave en órbita alrededor de Marte, así que si quieren concentrarse con nosotros, tómense de las manos o lo que sea. Lo intentaremos.

La gente vitoreó y luego se quedó callada en un expectante silencio. De repente, alguien comenzó a entonar con voz profunda:

—Ommmmmmmmmm... —Más gente se unió. El desierto parecía vibrar con energía. Y eso que era solo una reunión de locales. Puede que gente de todo el mundo (incluso en Europa del Este) también estuviera observando y enviando poder al proyecto.

Rick y Tessa se cogieron de las manos. Un torbellino de luz, como una brisa de niebla, los envolvió, y las chispas los rodearon. Rick miró a Tessa, que le guiñó un ojo.

—Martínez quería un espectáculo.

—De acuerdo. Démosles uno. ¿Estás lista?

—Lista.

Observaron Marte desde el monitor. Los Valles Marineris marcaban una grieta en la roja superficie y tenían cuatro volcanes a la izquierda. El resto del paisaje estaba lleno de zonas más suaves a causa del polvo de hacía milenios. Tratarían de que la nave apareciera a unas cien millas de distancia, directamente sobre Olympus Mons. Se movería hacia el este mientras el planeta giraba, y descendería sobre las faldas de algún volcán. No había razón para elegir ese lugar en vez de otro, excepto que en ese tenían un objetivo visual, un lugar en el que podían centrarse mientras utilizaban su magia.

Sintiéndose algo cohibido por crear algo tan inusual, tan extravagante, delante de tanta gente, Rick cerró los ojos y trató de expulsar su vergüenza. Nunca había sentido que hiciera algo especial cuando hacía aparecer cosas. Se sentía como un charlatán, agitando los brazos mientras otra persona hacía el trabajo real detrás del telón. Probablemente podría hacer eso y dejar que Tessa creara la nave ella sola, pero como ya habían descubierto antes, sus resultados eran mucho más poderosos y fiables cuando ambos se concentraban en lo mismo.

Así que trató de ignorar a la masa de gente que tenía detrás mientras miraba el monitor de nuevo y se imaginaba el módulo lunar apareciendo en el espacio sobre la superficie de Marte, con el brillo rojizo del planeta reflejándose en sus paneles inferiores.

Se había acostumbrado a la sensación que le llenaba cuando manifestaba algo con éxito. Era como si un escalofrío le recorriera la espina dorsal, como cuando uno tiene miedo, lo cual suponía que era apropiado. Así era como se sentía ahora.

Se relajó. Tessa inspiró aire y apartó la mirada del monitor. En siete minutos sabrían si habían tenido éxito o no.

El tiempo pasaba lentamente, las cámaras grababan a los dos astronautas mientras contemplaban las imágenes de la cámara Hubble y el monitor, aún en blanco, que les indicaría si habían tenido éxito o no. La televisión nacional emitía una simulación de lo que se suponía debía pasar para que la gente no se aburriera y cambiara de canal, pero Rick, Tessa y la aglomeración de gente que había alrededor del laboratorio estaban contentos de ver los monitores en tiempo real y esperar.

Finalmente llegó la señal. A causa de la distancia interplanetaria no la veían con una claridad total, pero sí con la suficiente como para ver, a través de la ventana triangular, las piernas de aterrizaje y una zona volcánica bajo ellas.

—El altímetro marca 99,98 millas —dijo Allen mirando el ordenador que habían conectado para monitorizar los instrumentos de vuelo—. ¡Son buenos chicos!

Y ciertamente lo parecía. El pequeño ordenador de Allen encendió los motores automáticamente y luego redujo la marcha para dejar que la gravedad del planeta atrajera a la nave. Atrajo al cohete hacia abajo hasta que la atmósfera fue lo suficientemente gruesa como para que el paracaídas sirviera de algo. Fue en ese momento cuando el ordenador detuvo el motor y soltó el paracaídas. Rick deseó haber creado una cámara en el exterior de la nave para

poder ver algo más que la pequeña imagen que les llegaba desde la ventana del piloto, pero aun así se veía bastante. Por primera vez desde hacía muchas semanas, sintió la emoción del descubrimiento honesto. Puede que hubieran llegado allí con artificios, pero aquello era real. Lo que veían por el monitor era Marte realmente.

Unos pocos minutos después, la imagen parpadeó y obtuvieron una vista completa de la nave desde arriba. La multitud ahogó un grito ante la inspiradora imagen del Olympus Mons por debajo y la nave en medio de la imagen.

—¿Has cambiado a la simulación? —le preguntó Rick a Allen.

—No. Esta es la imagen que nos llega de Marte.

—Será posible... —dijo Rick—. Quería una vista mejor, pero al desearlo no me daba cuenta de que iba a obtener una. He debido de crear una cámara en la parte inferior del paracaídas.

Tessa rio.

—Cuidado con lo que desees en estos asuntos. Puede que se cumpla.

Observaron cómo descendía la nave hasta que pareció que iba a estrellarse. La superficie se veía tan nítida que parecía que no podía estar más que a unos pocos metros. Pero el motor no se encendía para el aterrizaje.

—Allen —preguntó Rick con el corazón palpitándole a toda velocidad—, ¿altitud?

—Mil novecientos pies —replicó Allen.

—¡No puede ser! ¡Mil novecientos pies!

—Eso es lo que pone. Ahora mil ochocientos cincuenta^[6] pies.

Rick trató de creer lo que le indicaban los instrumentos. Estaba demasiado lejos para pilotar la nave remotamente; estaba reaccionando a datos que probablemente habían pasado hacía unos siete minutos. Puede que la nave ya hubiera aterrizado o que estuviera a punto de hacerlo. Pero era duro verla caer así y confiar en un sistema de control que habían hecho apresuradamente en el último minuto.

Cogió a Tessa de la mano y se la apretó más y más según la nave se aproximaba a la superficie. Finalmente, cuando parecía que el LEM no podía hacer otra cosa que estrellarse, vieron que los gases de escape salían de debajo del cohete.

La vista se inclinó cuando los explosivos rayos inflaron la parte superior del paracaídas, pero el peso de la parte superior de la escotilla impidió que el paracaídas se hundiera. A vista de pájaro, observaron cómo la nave se

acercaba más y más a la roja superficie mientras su sombra se veía reflejada en la erosionada tierra.

Entonces sucedió algo extraño. La nave se elevó repentinamente en el aire. El cohete moderó la marcha hasta casi detenerse, pero continuó subiendo hasta que se chocó con la escotilla que colgaba del paracaídas. Una de las piernas de aterrizaje se enganchó mientras la nave empezaba a caer de nuevo, inclinándola hacia un lado. Se inclinó más y más hasta que, finalmente, cayó libre en un ángulo de unos sesenta grados.

Los espectadores, desde la Tierra, podían ver cómo la nave se precipitaba hacia el suelo. El ordenador trataba de poner la nave en recto, pero era demasiado tarde. Cuando tocó el suelo, explotó en una bola de fuego.

La cámara del paracaídas continuó mostrando la escena mientras los paneles metálicos chocaban contra el suelo y una nube de humo surgía y se mezclaba con la brisa. Era como el final de una película de desastres en la que se supone que deben aparecer los créditos sobre la imagen final de muerte y destrucción. En este caso, la imagen continuó sin interrupción, enfocando más y más de cerca el fracaso de Rick y Tessa. Finalmente, cinco minutos después, la imagen parpadeó y desapareció.

—Pérdida de la señal —dijo Allen prosaicamente.

Rick sabía lo que había pasado. En su momento de pánico había pensado que se iba a estrellar y había elevado la nave en el aire, igual que había hecho con Tessa, Yoshiko y él mismo cuando habían caído al océano. Él había causado el choque.

Miró a la multitud. Habían estado observando, tan sorprendidos como él, todo el espectáculo. Esperó abucheos a causa de la frustración, así que se quedó completamente sorprendido cuando la gente empezó a aplaudir. Algunas personas vitoreaban como locas y un hombre gritó con voz clara y firme:

—¡Hazlo otra vez!

—Bueno, imagino que Martínez ya tiene lo que quería —dijo Rick aquella noche. Finalmente, él y Tessa se habían ido a la cama satisfechos con el trabajo bien hecho (a la quinta).

El tipo del público tenía razón. No les costaba nada intentarlo de nuevo. Incluso cuando la siguiente nave terminó cayendo en un cráter, creando otra bola de fuego. Así que lo intentaron otra vez («A la tercera va la vencida», había dicho Tessa a los espectadores, que según Delia iban creciendo) y esta vez sí aterrizó de manera segura.

Luego, el vehículo salió de la nave y el ordenador lo encendió, pero se despenó por un acantilado de un metro ochenta.

El siguiente aterrizaje fue muy suave, pero una de las ruedas del vehículo se enganchó en la rampa mientras las otras continuaron rodando, hasta enterrarlo bajo la arenosa tierra.

—Empújalo —gritó alguien, y Rick consideró hacerlo, pero para entonces ya se había convertido en algo personal. Iba a conseguir que funcionara de principio a fin aunque le costara todo el día. Así que toda la vergüenza de manifestar cosas en público fue sustituida por la frustración. Él y Tessa se concentraron en crear otro y esta vez todo salió perfecto. La nave aterrizó donde tocaba, el vehículo se desplegó correctamente y el ordenador lo condujo durante casi diez millas hasta que se quedó sin batería mientras la cámara que llevaba les retransmitía imágenes del terreno rocoso durante horas.

Que todo aquello fuera simplemente publicidad no importaba nada. El público había visto hacerse realidad el concepto de la exploración futura y había dado su aprobación. Y además, el drama y las explosiones los habían entretenido mientras tanto. Delia dijo que todo aquello había sido un éxito y que ella misma no podría haber creado una producción mejor si lo hubieran hecho escenificarlo todo.

Martínez lo aprovechó para dar otro discurso a la mañana siguiente, señalando el proyecto como un ejemplo de potencial positivo para la Nueva

Ciencia. Las dificultades probaban que la ciencia aún era nueva, pero pidió a la nación que mirara al futuro, cuando el poder del pensamiento podría proporcionar energía ilimitada, lo cual significaría el final de la degradación del medio ambiente y una mejor vida para todas las personas. El primer paso para obtener ese logro era creer que podía suceder.

Desafortunadamente, Bagdonis y sus seguidores preferían un método más convencional para mejorar su nivel de vida: arrebatárselo a otros. Italia cayó ante sus prolongados ataques, como el Papa había dicho que sucedería. Austria, Suiza y Alemania cayeron como bolos tras ella. Francia estaba preparando defensas en las fronteras, pero Bagdonis había aprendido a inhabilitar los motores a propulsión y quedaron reducidos a poco más que una infantería antes de que hubieran dado un solo disparo.

—¿Cómo hace eso? —preguntó Rick cuando lo escuchó en las noticias de la mañana siguiente. Pero tal cual hizo la pregunta se dio cuenta de la respuesta. Igual que la gente que había aprendido a matar a los perros de sus vecinos o a romper coches, o igual que había hecho él con los *paparazzi*. Bagdonis y sus seguidores simplemente se habrían imaginado que alguna pieza vital de los motores dejaba de funcionar.

¿Qué sería lo siguiente? ¿Balas que no se disparaban? ¿Por qué no? Tessa ya había hecho ese truco.

Pero aparentemente no había nadie en el bando de la OTAN que pudiera hacerlo. Sería porque Bagdonis era más fuerte que ellos, de otro modo no hubiera sido posible que capturaran ciudad tras ciudad sin que ellos los alcanzaran.

Miró a Tessa aquella mañana, mientras desayunaban sendos boles de cereales Cheerios, y dijo:

—No sé si seré capaz de quedarme aquí y enviar más módulos lunares a Marte mientras ese tipo anda suelto por Europa. Ya le hemos dado a Martínez lo que quería. Creo que es hora de parar este negocio, ¿no crees?

Ella miró por la ventana antes de responder. Rick la siguió con la mirada. Iba a ser otro día soleado. La ciudad provisional que había crecido a su alrededor la semana anterior se estaba desmontando tras la emoción del día anterior. Algunos se quedaron, esperando absorber parte de los poderes místicos de Rick y Tessa, pero el resto volvía a casa, a sus trabajos y con sus familias. Si le habían prestado algo de atención a lo que estaba pasando en Europa, probablemente habrían pensado que no era su problema. Quizá otros países estuvieran utilizando esa nueva fuente de energía para la guerra pero en

América iban hacia las estrellas. Al fin y al cabo, eso era lo que les estaba diciendo su Presidenta.

El problema de su plan era que parecía haber disponible una cantidad casi ilimitada de energía. La gente iría a las estrellas y mataría a sus vecinos si eso era lo que querían. Aún no había sucedido en América, pero no tardaría en aparecer otro canalizador de poder. Alguien que prometería crear un mundo mejor y librarse de los negros, los asiáticos, los Baptistas o cualquier otra minoría de la que no formara parte. Cuanto más tiempo se le permitiera vagar libre a Bagdonis, más probable era que alguien empezara el mismo proceso allí.

O incluso que lo empezara él mismo cuando hubiera terminado con Europa.

—¿Qué piensas? —preguntó Rick.

Tessa volvió a mirar al interior.

—Martínez se enojará si nos vamos.

—¿Y qué? Al menos viviríamos nuestra vida por nosotros mismos.

—Sí, pero... ella es la Presidenta.

—¿Sabes lo que creo que pasa con ella? Aún está en la fase de negación. Quiere gastar el poder para diversión y juegos y tiene todo tipo de justificaciones para ello, pero cuando se trata de hacer algo vital se echa atrás. Aún no cree en esto. No lo suficiente.

Tessa rio.

—¿Y alguien lo hace? ¿Tú lo haces?

—Estoy empezando a hacerlo. No sugeriría el ir a luchar a una guerra en Europa si no lo creyera.

—Sí —dijo ella otra vez—. Supongo que tienes razón. ¿Y cómo vamos a vencer a este tío?

Esa era la pregunta, ¿verdad? Igual que lo del viaje a Marte. Una cosa era decir que querían utilizar su habilidad psíquica y otra completamente diferente era hacerlo. Necesitarían ayuda profesional. Afortunadamente, Rick sabía a qué persona debía llamar.

El general Marcus ya no estaba en los cuarteles Schofield. Les llevó unas cuantas llamadas telefónicas encontrarlo, pero cuando lo hicieron no se sorprendieron de que estuviera en Francia, preparado para el gran asalto.

—Vaya, vaya, vaya... —dijo cuando se dio cuenta de quién estaba llamando—. Si son Superman y Superwoman. Enhorabuena por vuestra boda.

—Gracias —dijo Rick.

Tessa, desde un segundo teléfono, añadió:

—Sentimos los problemas.

Él bufó.

—Problemas —dijo—. Toda esta maldita situación es culpa vuestra, ¿sabían?

—Puede —dijo Rick—, aunque tengo la sensación de que todo esto hubiera sucedido con un canalizador o no, y he de admitir que somos los que tenemos la luz. Queremos ayudar a detenerlo. ¿Qué podemos hacer?

—Ya no pueden volver a meter al genio en la botella —dijo Marcus—. Estamos atrapados en esto. ¿O solamente se refieren a Bagdonis?

—Estábamos hablando de eso —dijo Rick.

—Sí, bueno, ha causado bastantes problemas, eso es verdad —canturreó un poquito y luego dijo—: No quiero tener a la presidenta encima de mí más de lo que ya lo está. Les diré una cosa: han mandado un LEM hasta Marte, ¿qué tal si dejan caer una bomba sobre la cabeza de Bagdonis desde donde están?

—No sabemos dónde está Bagdonis —dijo Rick. Ni siquiera tenía muy claro dónde estaba Lituania, pero no iba a decirle eso a Marcus.

—Desafortunadamente tampoco lo sabemos nosotros —dijo el general—. Pero fuiste capaz de seguir a Tessa cuando yo traté de trasladarla.

—No sé... Ninguno de los dos lo conocemos. Realmente no tenemos ninguna conexión con él. Dudo que tengamos suerte haciendo algo así.

—¿Por qué no lo intentan? —dijo Marcus dulcemente, aunque con algo de burla.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Rick, recordando por qué le había resultado tan fácil odiar a aquel tipo. Cerró los ojos y trató de pensar dónde estaría Bagdonis. Obtuvo una vaga imagen de un edificio gris de cemento como de unos cinco pisos con una calle de cuatro carriles delante, pero era una imagen tan genérica de una ciudad de Europa del Este que se dio cuenta de que se la había inventado.

Tessa lo intentó también, pero un momento más tarde abrió los ojos y negó con la cabeza.

—Nada —dijo.

—Yo tampoco.

Marcus dijo:

—¿Por qué no estoy sorprendido? Eso habría sido demasiado fácil. Bien, entonces, venid y uníos a la fiesta. Puede que tengamos un día o dos antes de que avance de nuevo. Puede que logren hacer algo antes que él.

—Estamos de camino —dijo Rick—. ¿Dónde quiere que vayamos?

Marcus lo pensó y dijo:

—Ella me mataría si los pusiera en primera línea de fuego. París será lo suficientemente seguro. Vuelen a París. Mandaré a alguien para que se encuentre con ustedes.

No le dijeron a Allen lo que estaban haciendo. Le dijeron que habían conducido a Albuquerque durante la noche y que cuando llegaron allí compraron billetes para París. Llamaron a Marcus y le dieron a uno de sus ayudantes el número de vuelo y luego se prepararon para un largo vuelo por Estados Unidos. Hicieron trasbordo en Nueva York y desde allí sobrevolaron el Atlántico. No hablaron mucho en el avión. No había mucho de qué hablar. No tenían ni idea a lo que se enfrentarían cuando llegasen allí, y si hablaban solo se asustarían más de lo que ya lo estaban.

Luego, el comandante habló por megafonía y los asustó igualmente. Ya había oscurecido y el avión empezó a descender cuando dijo:

—Señoras y señores, lamento informarles de que tenemos un ligero cambio de planes. El aeropuerto de París ha sido cerrado por motivos de... seguridad. Por alguna amenaza. Aterrizaremos en el aeropuerto Heathrow en Londres en unos treinta y cinco minutos. Habrá agentes esperando a la llegada para asistirlos con el hotel o traslados. También se les proporcionará una mayor información.

Rick y Tessa se miraron el uno al otro y Tessa pronunció la palabra que ambos estaban pensando:

—Bagdonis.

* * *

Tendrían que haber sabido que no podrían mantener su presencia en secreto. La primera persona que los vio en el aeropuerto los reconoció y dijo:

—¡Gracias a Dios que han venido! —Se acercó a ellos y les dio sendos abrazos.

Más y más gente la imitó hasta que la sala de espera se llenó de gente que gritaba:

—¡Están aquí, están aquí!

Lo soportaron con tanta gracia como pudieron a pesar de la vergüenza, pero conforme la aglomeración crecía, Rick deseó haber tenido algún guardia de seguridad por allí o alguien que los sacase. Solo veía un guardia al fondo, y estaba ocupado en propagar la noticia. Cuando Rick vio las expresiones de alivio en sus caras se dio cuenta de cuán amenazados se habían sentido los británicos. Desde tiempos romanos les habían invadido desde el continente una y otra vez, demonios, puede que incluso antes de los romanos. Sabían qué atrocidades les esperaban.

Trató de abrirse paso entre la gente, pero todos seguían queriendo abrazarlo o darle la mano. Solo había avanzado unos cuantos pasos cuando se percató de que una conmoción aún más grande estaba afectando a la aglomeración.

—Mira, tiene un cuchillo —gritó alguien.

—¿Cuchillo? ¡Eso es una espada! —dijo otro.

Eso atrajo la atención del guardia de seguridad. Se adentró en la muchedumbre diciendo:

—Bueno, bueno, bueno. ¿Qué tenemos aquí? —En un tono de voz que implicaba que todo estaba bajo control.

—¡Es un lunático! —chilló alguien—. Miren, lleva una cota de malla.

Rick trató de ver de quién hablaban, pero incluso de puntillas no llegaba a ver a nadie con una espada. Podía ver dónde estaba el follón porque la gente se iba apartando de la zona para dejar espacio. Fuera quien fuera, debía de ser bajito.

Se planteó aprovechar la oportunidad para escaquearse, pero si realmente había alguien con una espada allí era mejor que él y Tessa estuvieran cerca por si podían ayudar o evitar que hiriese a alguien. Así que se abrió paso hacia el guardia, con Tessa tras él, hasta que llegaron donde estaba el tipo de la espada.

Mediría un metro cincuenta, pero tenía una presencia imponente. No por la espada, que permanecía enfundada a su lado, ni por la brillante y plateada cota de malla cubierta por una camisa de piel que le llegaba a la cintura, fueron sus ojos los que atrajeron la atención de Rick: unos ojos que lo habían visto todo pero que aun así brillaban con curiosidad y determinación. Su cara, arrugada por los años, estaba cubierta con una barba gris y transmitía tanta calma que a Rick le gustó al instante, a pesar de sus extrañas ropas y su presencia con un arma en un aeropuerto.

Entonces se dio cuenta de quién tenía que ser.

—¿Arturo?

La aglomeración de gente ahogó su voz, pero el hombre lo miró. Dijo algo con una voz profunda y resonante, pero tenía un acento tan extraño que Rick no entendió las palabras.

—Lo siento —dijo, sacudiendo la cabeza.

El hombre lo intentó de nuevo y lo poco que Rick captó sonó como:

—Dyd da itt, a unbenn.

—¿Habla inglés? —le preguntó Rick.

—Creo que está hablando inglés —dijo Tessa—. Inglés antiguo.

—Oh, vaya. —Y como un turista, convencido de que se le entendería si hablaba despacio y en voz alta, lo intentó una vez más—. ¿Cómo... te... llamas?

El hombre sacudió la cabeza con suavidad. La gente se calló a la espera de una respuesta, pero, cuando habló, fue otro galimatías:

—A pwy ytwyt di.

Rick lo intentó de nuevo.

—Tu nombre. Yo soy Rick. Rick Spencer. —Se dio una palmada en el pecho y señaló al hombre.

—Arturo vrenhin —dijo el hombre. Rick sintió que se le erizaba el vello de la nuca. La gente empezó a murmurar, pero se callaron al instante cuando el hombre dijo en voz alta—: Arturous rex.

Se dirigió a todos con unas cuantas frases más. Parecía confuso con su aparición, pero habló como un hombre dispuesto a sacar lo mejor de aquella situación. La barrera del lenguaje no le impidió dejar claro que era alguien a quien no le gustaban las tonterías, un hecho más que evidente cuando blandió su espada y la sostuvo por encima de su cabeza. Los *flashes* de un par de cámaras de foros lo asustaron por un momento, pero se sobrepuso y mostró la espada para que todos la vieran.

Algunas personas se echaron hacia atrás, pero no parecía que fuese a amenazar a nadie. Al darse cuenta de la reacción de la gente la guardó en su funda de nuevo.

—Excalibur —susurró Rick.

—¡La espada de Excalibur! —respondió alegremente el hombre dándole un golpecito a su empuñadura.

—Realmente creo que es él —dijo una mujer que estaba junto a Tessa.

—Yo también —replicó ella.

El guardia de seguridad dio un paso al frente, sin tener muy claro qué hacer a continuación.

—Vengan —dijo, levantando la mano—, será mejor que resolvamos esto con la autoridad aeroportuaria.

Nadie protestó cuando Rick y Tessa se ofrecieron a acompañarlos. La mitad de la gente los siguió hasta la zona de SOLAMENTE PERSONAL AUTORIZADO y después fueron con el resto a contar la historia. Cuando un catedrático en Historia de la Edad Media llegó para hacer de intérprete, ya había llegado a las calles la noticia de que el Rey Arturo regresó desde Avalon para ayudar a Inglaterra en tiempos de necesidad.

El profesor universitario, un joven llamado Derek Hobbs, los corrigió rápidamente en uno de sus errores.

—Habla galés antiguo, no inglés antiguo —señaló—, y también utiliza bien el latín.

Rick no hablaba ninguno de los dos, así que no le importaba, pero Derek casi parecía más fascinado por el tema del lenguaje que por Arturo en sí mismo.

Arturo parecía fascinado con todo. Examinó los detectores de metales al pasar por ellos, las luces eléctricas, las luces de neón de las tiendas y hasta el pomo de la puerta de seguridad con la curiosidad de un niño pequeño. Lo único que no le sorprendió era lo que hubiera sorprendido a cualquier otro: cuando llegaron a la sala y no había sillas suficientes para que se sentaran todos, Rick y Tessa crearon algunas más.

Arturo se rio y dijo algo en gales. Derek dijo:

—Dice que Merlín también podía hacer eso, pero que a veces se caía de culo cuando se distraía.

Rick, luchando para creer lo que veía y escuchaba, dijo:

—Dile que funciona igual con nosotros.

Sorprendentemente, costó muy poco convencer a las autoridades de que arrestar al Rey Arturo por llevar armas sería una publicidad desastrosa, especialmente en un momento en que Inglaterra se enfrentaba a una amenaza real desde el continente. En poco tiempo lo dejaron bajo la custodia de Rick y Tessa, quienes pidieron ayuda a Derek para saber qué hacer a continuación.

Arturo sugirió revisar las tropas y reunirse con los caballeros que los guiarían en la batalla que se aproximaba. Derek trató de convencerlo de que quizá debería aprender algunas cosas sobre la Inglaterra del siglo XXI primero, pero no lo aceptó.

—Estoy aquí para luchar, no para observar —dijo.

Así que Derek hizo unas cuantas llamadas telefónicas y en una hora se fueron hacia una base militar donde un teniente de las Reales Fuerzas Aéreas le enseñó hileras de aviones a reacción Harrier, tanques, artillería, pistolas y ese tipo de cosas; todo bajo la atenta mirada de una cámara de la BBC que tenía cuidado de enfocar solamente a Arturo para no destapar los secretos a los ojos de Bagdonis.

Las cámaras también cortaban a Rick y Tessa y el entrevistador no paraba de decir lo maravilloso que era tener un apoyo tan extraordinario en las horas de necesidad de Gran Bretaña. No dejaba de decir cosas como: «Pronto terminaremos con Bagdonis», o «las fuerzas de la oscuridad han visto su último día».

Continuó así hasta que Rick casi quiso estrangularlo, pero sabía de qué iba todo. Esta era una guerra de mentes. Si podían hacer que la opinión pública fuese más esperanzadora, puede que les quitaran algo de poder a los invasores sin tener que luchar mano a mano. Y puede que con algo de suerte pudieran provocarlos algo de miedo. Si Bagdonis sabía que se enfrentaba a un poder sobrenatural igual al suyo, puede que perdiera la confianza, y con ella su aparente invencibilidad.

Tras media hora de continua cobertura de los medios, su guía apartó al cámara y llevó a sus invitados a una sala de reuniones donde le dijo a Arturo:

—Gracias por soportar esto. Debería subir un poco la moral. Si la gente cree que es real... He de admitir que tengo un pequeño problema con esto, y eso que están aquí delante.

—Dioer —dijo Arturo cuando Derek le tradujo aquello, y Derek se echó a reír.

—¿Qué? —preguntó Tessa.

—Creo que la frase coloquial sería algo como: no me jodas.

—Ah.

El comandante sonrió brevemente. Luego se sentó y dijo:

—Ahora que no estamos delante de una cámara les contaré la historia real. La verdad es que los aviones y los tanques no sirven en esta guerra. En cuanto Bagdonis se entere de lo que hemos desplegado, lo estropea. Solamente tenemos las pistolas y nuestros pies. —Asintió ante Excalibur y dijo—: Las

espadas son algo obsoletas para nuestros días, pero no niego que, al ritmo que va esto, puedan llegar a ser nuestra arma más valiosa.

—Dioer —dijo Arturo cuando Derek le tradujo.

Empezaron a hablar de la estrategia, que básicamente se centraba en mantener a Bagdonis fuera de la isla. Arturo recibió la noticia de que había un túnel bajo el Canal de la Mancha con mayor alarma que la que había mostrado ante los aviones a reacción, pero asintió alegre cuando supo que había sido bloqueado. Hablaron de la capacidad naval de Inglaterra. Cuando Arturo preguntó si sus reservas de flechas eran adecuadas, el oficial de la RFA le aseguró que lo eran.

Rick, al escuchar todo aquello, comprendió la palabra «patidifuso». La había comprendido a nivel intelectual antes y la había sentido una o dos veces en su viaje de ida y vuelta a la Luna, pero ahora, sentado en una sala con el Rey Arturo al borde de la batalla, supo que su mente funcionaba a todo rendimiento. Sus conocimientos del mundo habían sobrevivido tras todos aquellos sucesos, emergieron intactos cada vez, pero supo que con una ocurrencia imposible más se colapsaría.

Así que fue un alivio cuando la puerta se abrió y el General Marcus asomó la cabeza. Si en algún lugar había una persona con la cabeza en su sitio, esa persona era él.

—Ahí están —dijo—. He estado buscándolos. Venga, vamos a... ¿quién es ese?

Rick sonrió.

—Rey Arturo, este es el General Marcus.

—Dyd da itt —dijo Arturo.

Marcus lo miró, luego sacudió la cabeza y le dijo al teniente de la RFA:

—Ustedes los británicos siempre parecen tener un as bajo la manga. Esperemos que sea más duro que alto.

Prudentemente, Derek no tradujo esto último. Marcus no quería conversación, así que, tras otra breve mirada a Arturo, sacó a Rick y Tessa de la sala y los llevó a un coche que los condujo a otra parte de la base.

—¿Qué ha pasado en Francia? —preguntó Tessa mientras conducían en la oscuridad.

—¿Qué es lo que no pasó? —replicó Marcus—. Veamos, tratamos de usar las bombas atómicas. Dejamos caer dos desde un SR-71, desde tan alto que el bastardo no podía ni saber que estaban ahí.

—¿Y?

—Y las jodidas bombas no estallaron. —Sonaba ofendido por la idea.

—¿Cómo pudo suceder? —preguntó Rick.

—¿Cómo puede estropear un avión o el motor de un avión a medio vuelo? Díganmelo. Todo lo que necesita saber es que está ahí y es capaz de hacer que deje de funcionar.

—Pero no ve llegar las bombas, ¿verdad?

—Tiene un radar.

—Ya... ¿Y qué hay de los misiles de crucero? Vuelan sin que los detecten los radares, ¿no?

—Cuando vuelan. ¿Recuerdas lo que les pasó a los perros? Aparentemente odia los misiles de crucero. No les puede hacer nada cuando están en nuestro terreno, pero en cuanto los mandamos al suyo fallan.

—¿Entonces qué...?

Marcus suspiró.

—Así que empezamos con los explosivos químicos. Bombas normales. Tuvimos algo más de suerte con eso, pero dedujo de dónde venían antes de que pudiéramos hacer algo bueno con ellas. Perdimos nuestros SR-71 y ya no hemos intentado enviar más. Y no se puede hacer un bombardeo sin aviones. Y además, hay miles de civiles en tierra.

—¿Y no han podido luchar?

—Claro que lo han hecho. Pero la mitad del ejército de Bagdonis no cae ante los disparos. Y los que caen reviven a los pocos minutos. Solamente duran media hora más después de eso, y solo vuelven a caer cuando les vuelas las malditas piernas. Es la cosa más espeluznante que he visto nunca. —Miró a los pasajeros como tratando de decidir si eso era cierto o no—. Pero parece que finalmente hemos encontrado algo que puede ser útil.

—¿El qué? —preguntó Rick, queriendo encontrar un rayo de esperanza entre todas aquellas noticias devastadoras.

—Estamos centrando todos nuestros esfuerzos en Bagdonis.

—Vaya. Eso es algo. ¿Dónde está?

—No para de moverse, pero empezamos a cercarlo.

—¿Cómo? —preguntó Tessa.

—Digamos que estoy empezando a respetar a la CIA —dijo Marcus.

De repente, Rick tuvo una mala premonición. Efectivamente, cuando el coche paró frente a un edificio de oficinas y entraron, vieron a Sonderby sentado frente a un ordenador en el que se veía un mapa de Francia lleno de puntos parpadeantes rojos y amarillos. Había otras seis personas en la sala con él, cada uno con un ordenador propio. Había más gente que entraba y salía de la sala y de otras habitaciones que había en el largo pasillo.

Sonderby se levantó y extendió su mano derecha hacia Rick. Con un falso acento alemán, dijo:

—Así pues, señor Bond, volvemos a encontrarnos.

Tessa rio y Rick no fue capaz de evitar sonreír, pero Marcus dijo:

—Corte esa mierda de rollo de espías y explíqueme lo del Proyecto Peekaboo.

—Tienes la paciencia de una tetera hirviendo —le dijo Sonderby—. Pero, puesto que Peekaboo es mi bebé, no me importa centrarme en eso. No me importa centrarme en la caza. Este proyecto es como jugar al escondite con el enemigo. Nos hemos dado cuenta de que no se queda en Lituania, como en principio pensábamos. Aparentemente no puede guiar a su ejército desde tan lejos. Como tú, puede actuar con las cosas desde casi cualquier distancia, pero, como Rick averiguó cuando tratamos de desplazar a Tessa, tiene que estar más cerca para sentir lo que sucede. Tiene un buen radio, pero no es infinito. Unas cincuenta millas o así.

Señaló la pantalla de su ordenador.

—Así que antes de una gran ofensiva se posiciona en un lugar desde donde piensa que puede hacerlo mejor y se apoya en la radio para mantenerse al tanto del resto de cosas. Cuando sus soldados tienen problemas, envía refuerzos fantasmas, y cuando detecta que vienen aviones o misiles, los hace caer. Es lo suficientemente listo como para no transmitir nada, pero somos capaces de escuchar los informes entrantes, que nos dicen dónde no está.

Señaló una zona que estaba marcada con una sombra amarilla entre Reims y Dijon.

—No hay llamadas de ayuda provenientes de esta región. Eso solamente puede significar que sus tropas no están creando problemas en esa zona. Mandan informes con regularidad, porque ni siquiera ellos saben dónde está, pero él recoge toda la mierda que le enviamos antes de que siquiera le pregunten.

—Aun así, un radio de cincuenta millas es un área muy grande —señaló Rick.

Sonderby asintió.

—Así sería si hubiera que rastrear toda el área. Pero es un círculo. Eso le coloca a él en el medio. Es un círculo difuso, nivelado en medio de donde la peor lucha está, así que sería una zona de una milla o dos. Eso debería ser lo suficientemente cerca.

—¿Debería? ¿Es ahí donde dejaste caer las bombas nucleares?

Marcus dijo:

—Esta mañana estaba en Estrasburgo, pero veo que han captado la idea.
—¿Trataron de bombardear Estrasburgo? —preguntó Tessa indignada.
—Esperamos hasta que estuvo a unas cincuenta millas al este —dijo Marcus—. El radio no hubiera alcanzado la ciudad. Pero como les he dicho, fue capaz de detectar las bombas y deshabilitarlas antes de que estallaran.
—¿Y qué planean hacer la próxima vez? —preguntó Rick.
Marcus sonrió.
—Hacer que le envíen un pequeño regalito por Cerebro Exprés.

Era un buen plan, excepto por una cosa: Rick y Tessa no podían crear una bomba nuclear. Lo intentaron docenas de veces, incluso en el océano abierto, donde no podían herir a nadie excepto a unos pocos peces, pero no podían. Ni siquiera cuando Marcus los llevó a un depósito de armas y les mostró una bomba, ni cuando un técnico la abrió y les mostró su funcionamiento interno. Podían manifestar el exterior con facilidad, pero el corazón de plutonio se negaba a aparecer junto con el resto.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marcus—. ¿Es algún tipo de rollo pacifista? ¿No pueden contribuir a la proliferación de armas nucleares? ¿Qué?

—¡No lo sé! —dijo Rick, tan exasperado como Marcus. Entendía que una sola bomba nuclear era mejor que perder toda Europa. Intellectualmente, la elección era obvia, pero emocionalmente parecía que no lo tenía tan claro. Él y Tessa habían pasado sus primeros años de vida temiendo una guerra nuclear contra la Unión Soviética. Puede que aquel miedo aún estuviera en su subconsciente y se negase a que ellos dieran el primer paso.

—¿Y qué hay de una bomba accidental? —preguntó Marcus.

—¿Bomba accidental? —dijo Tessa.

—El controlador espacial ruso dijo que si no tenían cuidado al tratar de hacer algo de la nada se podía obtener una gran explosión. ¿Hay algo de verdad en eso o simplemente estaba vendiendo humo?

—No lo sé. Hemos tratado de no hacer eso.

Rick dijo:

—Espera un minuto. Yo pensaba que ustedes habían tenido algunas explosiones cuando hicieron experimentos de fusión fría. ¿O eran ustedes los que estaban vendiendo humo?

Marcus enrojeció levemente.

—Tuvimos una explosión. Nunca fuimos capaces de repetirla.

—Ajá.

De todas formas lo intentaron. Trataron de manifestar cosas bajo tierra, imaginando que tal vez si dos objetos ocupaban el mismo espacio se crearía

una explosión, pero después de docenas de fallos lo hicieron más cerca y vieron que la tierra simplemente se ensanchaba para hacer más hueco. Rick trató de manifestar algo mientras Tessa le hacía cosquillas en las costillas para distraerlo, pero tampoco obtuvieron nada. Trataron de imaginar algo inherentemente imposible, como un cubo de hielo ardiendo, pero tampoco obtuvieron nada.

En medio de la frustración trataron de hacer una bomba química, pero tampoco tuvieron suerte con eso. Incluso los explosivos convencionales estaban fuera de su capacidad emocional.

—Esto ya no tiene ningún maldito sentido —gruñó Marcus mientras conducían a la oficina donde estaba Sonderby—. Pueden crear un módulo lunar, cuyo potencial explosivo es como el de una bomba decente. Hasta pueden hacerlos explotar en Marte. ¿Por qué no pueden hacer lo mismo sobre la cabeza de Bagdonis?

—Puede que podamos —dijo Tessa.

—¿Qué?

—Dejar caer módulos lunares encima de él.

Marcus empezó a reír pero paró en seco.

—¿Hablas en serio?

—No del todo —dijo—, pero podríamos pensarlo. Sabemos que podemos hacer módulos lunares. Rick hizo una docena la última vez que se enfadó. ¿Cuántos nos harían falta para asegurarnos de que le damos a Bagdonis?

Marcus entrecerró los ojos mientras pensaba.

—Veamos, ¿de cuánto es el radio de explosión? ¿De unos cientos de metros en nuestras mejores expectativas? Tendríamos que saturar al menos unas tres o cuatro millas cuadradas para asegurarnos de cogerlo. Hablamos de cientos de ellos. ¿Pueden hacer muchos a la vez?

Rick negó con la cabeza.

—Uno cada vez. Puede que dos si nos concentramos.

—Entonces mejor que lo olvidemos. A menos que le dierais con la primera manifestación, sabrá lo que estamos haciendo, y si se da cuenta de cómo lo hemos seguido no cometerá el mismo error dos veces.

—Entonces lo que hay que hacer es delimitar mejor su posición a la primera —dijo Tessa.

Algo se encendió en la mente de Rick y desapareció al instante. Cuando Marcus dijo lo del primero le llegó la idea, pero se desvaneció rápidamente. Trato de llevarla de vuelta, pero permanecía testarudamente fuera de su alcance.

—La primera manifestación —murmuró—, la primera manifestación.

—¿Rick?

—¿Eh? —Vio que Tessa lo miraba con curiosidad—. Oh, nada. ¿Qué decías?

—Para dejar caer un módulo lunar sobre él necesitamos saber dónde está exactamente.

—Eso es cierto. ¿Podemos estrechar el círculo algo más?

Marcus negó con la cabeza.

—No, a menos que tengan alguna brillante idea. Tratamos de presionar con un ataque para ver si podíamos delimitar un poco más los límites, pero el caos de la batalla ahogó cualquier tipo de información significativa.

—Ya... —dijo Rick otra vez—. Me pregunto si podríamos sentirlo si nos acercásemos lo suficiente. ¿No les quedan aviones silenciosos?

Marcus bufó.

—Claro, pero pasa lo mismo que con los misiles de crucero. Funcionan bien aquí, pero cuando entran en territorio ocupado dejan de funcionar y caen como si fueran rocas.

—Apuesto a que no lo harían conmigo a bordo.

Marcus y Tessa lo miraron como si hubiera perdido la cabeza.

—Mira, usa su poder psíquico contra nosotros, no podemos luchar contra él a su manera. Luchemos a la nuestra. Sabemos que puedo percibir cosas, puede que no tan bien como él, pero lo hago. Aunque no pueda hacer una bomba, probablemente pueda hacer otro motor si el del avión se estropea conmigo a bordo.

—Con nosotros a bordo, querrás decir —dijo Tessa.

Negó con la cabeza.

—Conmigo. Y antes de que...

—Maldita sea, Rick.

—... puedas protestar te diré que no estoy siendo caballeroso. Por lo que sé, solamente hay un asiento extra en el avión, ¿no es así? —Miró a Marcus.

Marcus asintió. Algo en los ojos de Marcus le decía que estaba equivocado, pero le seguía el rollo. Bien.

—Y además, uno no debe desperdiciar todas sus armas secretas en el mismo avión. Si algo va mal, tendrás que poner en marcha el plan B.

—Si voy contigo, hay menos opciones de que necesitemos un plan B. ¿Cuál es el plan B?

—No lo sé. Probablemente no tenga uno hasta que no sepamos lo que pasa con este.

—El plan B apesta —dijo—, y el plan A es igual de malo. Además, te pone en peligro y en ridículo pensar que se puede vencer una guerra con módulos lunares.

—Fue idea tuya —señaló Rick.

—Bueno, pues fue estúpida.

—Mejor que las demás cosas que se nos han ocurrido. A menos que tengas una idea mejor. Una que no implique que Bagdonis conquiste más países.

Ella no contestó. Rick le dio tiempo para pensarlo, esperando que a ella se le ocurriera algo que hiciera que no tuviera que volar a territorio enemigo, pero finalmente, mientras llegaban a la puerta de Sonderby, negó con la cabeza y dijo:

—No, no la tengo.

Él tomó aire.

—De acuerdo, entonces lo haremos. Con toda la emoción de la aparición de Arturo y de nuestra llegada, nuestro poder está muy fuerte. Será más fácil evitar que me detecten por la noche, ¿verdad? —Miró a Marcus.

Marcus asintió.

—Otra vez correcto.

—¿Podrá Sonderby seguir el avión?

—Lo logrará. Desde arriba no son tan invisibles como desde abajo.

—Entonces, Tessa, tú observas desde aquí. Cuando sepa dónde se esconde Bagdonis, dejaré caer el módulo lunar sobre él, pero puede que no sea suficiente para derribar el edificio en el que esté. Si ves un *flash*, empieza a dejar caer módulos en el mismo sitio. Entre los dos deberíamos ser capaces de quemarlo a él. ¿De acuerdo?

Ella no estaba contenta pero asintió.

Él la abrazó con fuerza y la besó.

—No te preocupes, estaré bien.

—Más te vale —le dijo, y lo besó con fuerza.

—Vendré por más de estos —le respondió.

Marcus les dejó ese momento de intimidad y ninguno más.

—Venga —le dijo a Rick—. Vamos por tu avión.

—Correcto.

Tessa salió del coche, cerró la puerta y Marcus le dijo al conductor que los llevase de nuevo al lado de la RFA. Luego se sentó de nuevo en el asiento y rio.

—Tienes más agallas de las que pensaba, chico. Asiento extra. Qué bueno.

Rick le dijo adiós a Tessa con la mano. Sabía que desde fuera del coche no lo veía, pero se despidió igualmente.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó tratando de ignorar la sensación que le invadía el estómago.

Marcus rio aún más fuerte.

—¿No lo sabes? El F-117 solamente tiene un asiento.

Le costó dos horas estar listo, y la mayor parte del tiempo lo pasó repasando los controles. Volaba en naves T-38 todo el tiempo y había sido entrenado de manera intensa para aterrizajes de lanzadera, incluso había ocupado el asiento delantero de un F-16 durante una hora, así que no era como si fuera a ciegas, pero todos los indicadores y los mandos estaban en lugares diferentes y había unos cuantos con los que nunca antes había trabajado. Igual que con los gatillos de las pistolas. Le estaban entrando escalofríos. Ojalá pudiera conseguir una bomba y hacerla explotar sobre Bagdonis antes de que este se percatara de su presencia. Su reticencia a crear una bomba puede que no se extendiese a lanzar una que hubiera sido construida a la manera antigua. No era una cabeza nuclear, pero Rick dudaba de si sería capaz de dejar que una explotase, dudaba incluso de si sería capaz de apretar el botón para dejarla caer. Pero puede que tirar una bomba normal estuviera dentro de sus habilidades emocionales. Como toda la misión, no tenía muchas oportunidades de tener éxito, pero valía la pena intentarlo.

El piloto que le estaba enseñando se aseguró de que supiera cómo hacer funcionar un último sistema: el asiento de eyección.

—Si piensas que vas a estrellarlo, presiónalo —le alertó—. Estas cosas tienen el radio de deslizamiento de un ladrillo sin el motor, y si pierdes la electricidad no tendrás ningún control sobre él.

—Como con la lanzadera —dijo Rick.

El piloto sonrió y le indicó con el pulgar que todo iba bien.

—De acuerdo entonces. Estás todo lo listo que podrías estar con una sola noche de entrenamiento. Ve a por él.

—Lo haré.

En ese momento eran las tres de la madrugada. La batalla en Francia había terminado, pero Sonderby le informó de que el círculo de influencia de Bagdonis había desaparecido en la última hora y que sus tropas estaban en operación de limpieza mientras él dormía. Rick introdujo las coordenadas de la última posición de la que habían tenido noticias y las introdujo en el

sistema de navegación por satélite, encendió los motores (le parecieron sorprendentemente silenciosos a pesar de saber que habían sido diseñados de esa manera) y se dirigió hacia la pista. Después, sin fanfarria, aceleró el motor al máximo y se dirigió hacia el cielo.

No tendría contacto por radio con la tierra. Si en algún momento Rick transmitía algo, se descubriría. Sonderby y Tessa sí podían mandarle mensajes a él, pero cualquier cosa que él dijera debía sonar lo suficientemente inocuo como para pasar por una frecuencia de radio, porque debían asumir que los subordinados de Bagdonis estarían escuchando. Las frecuencias codificadas probablemente serían seguras, pero no estaban seguros. Y aunque lo fueran, un repentino incremento del tráfico en las frecuencias que usaban los aviones sería una advertencia de que algo pasaba y los pondría sobre alerta.

Así que Rick se pasó una media hora silenciosa aprendiendo a manejar su avión mientras cruzaba el Canal y entraba en el espacio aéreo francés. Había oído que al F-117 lo llamaban el «duende bamboleante», pero a él le parecía tan sólido como una roca. De hecho, hasta le parecía que, en cierto modo, volaba como en una lanzadera. De todas formas, no planeaba probar sus capacidades de acrobacia aérea, en esta misión iba a ir directamente al grano.

El monitor de visión nocturna de rayos infrarrojos solamente le mostraba el agua del Canal de la Mancha, pero cuando se acercó a la costa pudo ver tierra con tanto detalle que tuvo que mirar por la ventanilla para asegurarse de que todavía era de noche. Era como estar en un simulador de alta resolución, excepto porque en cada vibración sentía la realidad. También podía sentir cosas que no se sentían en una simulación. El instinto, la intuición o algo le advertía de los obstáculos antes incluso de que aparecieran en la pantalla, y se encontró a sí mismo volando por instinto en vez de hacerlo de manera consciente.

Voló hacia el este, tras las líneas enemigas, pensando que cualquiera que escuchase el avión pensaría que era de Bagdonis. Estaría dentro del área del objetivo antes de que nadie se diera cuenta. Si no se aproximaba demasiado, podía pasar una vez más sin levantar sospechas. No pensaba que necesitase más que eso. Había sentido a Tessa a más de una milla de distancia y, aunque no tenía garantías de sentir a Bagdonis en la distancia, estaba deseando poder hacerlo. Ya estaba más acostumbrado a tener esa habilidad psíquica y deseaba que sus corazonadas fueran reales. Las estaba usando en ese momento, acercándose a tierra con la facilidad de un piloto experimentado. Encontraría

a Bagdonis. Lo encontraría antes de que la noche terminase y habría un coco menos acechando los sueños del mundo.

El avión sintió su presencia malévola antes de que Rick lo hiciera. Unas millas después de haber cruzado a Francia los motores empezaron a pararse y de repente el motor derecho se paró del todo.

—Oh no, no lo harás —dijo Rick mientras lo volvía a arrancar y centraba sus pensamientos en mantener el avión en marcha. Continuó amenazando con pararse hasta que se imaginó una burbuja de seguridad alrededor de los motores que desviaba todas las malas vibraciones que le llegaban igual que las alas desviaban el aire. Eso pareció ayudar, aunque fue una lucha constante para mantenerlo en marcha. Fuera lo que fuera lo que Bagdonis le estaba enviando era como un mecanismo de interferencias de radio, solo que en lo que interferían era en las cosas mecánicas. Rick trató de imaginar cómo funcionaría eso, pero lo único que obtuvo fue la imagen mental de un ovni volando sobre una autovía y dejando una hilera de coches parados a su paso. Él bufó burlonamente y luego se regañó a sí mismo por ser tan cerrado de mente. ¿Cuándo iba a aprender? La gente decía que los ovnis paraban los motores de los coches y paraban la corriente eléctrica. Y Rick había visto uno, aunque solo fuera un fragmento de su imaginación. Ahora se arrepentía de no haber seguido con aquella imagen cuando tuvo oportunidad. Obviamente, Bagdonis había descubierto el truco, lo hubiera obtenido o no de un ovni.

Aparentemente era selectivo. Rick vio luces en la ciudad y luces en pequeñas granjas y en fincas dispersas por la zona. Algunos coches incluso conducían por la autovía a aquellas horas de la noche. No parecía un país que acababa de ser invadido. Pero al sobrevolar la ciudad empezó a ver pruebas de que sí había sido invadido: seis u ocho bloques de edificios en el área del centro estaban ardiendo y algunos otros edificios de otras zonas también ardían. Rick supuso que serían comisarías y edificios de cadenas de radio y televisión. Si él estuviera liderando una invasión golpearía ahí y en las bases militares. Utilizaría sus tropas para aplastar la capacidad del país de luchar y comunicarse y después seguiría avanzando mientras dejaba a sus tropas encargadas de terminar con cualquier resistencia que quedase. A Hitler le había funcionado y parece ser que le funcionaba aún mejor a su sucesor espiritual.

Si se concentraba podía sentir las emociones de la gente que había debajo de él. Miedo y furia, probablemente de ambos lados de la lucha. Dolor por los muertos. Un odio frío y oscuro. Y remordimientos. Rick se concentró, tratando de decidir si se lo estaba imaginando. Podía estar engañándose a sí

mismo, esos sentimientos solo podían existir más allá de su crédula mente... pero si realmente estaba sintiendo las emociones verdaderas de alguna persona, alguien estaba sintiendo verdaderos remordimientos por lo que estaba haciendo.

Bien, bien, bien. Después de todo quedaban unos pocos humanos en el ejército de Bagdonis. Puede que el bloque monolítico del nuevo Oriente no fuera tan monolítico como Occidente había pensado.

Aun así era muy fuerte. El avión seguía intentando pararse. La pantalla de navegación parpadeaba como si hasta las señales por satélite tuvieran problemas. No importaba, Rick sabía que estaba cerca. Se le erizaba el vello de la nuca, pero no sabía si era a causa de la presencia de Bagdonis o simplemente de la emoción. Fácilmente podía haber sido la emoción. En un par de minutos más aquella guerra habría terminado.

Siguió en línea recta por el centro del círculo que Sonderby había marcado, luego levantó el morro, aceleró el motor y se deslizó por la zona del objetivo. El radar no podría detectarlo y casi no podrían escucharlo desde tierra. Aunque no lo encontrara a la primera podría dar la vuelta y volverlo a intentar hasta lograrlo.

La sensación en la nuca se hizo más intensa. Observó los árboles, las carreteras y los campos por el monitor de visión nocturna, estudiando cada edificio que veía, pero ninguno llamó su atención. Todo eran casas y graneros. La hostilidad que llevaba sintiendo desde que había entrado en zona enemiga era ahora más fuerte.

Había pasado ya la primera zona del objetivo y se dirigía hacia el frente. Cerró los ojos y trató de ampliar sus sentidos, pensando que tal vez las imágenes por infrarrojos habían ahogado cualquier señal que hubiera estado recibiendo en su subconsciente, pero unos segundos más tarde la alarma le hizo abrirlos al escuchar una voz grabada que decía: «Terreno, terreno». Se estaba acercando al otro lado del arco balístico. Aceleró el motor y giró a la izquierda, eligiendo esa dirección al azar. Giró ciento ochenta grados y se dirigió dos millas al sur de por donde había cruzado la primera vez y repitió su movimiento.

En la radio, que había permanecido en silencio todo el tiempo, se escuchó la voz de Tessa.

—Ve cinco millas al norte.

Cerró los ojos otra vez, tratando de sentir algo, pero la alegría de escuchar la voz de Tessa superó el resto de sus emociones.

No esperó a escuchar la alarma de terreno esa vez. Mientras aún estaba en la parte superior del arco giró a la derecha y se dirigió al nordeste para acercarse más al punto en el que empezaría su tercer intento. Aceleró lo suficiente como para elevarse de nuevo y marcó una línea de cinco millas al norte.

Podía sentir que el pulso le iba cada vez más rápido y sentía el flujo sanguíneo por su cuerpo. Algo lo esperaba allí. Algo oscuro y lleno de odio. Comprobó la bomba con láser guía: estaba armada. Lista para caer, pero ¿dónde?

Más adelante. Ya podía sentirlo. El odio irracional que llevaba sintiendo todo el tiempo se hizo más nítido y se percató de sus distintos componentes. Tenía un corazón de ambición pura, fría y calmada llena de racionalización y encendida de furia. Pero aun así, Rick no sintió nada que pudiera etiquetar como maligno. Simplemente impaciencia, frustración y miedo. Fuera lo que fuera, Bagdonis también tenía miedo.

Y debía tenerlo. Rick giró un poquito a la derecha, dejando que su subconsciente guiara sus acciones, hasta que vio un gran castillo en el monitor. Una amplia pradera llena de árboles se extendía por todo su alrededor y en las proximidades del castillo había jardines bien cuidados. Había cuatro coches en la rotonda de la entrada.

De repente supo que era allí. No tenía ningún motivo para estar tan seguro pero no tenía dudas. Bagdonis estaba allí.

El *château* estaba a menos de una milla. Ajustó la dirección de las armas y apretó el botón de DISPARAR. Sintió una sacudida cuando las puertas del compartimento de la bomba se abrieron, dejaron caer la bomba en medio de la noche y se cerraron de nuevo. Todo eso en poco más de un segundo. Habría un breve destello en las pantallas de los radares del enemigo si alguna le estaba señalando, pero desaparecería rápido.

Su pantalla de visualización le mostró una vista de la parte de la casa hacia la que la bomba se dirigía. El castillo tenía dos alas que salían de un edificio central de tres plantas. Trató de sentir en qué ala estaba Bagdonis, pero no consiguió sentir nada. No había tiempo para buscarlo, Rick tenía intención de que la bomba diera en el centro, puede que una explosión en esa zona fuera suficiente para que estallasen ambas alas.

La imagen se apagó un par de segundos y luego volvió, pero fue suficiente tiempo como para que el láser perdiera la pista del objetivo. Rick se concentró para que regresara y por poco se le olvida acelerar el motor y ganar algo de altitud.

No importó. La bomba entró por una de las ventanas del tercer piso y, momentos más tarde, apareció por la otra parte del castillo. Hizo un gran agujero en la pared al salir, pero no explotó.

—¡Maldita sea! —maldijo Rick, sin estar seguro de si maldecía a la bomba o a Bagdonis. Ladeó el avión y se imaginó un módulo lunar apareciendo sobre el castillo. Cuando volvió a tener a la vista el edificio vio que, al menos en eso, había tenido éxito.

El de Tessa se materializó justo encima del suyo. Ambos cayeron como rocas sobre el techo plano de la torre y explotaron en una ardiente bola de fuego.

—¡Muy bien! —gritó Rick, golpeando la cubierta superior de la cabina con la palma de la mano. Rio ante lo absurdo de todo y también ante su éxito. ¡Módulos lunares! Funcionaban. Se imaginó otro sobre el ala norte y,

segundos más tarde, allí estaba, con su suave superficie estallando como si fuera un globo de agua sobre el tejado.

La gente salió corriendo del edificio, algunos completamente vestidos y otros a medio vestir. Rick dejó caer otro módulo lunar sobre el ala sur mientras el segundo de Tessa caía en una zona muy cercana.

Entonces vio que una línea de fuego se dirigía hacia el avión. En la imagen por infrarrojos se veía como una barra sólida de luz brillante violeta.

—¡Mierda! —chilló, moviendo al avión hacia la izquierda. El rayo de fuego pasó rozando su ala derecha. Le dio una vuelta completa al avión y luego lo ladeó para mantener el edificio a la vista. Entonces se imaginó otro módulo lunar chocando contra el patio delantero. No sabría decir si lo que casi le había golpeado había sido un misil antiaéreo o simplemente un disparo de fuego normal, pero fuera lo que fuera, tenía que deshacerse de todo aquello.

Dejó caer otro módulo lunar sobre el ala norte del castillo, pero empezaba a quedar claro que el edificio era demasiado resistente como para que acabaran con él. Ardían tranquilamente en la superficie del edificio y no parecían estar haciendo demasiado daño.

Encendió el transmisor.

—¡Manifiéstalos dentro del edificio! —gritó—. ¡Dentro!

—Silencio por radio —replicó Tessa.

—A la mierda el silencio. Ya sabe que estoy aquí y no le estamos haciendo ningún daño.

Otro rayo de fuego se dirigió hacia él. No iba a ser capaz de evitar este del todo. Golpeó su ala izquierda y un trozo se rompió. El avión empezó a caer pero presionó un poco el acelerador y el avión volvió a elevarse. Si lo dejaban en paz un segundo probablemente podría arreglar el ala, pero en ese momento necesitaba el tiempo para concentrarse en otro módulo lunar, pues había localizado de dónde salían los rayos.

—¡El ala sur! —gritó—. El ala sur, una o dos habitaciones más allá del centro. En el segundo piso.

—Bien —se imaginó a Tessa observando la imagen por satélite y se sintió reconfortado al pensar que ella lo observaba. No estaba haciendo eso solo.

Las llamas ni siquiera se estaban acercando al cuarto de Bagdonis. Rick se imaginó un módulo lunar atravesando el suelo de la habitación de encima de la de Bagdonis. Se lo imaginó con los tanques de combustible rotos y el propelente mezclándose y estallando en llamas. Funcionó justo como se lo había imaginado, pero Bagdonis no se quedó a esperar la explosión. En el

momento en que se dio cuenta de que algo estaba pasando en la habitación, salió por la ventana, le lanzó a Rick otro rayo de fuego y cayó sobre un arbusto que estaba ardiendo debajo de la ventana.

Rick no vio lo que pasó después. Gracias al combustible en llamas de los módulos había suficiente iluminación para iluminar el castillo y las tierras como si fuera de día, pero llegó al otro lado del castillo antes de ver si Bagdonis estaba libre.

Trató de esquivar la llama, pero volvió a golpear el ala que ya había sido golpeada antes y el avión empezó a bajar en espiral. Rick recolocó los alerones derechos, pero recordó, un segundo demasiado tarde, que, en aviones con alas en delta como aquel, los alerones hacían doblemente el trabajo de elevadores. Sin las superficies de control izquierdas y con las derechas apuntando hacia arriba, la nave empezó a caer en picado.

Al menos caía hacia la derecha. Lo dejó caer un poco, luego lo puso recto y luego lo dirigió hacia la izquierda mientras aceleraba. El avión no tenía dispositivos de postcombustión, pero aun así lo tiró hacia atrás sobre su asiento. Empezó a ajustar constantemente los controles para mantenerlo arriba. Usó el ala derecha para elevarse y la cola para la postura.

Afortunadamente, Bagdonis estaba en el otro lado del edificio. Rick se permitió un momento para arreglar el ala izquierda. Miraba por la ventanilla para verla e imaginársela entera. Estaba demasiado oscuro para ver más que la silueta, pero aparentemente fue suficiente. Unos segundos más tarde el avión se ladeó hacia la derecha mientras el ala izquierda empezaba a proporcionar elevación otra vez.

Lo niveló y se dirigió de nuevo al edificio en llamas. Esta vez interpondría algo de distancia entre Bagdonis y él para amortiguar el golpe si volvía a atacarlo.

Empezó a manifestar módulos lunares uno tras otro tan rápido como podía en la parte delantera del castillo. Cuando dio la vuelta para ver esa zona se dio cuenta de que Tessa había estado ocupada por ahí también. Toda la parte delantera del edificio estaba en llamas. Si Bagdonis había ido por ahí, habría ardido.

Puede que ese hubiera sido el caso. Ya no le estaban disparando rayos. Se permitió tener algo de esperanza, pero en el momento en que pasó por la zona y ya no vio el edificio sintió un ataque de pánico que hizo que el avión empezara a bajar. En ese momento, otro rayo de fuego violeta pasó por su lado y no pudo ver de dónde provenía.

—¿Has localizado eso? —preguntó.

—Negativo —dijo Tessa—. El fuego está anulando la imagen por satélite por esa zona del edificio.

—Maldición —dijo Rick. Los módulos lunares no estaban causando el suficiente daño. Si Bagdonis se ocultaba entre los arbustos podrían jugar al escondite toda la noche. Marcus había tenido razón. Tenían que darle con la primera manifestación y no lo habían hecho. Ahora era demasiado tarde.

Necesitaban una bomba atómica. ¿Por qué demonios no podía hacer una que funcionase? Acababa de matar a media docena de personas con el combustible de un cohete, ¿por qué no podía hacer lo mismo con un explosivo mayor? Era debido a que la parte subconsciente de su mente que controlaba ese tipo de cosas era pacifista. Probablemente la única razón por la que podía hacer módulos lunares era porque era astronauta y él no los consideraba armas.

Pues necesitaba un módulo lunar más grande.

Fue eso lo que lo inspiró y le hizo recordar el momento de inspiración que había sentido y se había esfumado en la base de las RFA. Marcus le había dicho que, a menos que le dieran con su primera manifestación, no lo lograrían, y por un breve instante Rick había recordado su primera manifestación.

Dio la vuelta con el avión. Aquello iba a ser divertido.

—Atenta —le dijo a Tessa—. He tenido una idea brillante.

—¿El qué?

—Ya lo verás.

Su primera manifestación, antes incluso de darse cuenta de lo que estaba haciendo, Rick sonrió al recordarlo. Trescientos sesenta y tres pies de alto. Tres mil toneladas de combustible. La energía equivalente a una bomba nuclear. Se imaginó cómo quedaría colocado sobre el castillo. No hacia arriba, sino soportado por la torre de lanzamiento. Este estaría apuntando hacia abajo, apuntando sobre la cabeza de Bagdonis.

Dio la vuelta al F-117 para asegurarse de tener buena perspectiva. El cohete estallaría lo colocase como lo colocase, pero el estilo también era importante. Se reclinó en su asiento y miró por la ventana al edificio en llamas. Se imaginó un brillante cohete blanco apuntándolo. Con una punta gigante, los motores encendidos y la propulsión empujándolo hacia la tierra. Sí.

Apareció ante él, como había hecho la primera vez, solo que ahora estaba mucho más cerca. Eso sería un problema, así que ladeó el avión un poco para que no volase justo por donde explotaría la bola de fuego.

Los motores permanecieron encendidos. No había esperado eso. Los tanques de combustible estaban en la parte de abajo, después de todo, y el cohete estaba boca abajo. Pero también estaba bajo la propulsión. Una lengua de fuego estalló hacia el cielo y, esta vez, con la ayuda de la gravedad, el cohete se movió con la rapidez de una bala hacia abajo.

Cuando golpeó ni siquiera redujo la velocidad. Rick vio cómo los cinco motores lo empujaban hacia el suelo, lanzando llamas en todas direcciones. El castillo se desvaneció como si fuera un pañuelo de papel. Los árboles y los coches que había delante también desaparecieron entre las llamas.

Algo más desapareció también. Un torbellino de oscuridad, impaciencia e ira gritó en medio de la frustración y luego se quedó en silencio.

Rick escuchó a Tessa gritar:

—¡Yuhú! —Pero por encima de su voz escuchó la alarma que decía—: ¡Terreno, terreno!

El avión volaba demasiado bajo. Rick empujó los mandos hacia delante y levantó el morro, pero no funcionó como él esperaba.

No podía pulsar el botón de eyección si el avión estaba boca abajo. El avión caería al suelo si lo hiciera.

Su último pensamiento mientras observaba el bosque que lo rodeaba fue: *«Esta cosa no vale un pimiento volando boca a abajo»*.

Su primer pensamiento tras aquello fue la sorpresa por poder pensar. Debería estar muerto. Uno no se cae boca abajo con un avión a propulsión sobre un bosque a velocidad de vuelo y se va de rositas.

Trató de incorporarse, pero se dio cuenta de que no se había movido. No podía sentir su cuerpo. No solamente sus piernas, también sus brazos, su pecho, sus pulmones, sus párpados; no podía sentir nada. Ni siquiera el latido de su corazón.

Escuchó. No oía. Tampoco podía oler. Le iba a costar demostrar que no estaba muerto, excepto por la teoría de Descartes: Pienso, luego existo.

De acuerdo, pues existía. ¿Pero qué le pasaba? ¿Estaba en coma?

No le dolía nada y dadas las circunstancias probablemente eso no era una buena noticia.

Ojalá alguien apagase la luz. No podía ver nada con detalle, todo estaba demasiado brillante. Era un brillo como granulado, como la luz de un láser con interferencias o como...

... un recuerdo de su infancia. El gimnasio en el que solía hacer natación tenía una sauna y él solía sentarse allí para entrar en calor después de haberse hecho unos cuantos largos en la piscina exterior. En aquel entonces llevaba gafas, pero no las llevaba en la piscina, así que en el sauna estaba tan ciego como un murciélago. No es que le importara, porque a través del vaho tampoco hubiera podido ver nada. Pero al borde de su visión podía ver gotas de agua en el aire condensado. Se arremolinaban cuando pasaba la mano y desaparecían cuando soplabla. Salían y entraban de la existencia cuando salían de su campo de visión.

La luz era algo parecido. Partículas de una suavidad blanca. Demasiado pequeñas para verlas de manera individual, pero ahí estaban, al borde de su percepción.

¿Píxeles? ¿Acaso estaba viendo con algún tipo de implante informático? ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente?

«¿Tessa?», no podía hablar pero pensó con todas sus fuerzas. Puede que estuviera enganchado a algún tipo de implante neural o puede que ella pudiera sentir su mente directamente.

No obtuvo respuesta. Al menos no de ella, porque sí pudo sentir una respuesta general a su llamada. Alguien estaba allí. Millones de personas. Billones. No eran todos humanos. De hecho, solamente una pequeña porción era humana. Podía sentir la conciencia combinada que lo rodeaba, lo presionaba, como si fuese la gravedad o algún tipo de energía vital. Como una fuerza de la naturaleza.

Quienquiera que fueran, no estaban hablando, pero conforme se fue percatando más, se dio cuenta de que no les hacía falta. Empezaba a comprender dónde estaba sin necesidad de palabras.

No estaba muerto. Su cuerpo estaba muerto (vaporizado probablemente en el accidente), pero la información que él tenía no había muerto. Ahora que lo veía desde el otro lado, parecía tonto pensar que debería haberlo hecho. Todas las cosas con las que había interactuado en su vida, desde lo que había comido a las mentes con las que había interactuado, todo había alterado su experiencia, y esa influencia permanecía viva. Hasta los átomos que habían formado su cuerpo permanecían conectados a él, aunque no estuvieran conectados entre ellos. Su cuerpo nunca había sido consciente, pero había forjado una serie de conexiones que habían persistido.

Los físicos sabían lo de la conectividad del universo hacía décadas. Las partículas emparejadas sabían de algún modo lo que la otra experimentaba e instantáneamente cambiaban de estado para acoplarse, aunque estuvieran a años luz unas de otras. Einstein había llamado a ese aspecto de la física cuántica «tenebrosa acción en la distancia». Había tratado de demostrar que no era real, pero finalmente había demostrado que sí lo era.

Rick era esa acción tenebrosa en la distancia de Einstein. Y lo sabía ahora. También lo eran el resto de mentes que alguna vez habían vivido, en la Tierra o en cualquier otra parte. La conciencia nunca moría; simplemente se expandía a más y más conexiones con el resto del universo. Eso es lo que Rick sentía que lo rodeaba: el universo en sí mismo, que crecía más y más con cada mente que se le unía.

Puede que la mayor sorpresa de todas fuera que había formado parte de él toda su vida. Cada vez que había interactuado con el cosmos, todo aquello le había respondido. Lo había sabido emocionalmente, hasta incluso lo expresó en el breve coqueteo con el solipsismo que todo chico atraviesa, pero la experiencia lo había convencido de que no era real. Nunca había pensado que

fuese real, que en vez de ser parte de una única conciencia en el universo, él tenía un poco de todas las conciencias dentro de él. Así es como había sabido cómo construir un *Saturno V* a pesar de no conocer todos los detalles de su construcción. La gente que lo sabía los había compartido con él.

Por instante tuvo miedo de perder su identidad en medio de aquella mente universal, pero no había perdido nada; simplemente ganó el conocimiento de aquellos que se habían unido a ella antes que él. Había ganado conocimiento, de hecho, un conocimiento al que siempre estuvo conectado. No podía recordar los recuerdos de los demás ni escuchar voces individuales, pero, si se concentraba en las preguntas concretas, podía entender cómo funcionaban las cosas.

La permanencia, por ejemplo. Allen había tenido razón respecto a la armadura del marciano. Permanecía a causa de las profundas emociones de quienes habían creído en ella. Lo mismo sucedía con el anillo de Tessa. Había un umbral, no de números, sino de emociones, tras el cual las cosas permanecían.

La rugosidad de su visión no era una visión en absoluto. Estaba observando el punto cero donde la masa y la energía intercambiaban puestos, donde las partículas entraban y salían, donde se unían al cosmos por un breve instante antes de desaparecer otra vez. Uniéndose a él.

Se preguntó si sería capaz de usar la energía allí. ¿Qué podría crear?

«Tessa», pensó. Pero inmediatamente desterró aquel pensamiento. Solamente había una forma de que una persona real llegase allí, y él nunca hubiera deseado que ella muriera solamente por su propia gratificación. Y tampoco quería un duplicado, aunque fuera posible. Un duplicado de la Tierra sí le bastaría. Un lugar donde estar de pie, con árboles, hierba y un riachuelo; con pájaros en los árboles y un cielo azul con nubes de algodón blanco surcándolo lentamente.

Las partículas se movieron como si las cogiera una cuchara. Se empezaron a unir, a volverse sólidas, y empezaron a ganar definición hasta que se convirtieron exactamente en lo que él había imaginado. Sintió la hierba bajo sus pies y se dio cuenta de que, inconscientemente, había recreado su propio cuerpo para ir a juego con el resto. Se percató de que no se había molestado en recrear su ropa.

Al parecer, el cielo era literalmente lo que uno hacía de él. Aunque solitario. Probablemente aprendería a comunicarse con las mentes individuales de la conciencia universal, pero siempre desearía una mente en particular. Solamente había pasado unos meses con ella, pero se había

convertido en la persona más importante de su vida. Ahora que él se fue la había perdido.

El dolor que lo embargó le hizo ponerse de rodillas. Se arrodilló sobre la hierba y respiró el aire puro. Cuando simplemente había sido una mente sin cuerpo lo había llevado estoicamente, intelectualmente, pero ahora tenía hormonas otra vez, y lágrimas.

Casi volvió a convertirse en nada, pero era mejor sentir dolor que no sentir nada. Y al menos podía sentir el triunfo de detener a Bagdonis, aunque le hubiera costado la vida. Aunque le hubiera costado Tessa. El mundo sería un lugar mejor y las mentes que contribuían a la conciencia universal estarían más alegres de lo que lo estarían si hubiera fallado.

Trató de sentir a Bagdonis, pero todo aquello era demasiado vasto. No había una realidad física, excepto la que cada uno soñaba para sí mismo. Bagdonis estaría en un mundo de su propia creación, ganando la guerra que acababa de perder, aunque Rick dudó que se molestase en hacer eso siquiera. La suya sería la única mente real allí, todo lo demás sería un reflejo de sus propios pensamientos.

Puede que esa fuera su idea del cielo.

Pero no era la de Rick. Un mundo artificial lleno de gente hecho con fragmentos de su imaginación no tenía ningún atractivo para él.

Pero Tessa sí se uniría a él en algún momento. Se aferró a ese pensamiento. En cuarenta o cincuenta años ella se convertiría también en información pura y lo retomarían donde lo habían dejado.

Pero para entonces ella tendría otro marido, una familia, una vida propia en la que él solamente sería un recuerdo lejano. Él estaría igualmente alejado de ella.

Pensó en la reencarnación. ¿Podría volver? No quería vivir en otro cuerpo. Eso solamente los separaría más. Quería su propio cuerpo.

Si trataba de hacer algo así, se convertiría en un fantasma. Sabía de billones de personas que habían intentado aquello antes. Todos habían abandonado al ver la poca atención que los vivos prestaban a los pensamientos puros. Unos pocos con asuntos por terminar habían logrado tener el suficiente apoyo como para poseer una tenue apariencia, pero eso era lo mejor que habían logrado. La Tierra no era como aquel lugar. La Tierra tenía seis mil millones^[7] de personas que tenían una realidad consensuada y los muertos ya no formaban parte de ella. Tendría más suerte vagando por la Luna.

Si es que podía encontrarla. Con tantas mentes a su alrededor la noción de lugar le parecía algo abstracta. No parecía haber ninguna dirección a la que dirigirse. Dirección era un término sin significado.

Miró al cielo. Las nubes se movían de un lado al otro. Decidió que iban hacia el este. Puede que él fuera hacia el este un rato. Simplemente caminaría. Exploraría el interior de la mente explorando su creación externa.

O puede que no. Ahí se estaba muy bien. Puede que simplemente observara las nubes un rato más, dejando que las creaciones externas llegasen a él.

Se tumbó en la hierba, pero esta no soportó su peso. Se hizo un agujero en su mundo y gritó sorprendido al caer hacia la oscuridad.

—¡Llamas no! —gritó, o trató de gritar, pero sus músculos estaban tan llenos de miedo que fue poco más que un gruñido. Por un momento se sintió algo desorientado, pero luego volvió a sostenerse con los pies cayéndose casi otra vez. Sacudió los brazos para recuperar el equilibrio y sin querer tiró al suelo un ordenador que estalló entre chispas y cristales.

Levantó la vista. Sonderby estaba sentado frente al teclado con una mirada de alucinación. Junto a él estaba el Rey Arturo, con Excalibur a medio desenvainar mientras esperaba a ver si la nueva aparición era un amigo o un enemigo. Al otro lado de Sonderby, levantándose de la silla, estaba Tessa (con la cara roja y húmeda a causa de las lágrimas), que abrió la boca para hablar pero fue incapaz de decir nada.

Había más luz que en el cielo. Rick entrecerró los ojos y dio un paso hacia Tessa.

—¿Estás bien? —le dijo—. ¿Realmente eres tú?

—¿Rick? —Ella dio un paso hacia delante, él la tomó de la mano y ella lo miró maravillada—. ¡Rick!

Ella era real. Él la tomó en sus manos y enterró su cara en el cuello de ella. El olor era real. Se apartó lo suficiente como para besarla. Sus labios estaban calientes debido al llanto. Oh, sí, era real. Y de algún modo, también lo era él.

Le secó las lágrimas de las mejillas y se percató de que las suyas también estaban húmedas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. Yo estaba... estaba muerto.

Ella tragó saliva, gimoteó y se secó la nariz con la manga.

—Te vimos estrellarte.

Sonderby se aclaró la garganta.

—Esto, Rick, mira por encima de tu hombro.

Lo hizo, sin separarse de Tessa, y vio por qué había tanta luz. Un montón de focos alineados por las paredes y tres cámaras de televisión de la BBC le enfocaban directamente. Por supuesto, eso era lo más cerca que podían estar

del momento en el que se había ganado la guerra y ese era el momento en el que entrevistarían a los supervivientes.

Y aparentemente también a uno de los heridos. Aunque, excepto por el hecho de que su traje no había reaparecido con él, estaba bien.

Ya no tenía vergüenza.

—Está bien —le dijo a Sonderby—. Creo que a los británicos no les importan los desnudos en televisión, ¿verdad?

—Correcto —dijo el hombre que llevaba el micrófono y que Rick reconoció de la primera media hora que habían pasado con Arturo cuando este apareció. Luego añadió—. Pero esto es una retransmisión a nivel internacional.

Rick rio. No podía evitarlo. Estaba vivo otra vez. Tenía otra oportunidad y acababa de salvar al mundo.

Recreó el traje que había llevado en el vuelo para que nadie se ofendiera y giró de nuevo hacia Tessa.

—Me trajiste de vuelta —le dijo maravillado—. Realmente estaba muerto. Vi la luz y sentí la presencia de, bueno, creo que puedes llamarlo Dios, pero no era solo una mente. Estaba tratando de averiguar lo que era exactamente cuando me caí al suelo y aparecí aquí. ¿Me trajiste de vuelta, verdad?

Ella gimoteó de nuevo.

—No sé lo que hice. Preguntaron si estabas muerto realmente y yo contesté que no, aunque sabía que lo estabas, pero no me atrevía a decirlo. Así que dije que no, miré a Arturo y de repente ahí estabas.

Rick miró a Arturo, que ya había envainado la espada. Permaneció allí mirando a Rick. A pesar de ser bajito, su aspecto imponía tanto como el de gente mucho más grande. Obviamente era un rey.

Obviamente era de otro tiempo. Aun así, billones de personas habían estado observándolo mientras Tessa negaba la muerte de Rick. No era de extrañar que él también hubiese regresado.

Solo para asegurarse de que nadie se imaginara cosas raras, miró directamente a una de las cámaras y dijo:

—Por si hubiera alguna duda, Bagdonis está muerto y así seguirá. La única manera de que vuelva es que todo el mundo lo quiera y no creo que eso vaya a pasar. Mientras volaba por el territorio ocupado pude sentir el arrepentimiento por parte de los suyos. Estaba perdiendo apoyos antes de que lo matase.

Volvió a apretar a Tessa. El calor de su cuerpo contra el suyo era una de las cosas más maravillosas del mundo, pero trató de mantener la mente

centrada en lo que acababa de pasar.

—Sabían dónde estaba antes de que yo lo encontrase. ¿Cómo lo hiciste?

Ella señaló a Arturo.

—Cuando se dio cuenta de que no sabíamos dónde estaba el enemigo, pidió un mapa; le sacamos uno y pasó la espada por encima hasta que la soltó y cayó en la zona que estábamos mirando.

Sonderby añadió:

—Por supuesto, a esa escala, la zona sobre la que cayó estaba a una milla o dos, así que las RFA lo trajeron aquí, puse una imagen por satélite e hizo lo mismo en el ordenador. Resquebrajó la pantalla, pero señaló la casa correcta. Ese fue el momento en el que tú pasaste por primera vez sin encontrar nada, así que decidimos que sería mejor que volvieras a pasar para ver qué había pasado. El resto ya lo sabes.

—Pero el mundo no —dijo el reportero—. Rick cuéntanos lo que pasó.

Él miró a la cámara y luego le quitó el micrófono al reportero.

—Bueno —dijo—. Ha sido toda una experiencia. Y eso solo es la parte de antes de que muriera.

El Papa estaba más interesado en lo que había sucedido después. Rick habló con él al día siguiente en la habitación que compartía con Tessa en el Palacio de Buckingham. Rick pensaba que eso significaba que el que daba la audiencia era él y, en cierto modo, lo desilusionaba. Nunca había querido ser más importante que el Papa. No pensaba que lo fuera. Pero el mundo lo pensaba y, aparentemente, Thomas también.

—Si vio la entrevista —le dijo Rick—, ya sabe todo lo que yo sé.

—Ah, pero siempre hay otra interpretación para los mismos hechos —dijo Thomas—. Por ejemplo: ¿Cómo estás tan seguro de que no estabas en el Purgatorio?

Tessa, que estaba sentada junto a él en un sofá lleno de cojines, se rio. Estaba haciendo eso mucho últimamente. Ella y Rick habían llorado mucho la noche anterior, luego habían hecho el amor furiosa y escandalosamente y esa reafirmación física había sido tan abrumadora que habían dejado de llorar al saberse tan vivos. Se comportaban de nuevo como recién casados y Rick había prometido hacerlo por el resto de su recién estrenada vida, durase lo que durase.

—No tuve ningún sentido de niveles —dijo—. El concepto de lugar no parecía realmente importante. Si había un plano más alto, yo no fui consciente de eso.

—Pero puede que lo hubiera.

—Thomas, se está pasando.

—Sí, es verdad, quiero saber cuánta doctrina he de decir, pero tampoco quiero tener un exceso de celo.

La luz del sol que entraba por la ventana iluminó a Rick. Le gustaba el calor de la luz contra su piel. Era algo así como la tierna caricia de una estrella.

—En una cosa tiene razón —le dijo—. Cuanto más, mejor. Todas las mentes que han existido siguen ahí y el universo crece siendo más consciente con cada nueva incorporación. Pero no hay prisa. Hay que mantener el control

de la natalidad. Y eliminar lo malo. Superpoblar el planeta y hacer infeliz a la gente es contraproducente porque todo lo negativo va a la mente grupal. A la larga, es más importante la calidad de vida que la cantidad.

—Imagino que eso son buenas noticias —dijo Thomas—. Pero ¿cómo puedo estar seguro? No sé cómo utilizarán esto los que vengan después de nosotros. Da algo de miedo pensar que pueden afectarle a uno después de haber muerto.

—Todo está conectado —dijo Rick—. Ya sabía eso antes.

—Dime algo que no supiera.

Rick cerró los ojos y trató de recordar la experiencia. No había durado mucho y realmente él no se había abierto a la mente. Todavía estaba allí, conectada. Una fuente de conocimiento oculta que lo ayudaba a crear desde cohetes a manzanas. Pero con la realidad requiriendo su atención era difícil detectar un nivel consciente y mucho menos comprenderlo.

—La meditación podría funcionar —le dijo.

—¿Qué?

—Creo que puede que los budistas se estén acercando. Debería intentarlo.

—Si tratas de recordar —dijo Thomas—, yo te sugerí lo mismo hace unas semanas.

—Sí, es cierto, pero es aún más importante de lo que pensábamos. Y el karma también es real. En el sentido de que lo que uno haga aquí afectará a una realidad eterna. No en el sentido de uno mismo. —Rio—. Así que mucha gente casi lo acertó.

—Como la fe —dijo Tessa. Rick y Thomas la miraron—. La fe puede mover montañas —explicó—, excepto que no como cree la gente. Ninguna cantidad de fe puede ayudar a una persona, pero la fe de la gente en uno mismo sí puede ayudar a mover una montaña.

—Entonces ¿cómo es que tantas religiones depositan su fe en Dios? —preguntó Rick—. Especialmente sabiendo lo que Dios es.

Thomas rio.

—¿Acaso sabes tú lo que Dios es? Y aunque tuvieras razón, ¿cuánta gente normal quieres con la capacidad de mover montañas? Devolver el poder al cosmos es mucho más seguro.

Rick se estremeció y atrajo a Tessa junto a él. Ni la luz del sol ni su presencia podían hacerle olvidar la memoria de la noche anterior, de su vuelo sobre el escondite de Bagdonis.

—Es bueno que la gente como Bagdonis no comparta su poder —dijo—. Si hubiera habido dos, aún estaríamos en problemas.

—Los dictadores no piensan de ese modo —dijo Thomas—. Es uno de los peligros de su visión del mundo.

—Me pregunto cuánto tiempo pasará hasta que aparezca otro.

Suspiró.

—Estoy seguro de que mientras hablamos ya hay alguien planeándolo. Pero ahora que el mundo ha visto adónde lleva este tipo de ambición, creo que llevará algún tiempo que algún tipo como Bagdonis obtenga ese poder. Y si usamos el espacio para hacer del mundo un lugar mejor puede que nunca vuelva a pasar.

Rick no compartía su optimismo, pero no lo dijo. «Los pensamientos negativos traen resultados negativos». Deseaba creer que Thomas tenía razón, pero mantendría un ojo sobre Oriente Medio y China, al menos hasta que el mundo aprendiese a vivir con aquel nuevo paradigma.

—¿Continuarán con el programa espacial cuando vuelvan a casa? —preguntó Thomas.

—No lo sé —dijo Rick—. Personalmente, a mí me encantaría, y creo que eso es lo que la presidenta quiere, pero hay tanto por hacer que no sé para qué será mejor usar nuestra habilidad.

—Vuestra presidenta es más sabia de lo que piensan —dijo Thomas—. Darle a la gente algo que esperar del futuro es lo más importante que pueden hacer. El poder que han descubierto es a la vez maravilloso y terrorífico. Lo cambia todo. Sin algo en lo que pensar, la incertidumbre y el miedo crearían otro monstruo —bufó—. Puede que hasta literalmente. Por lo que sé, Godzilla podría aparecer en Tokio mañana si la gente creyera que es posible.

Rick se estremeció ante la imagen.

—No vuelva a decir eso en voz alta —dijo—. De hecho, ni siquiera debería habérmelo dicho. No sabemos de qué somos capaces.

—Bien, pues esa es otra buena razón para que vayan al espacio de nuevo. Utilizar vuestras habilidades para algo grande les hará aprender más que si simplemente...

Alguien llamó a la puerta. Se abrió antes de que nadie pudiera levantarse y una mujer asomó la cabeza.

—Perdón, pero se los requiere inmediatamente en la biblioteca. Algo le ha pasado a Arturo.

—¿Arturo? —preguntó Rick—. ¿Al Rey Arturo?

—Sí, ¡rápido!

Se levantaron de golpe y salieron tras ella, corriendo por los pasillos y las escaleras a través del palacio de seiscientas habitaciones hasta que

encontraron al Rey William y al catedrático medieval Derek junto a la fantasmagórica figura de Arturo, que se desvanecía poco a poco.

—¡Rápido! —dijo Derek—. Tráelo de vuelta.

Rick se concentró en hacer eso y Tessa hizo lo mismo, pero el antiguo monarca continuó desvaneciéndose. Rick se presionó la frente con los dedos como si así pudiera sacar más poder, igual que se aprieta una esponja para sacar más agua.

Arturo permanecía impasible. Quizá algo triste de que su visita al futuro hubiera terminado, pero permaneció estoico hasta que casi había desaparecido y, con un gesto final de despedida, sacó a Excalibur y la sostuvo delante de él. La espada brilló como nunca durante unos pocos segundos y finalmente se desvaneció también.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tessa—. ¿Qué lo ha causado?

Derek parecía un niño al que su hermano mayor ha roto su juguete favorito. Se mordió el labio inferior, luego respiró hondo y dijo:

—El Rey William y yo le estábamos leyendo la obra de T. H. White *The Once and Future King*. Acababa de leerle el pasaje en el que Merlín se transforma en hormiga y se estaba riendo de la parte de «todo lo que no está prohibido es obligatorio» cuando nos dimos cuenta de que se estaba desvaneciendo. Dijo: «Parece que estoy obligado a regresar a Avalon». Por eso los llamamos.

Esa era la única explicación.

—La amenaza a Inglaterra ya ha terminado —dijo Rick. Cuando el rey y Derek lo miraron, lo explicó—. La leyenda dice que Arturo regresará a ayudar a Gran Bretaña en tiempos de necesidad. Bagdonis está muerto, ustedes disfrutaban de una tranquila mañana en la biblioteca y nosotros estábamos hablando de la reconstrucción. Era el momento.

—No es justo —dijo Thomas—. Estuvo poco menos de un día.

Ciertamente no parecía justo ni para Arturo ni para el resto del mundo, que podría haber aprendido mucho de él, pero no podía contradecirse a la leyenda. Lo intentaron, pero daba igual cuánto se concentraran en traerlo, nada sucedió. Había demasiada gente que sabía que la crisis había terminado y la presencia de Arturo ya no era necesaria.

Finalmente dejaron de intentarlo. Rick se dio cuenta de que Tessa se había quedado muy callada y lo miraba intensamente, con los ojos muy abiertos. Y se mordía el labio inferior.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada. —Pero se notaba que estaba mintiendo.

Entonces se dio cuenta del motivo. Él mismo había estado evitando el asunto, pero ahora que había salido abiertamente supuso que debían hablar de ello.

—Te estás preguntando cuánto tiempo me queda, ¿no es verdad?

—Tú vivirás para siempre —dijo. Pronunció cada palabra lentamente, como si fuera un hechizo.

Rick lo deseaba, pero dudaba que con desearlo fuera suficiente para que se cumpliera. El propio Jesús solo había durado unos pocos meses después de su resurrección. La atención de todo el mundo sobre su muerte le había dado a Tessa el suficiente poder para traerlo de vuelta, pero ¿cuánto duraría aquello? ¿Sería su amor capaz de hacerlo permanente o tendría que jugar con la publicidad y la tele haciendo cosas cada vez más locas para mantener la audiencia?

No lo sabía y no estaba seguro de si quería saberlo.

—Gracias por decirlo —dijo—. Espero que tengas razón. Yo también quiero vivir para siempre. Aun así, planeo vivir cada día como si fuera el último.

* * *

Finalmente volvieron a la habitación, agotados de intentar traer de vuelta al antiguo rey. El Papa se excusó, tenía que preparar su regreso a Italia, de modo que los dejó solos con sus pensamientos.

—¿Estarás bien? —preguntó Rick cuando se sentaron en el sofá a la luz del día.

—No lo sé —dijo ella—. Me siento como si ya no supiera nada de nada.

—Yo también. —Rio con suavidad y le tocó el pelo mientras decía—: Sé adónde vamos cuando morimos y sé de dónde viene el poder para hacer milagros. Incluso sé hacer milagros con ese poder, pero siento que hay un millón de cosas más que no comprendo. Aunque viviera para siempre, no las aprendería todas.

Miró la mano izquierda de Tessa, donde al anillo brillaba a la luz del sol. No había desaparecido cuando había muerto. Y la armadura del marciano seguramente seguiría en el laboratorio de Taos y en el granero de Nueva Jersey, burlándose de él con su sola existencia. ¿También él permanecería? Puede que eso pudiera comprobarse. Cuando regresara a Taos trataría de averiguarlo. Puede que no supiera nada, pero empezaría a aprender.

El laboratorio de Taos se había convertido en un lugar sagrado durante su ausencia. Acudía gente de todas partes para ver al que había regresado de entre los muertos y a la mujer que lo había traído de vuelta a la vida. Rick y Tessa estaban avergonzados con tanta atención, pero Delia los hizo dirigirse a la multitud tan pronto como llegaron.

—No les darán ni un instante de paz si no lo hacen —les dijo—, y además, tienen una buena excusa para dejarlo cuando estén cansados. Están cansados después de volar desde Londres. Así que vayan, háganlos felices durante unos minutos y prométanles más mañana.

Tuvieron que llegar en helicóptero, hubiera sido imposible que un coche atravesara la multitud de gente que allí había. Igualmente, tuvieron que dirigirse a todo el mundo desde el techo del edificio, ya que cada metro cuadrado del laboratorio estaba abarrotado de gente. Había cámaras de unas cincuenta cadenas de televisión, probablemente el doble de radios y reporteros de periódicos y revistas, además de biógrafos pidiéndoles entrevistas. Aun así, la gran mayoría era gente que quería un autógrafo, su bendición, recibir una cura milagrosa o cosas así.

Tessa empezó sugiriéndole a la gente que quería probar medicinas alternativas que buscara a gente que supiera algo de ello en vez de confiar sus vidas a una pareja de astronautas que aún no sabían lo que hacían en lo relativo a sus poderes psíquicos. Recordó el nombre de la mujer con la que habían compartido las aguas termales y le sugirió a la gente que necesitaba ayuda que la visitara.

Rick explicó una y otra vez que no era más divino que cualquiera y que simplemente se había visto envuelto en todos aquellos sucesos, pero la gente no aceptó aquello. Querían ver milagros. Querían saber los secretos del universo.

—Eso es lo que estamos tratando de descubrir nosotros —les dijo—. Tengan algo de paciencia y puede que antes de lo que pensamos tengamos auténticas respuestas.

En cuanto a los milagros, él y Tessa se negaron a jugar a los magos. Sabían que podían manifestar una lluvia de pétalos de rosa o un módulo lunar o incluso un *Saturno V*, pero no querían entrar en esa dinámica. En cambio, con mucha paciencia explicaron cómo pretendían construir un genuino programa espacial con el poder que les había sido dado y cómo lo usarían para explorar el sistema solar para así dar a la humanidad un punto de apoyo en el espacio. Prometieron cosas gloriosas (un aterrizaje con personas en Marte, una base permanente en la Luna y puede que hasta una misión a los asteroides), pero cuanto más hablaban de sus planes, más agitada estaba la gente.

Rick podía ver a Delia de pie sobre la escalera que guiaba al laboratorio. Fruncía el ceño y se pasaba las manos por la garganta. No sabía cómo cortar aquello sin molestar a la gente que proporcionaba el poder que ellos pretendían usar.

Él los miró. Un mar de caras, miles de ellas, extendiéndose hasta tan lejos en el paisaje que dudaba siquiera que pudieran escucharlo a menos que estuvieran conectados a la tele o la radio. Se sintió frustrado e incomprendido, pero cuando lo miraron, esperando que dijera algo más, tenían la misma expresión que él. Y conocía el motivo. Él y Tessa eran tan culpables como Bagdonis al menos en una cosa: se estaban llevando un regalo que pertenecía a todo el mundo para usarlo en lo que ellos querían.

No era de extrañar que la gente estuviera inquieta. Para ellos no había cambiado nada en realidad. Una vez más, los que tenían el mando les quitaban lo que era suyo, les decían lo que era bueno para ellos e ignoraban lo que querían de verdad.

—Puede que estemos equivocándonos —le dijo suavemente a Tessa—. ¿Tú que crees?

—Creo que eso es obvio. ¿Qué hacemos?

—¿Darles lo que quieren?

—¿Qué? ¿Un circo?

—¿Acaso sabemos lo que quieren?

—¿No es eso lo que siempre quieren?

Miró de nuevo a la multitud, que permanecía quieta mientras trataba de descifrar lo que él y Tessa decían.

—No lo sé. ¿Se lo preguntamos?

Ella frunció el ceño.

—¿Es una buena idea?

—Si no es así habremos luchado en una guerra para nada.

Le costó un segundo pero finalmente asintió.

—Buen argumento.

Respiró hondo, sabiendo que probablemente Delia lo mataría, luego la Presidenta, y probablemente Allen sería el siguiente. Eso eliminaría todas sus posibilidades de ir a Marte y con toda seguridad significaría abandonar la idea de la base en la Luna. El hielo que él y Tessa habían encontrado permanecería intacto durante otro millón de años antes de que la humanidad decidiera usarlo, pero esa era su elección, ¿realmente era él quien debía decirles si estaban equivocados? ¿Podía alguien hacer eso?

—¿Qué es lo que quieren? —le preguntó a la gente.

Hubo un instante de silencio y luego alguien gritó:

—¡Hagan otro dragón! —Alguien más gritó—. ¡Invéntame un anillo como el de Tessa!

Rick dijo:

—No estoy hablando de tontos trucos de magia. Hablo del futuro. Tenemos esta increíble nueva habilidad, pero proviene de ustedes. Es vuestro poder, no el nuestro. Así que ¿para qué quieren que lo utilicemos?

—La paz mundial —gritó alguien.

—Ese es vuestro trabajo. Hemos sugerido ir al espacio, pero eso es lo que nosotros queremos. Díganos lo que quieren.

Si la muchedumbre había estado inquieta antes, ahora todos estaban totalmente descontrolados. La gente gritaba cosas sin ton ni son y, excepto las primeras, las demás resultaban ininteligibles en medio de la algarabía.

—Bueno, ya está —dijo Rick. Miró a Delia que se golpeaba la cabeza contra el marco de la puerta del hueco de la escalera. Allen estaba tras ella e hizo como si se disparara a la cabeza con la mano. Tessa rodeó a Rick con el brazo y miraron al helicóptero que estaba aparcado detrás de ellos.

Entonces Rick captó que algo se movía en medio de la llanura. Algo estaba pasando detrás de la gente. Algo grande. Por su reluciente contorno parecía como un rascacielos de cristal; alto, esbelto y reluciente, pero al solidificarse se percató de que era de metal y no de cristal. Metal plateado y pulido que se erigía en graciosas curvas y arcos de miles de metros hacia el cielo, donde una única aguja se extendía hasta terminar con una afilada punta.

Tenía diminutas gemas que pestañeaban como joyas por todo el flanco del rascacielos. A Rick le llevó un momento darse cuenta de que eran portillas y que los diminutos palos recostados sobre la base eran rampas. No se veía ningún motor, pero había unos misteriosos bultos debajo de las rampas llenos de un inmenso poder y esperando a ser utilizado.

—Dios santo —susurró Rick—. ¿Es eso lo que creo que es?

—Creo que sí —rio Tessa—. Evidentemente ellos piensan más a lo grande que nosotros.

—Solamente un poquito.

La gente estaba asombrada, se giraba y ahogaba gritos de sorpresa. Rick vio que incluso algunos se desmayaban de golpe. Otros chillaban y trataban de correr, pero la masa de gente era demasiado grande como para hacerlo.

Una gran proporción de gente estaba alborozada. Los que estaban más próximos a la nave espacial (porque aquello era lo único que probablemente podía ser) empezaron a correr hacia ella.

—¡Esperen un minuto! —dijo Rick por el micrófono—. ¡Esperen un minuto! ¡Esa cosa podría ser peligrosa!

Nadie lo escuchó, o si lo hicieron, nadie le hizo caso.

—Maldición, van a subirse —dijo Rick.

—Eso parece —dijo Tessa. Había una nota de diversión en su voz que la asustó.

—Si realmente funciona podrían estar en auténticos problemas.

—Mmmm.

—¡Lo digo en serio! Ninguno de ellos ha recibido entrenamiento. Me sorprendería que alguno de ellos hubiera conducido ni un avión. No es que les hubiera hecho ningún bien. Esto está a años luz de cualquier cosa que siquiera hubiéramos soñado.

—Aparentemente no. —Ella lo agarró del brazo—. Alguien acaba de soñarlo.

—Pero, pero, no puede despegar así como así. Ni siquiera ha sido probado. Podría desaparecer en cualquier momento, aunque lograra despegar.

Ella asintió.

—Podría. Puede que lo mejor sea que vayamos para asegurarnos de que no tienen problemas.

—¿Qué? —Rick la miró totalmente asombrado—. ¿Quieres confiar tu vida a una cosa que acaba de aparecer de la nada?

—Ya lo hice —respondió—. Tú también. ¿O es que ya lo has olvidado?

—Fue diferente.

—Ajá. Esta vez todo el que quiera puede venir. Pueden ayudarnos a mantenerlo sólido.

—¿Y qué hay de la comida? ¿Y la ropa?

Tessa chasqueó los dedos y aparecieron un par de vaqueros con los bolsillos llenos de manzanas.

—¿Qué le ha ocurrido a tu plan de vivir cada día como si fuera el último?

—No me refería a tratar de que fuera el último.

Allen corrió al helicóptero y le dijo algo al piloto, luego se dirigió a ellos gritando:

—¡Deprisa! Si alguien aprieta el botón de despegue antes de que estemos a bordo, podríamos quedarnos atrás.

—¿Tú también? —dijo Rick—, ¿qué les pasa chicos? ¿Podríamos morir?

—Sí. O podríamos ir y volver a Alfa Centauro. ¿Acaso crees que tendremos otra oportunidad como esta?

—¿Acaso queremos...? Quiero decir... —Miró la inmensa nave. Simplemente ahí quieta ya parecía romper la barrera de la velocidad de la luz. Le daría mil vueltas al Halcón Milenario—. Claro que la tendremos —dijo—, hemos tenido esta, ¿no?

Allen rio.

—¿Crees que los americanos repetirán esto? ¿Las mismas personas que abandonaron la era *Apolo* en su momento de gloria? ¡Sé objetivo!

Puede que lo hicieran. Si la gente normal podía ir al espacio, puede que no se abandonara la exploración espacial como antes se había hecho. Pero si la primera nave mataba a miles de personas, eso sí terminaría con ella. En ese sentido, Tessa tenía razón. Un par de astronautas experimentados los ayudaría a volver sanos y salvos.

La gente estaba a un cuarto de camino de la nave. De cerca parecía aún más inmensa. La Torre Sears podría estar detrás y nadie lo sabría.

El helicóptero empezó a moverse.

—Venga —dijo Allen dándose la vuelta para subir.

—Venga —dijo Tessa estirándole del brazo.

—¿Estás segura? —Cuando la miró, vio la emoción en su cara. Luego miró la nave. No podía hacerlo. Era una locura. Podrían morir todos. Nadie sabía de dónde había salido el diseño o cómo funcionaba. Allen era un genio, cierto, pero ¿lograría comprender aquella nave?

—El autobús se va —dijo Allen desde el helicóptero. Rick vio que Delia también estaba a bordo.

Le temblaban las rodillas.

Tessa rio otra vez y dijo:

—Eddie iría.

—¿Qué?

—Eddie iría.

Su corazón palpitó. Maldición, ella tenía razón. Eddie iría.

El movimiento de las hélices levantó viento y le echó el pelo a la cara. Cogió a Tessa de la mano y ambos corrieron hacia el helicóptero. Corrieron hacia el futuro.



Jerry Oltion (Eugene, Oregon, 1957) es un prolífico escritor estadounidense de ciencia ficción conocido fundamentalmente por su trabajo para la franquicia de Star Trek. Es miembro del grupo de escritores Wordos, y también escribe bajo el seudónimo de Ryan Hughes.

Además de su faceta como escritor, también ha sido jardinero, picapedrero, carpintero, guardabosques, topógrafo, *discjockey* de *rock and roll*, tipógrafo, corrector, editor, especialista en ordenadores, extra en películas, secretario y conductor del camión de la basura.

Polifacético autor de literatura de ciencia ficción, durante los últimos treinta años ha escrito 15 novelas y más de 150 cuentos publicados hasta la fecha. Desde noviembre de 2011, ha publicado 84 historias en la revista Analog, convirtiéndose en el creador de ficción más prolífico en los ochenta años de historia de la revista. Ganó el premio Nebula a la Mejor Novela Corta con *Abandon in Place* en 1997. Su historia *The Astronaut from Wyoming*, coescrita con Adam Troy Castro, fue también nominada tanto para el premio Nebula como para el Hugo del año 2000.

Jerry y su esposa, Kathy, viven en Eugene, Oregon, junto con su gato, Ginger. Ambos son autores de ciencia ficción, y Kathy trabaja además en un laboratorio médico. Entre sus *hobbies* figuran la guitarra eléctrica, el bajo, la jardinería y la astronomía.

Notas

[1] N. del editor digital: en la traducción original, dos mil pies. Un error evidente, ya que, de ser así, la plataforma de lanzamiento tendría una altura superior a los 600 metros: el doble que la torre Eiffel. <<

[2] N. del editor digital: en la traducción original, tres mil pies. Como antes, un error evidente: la altura del Saturno V hubiera sido de alrededor de 1km...

<<

[3] N.d.T.: Juego de palabras intraducible. En inglés la palabra *spook* significa «agente secreto» y «espectro». <<

[4] N.d.T.: Juego de palabras. En inglés, la expresión «doubting Thomas» significa «escéptico». <<

[5] N. del editor digital: en la traducción original, siete billones. El traductor olvida que en inglés «billion» tiene el mismo valor que el europeo «millardo»: mil millones. <<

[6] N. del editor digital: en la traducción original, dieciocho mil cincuenta pies. <<

[7] N. del editor digital: en la traducción original, seis millones. Parece evidente el error respecto a la población mundial... <<